# EUROPA
# Y LOS NUEVOS MUNDOS
# EN LOS SIGLOS XV-XVIII

Carlos Martínez Shaw
Marina Alfonso Mola

HISTORIA UNIVERSAL
3
MODERNA

EDITORIAL SINTESIS

# EUROPA
# Y LOS NUEVOS MUNDOS

## SIGLOS XV-XVIII

Consorci del Centre Associat de la UNED de Terrassa
BIBLIOTECA
BARCELONA

R. 786
930.9.06 Eur

HISTORIA
UNIVERSAL
MODERNA

# EUROPA
# Y LOS NUEVOS MUNDOS

## SIGLOS XV-XVIII

Carlos Martínez Shaw
Marina Alfonso Mola

R. 786
930 9.06 Ew

EDITORIAL
SINTESIS

ACCESO ABIERTO

Cartografía realizada por J. López-Davalillo Larrea
sobre originales elaborados por los autores.

© Carlos Martínez Shaw
Marina Alfonso Mola

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono 91 593 20 98
http://www.sintesis.com

ISBN: 84-7738-675-7
Depósito Legal: M. 35.932-1999

Impreso en España. Printed in Spain

*A Miguel y Alicia,*
*Fran, Joaquín y María.*

# Índice

**Prólogo: Un solo mundo** ..... 11

**1. Los viajeros de la Edad Media** ..... 17
1.1. La revelación de Extremo Oriente ..... 17
1.2. Los vikingos en América ..... 19
1.3. Más allá de las columnas de Hércules ..... 19

**2. La primera expansión europea** ..... 21
2.1. La expansión interior ..... 21
2.2. Las razones de la expansión exterior ..... 22
2.3. La posibilidad de la expansión exterior ..... 24

**3. La invención de África** ..... 27
3.1. Las islas del azúcar ..... 27
3.2. El contorno africano ..... 31
3.3. El África portuguesa ..... 33

**4. El descubrimiento de América** ..... 37
4.1. Los viajes colombinos ..... 37
4.2. La primera vuelta al mundo ..... 42
4.3. La conquista y colonización del Nuevo Mundo ..... 42
4.4. El Pacífico español ..... 51
4.5. La Carrera de Indias ..... 52

**5. El imperio portugués en Asia** ..... 57
5.1. Los portugueses en el país de Zanj ..... 57
5.2. Los portugueses en la India ..... 59
5.3. Los portugueses en Extremo Oriente ..... 62
5.4. El sistema comercial asiático ..... 64

**6. Los otros intercambios** ..... 67
6.1. La unificación microbiana del mundo ..... 67
6.2. La unificación agrícola del mundo ..... 69
6.3. La exportación de los modelos europeos ..... 71
6.4. La evangelización de Asia ..... 74
6.5. Otros intercambios intelectuales ..... 79
6.6. De los otros mundos a Europa ..... 81
6.7. La imagen de los nuevos mundos ..... 82
6.8. Colonialismo y anticolonialismo ..... 89

**7. De la América ibérica a la América europea** ..... 93
7.1 Los ensayos del siglo XVI ..... 93
7.2. De la *Nouvelle France* a las *Îles du sucre* ..... 97
7.3. Del Caribe inglés a las Trece Colonias ..... 98
7.4. Los orígenes de las Antillas neerlandesas ..... 100
7.5. El Brasil de los *engenhos* y las *bandeiras* ..... 100
7.6. La América española a la defensiva ..... 101

**8. África y la trata de esclavos** ..... 107
8.1. Los antecedentes del siglo XVI ..... 107
8.2. La economía mercantil del esclavismo ..... 108
8.3. Al margen de la trata ..... 111

**9. Del Asia portuguesa al Asia europea** ..... 115
9.1. Las compañías de las Indias orientales ..... 115
9.2. Los nuevos imperios comerciales ..... 118
9.3. Las capitales de los imperios "insulares" ..... 126
9.4. Los desafíos del comercio asiático ..... 129
9.5. En los confines: Filipinas y Micronesia ..... 130

**10. El retorno de los exploradores** ..... 133
10.1. Los adelantos de la navegación ..... 134
10.2. La conquista de los mares ..... 135
10.3. La conquista de las tierras ..... 137
10.4. Las grandes expediciones científicas continentales ..... 142
10.5. Las grandes expediciones científicas marítimas ..... 145
10.6. La conquista de los aires ..... 151

**11. La expansión mercantil del siglo XVIII** ..... 155
11.1. Las bases del crecimiento comercial ..... 156
11.2. El comercio de Asia ..... 161
11.3. El comercio de América ..... 166
11.4. El comercio triangular ..... 169

**12. América en el camino de la independencia** ..... 173
12.1. El retroceso de la América francesa ..... 174
12.2. El Brasil del oro ..... 175
12.3. El reformismo en la América española ..... 177
12.4. Otras Américas europeas ..... 181
12.5. El progreso de la América inglesa ..... 182
12.6. La independencia de las Trece Colonias ..... 184
12.7. Hacia otras independencias ..... 187

**13. Asia y África antes del reparto** ..... 189
13.1. Los orígenes de la India británica ..... 189
13.2. África en la encrucijada ..... 192

**14. La Ilustración y los nuevos mundos** ..... 197
14.1. Una evangelización abortada ..... 197
14.2. Los mitos y utopías de las luces ..... 199
14.3. La utopía en la práctica: las reducciones del Paraguay ..... 203
14.4. *Heavens on Earth* y teocracias americanas ..... 204
14.5. La fisonomía del mundo ..... 206

**Epílogo: Tiepolo en Würzburg** ..... 211

**Bibliografía** ..... 215

# Prólogo: Un solo mundo

Si hay una novedad radical, un signo de identidad que defina la Edad Moderna con un solo trazo caligráfico, ese rasgo absolutamente original es la propia aparición de una auténtica Historia Universal. En efecto, hasta el siglo XV los distintos mundos habían vivido por lo esencial ensimismados en su propia realidad o, a lo sumo, habían establecido vínculos sumamente laxos y discontinuos entre sí. Sin duda, los hombres habían circulado de unas latitudes a otras, como pueden demostrar las caravanas que arrancando de las lejanías extremoorientales o desde las profundidades subsaharianas alcanzaban las orillas del Mediterráneo, como pueden atestiguar las cabalgadas de los grandes nómadas de Asia Central que (dirigidos por Gengis Khan o por Tamerlán) llegaban a amenazar el mismo corazón de Europa, como pueden evidenciar esas talasacrocias orientales que recorren el océano Índico o llevan a los almirantes chinos a la altura del cabo de Buena Esperanza, como finalmente pueden sugerir las aventuras de los navegantes melanésicos que Bronislaw Malinowski llamara argonautas del Pacífico occidental. Todo ello es cierto, pero también lo es que los europeos que alcanzaron el Extremo Oriente antes del siglo XVI pueden contarse con los dedos de una mano, que la talasocracia china desapareció como por encanto a final del primer cuarto del siglo XV (tras la muerte del emperador Yongle, un "Enrique el Navegante oriental", en 1424), que América existió sólo para los propios americanos hasta 1492 y que Oceanía continuó siendo por mucho más tiempo la *Terra Incognita Australis*, un continente que no sería incorporado a la cartografía hasta ya entrado el siglo XVII. En ese sentido, los llamados descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVII no sólo supusieron, siguiendo la afortunada fórmula de Pierre Chaunu, "la mayor mutación del espacio humano" de

la historia universal, sino que permitieron derribar unas barreras milenarias entre los ámbitos separados, promover una serie de intercambios (humanos, económicos, culturales) y establecer una comunicación permanente entre los cinco continentes. Un fenómeno que funde a los distintos mundos en uno solo, un fenómeno que otorga carta de naturaleza y constituye el acta de nacimiento de un solo mundo.

Este encuentro entre los distintos mundos generó otro acontecimiento de enorme trascendencia, la ruptura del equilibrio entre las grandes civilizaciones del pasado. Hasta ahora, la Europa cristiana, China, India y el mundo del islam habían mantenido una cierta situación de equidistancia, del mismo modo que también podían presentar una importante cuota de altas realizaciones tanto las sociedades africanas más evolucionadas (los Estados de Ghana, Mali, Songhai o Benín) como los grandes imperios americanos (mayas, aztecas, incas). Sin embargo, la expansión europea de los siglos XV y XVI supone la alteración de ese equilibrio. Por un lado, la propia extraversión de las naciones del viejo continente es fruto de una nueva potencialidad, basada en la aceleración de su desarrollo demográfico, económico, científico y mental, que lo capacita para lanzarse a la exploración y ocupación de otros espacios fuera de sus límites. Por otro, la expansión, a su vez, consolida, refuerza y multiplica esas virtualidades, mediante la conquista militar, la explotación económica y el dominio intelectual de los nuevos territorios alcanzados: la explotación de los recursos y de la mano de obra indígena, los beneficios obtenidos de la actividad comercial y las bazas que le ofrece el mejor conocimiento del mundo generan un fenómeno nuevo, que puede ser denominado como el verdadero triunfo de Europa. La Edad Moderna significa también eso, el definitivo despegue de Europa sobre los otros continentes, el establecimiento de la hegemonía de Europa sobre las restantes civilizaciones.

Este dominio implicó, finalmente, una serie de cambios de enorme importancia. Entre los más significativos, hay que señalar la instalación de los europeos en los restantes continentes, siguiendo la doble fórmula de los asentamientos de colonos que asumen la dirección política y económica de los espacios colonizados y de la fundación de establecimientos comerciales destinados a controlar los intercambios voluntarios o impuestos con los distintos países que entran en su órbita de acción. En segundo lugar, debe consignarse el decisivo impulso dado a la creación de una verdadera economía mundial, que tiene su centro, su alfa y su omega, en las metrópolis europeas, que imponen una verdadera división internacional del trabajo que reserva a América la producción de materias primas (metales y productos de plantación), a Asia la producción de géneros de gran valor con la incorporación de un trabajo artesanal altamente cualificado, y a África el suministro de mano de obra destinada al trabajo forzado en las colonias americanas, a la espera de la inserción mucho más tardía de los espacios de Oceanía. En tercer lugar, esta eco-

nomía planetaria genera unos circuitos que ponen en comunicación a los cinco continentes, como pueden atestiguar tanto la organización del tráfico triangular (que permite el traslado de esclavos africanos a las plantaciones americanas y el regreso a Europa con los beneficios obtenidos), como la circulación de la plata, que se extrae en América para tomar un doble camino que lleva por una parte directamente a Filipinas en el Extremo Oriente y por otra primero a Europa y luego en parte también a Extremo Oriente a través del tráfico de Asia. En cuarto lugar, el nuevo orden implica una mutación esencial en el sistema de comunicaciones, que deja de ser el terrestre de las rutas caravaneras de la Edad Media para convertirse en el marítimo de los tiempos modernos, con la derrota temprana del camello y la victoria sin paliativos del barco, el instrumento imprescindible para la nueva configuración del mundo.

Los beneficios comerciales no son, sin embargo, los únicos. Si los mercaderes están interesados básicamente en lucrarse con el azúcar, la pimienta o el añil, los intercambios materiales desbordan con mucho el cuadro de los productos más remuneradores. Los europeos aclimatan en América cultivos y animales domésticos naturales de sus latitudes, pero al mismo tiempo trasplantan una serie de productos nuevos destinados en algunos casos a producir una verdadera revolución agrícola (como en el caso singular de la patata y el maíz), mientras impulsan el cultivo in situ de otros destinados a alterar profundamente la dieta alimenticia (como en el caso del chocolate), otros hábitos de consumo (como en el caso del tabaco) o incluso la terapéutica de los tiempos modernos (quina, jalapa, ipecacuana). Y algo parecido puede predicarse del Asia de las especias, de los perfumes o de los estimulantes, como el té o el café. Elementos que pueden servir de contrapeso a otros intercambios de signo negativo, como los derivados del llamado "choque microbiano" que transporta las enfermedades a uno y otro lado del Atlántico.

Al lado de los beneficios materiales existen también los de índole intelectual. Por un lado, la transferencia de los europeos a otras tierras permite ampliar enormemente los conocimientos geográficos mediante la exploración llevada a cabo a través de expediciones terrestres y marítimas, de tal modo que las fronteras del mundo se ensanchan considerablemente a lo largo de la Edad Moderna. Por otra parte, también se recogen infinidad de nuevos datos antropológicos a partir de la observación de sociedades que habían permanecido ignoradas (caso de algunos pueblos africanos y de la totalidad de los amerindios) o que conocidas desde antiguo por referencias escasas o inseguras son desveladas ahora en su enorme riqueza, como en el caso de los grandes reinos e imperios asiáticos. Estos conocimientos, difundidos por la imprenta y almacenados en bibliotecas y archivos, pasarán a constituir otro de los factores de la supremacía europea asentada en los tiempos modernos.

Finalmente, la ampliación del mundo habitado por los europeos permite al mismo tiempo el incremento de los intercambios culturales. En un primer

momento, la preocupación espiritual más inmediata es la evangelización de unos pueblos que practican sus propias religiones y que deben por tanto ser atraídos a la fe cristiana. Sin embargo, los misioneros se convierten enseguida en verdaderos agentes de un tráfico cultural que transmite a los mundos lejanos no sólo el dogma y las prácticas del cristianismo, sino muchos otros elementos de la civilización europea, aunque a veces se empiece por los más indeseables como la fabricación de cañones y arcabuces. En contrapartida, son también los religiosos los primeros en dar cuenta en Europa de las tradiciones más acrisoladas y de las realizaciones más significativas en los campos de la literatura y el arte de aquellas sociedades, hasta el punto de generar una verdadera pasión por los mundos exóticos entre un público que devora en el siglo XVI las noticias sobre las Indias o que en el siglo XVIII no quiere privarse del colorido de las indianas, del lujo de los platos de porcelana o del refinamiento decorativo de las *chinoiseries*.

En cualquier caso, a lo largo de los tiempos modernos, hay que distinguir varios tipos de relaciones entre Europa y los distintos continentes. En Asia, los préstamos culturales europeos no pasaron de epidérmicos (algunas técnicas o algunas influencias artísticas, mientras que la evangelización era abortada tanto por la persecución de los soberanos como por la incomprensión de las autoridades de Roma), del mismo modo que si Europa aceptó de buen grado los préstamos materiales (el té, el sándalo o la canela), en cambio fue refractaria a las creaciones más genuinas de la cultura oriental pese a la sofisticación de las modas ilustradas. En América, los europeos trasplantaron un modelo de sociedad y generaron un gigantesco proceso de aculturación que ha hecho posible la realidad actual de un continente que se confiesa católico y habla español (o portugués o francés) o que se confiesa protestante y habla inglés, aun contando con las importantes pervivencias de las comunidades indígenas y aun de las extensas minorías afroamericanas con sus culturas sincréticas. En medio, si África (tanto la islamizada como la animista) se mantuvo en gran medida impermeable más allá de una delgada franja costera, la Oceanía explorada recibió un impacto muy débil hasta la colonización masiva de algunas áreas ya en pleno siglo XIX.

El cuadro de la expansión europea está trazado en sus líneas generales. Sus agentes fueron los soldados que conquistaron las tierras, protegieron a los colonos e impusieron sus condiciones comerciales sobre productores e intermediarios. Muchos de ellos fueron al mismo tiempo navegantes y exploradores, responsables de la ampliación de las fronteras y de la preparación del terreno para la llegada de los colonizadores. Unos y otros allanaron el camino a los mercaderes, que se instalaron en todas las escalas posibles y drenaron metales preciosos, materias primas y artículos de consumo ordinario o suntuario que permitieron el crecimiento de la economía y el aumento del nivel de vida de las poblaciones y contribuyeron finalmente al naci-

miento de la revolución industrial. Por su parte, los misioneros, que unas veces pudieron servir de coartada a los conquistadores, en otras se convirtieron en los interlocutores obligados entre europeos e indígenas y en los transmisores privilegiados de las noticias sobre las sociedades que se iban revelando ante su siempre atenta mirada. Por último, los científicos, que desde el primer momento pero sobre todo a lo largo de la centuria ilustrada organizaron las expediciones para reconocer los territorios y dar cuenta de la topografía, de la fauna y la flora y de las poblaciones que ocupaban el lugar, fueron agentes mixtos que hubieron de combinar su amor a la ciencia con el servicio a los intereses del imperio. Todos ellos protagonizaron uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia de la humanidad, todos ellos inventaron la historia universal del único mundo que nace en el amanecer de la Edad Moderna.

# 1.

# Los viajeros de la Edad Media

El deseo europeo de ampliar las fronteras proviene de muy antiguo. Sin embargo, el mundo clásico situó los límites de la exploración de otros continentes en las columnas de Hércules, en el desierto del Sáhara y en los confines del Asia Central y de la India alcanzados por Alejandro. Los escritores dieron cuenta de estos finisterres en algunas obras, no muchas, situadas entre la geografía y la fábula: son los textos de Heródoto, Ctesias, Estrabón, Pomponio Mela, Plinio el Viejo y Arriano, que sirvieron de fuente a los estudiosos y de estímulo a los literatos desde la Antigüedad al Renacimiento.

## 1.1. La revelación de Extremo Oriente

La Edad Media vivió de estos escritos, antes de que los viajeros árabes suministraran nuevos materiales y antes de que la oleada militar de los mongoles de Gengis Khan amenazara Europa e indujera a los principales mandatarios del viejo continente a ensayar la vía diplomática para contener el irrefrenable avance de los tártaros. En este sentido, la primera panorámica ofrecida por un testigo presencial fue la *Historia de los mongalos a los que nosotros llamamos tártaros*, del fraile franciscano Juan de Pian del Carpine, cuya embajada al Gran Khan le llevaría hasta la corte de Karakorum (1245-1247). Le seguiría la crónica del primer misionero franciscano en Mongolia, fray Guillermo Rubruck, cuya estancia (1252-1258) le permitiría componer el mejor relato de viajes de toda la época medieval hasta el éxito de la obra de Marco Polo o la inteligente descripción de Ibn Battuta, esta última dentro del ámbito islámico.

En efecto, el más conocido y más influyente de todos los viajeros medievales fue sin duda el veneciano Marco Polo. Incorporado a la segunda expedición comercial emprendida por su padre Niccolò y por su tío Maffeo (mercaderes venecianos instalados en Constantinopla que entre 1260 y 1269 habían seguido la ruta de caravanas de Asia Central alcanzando Pequín y regresando a San Juan de Acre), Marco Polo no sólo anduvo durante veinte años por las rutas del mundo dominado por los mongoles (entre 1271 y 1291), sino que permaneció durante mucho de este tiempo en la propia corte de Kubilai Khan en Cambalic (la actual Pequín, donde se había trasladado la capitalidad desde Karakorum), antes de emprender el regreso y alcanzar Venecia en 1296. Su experiencia no sólo fue importante por sí misma, sino sobre todo porque la dejó reflejada por escrito, dictando el relato de sus aventuras a su compañero de celda en las cárceles genovesas, Rustichello de Pisa, y permitiendo así que el *Livre des Merveilles du Monde* (también conocido como *Il Milione*) fuera rápidamente difundido en su versión francesa por toda Europa y contribuyera a divulgar la imagen del fabuloso y lejano país de Catay (la China del Norte para los mongoles) entre sus coetáneos y entre muchas generaciones posteriores.

Los contactos con Extremo Oriente prosiguieron durante los siglos siguientes. Los más importantes fueron protagonizados por misioneros franciscanos, como fray Juan de Montecorvino (el primer evangelizador de la corte de Pekín, llegado a China hacia 1294 y autor de unas *Cartas desde Cambalic*), fray Andrés de Perugia (obispo sufragáneo de Cambalic-Pequín y obispo de Quanzhou, autor de otra *Carta desde Chaytón*), fray Jordan Catalán de Séverac (obispo de Colombo en Ceilán y autor de una descripción de las tierras de Asia titulada *Maravillas*), fray Odorico de Pordenone (que también relata las peripecias de su largo viaje que le llevó hasta Pequín) y fray Pascual de Vitoria (autor de una *Carta desde Almalik*). Especial relieve adquiere, ya en otro clima muy diferente (el de la acometida militar de Tamerlán), el relato de la embajada enviada por Enrique III de Castilla al nuevo señor de Asia Central, llevada a cabo entre los años 1403 y 1406 por Ruy González de Clavijo, quien describe su viaje y estancia en la capital timúrida de Samarcanda en la clásica *Embajada a Tamorlán*, que sin embargo no sería publicada hasta 1582.

En suma, esta presencia europea en Extremo Oriente, pese a su carácter absolutamente minoritario, prefigura ya algunos rasgos del futuro: son misioneros y mercaderes que revelan un nuevo horizonte cultural a sus compatriotas. Sin embargo, no será hasta el siglo XVI cuando pueda hablarse de una verdadera expansión europea por el continente asiático, cuando se produzca el salto a una instalación si no masiva sí por lo menos más numerosa y más continuada y cuando los soldados flanqueen a los religiosos y a los comerciantes para imponer una colonización territorial, política, económica y espiritual de aquellos territorios.

## 1.2. Los vikingos en América

Si todas las empresas anteriores tuvieron como meta las tierras de Extremo Oriente, hay que señalar también los comienzos de otra de las vertientes mayores de la expansión europea, la que lleva hasta el continente americano. Esta primera aparición de los europeos en la otra orilla del Atlántico estuvo protagonizada por los vikingos, que desde la península escandinava navegaron hasta el norte americano, estableciendo colonias de poblamiento en Groenlandia (tal vez ya en el siglo X) y, más tarde (ya en el siglo siguiente), en el área que llamaron Vinland (o "Tierra de Viñas"), que debía extenderse por la isla de Terranova y las islas de la futura Acadia o Nueva Escocia y, ya en el continente, por la península del Labrador en el actual Canadá y por la zona que luego sería llamada Nueva Inglaterra, tal vez hasta el sur del actual estado norteamericano de Massachusetts.

Este establecimiento escandinavo debió conocer un progresivo reflujo a partir del siglo XIII y terminar con el abandono de los asentamientos a finales del siglo XIV o principios del siglo XV, sin que se haya podido ofrecer otra explicación que una profunda mutación climática que haría inhabitable por el frío e inaccesible por la deriva de los hielos el territorio de Groenlandia, que trocaría definitivamente el color verde a que hace alusión su nombre por el blanco de las nieves. Así, las noticias de esta instalación llegarían incluso a perderse, de tal modo que el hecho no entraría en las conjeturas que llevarían a Cristóbal Colón al descubrimiento de América, es decir a inscribir la realidad del continente americano en la conciencia de los europeos y a anudar una relación permanente y perdurable entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

## 1.3. Más allá de las columnas de Hércules

Si a lo largo de los siglos XIII y XIV las misiones religiosas o diplomáticas habían hecho retroceder los límites de Asia hasta las costas de China (quedando tan sólo por alcanzar una última frontera, la de Cipango, es decir Japón), también durante el mismo periodo los navegantes europeos habían conseguido rebasar las columnas de Hércules, aunque sin llegar a explorar las costas africanas y sin lograr ningún establecimiento duradero en las islas del Atlántico.

Estas expediciones atlánticas fueron protagonizadas por hombres procedentes del Mediterráneo. Entre las más importantes debe contabilizarse, en primer lugar, la de los hermanos genoveses Ugolino y Guido Vivaldi (1291), que utilizando dos galeras (*Allegranza* y *San Antonio*) intentaron buscar a través del Océano el camino de la India ("ad partes Indiae per mare oceanum"), perdiendo la vida en una empresa precursora tal vez del proyecto de Colón o más probablemente de los objetivos de Bartolomeu Dias y Vasco da Gama.

Más éxito cosecharon las dos siguientes, la del también genovés Lancelotto Malocello, que descubrió Lanzarote en el archipiélago de las Canarias (las islas Afortunadas de los clásicos) en la temprana fecha de 1312, y la empresa mixta, portuguesa pero con barcos gobernados por un genovés y un florentino, que navegaron en torno a las Canarias, las Madeira y las Azores, aunque sin poner el pie en ninguna de las islas (1341). Los mallorquines se incorporaron seguidamente a la aventura, por un lado con la expedición de Jaume Ferrer, cuya galera *Uxor* zarpó en 1346 con destino al "Riu de l'or" hasta alcanzar quizás las costas de Senegal antes de perderse, y por otro con las sucesivas licencias para expediciones comerciales otorgadas a Francesc Desvalers, Pere Margre y Bartomeu Giges (para dos viajes), a Bernat Desvalls y Guillem Safont y a Guillem Pere (todas en 1342) y para otras seis expediciones con fines evagelizadores otorgadas a diversos individuos (entre 1351 y 1386), entre las cuales la mejor documentada es sin duda la primera, llevada a cabo por Joan Doria y Jaume Segarra, siempre con destino a las islas Canarias.

El desconocimiento de la navegación atlántica, el empleo de barcos inapropiados (la galera mediterránea a remo o el navío mercante redondo de alto bordo a vela) y el insuficiente apoyo de retaguardia ofrecido por unos organizadores privados se encuentran sin duda entre las causas del fracaso general de estas expediciones, que no tuvieron continuidad ni dejaron ninguna instalación duradera tras de sí. Sin embargo, sirvieron en algunos casos para familiarizar a los navegantes europeos con la geografía atlántica y para ofrecer noticias de los archipiélagos fronteros a las costas africanas, así como para desterrar el temor reverencial al "mar tenebroso" situado al otro lado de las columnas de Hércules. Sirvieron, en suma, para que las naciones ibéricas, Portugal y España (fruto de la unión de Castilla con Aragón), tomaran el relevo de las poblaciones mediterráneas y, recogiendo las sugerencias de aquellos pioneros, llegasen a las Indias occidentales y orientales por dos vías opuestas casi al mismo tiempo, a finales del siglo XV. De esta forma, si podemos considerar todo lo anterior como un simple preámbulo, será el cuatrocientos la centuria que asista a la verdadera primera expansión europea por los restantes continentes.

# 2.

# La primera expansión europea

La primera expansión europea fuera de sus fronteras fue en buena medida el fruto de una expansión interna anterior en el tiempo. En efecto, a partir de los años centrales del siglo XV todos los indicadores coinciden en señalar, especialmente para la Europa occidental, el comienzo de un proceso de crecimiento que se mantendrá constante a lo largo de más de una centuria, el primer esbozo de una coyuntura favorable que la historiografía ha venido en denominar "el largo siglo XVI" y llevar hasta los años treinta del XVII, pese a las dificultades experimentadas en la segunda mitad del quinientos, en una época de dificultades que seguiría a la primera parte, el "hermoso siglo XVI" por antonomasia.

## 2.1. La expansión interior

El impulso provendría, en primer lugar, del aumento de la población, que, olvidadas las terribles consecuencias de la peste negra y cerrado un periodo de guerras interminables como la de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, volvería a ocupar los territorios abandonados en lo más profundo de la crisis y a protagonizar un vigoroso salto adelante que reconstruiría el tejido constituido por la sucesión de los numerosos núcleos rurales y jalonado por la presencia de unas ciudades que también aumentan sus efectivos a la par que multiplican y diversifican sus funciones como dispensadoras de servicios económicos, políticos, administrativos o culturales. La demografía se convierte así en el primer motor de la expansión.

El crecimiento de la economía empieza en el campo, donde se produce un proceso de recuperación de la superficie cultivada, un proceso de recon-

quista del suelo para una agricultura que garantiza la subsistencia de la misma población que ha emprendido el esfuerzo de roturación de los predios, arañando parcelas a los bosques, landas y garrigas, desecando zonas pantanosas, ganando terrenos al mar. Del mismo modo, la ganadería viene en apoyo de la agricultura, con el auge de la cabaña vacuna para la alimentación y el tiro y de la cabaña ovina para la provisión de lana, la materia prima de la principal de las industrias del Antiguo Régimen. Por otra parte, las pesquerías recobran su dinamismo, tanto la de cabotaje para el consumo local del pescado en fresco, como la de altura, que busca el bacalao en el gran yacimiento proteínico de Terranova frecuentado por los navegantes del mar del Norte que siguen las huellas de la antigua ocupación normanda y que vierten sobre las costas atlánticas sus cargamentos de pesca en conserva (salada, seca, ahumada o escabechada), al tiempo que movilizan a sus vecinos en busca de la sal de la península Ibérica y de la madera y los alquitranes del mar Báltico. La abundancia de las cosechas potencia el sector industrial, especialmente la manufactura textil, pero también toda otra serie de artesanías tradicionales, desde el vidrio al cuero, desde el papel a la cerámica hasta llegar a la metalurgia del hierro y del cobre o también del oro y la plata. Los intercambios conocen un progreso extraordinario, que estimulan las innovaciones en el terreno de los transportes y de los instrumentos mercantiles (seguros, compañías, contabilidad, corresponsalías) y financieros (letras de cambio, instituciones bancarias), así como potencian nuevas rutas, como la que intercambia lana contra tejidos en el Atlántico o lana contra productos orientales en el Mediterráneo o la que atraviesa el Sund para verter trigo en los mercados de la Europa occidental.

Finalmente, este auge del tráfico mercantil exige para evitar su estrangulamiento la multiplicación de los medios de pago, fomentando la minería de la plata, con la puesta en explotación de nuevos yacimientos en el Tirol, en Bohemia, en Sajonia. Yacimientos que no bastan, haciendo preciso el drenaje del oro africano, así como la búsqueda de nuevas fuentes de metal precioso. De este modo, la expansión interior crea así las necesidades que exigen la expansión exterior.

### 2.2. Las razones de la expansión exterior

Efectivamente, las primeras motivaciones de los descubrimientos son de índole económica. Por un lado, el "hambre del oro" empuja a los europeos hacia las fuentes del metal dorado subsahariano, lo que exige bordear la costa occidental africana. Por otro lado, las necesidades alimenticias han aumentado tanto por el crecimiento de la población como por la difusión de nuevos hábitos de consumo más refinados que han hecho su aparición por el Medi-

terráneo de la mano de los mercaderes venecianos especializados en la distribución de los productos arribados con las caravanas procedentes de las regiones extremoorientales. Es, en primer lugar, el caso del azúcar, cuyo cultivo, desarrollado por los musulmanes en el ámbito del mar interior, requiere ahora de nuevos espacios para aumentar una producción por debajo de la demanda. Y es también el caso de las especias, convertidas en un elemento imprescindible de la gastronomía europea y amenazadas de carestía y rarefacción tras la instalación de los turcos otomanos en Constantinopla (ahora Istanbul) y en El Cairo, no sólo dominando así las escalas de Levante, sino ocupando posiciones que les permiten mantener una sistemática política de agresión contra las naciones cristianas que no se detiene ni siquiera tras la caída de la capital del Imperio bizantino en 1453. Es finalmente el caso de la pesca, que si ha empujado a las naciones del norte a la ruta de Terranova también impulsa a los meridionales hacia los bancos saharianos. En definitiva, los portugueses y los españoles se lanzan a la empresa atlántica fundamentalmente para ampliar sus plantaciones de azúcar y para acceder directamente a las áreas productoras de oro y de especias.

Otras motivaciones pueden añadirse a las económicas. Por un lado, las de índole política, o más bien geopolítica. La nobleza lusitana y la nobleza castellana, que se han quedado sin función militar tras la expulsión de los musulmanes del suelo peninsular (significativamente para la España unida el hecho se produce con la caída de la ciudad de Granada en el año 1492), tratan de cruzar el estrecho de Gibraltar para proseguir una reconquista varias veces secular. Del mismo modo, los dirigentes de ambos Estados parecen decididos a establecer en el norte de África una barrera defensiva, a construirse un área de seguridad, que permita prever los movimientos de los tradicionales enemigos musulmanes en un momento en que los turcos están reforzando la causa del islam en el Mediterráneo. Mantener posiciones fuera de las propias fronteras se revela como una exigencia irrenunciable para el propio afianzamiento de la cristiandad en un momento en que los musulmanes han invadido los Balcanes y han puesto un pie en Italia (Otranto, destruida en 1480), a la espera de avanzar por la vertiente sur del Mediterráneo y de llamar en Viena a las puertas del Imperio.

Se han señalado también motivaciones religiosas. Unas procederían del proselitismo cristiano, empeñado en extender el evangelio entre todos los pueblos del planeta, es decir serían una continuación de las misiones establecidas en los países extremoorientales desde finales del siglo XIII. Otras se combinarían con la geopolítica de los países cristianos, que tratarían de enlazar con los católicos situados a la espalda del mundo musulmán, ya fuese con las comunidades nestorianas encontradas en las rutas asiáticas por Marco Polo, ya fuese sobre todo con el reino del fabuloso Preste Juan, estratégicamente situado en un rincón del África oriental, sin duda una deformación de

la realidad de la existencia de un cristianismo copto y del Estado de Etiopía, que efectivamente en estas fechas tendría que hacer frente a la prueba de la embestida del islam. En cualquier caso, la evangelización se mostraría unas veces como una coartada justificativa de intenciones menos santas y otras veces como un factor independiente con un contenido exclusivo de proselitismo religioso.

Finalmente, se han aducido razones de tipo mental para explicar el impulso que llevó al descubrimiento de los nuevos mundos. Por una parte, los científicos y los humanistas del cuatrocientos no sólo han contribuido a desterrar los prejuicios heredados sobre el "mar tenebroso", sino que han puesto a disposición de los navegantes una serie de textos clásicos y una serie de observaciones astronómicas que han fundamentado las expectativas de éxito en la exploración de nuevos espacios. Por otra parte, el deseo de conocimiento del *uomo universale* del Renacimiento ha inducido a la verificación de las hipótesis y al desvelamiento de las realidades protegidas por la superstición medieval. Finalmente, el sentimiento prometeico de unas sociedades empeñadas en un proceso de secularización de la actividad del hombre sobre la tierra ha empujado también a la acción, a la ruptura de las barreras, a la superación de los límites, a la abolición de las trabas mentales heredadas del pasado. De ese modo, la empresa de los descubrimientos fue también una aventura del espíritu.

## 2.3. La posibilidad de la expansión exterior

Necesidad económica, exigencia geopolítica, vocación evangelizadora, afán de aventura, una combinación explosiva. Ahora bien, estas incitaciones se hicieron apremiantes precisamente en el momento en que fueron viables. La empresa de los descubrimientos fue posible gracias a la capacidad financiera de los mercaderes, gracias a la voluntad política de los Estados y gracias a las invenciones técnicas puestas al servicio de los expertos en la navegación. Si el armamento de las expediciones destinadas a la exploración del Atlántico exigió la inversión y la capacidad de organización de las compañías comerciales, no fue menos importante el apoyo brindado por las monarquías ibéricas a las grandes empresas que llevaron a los barcos de Vasco da Gama o de Cristóbal Colón hasta las Indias orientales y occidentales. Sin embargo, tales hechos no fueron el producto de decisiones puntuales, sino el fruto de la aplicación a estos objetivos de una serie de recursos técnicos que procedían de un patrimonio experimental que había aumentado sin cesar en los tiempos bajomedievales.

Éste fue el caso de la brújula que, conocida a través de los árabes desde el siglo XIII, se perfecciona con el añadido de la rosa de los vientos y, sobre

todo, de las tablas de declinación magnética, permitiendo una mayor seguridad en el establecimiento de la derrota. Fue también el caso del astrolabio, instrumento utilizado igualmente por los árabes, que permitía el cálculo de la latitud, aunque todavía no el de la longitud, que debió esperar hasta el siglo XVIII para ser incorporado a la navegación marítima. Y esto ocurrió asimismo con la cartografía que, gracias a la tradición de las escuelas mallorquina, genovesa o portuguesa en la producción de *portulanos,* permitió la transmisión de los hallazgos realizados por el cabotaje lusitano a lo largo de las costas occidentales africanas durante todo el siglo XV. Finalmente, hizo falta la puesta a punto de un barco que superase las carencias de los utilizados en las exploraciones de los siglos anteriores (la galera o el barco redondo), cosa que ocurrió cuando los portugueses, a través de sucesivos tanteos, fueron perfilando en torno a 1440 lo que habría de ser la carabela: una nave larga (con una proporción de tres a uno entre la eslora y la manga), dotada de velas cuadradas motrices diseñadas para aprovechar el viento de popa y de velas latinas triangulares capaces de barloventear (es decir, de navegar a la bolina, de servirse también en su avance del viento en contra), de porte reducido (entre 40 y 100 toneladas) pero capaz de ofrecer espacio al rancho, a la tripulación y a un contingente de soldados. La carabela se convertiría en el instrumento imprescindible de las primeras navegaciones oceánicas, en el fundamento material de los decisivos descubrimientos geográficos del siglo XV.

En cualquier caso, no conviene magnificar la apoyatura científica y técnica de las primeras navegaciones. Serían precisamente las expediciones descubridoras las que a lo largo del siglo XVI irían aportando notables perfeccionamientos al arte de navegar. En este sentido, hay que señalar los progresos de la cartografía y de la navegación astronómica, tal como puede comprobarse en las grandes obras publicadas a mediados de la centuria. Así, si el matemático portugués Pedro Nunes publica su *Tratado de Sphera* (1537) y su *De arte atque ratione navegandi* (1546), las contribuciones más influyentes son las de los españoles Pedro de Medina (*Arte de navegar*, 1545) y Martín Cortés (*Breve compendio de la esfera y del arte de navegar*, 1551), donde, como se ha dicho, aprendieron a pilotar todos los marinos europeos de la época.

# 3.
# La invención de África

## 3.1. Las islas del azúcar

La aventura africana de Portugal se inició con la expedición dirigida contra Ceuta, una operación que participaba al mismo tiempo de la tradición de la reconquista y del nuevo objetivo de emprender la exploración sistemática de las costas africanas hasta alcanzar las fuentes del oro primero y llegar a la India después. La ciudad cayó en 1415 en poder de los expedicionarios, que supieron retenerla pese a las acciones emprendidas para su recuperación tanto por los nazaríes granadinos como por los saadíes marroquíes. A partir de ahora se convirtió en una plaza de seguridad para vigilar los movimientos musulmanes, hasta 1640, cuando tras la ruptura de la unión ibérica sus habitantes quedaron bajo la soberanía española, reconocida posteriormente por el Tratado de Lisboa de 1668, aunque ya su función se limitase simplemente a integrarse en el cinturón defensivo mantenido en el Magreb por la monarquía hispánica.

En efecto, la reconquista peninsular llevada a cabo por portugueses y españoles tuvo una continuación lógica en el establecimiento de una serie de plazas de seguridad en el norte de África. También en este aspecto los portugueses precedieron a los españoles, ocupando a lo largo de un siglo una importante serie de posiciones en Marruecos: Alcazarceguer (1458), Arzila, Tánger y la isla Graciosa frente a Larache (1471), Mazagán (1514). Por su parte, los españoles, si bien a lo largo de todo el siglo XV organizaron frecuentes "entradas" en Marruecos (protagonizadas sobre todo por una sociedad de aventureros y marinos andaluces especializados en este tipo de acciones), no consolidaron sus posiciones hasta que la empresa se hizo oficial y fue

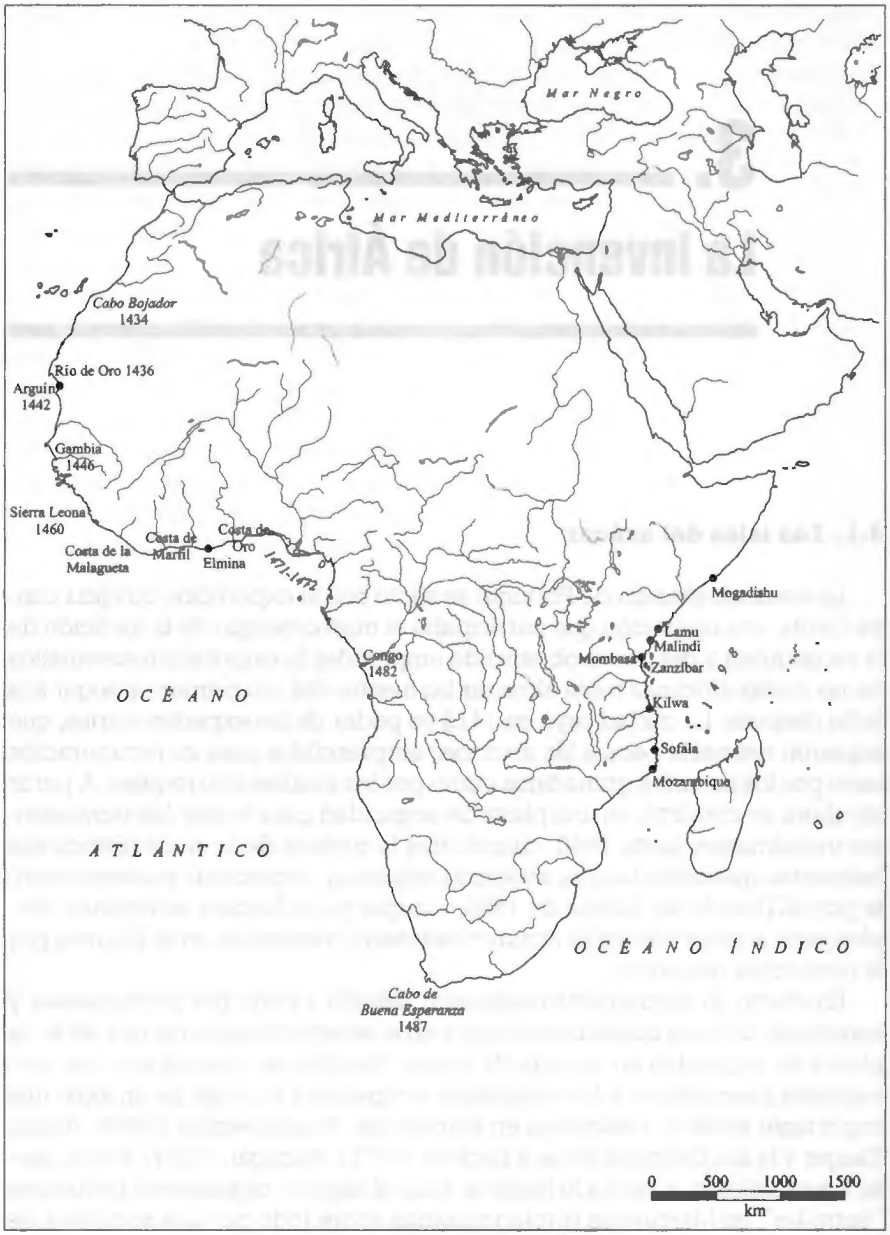


Figura 3.1. Exploración portuguesa de África en el siglo XV.

amparada por la corona, que organizó una serie de expediciones militares destinadas a construir un rosario de presidios (guarniciones fortificadas) en el norte de África: Melilla (1497), Mazalquivir (1505), Peñón de Vélez de la Gomera (1508), Orán (1509), Bugía y Trípoli (1510).

Si la toma de Ceuta fue la primera expresión de la vocación africana de Portugal, el diseño sistemático de la exploración y ocupación del litoral de aquel continente se debió en su mayor parte a la iniciativa del infante don Enrique, llamado el Navegante (1396-1460), gobernador del puerto de Lagos y gran maestre de la Orden de Cristo, que fundó en el promontorio de Sagres, en la región del Algarve, un centro de investigación y de fomento de la navegación oceánica, atendido por un selecto grupo de físicos o astrónomos, cosmógrafos, cartógrafos y pilotos experimentados que mandó reclutar por toda Europa. La llamada por analogía "Escuela de Sagres" fue en cualquier caso un punto de referencia obligado para esta primera fase de la política de expansión portuguesa.

Si Ceuta fue una declaración de intenciones, la primera fase del ciclo lusitano tuvo como objetivo el reconocimiento del Mediterráneo atlántico, es decir las islas fronteras a las costas africanas. Así, la arribada de Joâo Gonçalves Zarco y de Tristâo Vaz Teixeira (1419) al archipiélago de las Madeira permitió la colonización de las islas a partir de 1425. Las Azores, que ya habían sido visitadas por marinos italianos en el siglo anterior, serían redescubiertas hacia 1427 por Diogo Silves (salvo las islas más occcidentales de Flores y Corvo, que no lo serían hasta 1452), mientras que la incorporación definitiva pudo darse por resuelta hacia 1457. Poco después las islas de Cabo Verde eran ocupadas bien por Diogo Gomes y Antonio da Noli, bien por Alvise de Ca' da Mosto, un navegante veneciano al servicio de Portugal (siempre, en 1462). Finalmente, en el último tercio del siglo la incorporación de los archipiélagos se cerraba con el descubrimiento y anexión de las islas de Sâo Tomé y Príncipe (1471, aunque la administración portuguesa no se establecería hasta 1522).

La colonización de los archipiélagos permitió, en primer lugar, satisfacer el objetivo inicial de encontrar nuevas tierras de clima apropiado para el cultivo del azúcar, un producto que se había hecho indispensable para la dieta europea. Pero al mismo tiempo las islas se convirtieron en el lugar donde se ensayaron las fórmulas que permitirían la futura colonización de otros territorios (de modo especial e imprevisto, Brasil): el sistema adoptado fue la concesión de territorios en régimen de dominio señorial (bajo el nombre de capitanías o *donatarias)* a unos beneficiarios, que a cambio se comprometían a poblar y explotar sus posesiones, siempre bajo la soberanía real. Finalmente, las islas pasaron a desempeñar la función de bases privilegiadas para la navegación y el tráfico, de modo que si Cabo Verde y Sâo Tomé se convirtieron fundamentalmente en mercados de esclavos todos los archipiélagos

sirvieron como plataformas para asegurar el regreso de las naves a sus bases metropolitanas siguiendo la ruta conocida como la *volta*, el bucle simple que permitía huir del alisio.

Ahora bien, mientras Portugal procedía a ocupar la mayor parte del Mediterráneo atlántico, una serie de expediciones amparadas por los reyes de Castilla habían situado en la órbita hispánica el último de los archipiélagos de la región, las islas Canarias. Dejando al margen el descubrimiento primerizo de Lanzarote y las restantes tentativas de implantación llevadas a cabo por otros navegantes a lo largo del siglo XIV, la verdadera conquista se había iniciado a comienzos del siglo XV (1402) por obra de los caballeros normandos Jean de Béthencourt y Gadifer de La Salle, quienes se habían puesto bajo la protección de Enrique III de Castilla. Y así, tras una serie de incidencias (tras la venta de los derechos de Béthencourt al conde de Niebla en 1418), el archipiélago había llegado a estar bajo el señorío de una serie de súbditos de los monarcas castellanos (finalmente, Diego García de Herrera e Inés de Peraza). Dejando bajo dominio señorial las "islas menores" de Lanzarote, Fuerteventura, Hierro y Gomera, los Reyes Católicos (en 1477, antes incluso de la conclusión de la guerra civil) rescataron sus derechos sobre las "islas mayores" de Gran Canaria (ocupada entre 1480 y 1483 por Juan Rejón y Pedro de Algaba), La Palma (conquistada por Juan Fernández de Lugo en 1492-1493) y Tenerife (ocupada por el mismo conquistador con el título de adelantado, entre 1493 y 1496), que empezarían a denominarse desde ahora islas reales, frente a las islas señoriales, aunque todas ellas serían colocadas bajo la autoridad de un capitán general de Canarias (1589).

La conquista de las islas Canarias tuvo para España una trascendencia incluso mayor que la de la colonización de los restantes archipiélagos para Portugal. Por un lado, y pese a algunas importantes diferencias (dependencia directa del Consejo de Castilla, nada de doble república de españoles e indios), la incorporación del archipiélago constituiría el banco de pruebas de la futura conquista de América: sistema de capitulaciones de los soberanos con particulares (que organizan la hueste y buscan el apoyo financiero de los mercaderes), sometimiento de los indígenas (guanches de Tenerife, bimbaches del Hierro y habitantes de las restantes islas), empleo alternativo de la fuerza o la negociación con los jefes o guanartemes (integrados y evangelizados), declive de los pobladores aborígenes (diezmados por las epidemias o vendidos como esclavos), establecimiento de las instituciones castellanas e introducción de nuevos cultivos (particularmente, la caña de azúcar). Por otro lado, la situación geográfica del archipiélago le confería una función de portaaviones en relación con las futuras exploraciones dirigidas rumbo a las regiones más occidentales, que se beneficiarían además de su enclave en el callejón de los alisios que desembocaba directamente en el mar de las Antillas. Finalmente, la conclusión de la conquista permitió la reconstrucción, con

objetivos comerciales, de la fortaleza de Santa Cruz de la Mar Pequeña, edificada durante la etapa anterior a la instalación española, muy cerca del territorio que más tarde se denominaría Ifni (1496).

De este modo, las islas del azúcar pasaron a constituirse en un jalón de importancia decisiva para el futuro de la expansión de ambas monarquías ibéricas, aunque los objetivos de una y otra acabaran de apuntar en direcciones opuestas. Por otra parte, la ocupación sería duradera, hasta el punto de que las metrópolis han conservado hasta hoy la soberanía sobre las Madeira, las Azores y las Canarias y sólo han reconocido la independencia de las más alejadas islas de Cabo Verde y de Sâo Tomé y Príncipe.

### 3.2. El contorno africano

Adquirida la cabeza de puente de Ceuta y ocupados los archipiélagos de las Madeira y las Azores, Portugal creyó llegado el momento de superar la linde del "mar tenebroso" y avanzar a lo largo de las costas africanas, más allá de los territorios dominados por los soberanos marroquíes, a lo largo del desolado litoral del desierto del Sáhara. El primer hito es sin duda el momento en que Gil Eanes dobla el cabo Bojador y supera así la barrera sicológica levantada por el pensamiento medieval, de tal modo que la fecha de 1434 puede admitirse como otra de las que simbolizan el triunfo del Renacimiento.

A partir de ahí, las naves portuguesas avanzan sin cesar durante un ciclo de diez años (1434-1444), alcanzando finalmente el lugar conocido como "Río de Oro", es decir la desembocadura del río Senegal, donde se entra en contacto con los primeros pueblos negroafricanos (1444). Es el momento de construir un fuerte en el islote de Arguim (1443), que sirve además de factoría para iniciar el comercio de los esclavos. Es también el momento de consolidar jurídicamente las adquisiciones, lo que se producirá una década más tarde con la obtención de una bula de Nicolás V (1455) reservando el territorio al rey de Portugal.

La etapa siguiente (1444-1482), pese a la ralentización sufrida por el avance lusitano, permite el reconocimiento de las costas de Gambia (1446), Sierra Leona (1460), Costa de Marfil (1470) y Ghana (1471-1472), así como la desembocadura del Níger (1471-1472) y el litoral de Gabón (1475), donde se producirá una prolongada detención de la exploración. Sin embargo, entretanto se ha desarrollado el comercio, que incorpora a los esclavos nuevos productos como el oro, la malagueta (la pimienta pobre, "la pimienta de los pobres"), la goma y el marfil. El ciclo se cierra con la construcción de la principal factoría de la región, el establecimiento de Sâo Jorge da Mina (posteriormente, por corrupción Elmina), fortaleza y mercado destinado a convertirse en una pieza capital del funcionamiento del África portuguesa.

Diogo Cão inicia el último ciclo de la exploración (1482-1488), que le conduce a la desembocadura del Congo y a las costas de Angola. Finalmente, Bartolomeu Dias, que había zarpado de Lisboa con dos carabelas (*São Cristovâo* y *São Pantaleâo*) en 1487, alcanza el último *padrâo* (hito que señalaba los lugares alcanzados por la navegación portuguesa a lo largo del litoral africano) plantado por su antecesor y dobla el cabo de las Tormentas (llamado después cabo de Buena Esperanza), llegando hasta las costas de Natal ya en la vertiente oriental del continente, antes de emprender el regreso a la metrópoli siguiendo el derrotero habitual, pese a que con anterioridad había ensayado la *volta doble,* que se convertirá en la ruta ordinaria de retorno en el siglo siguiente. El camino hacia la India estaba abierto.

Antes, sin embargo, la impaciencia de la monarquía lusitana por el lento avance costero había promovido otra expedición muy diferente, destinada a alcanzar la India por el Mediterráneo y obtener así informaciones que permitieran apoyar el esfuerzo dedicado a la vía africana. Sus protagonistas fueron Afonso de Paiva y Pero da Covilhâ, que partiendo de Santarem poco antes que Dias alcanzaron Adén antes de dividir sus rutas. Mientras Paiva encontraba la muerte en Egipto, Covilhâ alcanzaba los puertos indios de Cananor, Calicut y Goa (futuras escalas portuguesas), antes de emprender el regreso por Ormuz y El Cairo, aunque finalmente se desviaría tomando el camino de Etiopía (el reino del mítico Preste Juan), donde se instalaría y hallaría la muerte. Sus informes llegarían en el momento más oportuno, cuando sus compatriotas habían doblado la punta sur de África y se disponían a emprender la ruta que desde el litoral oriental conducía a las costas occidentales de la India.

Ya para entonces el imperio africano de Portugal se hallaba constituido sobre bases muy firmes. Las factorías de Arguim y Sâo Jorge da Mina garantizaban el tráfico de malagueta, oro, goma y marfil. Las relaciones establecidas con los príncipes indígenas del interior aseguraban el aprovisionamiento de esclavos, que eran distribuidos desde las mismas factorías. Incluso se había comenzado una política de colonización del reino del Congo a partir de la llegada de Diogo Cão.

Finalmente, las bases jurídicas para el reconocimiento del derecho exclusivo de Portugal se habían ampliado gracias a la firma del Tratado de Alcáçovas (1479), que había obligado a Castilla a renunciar a las expediciones al golfo de Guinea (emprendidas por iniciativa del conde de Niebla y duque de Medina Sidonia al calor de la participación portuguesa en la guerra civil de 1474-1479) y había reservado la explotación del continente a los lusitanos, con total exclusión de los castellanos, salvo en lo referente a la ocupación de las islas Canarias. De este modo, y al margen de toda previsión, las cláusulas de Alcáçovas dejarían en manos españolas la posibilidad del descubrimiento de América.

### 3.3. El África portuguesa

Los portugueses, en su largo periplo por la costa occidental africana, fueron naturalmente entrando en contacto con los Estados constituidos en las diversas regiones donde tocaban sus barcos. Las relaciones se limitaron en muchos casos a los tratos que se consideraron necesarios para garantizarse el acceso al tráfico de oro, marfil o malagueta o para servirse de ellos como intermediarios para la obtención de esclavos procedentes de las *razzias* emprendidas contra otras etnias limítrofes. Tan sólo en algunos casos, los lazos tendieron a hacerse más estrechos o la presencia portuguesa más acuciante. Así, sabemos que los reyes de Portugal enviaron embajadas a algunos soberanos de Mali (por entonces un Estado sumido en una decadencia irreversible) y que los exploradores lusitanos visitaron con asiduidad el territorio de Benín, manteniendo consersaciones con sus reyes y propiciando de paso que sus imágenes quedasen incorporadas a las placas de bronce que los artistas locales habían llevado a la máxima perfección y habían convertido en una de las más sobresalientes manifestaciones del arte africano de todos los tiempos.

Sin embargo, la debilidad demográfica portuguesa y los objetivos comerciales prioritarios actuaron como freno de cualquier tentación colonizadora por parte de los exploradores, salvo en un contado número de casos. En la fase del reconocimiento de las costas occidentales, es decir a todo lo largo del siglo XV, el único experimento llevado a cabo fuera de la norma habitual de comportamiento fue el realizado en el reino del Congo. Más tarde, con la llegada a las costas orientales, su intervención no se limitó al inevitable enfrentamiento con los sultanes de las poblaciones de la costa, sino que protagonizaron también otros dos intentos de penetración al interior, en Etiopía y en el reino del Monomotapa.

A la llegada de los portugueses a la región, los primitivos pobladores del África central (pigmeos y bosquimanos) habían sido desplazados por una serie de pueblos bantúes (raza negra, pero término que implica comunidad lingüística y no étnica) y hamitas o etíopes, que habían ocupado, quizás por su superioridad de pueblos "herreros", o sea conocedores de las técnicas del hierro, la orilla izquierda del valle del río Congo y la región de la actual Angola y, más al este y al sur, el área comprendida entre el Zambeze y el Limpopo, en las actuales Zambia y Zimbabwe. En el litoral atlántico estaba establecido por tanto un Estado bantú que, dividido en varias provincias, era gobernado desde su capital de Mbanza (actualmente San Salvador de Angola) por un monarca electivo (o *manicongo*), bajo cuya autoridad los bakongos desarrollaban una vida de cazadores, "herreros" y guerreros, junto a otros pueblos ganaderos (criadores de bueyes y ovejas) y agricultores (cultivadores de mijo, sorgo y ñame).

Pues bien, en 1482 el explorador portugués Diogo Cão tendría la oportunidad de entrevistarse con Nzinga Nkuwa, un nieto del *manicongo*, con consecuencias inesperadas para el futuro del territorio. Así, los portugueses iniciarían un experimento de colonización original tras el bautizo primero de aquel príncipe una vez en el trono y, después, de su sucesor, Nzinga Mbemba, que adoptaría el nombre de Afonso I (1506-1543), se comportaría como un rey ilustrado empeñado en la modernización de su reino y en la colaboración con los lusitanos,y fundaría una dinastía cristiana con tal convencimiento que Mbanza llegaría a contar con diez iglesias y a ser conocida como "la ciudad de las campanas". La experiencia no resistiría, sin embargo, la prueba de la muerte del "apóstol del Congo", que ya había tenido ocasiones de sentirse agraviado por la actitud codiciosa e insolente de los portugueses. La fundación en la costa de la colonia de Angola (centrada en la fortaleza enclavada en la isla de Luanda) sería el detonante para el desencadenamiento de la trata de esclavos en la región, incluido el reino del Congo, que sufriría sus perniciosos efectos desde comienzos del siglo siguiente.

Del mismo modo, cuando los portugueses (como veremos más tarde) se instalan en Sofala, en la costa oriental africana) se enteran de la existencia de un soberano, llamado el monomotapa (es decir, *mwenemutapa*, el "señor de las minas"), a quien se deben los suministros de oro, marfil y hierro que reciben las poblaciones de la costa. El reino, también bantú, conectado con las minas de Zimbabwe y de Mapungubwe, debía tener un cierto nivel de desarrollo, atestiguado por los cultivos en terraza, canales de riego, caminos, pozos, fortalezas, cementerios, etc., así como también un régimen político medianamente evolucionado, que contemplaba el derecho de primogenitura, la poligamia real y un imponente ceremonial. Sin embargo, este relativo esplendor estaba amenazado por sus vasallos de Cangamira (que ya habían ocupado la fortaleza de Zimbabwe), antes de que se concretase la presión portuguesa.

Francisco Barreto, un antiguo gobernador de Goa, mediante unas capitulaciones suscritas en Almeirim (marzo 1569), fue puesto al mando de la expedición que debía emprender la "conquista de Monomotapa", justificada por la muerte del jesuita Gonçalo de Sequeira en la corte de Negomo Mupunzagutu (marzo 1561), pero la incursión de su ejército de 700 hombres no llegó más allá del puesto avanzado instalado por los portugueses en Sena a orillas del Zambeze (fines 1571), desde donde se entablaron algunas negociaciones con el soberano africano y algunas escaramuzas con sus aliados hasta la muerte del jefe de la fuerza expedicionaria (mayo 1573). Enseguida se puso en marcha una segunda tentativa a cargo de Vasco Fernandes Homem, que también abandonó abrumado por el rigor del clima, la resistencia local y los escasos resultados obtenidos de la explotación del oro en el curso de los ríos y de la exploración del territorio en busca de yacimientos alternativos de oro o plata (1574-1577). Habría que esperar al siglo siguiente para reemprender los intentos de implantación en el interior del África oriental.

Como ya vimos, desde finales del siglo XV Etiopía había pasado a inscribirse involuntariamente en el tablero del ajedrez jugado por las grandes potencias musulmanas y cristianas, para quienes el soberano (*negus*, Rey de Reyes y León de Judá) era el legendario Preste Juan, en cualquier caso un monarca cristiano a la espalda de los Estados islámicos del Mediterráneo. Precisamente la gran amenaza a la que hubo de hacer frente el rey Lebna Dengel (1508-1540) fue la invasión musulmana llevada a cabo por el *imam* de Adal, Ahmad ibn Ibrahim al-Gazí, llamado "el Zurdo", que sólo pudo ser detenida, ya en tiempo de su sucesor, Galawedos (1540-1559), gracias a la acción de un contingente portugués de 400 hombres desembarcado en Mitsiwa (enero 1541) al mando de Cristóvão da Gama, quien obtuvo una gran victoria sobre los musulmanes (abril 1541), antes de ser vencido y muerto en un segundo encuentro en que el *imam* tuvo a su lado a un contingente de soldados enviados por el sultán otomano (agosto 1542). En cualquier caso, el ejército etíope y sus aliados portugueses pudieron mantener una guerrilla permanente que finalmente sorprendió y dio muerte al general musulmán (febrero 1543) alejando provisionalmente el peligro del reino.

A lo largo de la segunda mitad de siglo, Etiopía hubo de hacer frente a varias amenazas. Sus reyes no sólo hubieron de resistir la presión militar de la flota turca del Índico (finalmente alejada tras dos derrotas consecutivas en 1578 y 1589), sino sobre todo, sorprendentemente, el proselitismo religioso de sus aliados de la víspera, los propios portugueses, que acabaron por descubrir que el Preste Juan era en realidad un hereje monofisita y que en consecuencia trataron de convertir al catolicismo a los sucesivos monarcas, aunque sin obtener el éxito deseado. La presión ejercida cristalizaría, sin embargo, en el siglo siguiente con la sucesiva conversión de Za Dengel (1603-1604) y de Susneyos (1607-1632), seguida de una reacción nacional y religiosa que llevó al poder al emperador Fasilidas (1632-1667), que apenas entronizado ordenó la completa expulsión de los católicos del país. La influencia portuguesa quedaría, sin embargo, todavía reflejada en la arquitectura de la nueva capital, Gondar, fundada poco después, alrededor de 1635.

De esta forma, los tres intentos de penetración (reinos del Congo, Monomotapa y Etiopía) acabaron en sendos fracasos, de tal modo que antes de terminar el siglo XVI se podía decir que la intervención portuguesa en el interior de África había concluido. A partir de este momento, el imperio lusitano en el continente mantiene la estructura característica de su expansión: un rosario de factorías destinadas a garantizar el tráfico de una limitada serie de artículos (oro, esclavos, malagueta, marfil y goma), primero en exclusiva y más tarde en concurrencia con los nuevos competidores europeos que invaden la región, los holandeses, los ingleses y los franceses.

# 4. El descubrimiento de América

Aunque el Tratado de Alcáçovas había negado explícitamente a Castilla la posibilidad de explorar la costa africana y de alcanzar las tierras de la India y de los países productores de especias, el reconocimiento de sus derechos sobre las Canarias y el silencio sobre las exploraciones en dirección a occidente permitirían a los Reyes Católicos atender el plan que les sería presentado por un navegante genovés llamado Cristoforo Colombo (Cristóbal Colón) y que concluiría con el descubrimiento y colonización de un nuevo continente, América, y más allá, con la instalación española en tierras de Asia (Filipinas) y Oceanía (Marianas y Carolinas).

## 4.1. Los viajes colombinos

Aunque el descubrimiento de América fue posible gracias a la aplicación a la navegación atlántica de la serie de adelantos técnicos puestos a punto a fines del siglo XV, el proyecto que permitiría la efectiva incorporación del Nuevo Mundo fue concebido por Cristóbal Colón, quien tuvo la idea original (aunque estuviera basada en cálculos equivocados) de alcanzar las Indias navegando en dirección a Occidente, una propuesta que encontró buena acogida en la corte de los Reyes Católicos, por cuanto (a pesar de sus debilidades científicas) ofrecía una solución a las ansias castellanas de expansión atlántica sin violar las cláusulas del Tratado de Alcáçovas, que no había previsto esta ruta alternativa a la que llevaría a los portugueses a las costas asiáticas. De este modo, las capitulaciones firmadas por los Reyes Católicos en el campamento de Santa Fe (cerca de Granada, abril 1492) autorizaron la expedición,

otorgando a Colón los títulos de virrey y almirante y los derechos sobre la décima parte de las tierras que fuesen descubiertas, al tiempo que facilitaban los medios financieros (fundamentalmente dinero tomado en préstamo de las rentas de la Santa Hermandad que tenía arrendadas el converso valenciano Luis de Santángel junto al genovés Francisco de Pinelo, sumado a alguna cantidad allegada por el propio Colón a partir de sus amigos andaluces, genoveses y florentinos) y la colaboración de los armadores onubenses (en particular, de los hermanos Martín Alonso y Vicente Yáñez Pinzón), fundamental para la organización de la expedición (compuesta por una nao, la *Santa María*, y dos carabelas, la *Niña* y la *Pinta*) que zarparía el mismo año del puerto de Palos (agosto 1492).

La llegada de Colón, después de algo más de dos meses de navegación (octubre 1492), a la isla de Guanahaní (bautizada San Salvador, en las Bahamas, seguramente la actual Watling), significó el descubrimiento de un Nuevo Mundo (aunque para el almirante siguiera siendo Asia o la India, la antesala del Cipango y el Catay de Marco Polo), hecho que desató inmediatamente un conflicto diplomático con Portugal, que se solventó con la emisión por parte del papa Alejandro VI (un Borja, un hombre de la corona aragonesa) de las famosas bulas *Inter caetera* (3 y 4 mayo 1493) concediendo a los soberanos todas las tierras halladas a 100 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde y finalmente con la firma del Tratado de Tordesillas (7 junio 1494), que establecía el definitivo reparto del ámbito de las exploraciones entre España y Portugal, fijando la divisoria en una línea imaginaria situada de norte a sur a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. Este acuerdo reservaba América para España (aunque permitiría el asentamiento lusitano en Brasil, que se haría efectivo después de la arribada de Pedro Álvarez Cabral, en abril de 1500), a cambio de garantizar la expansión portuguesa por Asia hasta las islas de las especias, aunque (como veremos) no evitaría el contencioso por la posesión de las Molucas, solventado durante el reinado de Carlos I por el Tratado de Zaragoza (1529).

En cualquier caso, el primer viaje de Colón permitió el reconocimiento de otra serie de islas del mismo archipiélago de las Bahamas, antes de avistar Cuba (bautizada en principio como Juana) y Santo Domingo (llamada La Española, nombre que conservaría durante mucho tiempo), donde se perdería la nao *Santa María*, con cuyos materiales el almirante construiría el primer asentamiento en el Nuevo Mundo, el Fuerte Navidad. Al regreso, un temporal separó las dos carabelas, aunque ambas conseguirían llegar a salvo a la península. El éxito de la expedición impuso el recibimiento de Colón por parte de los soberanos, a la sazón en Barcelona, y el apoyo para organizar una segunda flota, que partiría para las Antillas el mismo año de 1493.

Las exploraciones proseguirían durante el reinado de los Reyes Católicos, tanto por el propio Colón, que completaría un ciclo de cuatro expediciones,

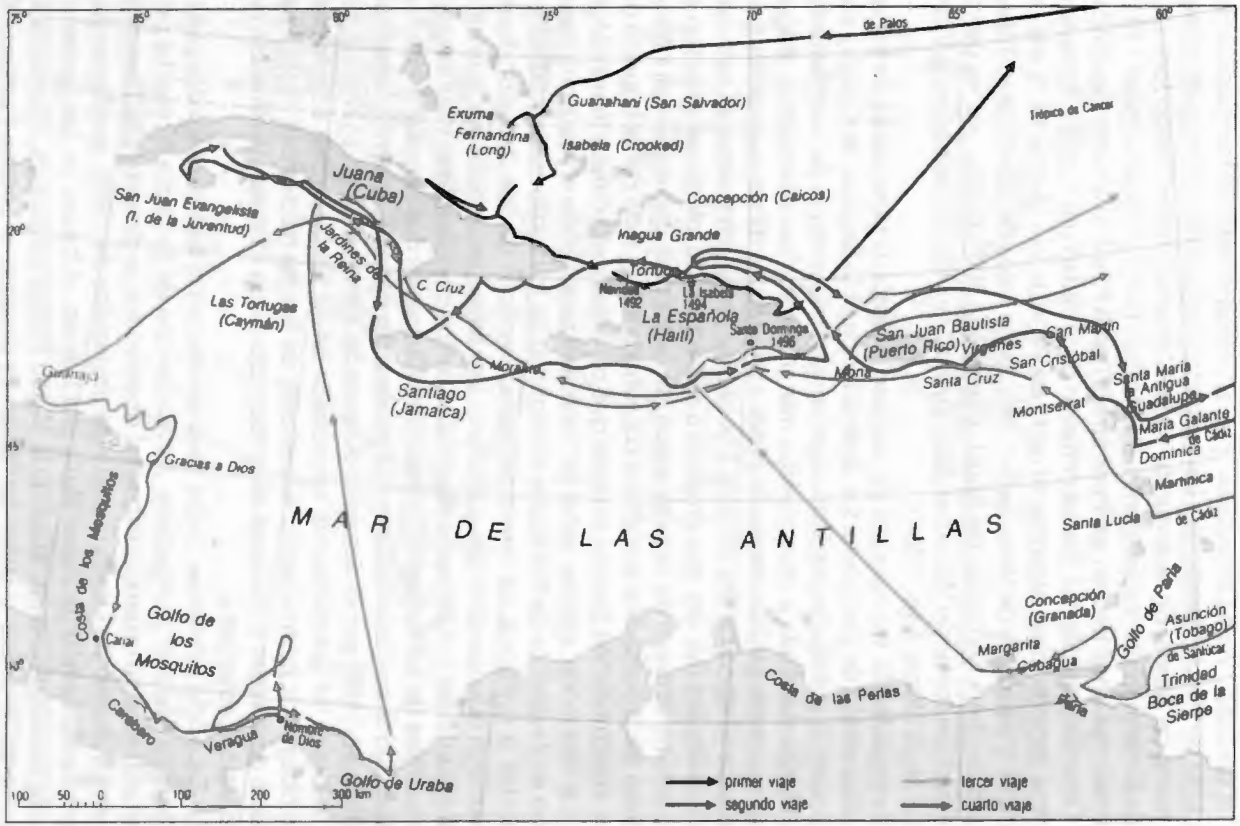


Figura 4.1. Viajes colombinos (1492-1502). *Fuente:* Morison, 1942.

como por otros navegantes, los protagonistas de los llamados "viajes menores" o también "viajes andaluces" por el protagonismo de los marinos del condado de Niebla, avezados a las "entradas" en los territorios musulmanes del norte de África. En el segundo viaje, Colón descubre Puerto Rico (llamada Borinquen por los indígenas, noviembre 1493) y Jamaica (mayo 1494), mientras que en el tercero toca por fin en Tierra Firme al alcanzar las bocas del Orinoco después del descubrimiento de Trinidad (julio 1498). Entre tanto, otras expediciones alcanzan el golfo de Paria, la isla Margarita, la isla de Curaçâo y las costas de Venezuela (1499), poco antes de que Vicente Yáñez Pinzón arribe a las costas de Brasil (enero de 1500). Colón, por su parte, explorará las costas de Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá en el transcurso de su último viaje (1502).

La exploración y ocupación de las islas abrieron la posibilidad de iniciar la colonización de los territorios descubiertos. A la llegada de Colón y sus sucesores la población predominante en las Antillas era la de los arawakos, que habían sustituido a otros pueblos más primitivos, los siboneyes, y que en aquel momento estaban haciendo frente a los ataques de unos invasores más atrasados y belicosos, los caribes. Las islas se revelaron pobres en recursos con la salvedad del oro, que empezó a ser explotado intensivamente con el concurso de la mano de obra indígena, un factor más que explica el rápido declinar de la población autóctona, consumida sobre todo por el impacto de unas enfermedades nuevas para las que carecían de recursos inmunológicos. De este modo, aunque Isabel la Católica se negó desde el primer momento a la esclavización de los indios, el régimen de trabajo forzado y las encomiendas o repartos de contingentes al servicio de los descubridores provocaron el primero de los numerosos incidentes generados por la incompatibilidad entre los intereses materiales de los colonizadores y las exigencias morales de los evangelizadores más celosos: los dos famosos sermones pronunciados en Santo Domingo (la primera capital de la América española, fundada en 1496) por el dominico Antonio de Montesinos en 1511 no evitaron la lógica de la explotación económica de las tierras recién adquiridas, pero obligó a la promulgación de las leyes de Burgos (diciembre 1512), que trataron de arbitrar soluciones de compromiso que aliviasen la situación de la población amerindia.

La Española primero y Cuba después se convirtieron en sendas plataformas para iniciar la conquista y colonización de la Tierra Firme. La primera expedición organizada con tal objetivo fue la dirigida por Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda (a partir de noviembre de 1509), que fue seguida por la fundación de Santa María del Darién, el centro de las posteriores exploraciones, entre ellas la de Vasco Núñez de Balboa, que sería el primero en atravesar el istmo de Panamá y alcanzar el océano Pacífico (27 setiembre 1513). El mismo año Juan Ponce de León llegaba a la Florida. Y

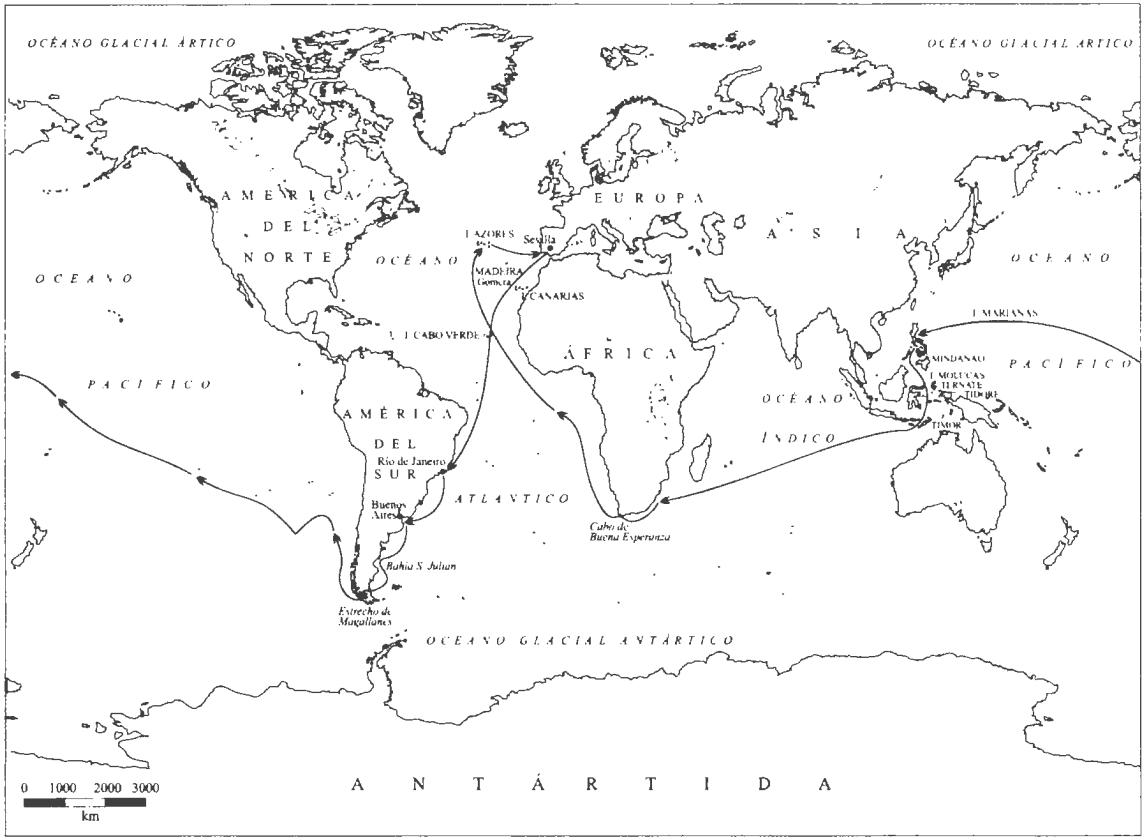


Figura 4.2. Primera vuelta al mundo. Expedición Magallanes-Elcano (1519-1522).

cinco años después Juan de Grijalva recorría el litoral mexicano, llegando al territorio de Tabasco, estableciendo contacto con los aztecas y tomando posesión del islote de San Juan de Ulúa en frente de lo que habría de ser la ciudad de Veracruz (1518). El camino hacia México quedaba así abierto.

### 4.2. La primera vuelta al mundo

La primera vuelta al mundo fue el resultado de un proyecto para alcanzar por Occidente las tierras de Asia (siguiendo el viejo sueño colombino), a fin de reclamar para España frente a Portugal la posesión de las islas Molucas, cuya confusa ubicación geográfica originaba dudas sobre la adscripción a una u otra potencia de acuerdo con los pactos contenidos en el Tratado de Tordesillas. Firmadas las capitulaciones entre Carlos V y el navegante portugués Fernão de Magalhães (Fernando de Magallanes) en 1518, las cinco naves aparejadas al efecto zarparon de Sevilla al año siguiente (agosto 1519). Tras efectuar la invernada en las costas de Patagonia, el descubrimiento del que sería llamado estrecho de Magallanes permitió alcanzar el océano Pacífico en noviembre de 1520. La flota arribó primero a las islas Marianas y más tarde a las islas Filipinas, con la adversa circunstancia de la muerte en el empeño tanto del propio de Magallanes como de los restantes responsables de la escuadra y de parte de la oficialidad. Asumido el mando por el español Juan Sebastián Elcano, la expedición llegó a las Molucas, atracando en Tidore, donde se procedió a la carga de las codiciadas especias de la región. Inmediatamente después, la nave *Victoria*, que finalmente sería la única que completaría la travesía, inició el retorno, doblando el cabo de Buena Esperanza y entrando en el puerto de Sevilla, con sólo 18 tripulantes supervivientes, en setiembre de 1522. Así se realizó la primera circunnavegación del planeta, que sería relatada por el italiano Antonio de Pigafetta.

### 4.3. La conquista y colonización del Nuevo Mundo

La instalación de los españoles en las Antillas fue el preludio para la conquista de América, para el sometimiento militar de las poblaciones amerindias que habitaban la mayor parte del continente, en un área comprendida durante el siglo XV entre las actuales fronteras de México y el territorio de las actuales Repúblicas de Chile y Argentina. La dominación española se impuso así sobre unos pueblos de muy diferente implantación territorial, efectivos demográficos, modos de vida y niveles culturales.

Figura 4.3. Bernardino de Sahagún: *Historia General de las cosas de Nueva España* (Biblioteca del Palacio Real, Madrid, siglo XVI).

En 1492 América podía contar con unos 30 millones de habitantes (cifra a medio camino entre los partidarios de una alta cota de poblamiento, unos 75 millones, y los partidarios de un continente semidesértico, menos de 10 millones), aunque muy desigualmente distribuidos, con una alta densidad en el México central de la Confederación Azteca (tal vez de 10 a 12 millones, una cifra media entre las distintas propuestas, de 5 a 25 millones), una concentración menor en los Andes centrales del Imperio de los Incas (tal vez 6.000.000 en las Repúblicas actuales de Ecuador, Perú y Bolivia) y algunos otros núcleos de población de cierta consideración, como la avanzada área

cultural chibcha o muiska (quizás cerca de 3.000.000 de habitantes en la actual Colombia), las Antillas (quizás medio millón de habitantes en Santo Domingo, la más poblada, pero pronto despoblada) y la América Central de lengua chibcha (tal vez menos del millón de habitantes), mientras que el resto (tal vez unos 6 millones, que apenas si establecieron contacto con los europeos hasta bien entrado el siglo XVII) se repartían entre América del Norte (salvo México) y las demás regiones del continente.

Estos últimos pueblos, menos desarrollados, habitantes de áreas desérticas o semidesérticas, la mayoría de vida nómada aunque algunos ya sedentarizados, formarán las marcas de la primera colonización española, entrando en contacto con los europeos en fechas más tardías. Entre ellos deben destacarse los algonquinos de Canadá y los pueblos de los bosques orientales de la frontera entre Canadá y Estados Unidos, los mohicanos y hurones, por un lado, y, por otro, los iroqueses, los más belicosos y por tanto los que ofrecieron mayor resistencia a la instalación de franceses e ingleses. Al sur se sitúan los cazadores de bisontes de las praderas, que conocen primero a los españoles (en Kansas y Nebraska), antes de entrar más tardíamente en conflicto con los colonos norteamericanos (siux, cheyennes, comanches), mientras que el Gran Suroeste de los actuales Estados Unidos, las posesiones más septentrionales del Imperio español (los actuales estados de California, Nevada, Utah, Colorado, Arizona, Nuevo México y Texas), acoge a los sedentarios indios pueblos y hopis junto a los emigrantes del gran tronco atapasco, es decir los apaches y los navajos. En América del Sur, los más evolucionados son los araucanos o mapuches, agricultores y ganaderos que ofrecieron una tenaz resistencia al avance español, mientras que mantienen un nivel más atrasado los habitantes de las selvas amazónicas, los cazadores del Chaco y la Pampa y los fueguinos o habitantes del extremo más meridional del subcontinente.

El mundo poblado que exploraron y conquistaron los españoles en la primera mitad del siglo XVI basaba su agricultura en el cultivo del maíz (que acompañaban de otras especies comestibles como el fríjol, el ají o la patata) en áreas de regadío. Sin embargo, antes del año 1000 la descompensación entre la población en aumento y los recursos en relativo retroceso por la falta de tierras cultivables generaron una serie de crisis que pusieron fin al llamado periodo clásico de las culturas precolombinas. A partir de entonces se produce, por un lado, el proceso de militarización y de concentración política del periodo posclásico en México, mientras que en Perú hay constancia de desplazamientos de población en relación con la búsqueda de tierras de asentamiento más que de expansión imperialista, y la civilización maya prácticamente desaparece devorada por una selva tropical reacia al prolongado cultivo del maíz. En cualquier caso, los pueblos mesoamericanos (mayas, zapotecas, aztecas, etc.), así como los pueblos andinos, habían desarrollado a la llegada de los españoles una alta cultura comparable en muchos aspec-

tos a la europea coetánea y se presentaban unificados bajo regímenes políticos centralizados, lo que, siendo positivo para la construcción de imperios tan dilatados como el azteca o el incaico (extendido por los actuales Perú, Bolivia y Ecuador, con una punta hacia Chile y Argentina), se revelaría muy negativo a la hora del enfrentamiento con los conquistadores.

Éste es el mundo que conocen los españoles, que van a iniciar la conquista imponiendo su superioridad militar (cañones y caballos) sobre las áreas más ricas, más pobladas y más evolucionadas políticamente (dando así la impresión de una conquista del continente por la espalda), mientras que apenas sí se animan a penetrar en las regiones más pobres, menos pobladas y menos organizadas políticamente, donde las perspectivas de éxito económico eran menores y las dificultades de imponerse militarmente a los indígenas dispersos e incontrolables eran superiores. Como norma general, la conquista y colonización del siglo XVI progresó en aquellas regiones en que existieron menos distancias culturales entre conquistadores y conquistados, mientras que las regiones más alejadas en este sentido sólo serían incorporadas en los dos siglos siguientes.

La conquista del área mesoamericana (1519-1521, casi todo el México actual y parte de Centroamérica) partió de Cuba (once navíos y 550 soldados) y corrió a cargo de Hernán Cortés, cuya alianza con los tlaxcaltecas y los totonacas (enemigos de los aztecas o mexicas) le facilitó la entrada en México-Tenochtitlan y la custodia del emperador Moctezuma. La sublevación de la capital obligó a la huida ("Noche Triste", 30 junio 1520), a nuevos enfrentamientos militares (batalla de Otumba, 7 julio siguiente) y a nuevas alianzas políticas para lograr la definitiva ocupación de México. La muerte de Moctezuma y la ejecución de Cuauhtémoc, que dejaron al Imperio azteca decapitado, permitieron la progresiva dominación del extenso territorio mexicano.

El mito de Eldorado fue el motor que impulsó a Francisco Pizarro a emprender desde Panamá la conquista del Tahuantinsuyu (1532-1533) o gran Imperio incaico del Perú (4.000 kilómetros entre el sur de Colombia y el centro de Chile). Pizarro desembarcó en Túmbez, atravesó los Andes, llegó a Cajamarca (donde le había citado Atahualpa, enfrentado en guerra civil a su hermano Huáscar), capturó y ejecutó al soberano deificado (aunque le había prometido la libertad a cambio de un fabuloso rescate en oro y plata), entrando en Cuzco, la capital, sin oposición. La fundación de Lima (enero 1535) marcó el fin de la conquista, pese a la prolongada resistencia de los indígenas del estado de Vilcabamba, que no terminó sino con la captura y ejecución de Túpac Amaru (1572).

Si bien la conquista de los grandes imperios centralizados, más avanzados, fue relativamente fácil y rápida, el resto de la expansión por el continente se hizo palmo a palmo, funcionando los grandes imperios como centro de operaciones de donde partían las diversas expediciones a otros territorios.

De México partieron expediciones hacia el sur, hacia Guatemala, El Salvador y Honduras (Pedro de Alvarado, 1524), y hacia el norte, hacia Nueva Galicia (Nuño Guzmán, 1529-1536). Lima, por su parte, fue el punto de arranque para las expediciones a Quito (Sebastián de Belalcázar, 1534) y Chile (Pedro de Valdivia, 1540). También hubo subnúcleos de conquista autónomos: Panamá (Vasco Núñez de Balboa, 1519), Colombia (Gonzalo Jiménez de Quesada, 1538), Río de la Plata (explorado ya por Juan Díaz de Solís en 1515 y luego por Pedro de Mendoza, el fundador de Buenos Aires, 1534), que no termina de asentarse sino tras la segunda fundación de Buenos Aires por Juan de Garay (1580), Paraguay (Domingo Martínez de Irala, 1537) o Venezuela, una colonización singular, emprendida primero por los colonos alemanes enviados por los Welser, banqueros de Carlos V (1528-1546), y reemprendida por los españoles (Diego Lozada, 1567).

Al mismo tiempo, se prosiguieron las exploraciones, hacia el norte de Nueva España, como las de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (náufrago de la expedición de la Florida y obligado viajero durante ocho años por las actuales tierras meridionales de Estados Unidos hasta su regreso a México, 1536), Hernando de Soto (Florida, 1539-1542, antes de morir a orillas del Mississippi, que también había descubierto) y Francisco Vázquez Coronado (actuales estados de Texas, Oklahoma, Kansas y Nebraska antes de regresar por Nuevo México, 1540-1542), y también en el subcontinente sur, como la de Francisco de Orellana (Amazonas, 1540-1542), aunque se dejaron sin explorar inmensos territorios limítrofes que no ofrecían suficientes atractivos para iniciar una empresa de colonización, por las dificultades de la geografía (selvas, desiertos) o por la resistencia de los nativos.

Esta resistencia, tras la sumisión del último inca, se concentró en el área occidental de México (guerra del Mixtón, en Nueva Galicia, 1541-1542), la frontera norte (una auténtica "frontera chichimeca" siempre inestable) y el sur chileno, que desde el primer momento había sido un verdadero "Flandes americano" y donde la insurrección general araucana de 1598 puso en peligro toda la obra de Valdivia. También son dignas de mención la resistencia de los mayas, especialmente en 1534-1538 y en 1546-1547. Por el contrario, la resistencia de los caracas mandados por el cacique Guaicaipuro fue finalmente dominada por Lozada en 1568.

Paralela a la conquista dio comienzo la colonización, es decir la explotación de los recursos y la administración de los territorios. La economía se puso al servicio de la metrópoli, primándose la extracción de plata de las minas mexicanas (Zacatecas, 1546) y peruanas (Potosí, 1545, complementada con el mercurio de Huancavelica, 1563), mediante el trabajo forzado de los indígenas (que alcanza su versión típica en el sistema peruano de la mita), aunque se atendió también a la agricultura de subsistencia, para la que se requirió el concurso de la mano de obra india bajo la forma conocida como

encomienda, en esencia un sistema de prestaciones personales en beneficio de una aristocracia señorial terrateniente al estilo castellano. El asentamiento adoptó la forma de una clara separación entre la "república de los españoles" (que fundaron ciudades siguiendo la cuadrícula hipodámica y la jerarquización del espacio) y la "república de los indios", que conservaron sus viejos pueblos o pasaron a habitar en establecimientos nuevos llamados reducciones, siempre bajo la autoridad de sus propios caciques o curacas.

Las leyes Nuevas de 1542 significaron una reacción del poder monárquico frente al proceso de señorialización amparado por los colonos (ya "encomenderos"), suprimiendo las prestaciones personales, aboliendo los señoríos jurisdiccionales y estableciendo las instituciones características del absolutismo. Así, el territorio se dividió en los dos virreinatos de Nueva España y Perú (separados por una divisoria situada en el istmo de Panamá), a su vez subdivididos en las demarcaciones menores de las audiencias, mientras que cada unidad regional se dotaba de oficinas fiscales llamadas Cajas Reales. El virrey, máxima encarnación de la autoridad regia, era gobernador y capitán general de su territorio y presidente de la Audiencia de la capital. Las audiencias, en principio órganos colegiados para la administración de justicia, desempeñaron también funciones gubernativas en sus demarcaciones, que indicaban ya un rápido e inevitable proceso de regionalización (Santo Domingo, México, Panamá, Lima, Guatemala, Guadalajara, Santa Fe de Bogotá, Charcas, Quito y Chile). Algunas provincias tuvieron administraciones especiales, las gobernaciones o capitanías generales de los territorios fronterizos, como Venezuela, Chile y Yucatán. Finalmente, el cabildo presidía la vida política de cada una de las ciudades que iban surgiendo a todo lo largo de la geografía americana. Todo el sistema dependía en última instancia del Consejo de Indias, supremo órgano administrativo para las cuestiones del Nuevo Mundo (creado en 1524), cuyas disposiciones empezaron a ser recogidas en tiempos de Felipe II, dando lugar a una primera recopilación, el *Cedulario Indiano* de Diego de Encinas (1596).

Al mismo tiempo, la Iglesia (estrechamente regida por la corona en virtud del patronato de las Indias) se dotaba de su propia división diocesana (tres arzobispados y una veintena de obispados a finales de siglo), mientras la evangelización (pieza justificativa del dominio político) se encargaba al clero regular, singularmente en esta primera etapa a los franciscanos, los dominicos, los agustinos y los mercedarios, a la espera de la llegada de los jesuitas, órdenes todas que fueron un poderoso agente de encuadramiento de la población indígena y también un imprescindible brazo ejecutor de las decisiones políticas. Unida a la evangelización estuvo desde el primer momento la difusión de la cultura, encomendada a las dos universidades de Santo Domingo (1538 y 1583) y de México y Lima (ambas fundadas en 1551) y contando con la ayuda de las primeras imprentas instaladas en el Nuevo Mundo a par-

Figura 4.4. Conquista y colonización de América en el siglo XVI.

Figura 4.4. (Continuación.)

tir de 1539. La mayor parte de América quedaba así incorporada de manera definitiva al mundo hispánico.

Las autoridades metropolitanas necesitaron pronto de una serie de informaciones que les permitieran adoptar las medidas más oportunas para el gobierno del imperio ultramarino. De este modo, en la segunda mitad de siglo se organizaron algunas importantes encuestas, singularmente la expedición dirigida por Francisco Hernández, que pasó varios años recorriendo el virreinato de Nueva España y ordenando sus materiales en la capital mexicana (1571-1577), aunque nunca pudo ver impresa su obra, de la que sólo salió a la luz un resumen (publicado por Francisco Ximénez en 1615). Mayor difusión tuvieron los datos procedentes de un cuestionario remitido a Indias ordenados por el cosmógrafo mayor Juan López de Velasco bajo el título de *Geografía y descripción universal de las Indias* (1574). Gracias a ellos tenemos una primera estimación fiable de la población de los territorios americanos bajo dominio español: un total de 120.000 europeos, 230.000 africanos, mestizos y mulatos y 9,4 millones de indígenas. Si hoy estamos dispuestos a admitir gracias a las últimas investigaciones un máximo de 200.000 emigrantes españoles para todo el siglo XVI, nos hallamnos ante unas cifras equilibradas, tal vez sólo algo por debajo de la realidad. La América española fue una colonia de población, pero los europeos (al igual que en la mayor parte del continente en los siglos siguientes) estuvieron en minoría con respecto a las demás etnias, al margen de la rápida difusión del mestizaje entre blancos e indios (mestizos propiamente dichos), blancos y negros (mulatos) y negros e indios (zambos).

Al margen, la América española asistió a la aparición de una literatura y un arte propios aunque estrictamente dependientes de las formas importadas de la metrópoli. En el caso de las letras, sus mejores cultivadores fueron el poeta lírico Gutierre de Cetina, aunque la muerte le sorprendió apenas instalado en México, y Alonso de Ercilla, autor del mejor poema épico de la época, fruto de sus personales experiencias en el transcurso de las campañas militares chilenas, *La Araucana* (publicado entre 1569 y 1592), cuyo verdadero héroe no es el virrey Hurtado de Mendoza, sino los caudillos indígenas Lautaro y Caupolicán.

La arquitectura no pudo por menos de desarrollarse en un espacio necesitado de toda suerte de edificios administrativos y religiosos, públicos y privados. Baste señalar el predominio (en estilo plateresco o herreriano) de los palacios, las oficinas públicas, las fortificaciones y, sobre todo, las iglesias, las misiones y los conventos, que siguen el modelo de la iglesia amplia y fortificada con claustro, huerto y otras dependencias y un atrio amurallado donde se yergue la cruz, la capilla de indios y las capillas posas donde se detenían las procesiones. Dependientes de las iglesias son también la escultura (retablos, sillerías, púlpitos, imágenes), la pintura y la música, en manos de artistas llegados de la metrópoli y dispuestos a prolongar en América los estilos europeos.

### 4.4. El Pacífico español

El continente americano había sido, entre otras cosas, una barrera interpuesta en la ruta prevista por Colón hacia el mundo descrito por Marco Polo y hacia los países de las especias. Por ello, tan pronto como Núñez de Balboa descubrió el Pacífico, las autoridades españoles (tanto en la metrópoli como en la propia América) decidieron la continuación del proyecto original de alcanzar las Indias por occidente. La primera expedición a las Molucas, como vimos, tuvo como consecuencia inesperada la realización del primer viaje de circunnavegación del planeta y el descubrimiento de las islas Marianas y de las islas Filipinas. Los dos siguientes viajes al Maluco (como se solía llamar en la época), realizados por García Jofre de Loayza (1525-1527) y Álvaro de Saavedra (1527-29) permitieron a su vez el descubrimiento de las islas del Almirantazgo y de las islas Carolinas. El Tratado de Zaragoza (abril 1529), que reconoció las Molucas como zona de influencia portuguesa, puso fin a este ciclo de exploraciones, pero algunos de sus resultados secundarios fructificarían más tarde con la colonización de los archipiélagos micronésicos de las Marianas y las Carolinas (ya en el siglo XVII) y la conquista y colonización de las Filipinas.

Si el primer viaje expresamente destinado a las Filipinas, el dirigido por Ruy López de Villalobos (1542-1545), sirvió para tomar las primeras posiciones y explorar parte de sus costas, el segundo, bajo el mando de Miguel López de Legazpi (1564-1565), supuso ya el asentamiento definitivo de los españoles y el inicio de la conquista de las islas mayores, que pronto tuvo como centro de operaciones la ciudad de Manila en la isla de Luzón (refundada en 1571 a partir de un asentamiento indígena previo), que enseguida asumió las funciones de capital del territorio y que junto con Cavite (sede de los principales astilleros) fue la plataforma para la completa ocupación del archipiélago, que se prolongaría hasta finales del siglo XIX. Del mismo modo, el éxito de la expedición se completaría con el descubrimiento por Andrés de Urdaneta de la llamada vuelta de Poniente, la ruta que posibilitaba el tornaviaje y más adelante haría factible la Carrera de Acapulco a cargo del llamado galeón de *Manila*. Por último, la base filipina permitiría no sólo la presencia española en el "Pacífico de los Ibéricos", sino la arribada a los puertos asiáticos, japoneses y continentales.

Si las Filipinas potenciaron las expediciones al Pacífico norte, el virreinato peruano fomentó la navegación a las islas de Oceanía al sur del ecuador. En esta dirección, la realización más importante fue la acometida por Álvaro de Mendaña, que dirigió dos expediciones (la primera con el concurso de Pedro Sarmiento de Gamboa), que concluyeron respectivamente con el descubrimiento del archipiélago melanésico de las Salomón (1567-1569) y del archipiélago polinésico de las Marquesas (1595). Aunque ninguna de las expediciones condujo a una ocupación efectiva de los territorios descubier-

tos, ambas sirvieron para perfilar el mapa de Oceanía, al tiempo que la segunda ofrecía al piloto Pedro Fernández de Quirós la experiencia necesaria para la nueva empresa llevada a cabo en estas latitudes, la que permitiría el descubrimiento de las Nuevas Hébridas, ya en el siglo siguiente (1605-1607). Al tiempo que el Pacífico se convertía en un "lago español", la expansión hispánica alcanzaba así casi sus máximos límites.

### 4.5. La Carrera de Indias

En relación con el Nuevo Mundo, España experimentó inmediatamente la doble necesidad de enviar una serie de productos a los colonos instalados al otro lado del Atlántico y de recibir las remesas de metales preciosos y de otros géneros que eran el fruto de la puesta en explotación de los territorios conquistados. El sistema comercial que regulaba los intercambios entre la metrópoli y sus colonias americanas recibió pronto el nombre de la Carrera de Indias.

La Carrera de Indias quedó perfectamente articulada a lo largo del siglo XVI, con la consolidación de la dualidad entre la Casa de la Contratación (como institución técnica y administrativa para la ordenación del tráfico) y el Consulado o Universidad de Cargadores (creado en 1543 y confirmadas sus ordenanzas en 1556), que actuaba como órgano representativo de los mercaderes interesados en los intercambios coloniales y como tribunal privativo de comercio. Así, si Sevilla quedaba instituida como único puerto de salida y llegada de las flotas, el monopolio mercantil era ejercido por los miembros del Consulado, que debían ser españoles o extranjeros naturalizados, siempre católicos y originarios de países amigos, que obtenían su carta de naturaleza por avencidamiento, estancia continuada, matrimonio con española o nacimiento en segunda generación (los llamados "jenízaros"). Una norma que estimuló el establecimiento en Sevilla o lugares cercanos, junto a los comerciantes andaluces, de nutridas colonias de mercaderes vascongados, cántabros y castellanos, amén de genoveses, italianos de otra procedencia, flamencos y, en menor número, otros extranjeros. Ellos fueron los agentes y beneficiarios del monopolio.

Después de algunas vacilaciones, el sistema comercial de la Carrera de Indias quedó regulado por el llamado Proyecto de Flotas y Galeones (octubre 1564), que establecía la salida de dos grandes flotas compuestas esencialmente de galeones (la primera llamada usualmente "la flota", mientras que la segunda recibía usualmente el nombre de "los galeones"), que desde Sevilla se dirigían respectivamente al puerto mexicano de Veracruz (después de tocar en Santo Domingo y La Habana) y a la llamada Tierra Firme (puertos de Nombre de Dios, Portobelo y Cartagena de Indias), donde descargaban sus productos, que eran internados hasta la ciudad de México, en el primer caso, y, en el segundo, hasta la ciudad de Panamá, ya en el Pacífico, donde eran

CUADRO 4.1. La Carrera de Indias. Importaciones totales de metales preciosos en pesos (450 maravedís) por periodos quinquenales (1503-1660).

| *Periodo* | *Públicos* | *Privados* | *Total* |
|---|---|---|---|
| 1503-1505 | 97.216,5 | 273.838,8 | 371.055,3 |
| 1506-1510 | 213.854,0 | 602.382,5 | 816.236,5 |
| 1511-1515 | 313.235,0 | 882.318,5 | 1.195.553,5 |
| 1516-1520 | 260.217,5 | 732.979,0 | 993.196,5 |
| 1521-1525 | 35.152,5 | 99.017,5 | 134.170,0 |
| 1526-1530 | 272.070,5 | 766.366,5 | 1.038.437,0 |
| 1531-1535 | 432.360,5 | 1.217.870,5 | 1.650.231,0 |
| 1536-1540 | 1.350.885,0 | 2.587.007,0 | 3.937.892,0 |
| 1541-1545 | 757.788,5 | 4.196.216,5 | 4.954.005,0 |
| 1546-1550 | 1.592.671,5 | 3.916.039,5 | 5.508.711,0 |
| 1551-1555 | 3.628.506,5 | 6.237.024,5 | 9.865.531,0 |
| 1556-1560 | 1.568.495,5 | 6.430.503,0 | 7.998.998,5 |
| 1561-1565 | 1.819.533,0 | 9.388.002,5 | 11.207.535,5 |
| 1566-1570 | 3.784.743,0 | 10.356.472,5 | 14.141.215,5 |
| 1571-1575 | 3.298.660,5 | 8.607.948,5 | 11.906.609,0 |
| 1576-1580 | 6.649.678,5 | 10602262,5 | 17.251.941,0 |
| 1581-1585 | 7.550.604,0 | 21.824.008,0 | 29.374.612,0 |
| 1586-1590 | 8.043.212,5 | 15.789.418,0 | 23.832.630,5 |
| 1591-1595 | 10.023.348,5 | 25.161.514,0 | 35.184.862,5 |
| 1596-1600 | 10.974.318,0 | 23.454.182,5 | 34.428.500,5 |
| 1601-1605 | 6.519.885,5 | 17.883.442,5 | 24.403.328,0 |
| 1606-1610 | 8.549.679,0 | 22.855.528,0 | 31.405.207,0 |
| 1611-1615 | 7.212.921,5 | 17.315.199,0 | 24.528.120,5 |
| 1616-1620 | 4.347.788,0 | 25.764.672,0 | 30.112.460,0 |
| 1621-1625 | 4.891.156,0 | 22.119.522,5 | 27.010.678,5 |
| 1626-1630 | 4.618.801,0 | 20.335.725,5 | 24.954.526,5 |
| 1631-1635 | 4.733.824,5 | 12.377.029,5 | 17.110.854,0 |
| 1636-1640 | 4.691.303,0 | 11.623.299,0 | 16.314.602,0 |
| 1641-1645 | 4.643.662,0 | 9.120.140,5 | 13.763.802,5 |
| 1646-1650 | 1.665.112,5 | 10.105.434,5 | 11.770.547,0 |
| 1651-1655 | 2.238.878,0 | 5.054.889,0 | 7.293.767,0 |
| 1656-1660 | 606.524,0 | 2.754.591,5 | 3.364.115,5 |
| 1503-1660 | 117.386.086,5 | 330.434.845,8 | 447.820.935,3 |

*Fuente: Hamilton, 1975.*

embarcados con destino al puerto del Callao para su distribución por el inmenso territorio del virreinato del Perú. Naturalmente, el viaje de regreso seguía el camino inverso. Por último, desde la segunda mitad de siglo se puso en funcionamiento una línea de prolongación que se consolidaría igualmente por varios siglos: el llamado galeón de Manila, que partía de Acapulco, en el Pacífico mexicano, para alcanzar las islas Filipinas, donde intercambiaba sus cargamentos de plata contra las sederías y las porcelanas de China, antes de regresar por la llamada ruta de Poniente.

CUADRO 4.2. La Carrera de Indias.
Expediciones y toneladas de buque desde España (1504-1818).

| | *Expediciones* | *Toneladas* | *Medias anuales* |
|---|---|---|---|
| 1504-1550 | 2.645 | 322.033 | 58/7.001 |
| 1551-1600 | 4.147 | 837.547 | 83/16.751 |
| 1601-1650 | 3.846 | 953.579 | 77/19.071 |
| 1650-1700 | 930 | 217.780 | 18/4.355 |
| 1717-1778 | 1.188 | 504.992 | 19/8.145 |
| 1779-1818 | 3.473 | 659.504 | 87/16.847 |

*Fuente:* Alfonso Mola, 1998.

Los intercambios no pudieron tener una base más sencilla a lo largo de todo el siglo. Consistieron en la exportación de productos agrícolas andaluces (vino y aceite, los llamados "frutos" por antonomasia) y productos manufacturados europeos (sobre todo telas, las llamadas genéricamente "ropas"), más los cargamentos de hierro de Vizcaya y de mercurio de Almadén (embarcado este último en una flota separada de galeones conocidos con el nombre de "los azogues") y en la importación de metales preciosos (fundamentalmente plata), que se complementaban con algunos otros productos, entre los cuales destacaban los colorantes (grana y añil), destinados a alterar profundamente el mercado y el ramo del tinte en la Europa de la segunda mitad de la centuria. La plata indiana servía por tanto para pagar las remesas metropolitanas, por lo que una parte importante pasaba directamente a las arcas de los mercaderes (españoles y también extranjeros) que habían hecho de intermediarios con los proveedores del norte de Europa, destino final de un porcentaje difícil de calcular del metal precioso, lo que ha hecho pensar en la economía española como mero "puente de plata" entre América y Europa. Sin embargo, tampoco debe desdeñarse la plata retenida en las arcas hispanas, tanto a través de la propia actividad comercial (avituallamiento de los

buques, venta de licencias de embarque, importe de los fletes, beneficios del comercio a comisión, retribución de las exportaciones nacionales y participación en los seguros y en los riesgos de mar, el sistema crediticio fundamental para el funcionamiento de la Carrera), como a través de los ingresos propios de la corona, esencialmente los derechos de aduana y el quinto real sobre los metales preciosos.

La llegada de plata produjo además uno de los fenómenos mayores de la historia de la economía de los tiempos modernos, la llamada revolución de los precios. En un sentido, se trata del proceso de potenciación del crecimiento europeo iniciado en la anterior centuria (que, como vimos, tuvo un primer origen demográfico y agrario) gracias a la disposición de abundantes medios metálicos de pago, los cuales habrían evitado el estrangulamiento de los intercambios y habrían propiciado la inversión en todos los sectores a partir de una inflación moderada y por tanto estimulante. En el caso español, sin embargo, el fenómeno se presentó bajo su aspecto patológico, ya que la riada de plata produjo una inflación excesiva en una economía caracterizada por la escasa flexibilidad de la demanda y por el bajo nivel tecnológico que impedían aumentar la producción al ritmo de la inversión. Este doble techo de la demanda y de la tecnología (propio en mayor o menor medida de todas las economías preindustriales), enfrentado con la fuerte inyección de metal precioso, provocó el aumento de los precios españoles en relación con los europeos al tiempo que la circulación de dinero barato, lo que llevó a los empresarios a desinteresarse por la inversión en una economía cada vez menos competitiva y empujó a los consumidores a adquirir los productos importados a mejor precio. De este modo, como señalaban los contemporáneos, la riqueza de España fue la causa de su pobreza, por más que en el declive económico del siglo XVII entren otros factores más relacionados con la evolución del mundo rural.

# 5.

# El imperio portugués en Asia

Cuando Bartolomeu Dias tras doblar el cabo de Buena Esperanza pudo poner proa al norte, la exploración de las costas orientales de África y el tránsito a la India estuvieron al alcance de la mano. Pero inmediatamente después, las noticias de la arribada de Cristóbal Colón a unas tierras situadas a occidente de los archipiélagos conocidos obligaron a un replanteamiento de la cuestión, que sólo pareció solventada gracias al reparto del mundo sancionado por las bulas alejandrinas y ratificado con algunas rectificaciones por el Tratado de Tordesillas. Estos acontecimientos explican el retraso en organizar la expedición que debía conducir a los portugueses a las Indias orientales.

## 5.1. Los portugueses en el país de Zanj

La expedición finalmente organizada estaba constituida por un total de 148 a 170 hombres embarcados en cuatro naves (*São Gabriel*, *São Rafael*, *Berrio* y el barco de pertrechos) y comandada por Vasco da Gama, el hombre que va a encarnar la culminación de todo un siglo de exploraciones portuguesas.

Tras salir de Lisboa (julio 1497) y doblar el cabo de Buena Esperanza (noviembre), la flota alcanzó con facilidad las ciudades de las costas orientales africanas: Sofala, Mozambique y Kilwa (marzo 1498) y, posteriormente, Mombasa y Malindi, entrando así en contacto con el mundo del Índico. Desde aquí, gracias a la ayuda de un piloto experimentado, probablemente gujaratí (y no el sabio Ibn Majid de la tradición), aprovechando el monzón, Vasco da Gama alcanza la costa de Malabar en la India, concretamente el puerto

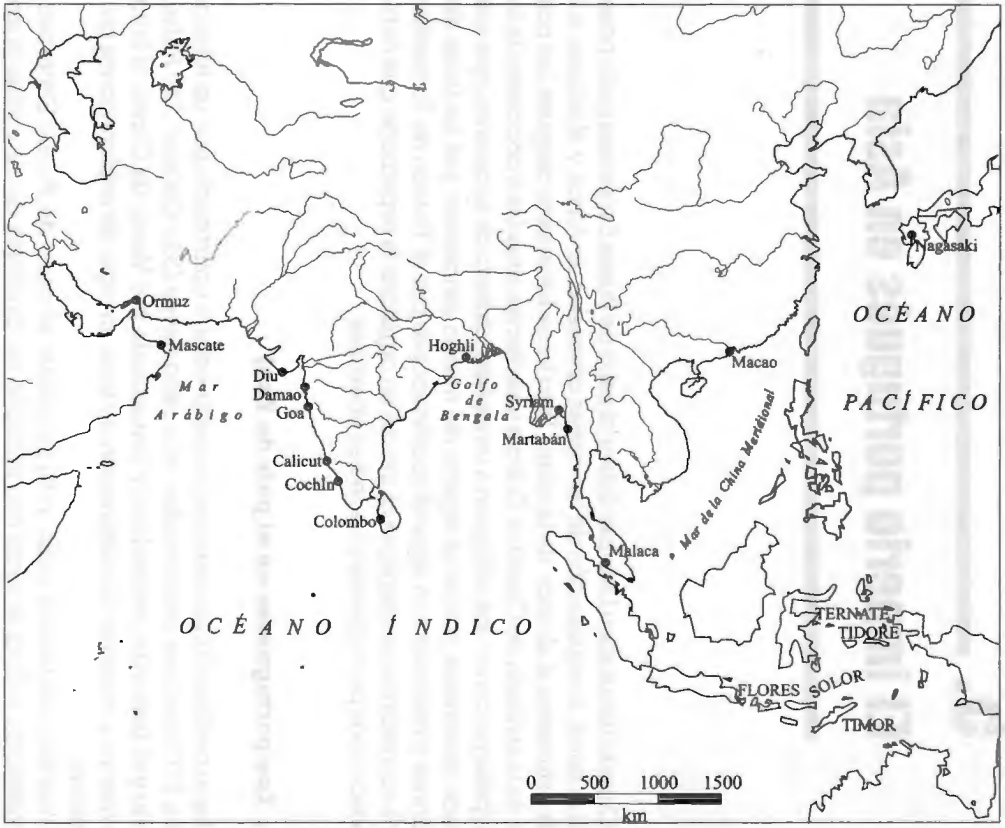


Figura 5.1. El imperio portugués en Asia en el siglo XVI.

de Calicut (20 de mayo), donde firma una alianza comercial con el soberano local, el rajá Samudri (el Samorim de los portugueses y el Zamorín de los españoles), antes de regresar a Portugal a través de Mogadiscio y Zanzíbar (agosto 1498-abril 1499). Los portugueses iniciaban así su duradera instalación en el Índico y en la costa occidental de la India.

A la llegada de los portugueses, la costa del África oriental (desde el sur de Somalia, a todo lo largo de las actuales Kenia y Tanzania hasta la actual Mozambique) era el dominio de una refinada civilización, una civilización mestiza, fruto del cruce de gentes de raza negra con inmigrantes árabes, persas, indios y malayos, que hablaban el swahili, una lengua bantú que desde el siglo XVI al menos se escribía con caracteres árabes. Llamada desde tiempos históricos tierra de Zanj (es decir, tierra de negros) por los árabes, su prosperidad, basada en el activo comercio en el espacio del Índico, se revelaba en sus ciudades de bellas casas de piedra con azoteas y puertas de madera tallada, de jardines y huertas, de bazares rebosantes de telas, de oro, de marfil y de todas las artesanías (madera, alfombras, platería), y en sus habitantes lujosamente vestidos con ligeros trajes de algodón y seda de vistosos colores. Son verdaderas ciudades-Estado (como Mogadishu o Mogadiscio, Brava, Lamu, Pate, Malindi, Pemba, Zanzíbar, Kilwa –con 4.000 habitantes–, Mombasa –con 10.000–, Mozambique o Sofala), gobernadas en su mayor parte por dirigentes musulmanes (jeques o *shayks*) llamados por su origen shirazíes, tal vez procedentes de Persia o del golfo Pérsico.

Este espacio sería sometido y organizado a lo largo del siglo XVI por los portugueses, que se beneficiarían de las deficientes condiciones defensivas del rosario de ciudades-Estados para imponer sus voluntad a los soberanos locales. Instalados primero en Sofala (1505), los portugueses saquean ese mismo año Kilwa y Mombasa (esta última, por segunda vez en 1528) y Brava al año siguiente (1506), al tiempo que someten Lamu y Pate, dejando prácticamente libre sólo a Mogadiscio al norte. Las ciudades pasarán una tras otra a convertirse en factorías lusitanas (Malindi, Kilwa, Sofala, Mozambique y Mombasa con el famoso Fuerte Jesús construido en 1592-1593, pieza central del dominio de los portugueses, que imponen una guarnición permanente y construyen la fortaleza más poderosa de la región), pero el comercio pierde el esplendor de épocas pretéritas, mientras que la resistencia de una sociedad rica y evolucionada late subterránea a la espera del primer síntoma de debilidad de los nuevos conquistadores.

### 5.2. Los portugueses en la India

La ocupación de la India se inició en el transcurso del segundo viaje de Vasco da Gama, que parte de nuevo en 1502, contando ahora con 21 navíos

bien dotados de soldados y de artillería. Tras fundar dos pequeñas factorías en Sofala y Mozambique, el almirante atraviesa de nuevo el Índico y llega a Calicut, ciudad que somete a un intenso bombardeo en represalia por la muerte en su ausencia de los comerciantes portugueses que habían permanecido en la plaza tras su primera expedición. Antes de partir firma un tratado de comercio con el rajá de Cochín y funda en aquella ciudad la primera factoría portuguesa en el continente asiático. Por el contrario, en Calicut, el punto de arribada inicial, hasta 1511 no se construiría un fuerte, que sería definitivamente abandonado poco después (1525), aunque la plaza sería frecuentada por otros comerciantes europeos en los siglos siguientes (ingleses, 1664; franceses, 1698; daneses, 1752).

Figura 5.2. Jan van Linschoten, *Vista de Goa. Itinerario.*

Serían, sin embargo, los sucesores de Vasco da Gama, los virreyes Francisco de Almeida y, sobre todo, Afonso de Albuquerque, los encargados de consolidar las posiciones portuguesas en la India, por más que el almirante, convertida su figura en histórica y legendaria, fuera el protagonista del famoso poema épico *Os Lusíadas* (1572) de Luis de Camões. Así, Albuquerque, bajo el virreinato de Almeida, se apodera de la isla de Socotora, uno de los centinelas que custodian las puertas del mar Rojo (1506), y lanza, después de bombardear preventivamente la plaza de Mascate en la orilla opuesta, un primer ataque infructuoso contra Ormuz, la llave del golfo Pérsico (1507). Poco después, Almeida obtiene, en la decisiva batalla naval de Diu (3 de febrero de 1509) y sobre la flota combinada del sultán fatimí de Egipto y los mercaderes musulmanes del Gujarat, una resonante victoria que destruiría el poder de los intermediarios árabes y daría a Portugal el incontestable dominio del océano Índico. Convertido ya en el nuevo virrey de las Indias (1509-1515), Albuquerque ocupa al año siguiente, tras dos memorables batallas (1 de marzo y 25 de noviembre de 1510), la ciudad de Goa, llamada a desempeñar un papel protagonista en el entramado portugués en Asia. Finalmente, la conquista de Ormuz (febrero 1515) completará el absoluto dominio de la región.

Albuquerque procedió a continuación a organizar el conjunto de sus posesiones en la costa occidental de la India, que habría de ser el centro de operaciones del imperio portugués en Oriente. Así, en detrimento del primer asentamiento de Cochín, otorgó la función de capital a Goa, mientras se guardaba las espaldas con el control de las fortalezas que defendían el acceso al golfo Pérsico, Ormuz y Mascate. Sus sucesores terminaron de articular el sistema, estableciendo guarniciones en Bassein, en Diu (al norte de Goa, adquirida en 1533 y defendida del ataque de los príncipes locales en 1538 y 1546) y en Damão (al sur, definitivamente conquistada en 1559), que cumplieron su función de verdaderas tenazas sobre la ciudad de Surat, el centro del tráfico con el Imperio del Gran Mogol (con Delhi y Agra).

Goa se convirtió así en la capital del imperio portugués de Asia, entre 1510 y 1685. Emplazada a orillas del Mandovi, su caserío se expandía a lo largo del río, en una serie de muelles sucesivos: la *Ribeira Grande* (conteniendo la fundición, el arsenal, la casa de la moneda, los establos para elefantes y los astilleros), el muelle de Santa Catalina (con el hospital) y el *Terreiro Grande*, centro de la vida oficial (palacio del gobernador) y de la vida comercial (aduana, almacenes). La ciudad propiamente dicha se articulaba en torno a la arteria principal de la *Rua Direita*, siempre pletórica de animación, y se desparramaba en una serie de plazas donde se levantaban los muchos conventos e iglesias (incluyendo la catedral y el convento e iglesia del Bom Jesús), que hacían de Goa la verdadera "Roma de Oriente". La "ciudad dorada", que llegó a contar con 60.000 habitantes en el momento de su

máximo esplendor, se estratificaba desde la elite de los metropolitanos (los *fidalgos*) hasta el numeroso grupo de los esclavos, pasando por los criollos (o *castiços*, hijos de mujeres portuguesas), los mestizos (o *casados*, hijos de mujeres indígenas) y los indígenas, que componían una población de 20.000 almas. Su prosperidad no duró mucho, pues la irremediable decadencia, iniciada en los albores del siglo XVII y propiciada por la permanente hostilidad de los holandeses y por el desencadenamiento de repetidas epidemias (cólera, pero también disentería, viruela, tifus y malaria), obligó a su abandono definitivo en 1685 y a la transferencia de la capitalidad de un imperio muy disminuido al pequeño enclave de Mormugâo, que aprovechó para su construcción muchos materiales del viejo emporio.

### 5.3. Los portugueses en Extremo Oriente

Tras la organización del espacio índico, Albuquerque emprende un nuevo ciclo de expediciones con el objeto de alcanzar los mercados de las especias y las regiones productoras. De este modo, ocupa en la península malaya la ciudad de Malaca, el centro del comercio de las especias, tras un asedio llevado a cabo por una flota de 18 barcos y un destacamento de 1.800 hombres que culmina con un asalto victorioso (25 de julio de 1511), y a finales de ese mismo año envía una expedición a las Molucas, que alcanza el grupo de las Banda y la isla de Ternate (1511-1512). Antes y después de esta expedición, se establecen fuertes o factorías en muchos otros enclaves: Cananor y Calicut en la costa occidental de la India (costa de Malabar), Negapatam en la costa oriental (costa de Coromandel), Hugli en el golfo de Bengala, Colombo en la isla de Ceilán (1518), Timor y Amboina (una de las islas del archipiélago de las Molucas) en el extremo oriental de Indonesia. Toda una red que le permitirá en una fase siguiente dar el salto hacia los Imperios de Extremo Oriente, Japón y China.

Los portugueses encontraron en Asia una geografía humana y económica muy distinta de la hallada por los españoles en América. La India era un continente densamente poblado, dotado de fabulosos recursos económicos, poseedor de un rico patrimonio cultural y dividido en una serie de Estados bien organizados política y militarmente, que iba a conocer la implantación de un poderoso Imperio islámico en la mitad norte muy poco después de la instalación europea, el Imperio del Gran Mogol. En el Asia del sudoeste, las regiones más codiciadas por los europeos (el ámbito que comprendía la península de Malasia y las islas de Indonesia) estaban asimismo bajo el control de poderosos soberanos musulmanes, como eran el sultán de Malaca en el continente, el sultán de Acheh en Sumatra, el sultán de Brunei en Borneo, los sultanes de Demak y Mataram en Java, el sultán de Macasar en las Céle-

bes y el sultán de Ternate en las Molucas, aunque naturalmente esta división y la rivalidad entre los diversos Estados permitieron una más fácil penetración europea. Finalmente, si en un primer momento la división feudal de Japón pareció favorecer los intereses portugueses, la implantación del régimen absolutista de los Tokugawa acabó con aquellas esperanzas, mientras que la China de los Ming se alzaba como un Imperio inexpugnable, amparado en sus enormes riquezas, su absolutismo político y su cultura milenaria para poder imponer sus condiciones a cualquier europeo que se acercase a sus fronteras. Estas circunstancias motivaron naturalmente una diferencia esencial en las estrategias de instalación en uno y otro continente, de modo que durante los tiempos modernos las colonias de poblamiento características de América no tuvieron paralelo en Asia, donde los europeos se limitaron a fundar factorías comerciales y a controlar la producción de las plantaciones de productos exóticos, aunque no renunciaron tampoco a la intervención militar, a la influencia política y a la conquista religiosa allí donde fue posible. Sólo ya al final del periodo, en la segunda mitad del siglo XVIII, se fue abriendo paso la idea de la conquista territorial de algunos de los Estados de la región.

Si en los años 1511-1512 los portugueses podían vanagloriarse de haber ocupado todas las posiciones claves del comercio de las especias, antes de mediados de siglo sus naves habían alcanzado las tierras descritas por Marco Polo y soñadas por Cristóbal Colón, el Cipango y el Catay, es decir Japón y China, estableciendo unos lazos tanto comerciales como de otro tipo que iban a revelarse intensos y en algunos casos duraderos. En la segunda década del siglo la embajada de Tomé Pires (1517) llega primero a la ciudad costera de Cantón y después a la corte de Pequín (1521), aunque sin obtener los frutos deseados. Algo más tarde, un junco chino con mercaderes portugueses a bordo arriba a la isla de Tanegashima (1543), lo que permite el establecimiento de los primeros contactos con un país que vive un estado de permanente guerra civil provocado por el desmoronamiento del sistema feudal amparado por los *shogunes* de Kyoto.

La implantación portuguesa en Japón se consolida en pocos años, primero a partir de Hirado (hasta 1562 aproximadamente) y después desde Nagasaki (que se consolida como centro del tráfico desde 1571), puerto situado en la vertiente occidental de la isla de Kyushu, donde los comerciantes son autorizados a establecer una factoría y los religiosos una misión, desde la que Francisco Javier (a partir de su desembarco en Kagoshima en 1549) inicia una espectacular campaña de evangelización que logra 100.000 conversiones en ocho años. Los portugueses venden primero los arcabuces codiciados por los señores beligerantes, pero poco después aprovecharán las trabas puestas por las autoridades y por los piratas al comercio con China para convertirse en los proveedores de los productos de lujo fabricados en el Impe-

rio del Medio (sedas, porcelanas, lacas, perfumes), de modo que su penetración, tanto económica como espiritual, se hace, al decir de Pierre Chaunu, gracias al "chantaje del arcabuz y la seda".

La instalación en Japón obliga a los portugueses a abrirse camino en China. Una expedición militar les permite la ocupación del pequeño enclave de Macao y la apertura de negociaciones con los Ming, que los autorizan a retener la plaza (que mira al mar pero queda completamente separada del interior por una muralla) y a realizar una visita anual a Cantón, el gran mercado de la China del sur. Macao, que todavía hoy permanece bajo la soberanía portuguesa, se convertirá en la llave de una nueva "ruta de la seda" entre China, Japón y las Filipinas controlada por los españoles (y de ahí hasta las costas mexicanas y peruanas), articulando un nuevo espacio mercantil extremooriental que ha podido ser llamado con justicia el "Pacífico de los Ibéricos".

### 5.4. El sistema comercial asiático

La ocupación del espacio índico permitió a las autoridades portuguesas organizar un primer sistema comercial, que unía a la metrópoli a través de las factorías africanas con el complejo mercantil establecido en la costa de Malabar. Era un típico sistema de escalas, etapas o *comptoirs*, obligado en este caso no tanto por la escasa densidad demográfica lusitana (algo más de 1.000.000 de habitantes, que en cualquier caso dificultaba el establecimiento de colonias de población, incluso en Brasil, donde sólo muy lentamente acabó prosperando la fórmula), sino por la inmensidad territorial y humana del continente asiático (donde no cabía la posibilidad de una conquista militar, idea que no se abriría paso en la mente europea sino tardíamente y sólo en algunos espacios, como fueron Indonesia o la India) y la tradición de la expansión mercantil, que se conformaba con el desplazamiento de los intermediarios anteriores (los árabes, los parsis del Gujarat y los chetis de la costa de Coromandel convertidos en agentes subsidiarios bajo la hegemonía lusitana), la firma de acuerdos con las autoridades locales a cambio de los lógicos beneficios fiscales y la concesión de un permiso para los intercambios en los casos menos propicios o de un espacio con jurisdicción propia y privilegio de extraterritorialidad en los casos más favorables, cuando no se había conseguido la anexión pura y simple de la plaza comercial en disputa, como ocurriera con Goa o con Malaca, por ejemplo.

El tráfico se organizó en un principio bajo la forma de un monopolio estatal, regentado por la *Casa da India* radicada en Lisboa, que enviaba anualmente una flota de cuatro o cinco carracas que, aprovechando el monzón, debía llegar a Goa hacia los meses de setiembre u octubre y regresar a la

metrópoli hacia el mes de enero. Los productos a su arribada a la India comprendían metales europeos, marfil y esclavos africanos, café y perfumes árabes, caballos, sedas y perlas persas, que se intercambiaban contra el añil, el algodón y la pimienta y otras especias de la propia India, más los géneros llegados de Ceilán (singularmente la canela) y de Extremo Oriente. Al retorno de la flota, y tras el registro de los géneros exóticos, la pimienta se remitía a la factoría real instalada en Amberes, desde donde se redistribuía al resto de Europa. Sin embargo, el sistema se desarticuló antes de mediados de siglo, tanto por las dificultades creadas por la acción de corsarios y contrabandistas como por la reaparición de las remesas de pimienta en el Mediteráneo tras la instalación turca en Basora y en Adén a partir de 1538, todo lo cual concluyó con el cierre de la factoría de Amberes (1548). Del mismo modo, el monopolio estatal de la pimienta y de otras especias fue abandonado en 1570 en beneficio de su comercio libre, con la salvedad del trámite lisboeta para el registro y el pago de los derechos en las oficinas de la *Casa da India*.

El tráfico directo con la metrópoli no agotaba la empresa comercial portuguesa en la India, concebida como un verdadero "imperio insular" que unía una serie de factorías aisladas a todo lo largo de las costas de los océanos Atlántico, Índico y Pacífico. De este modo, el comercio centrado en Goa se prolongaba mediante el llamado "comercio de India en India" que, realizado mediante la fórmula del "viaje de tres años", nacía y moría en la capital del Asia portuguesa. Las naves partían de Goa cargadas de productos de esta procedencia (singularmente añil y algodón) en dirección a Malaca, el centro del comercio de las especias, sobre todo "las tres grandes" (la pimienta, el clavo y la nuez moscada), que llegaban desde Indonesia, en especial desde las Molucas, desde Amboina, Ternate y Tidore y las Banda). Las naves volvían ahora a zarpar hacia Macao, donde obtenían los productos chinos de lujo, es decir las lacas, las porcelanas y, sobre todo, las sedas, que servían para saltar hasta la factoría de Nagasaki, donde se vendían a cambio del cobre pero, sobre todo, de la plata, procedente de las minas japonesas (las segundas en importancia del mundo), y para atender el comercio con las Filipinas españolas, basado igualmente en el intercambio de los artículos chinos contra la plata americana.

Este comercio tenía, además del objetivo lógico de obtener beneficios tanto de las transacciones múltiples como de los servicios mercantiles prestados, la doble función de abastecer a Goa de las especias indonesias y de los géneros chinos exigidos por sus transacciones con la metrópoli, y de obtener en Japón y Filipinas (tal como ahora sabemos con mayor fundamento) la plata necesaria para pagar los productos adquiridos en la India (la "tumba del oro y la plata", según la célebre frase de un viajero francés en la corte del Gran Mogol) y en China (cuya economía se basaba en este precioso metal,

que no producía, como ha subrayado recientemente Dennis Flynn), como medio de evitar a las naves venidas de Portugal la obligación de compensar con especies metálicas un tráfico deficitario para las potencias europeas. Este invento portugués sería adoptado en el siglo siguiente por las compañías privilegiadas de Holanda, Inglaterra y Francia, sus grandes competidoras en el transcurso del seiscientos.

# 6.

# Los otros intercambios

La colonización de los nuevos mundos produjo consecuencias muy diferentes según los ámbitos del asentamiento europeo. En América, los europeos crearon comunidades de nuevo cuño, donde impusieron sus modelos económicos, políticos, sociales y culturales sobre las poblaciones indígenas, con las cuales también se mezclaron en diversos niveles produciendo el fenómeno del mestizaje. En África y Asia, la llegada de los europeos sólo generó una serie de "imperios insulares" basados en la fundación de un rosario de factorías para permitir los intercambios mercantiles. Ahora bien, en ambos casos el contacto con las geografías y las poblaciones extraeuropeas generaron otra serie de intercambios al margen del tráfico de mercancías, algunos de los cuales tuvieron gran trascendencia. Los barcos que recorrieron el planeta en múltiples sentidos llevaron, junto a las mercancías, otra serie de géneros: microbios, semillas, plantas, ideas, imágenes.

## 6.1. La unificación microbiana del mundo

La unificación microbiana del mundo, según la expresión afortunada de Emmanuel Le Roy Ladurie, se concluye en 1492. Si la implantación europea en los territorios orientales apenas sí modifica la geografía de las epidemias, las coordenadas de la transmisión de enfermedades infecciosas desde Asia a Europa, el tradicional circuito de las pandemias asiáticas, por el contrario el descubrimiento del Nuevo Mundo abrió también nuevas rutas para una serie de enfermedades que se transmitieron de una a otra orilla del Atlántico. Los europeos llevaron a América una serie de enfermedades frente a las

cuales las poblaciones amerindias quedaron indefensas, de tal modo que el "choque microbiano" aniquiló a los habitantes de las Antillas (con la desaparición completa de siboneyes, arawakos y caribes), antes de diezmar a los habitantes de México y de los Andes. Las plagas principales, que fueron la gripe, la viruela y el sarampión (aunque también se introdujeron otras, como la tuberculosis o el tifus exantemático o "tabardete"), contribuyeron, mucho más que las guerras de conquista, al retroceso de la población prehispánica en la América del siglo XVI

Del mismo modo, aunque no está demostrado, puede que la transferencia de africanos a las costas americanas trajese consigo algunas otras enfermedades tropicales, tales como la malaria, el paludismo o la fiebre amarilla. Por otra parte, el papel que jugaron las regiones del Magreb en la transmisión de las pestes incubadas en el continente asiático, que no cesarían de castigar a los países de la vertiente norte del Mediterráneo al menos hasta la erradicación de la peste de Marsella de 1720, permite incorporar también a África a este proceso de la definitiva universalización de la morbilidad humana.

A cambio, no parece claro que América fuese responsable de la difusión en Europa de nuevas patologías. Tan sólo queda la duda de la sífilis (tal vez un nombre genérico para diversas enfermedades venéreas), cuya difusión (seguramente sólo recrudecimiento) en Europa pudo ser atribuida por los contemporáneos al regreso de los conquistadores contagiados en el Nuevo Mundo, de modo que los italianos la pudieron llamar "el mal español", mientras que los franceses creyeron haberla contraído en las guerras de Italia y así pudieron llamarla "el mal italiano", para finalmente ser designada por la mayoría de los europeos como "el mal francés". En cualquier caso, no hay seguridad de que se tratase de ninguna "venganza de Moctezuma".

Por el contrario, las plantas americanas formaron pronto parte de la panoplia de remedios farmacéuticos aplicados por la medicina europea, siguiendo la línea de la conocida exposición del médico sevillano Nicolás Monardes, su *Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales* (publicada en tres partes, entre 1565 y 1574). Aunque los productos del Nuevo Mundo tardaron en difundirse, no puede menospreciarse el uso que llegó a hacerse de remedios como los purgantes de jalapa y cañafístula, la ipecacuana y la cascarilla o quina, empleada ya con fines terapéuticos desde la primera mitad del siglo XVII y objeto de exhaustivos estudios a lo largo del siglo XVIII.

Lo mismo puede decirse de las "drogas" asiáticas (desde el purgante de ruibarbo hasta el uso medicinal del té o el café), también difundidas por el comercio portugués en la India y también objeto de estudio con finalidad médica por hombres como el famoso médico lusitano de origen judío García de Orta, asentado en Goa y autor de unos famosos *Colóquios dos Simples e drogas e cousas medicinais da Índia*, impresos en la propia Goa (1563) y

pronto traducidos al latín (1567), el italiano (1582), el español (1600) y el francés (1609). Muy poco después de su publicación, el médico español Juan Fragoso daba a conocer un texto de contenido parecido, los *Discursos de las cosas aromáticas y frutales que se traen de la India Oriental* (1572). Y a renglón seguido, otro médico portugués (tal vez nacido en Mozambique), pero naturalizado español, Cristóbal Acosta, publicaba otra obra simiilar siguiendo los pasos de Orta, el *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales* (Burgos, 1578), pronto traducido al latín (por el botánico flamenco Carolus Clusius, 1582), al italiano (1585) y al francés (1619).

## 6.2. La unificación agrícola del mundo

No fueron, sin embargo, sólo las plantas medicinales las que se desplazaron de un continente a otro, sino también numerosas semillas que acabaron arraigando muy lejos de sus lugares de origen. Sin duda alguna la planta más viajera fue el azúcar, que originaria de la India fue traída a Europa por los árabes, que supieron aclimatarla en sus dominios españoles, desde donde inicia en la época de los descubrimientos un nuevo periplo que la lleva a las islas del Atlántico (Madeira, Canarias, etc.), posteriormente a las Antillas (españolas, francesas, inglesas, holandesas, danesas) y a Brasil, donde revoluciona la economía de la colonia. Responsable del comienzo de la economía de plantación y, por tanto, también del desarrollo del comercio triangular, el empleo del azúcar se diversifica, sirviendo para la producción de dulces y confituras, así como de guarapos, melazas y ron, una de las bebidas alcohólicas más difundidas de los tiempos modernos.

Si el azúcar fue una exportación indirecta de Europa al Nuevo Mundo, también otras plantas originarias del viejo continente se implantaron en América. El caso más singular es el de los cereales, cuya aclimatación condiciona la colonización inglesa y francesa de América del Norte (sobre todo, la avena y el centeno), mientras constituye también uno de los cultivos introducidos por los españoles tanto en México como en la América del Sur, donde el consumo del pan blanco distingue a los colonos europeos, a las clases dominantes, de las poblaciones indígenas, que se mantienen fieles al maíz. Más importancia tiene la irrupción en el mundo indígena iberoamericano, dominado por una alimentación basada en los carbohidratos, del consumo de proteínas cárnicas, especialmente de ganado vacuno. En su conjunto, sin embargo, la aportación se revela limitada, sobre todo si se establece la comparación con las contrapartidas que Europa recibe en dirección inversa.

Estas contrapartidas deben dividirse en dos grupos claramente diferenciados. Hay que distinguir entre los cultivos aclimatados en áreas distintas de su lugar de origen y aquellos otros cuya producción es mercancía de inter-

cambio para el comercio internacional. En el primer caso, América ofreció a Europa una serie de productos que incluye la batata, el frijol y el tomate, pero sobre todo la patata y el maíz. El maíz, que se difundió a partir del litoral atlántico, llegaría a competir con el trigo por sus rendimientos superiores y por su versatilidad a la hora de integrarse en el sistema de rotación de cultivos, lo que ha permitido a los historiadores de la agricultura hablar de una "revolución amarilla". La patata, que al principio sólo fue empleada para el forraje del ganado, pasaría a convertirse a partir del siglo XVIII en uno de los más expansivos cultivos de subsistencia de Europa y durante la centuria siguiente en uno de los protagonistas de la alimentación popular en países como Irlanda y en una de las bases de la colonización en territorios como Siberia occidental.

Pero América no sólo transfirió a Europa sus cultivos alimentarios, sino también a África. Aquí igualmente el primer cultivo en difundirse entre las poblaciones fue el maíz, que a fines del siglo XVIII era un producto de consumo ordinario extendido prácticamente por todo el continente. Al mismo nivel se sitúa el cultivo de la mandioca, que desde Brasil gana las costas del golfo de Guinea para convertirse en otro de los alimentos fundamentales de las poblaciones africanas. En este caso, como una demostración más de las grandes transformaciones generadas por la expansión europea, la mandioca (y también la batata, otro recién llegado de tierras americanas) saltará a través de Madagascar hasta el sur de la India, la Indonesia portuguesa e Indochina. Y no debe olvidarse el papel de Macao para la introducción en el Imperio chino de cultivos como el de la patata, el tabaco, la batata y el maíz.

Ahora bien, al margen de la importación de plantas, Europa modifica asimismo sus hábitos de consumo al contacto con los nuevos mundos, aunque en este segundo caso los cultivos sigan manteniéndose en sus lugares de origen, lejos de cualquier posibilidad de aclimatación en el viejo continente. Entre los productos exóticos que a partir del siglo XVI se abren a un consumo que no deja de crecer a todo lo largo de los tiempos modernos se hallan en primer lugar los diversos estimulantes, el ron, ya citado, el chocolate y el tabaco venidos de América, y el té y el café venidos de Asia, aunque el segundo conozca una segunda existencia en tierras americanas. Entre las especias, hay que hablar de las tres grandes (la pimienta, el clavo y la nuez moscada) o de las cinco grandes (añadiendo la canela y el gengibre), pero en general el catálogo de las drogas abarcó una considerable gama de productos utilizados como condimentos, cosméticos, perfumes (la tríada aromática del benjuí, el sándalo y el incienso) o remedios terapéuticos. Entre los tejidos, Europa se apasionará desde el siglo XVII por las telas indias de algodón, las célebres indianas o *calicoes*, que se imponen por su ligereza, su idoneidad para los climas cálidos, su versatilidad para el tinte y el pintado y por tanto para acor-

tar la duración de las modas. Finalmente, otros productos de lujo se irán abriendo camino en los mercados europeos, como serán sobre todo los muebles lacados japoneses y las porcelanas chinas, que se convertirán en uno de los renglones característicos de las compañías de las Indias orientales a todo lo largo del siglo XVIII. Finalmente, el inventario debería incluir las perlas (de Cubagua frente a las costas venezolanas o de Bahrein en el golfo Pérsico), las piedras preciosas (las esmeraldas colombianas, los rubíes cingaleses o los diamantes de Golconda) y otros objetos igualmente valiosos (marfil, coral, carey), las maderas preciosas (jacarandá, caoba, ébano), los tintes (añil, grana y palos tintóreos como el brasil o el campeche) y un cajón de sastre, que se compondría de abanicos, cerámicas, plumas de aves o animales exóticos y decorativos (como loros o papagayos), al margen de las colecciones de los tres reinos de la naturaleza de las expediciones científicas.

### 6.3. La exportación de los modelos europeos

En este apartado, es preciso comenzar por la distinción fundamental entre las colonias de poblamiento características de América y las colonias comerciales características de África y Asia, puesto que Oceanía apenas si entra como ámbito de las exploraciones marítimas europeas, al margen de la frágil colonización española de la Micronesia y de los primeros pasos de la implantación inglesa en Australia ya muy a fines del siglo XVIII. En América, los europeos crearon sociedades a su imagen y semejanza, transfiriendo su organización económica, social y política, así como su horizonte ideológico a los nuevos mundos. Ése es el sentido en que Pierre Vilar pudo hablar, por ejemplo, del "imperialismo español como última etapa del feudalismo". Y también, en el que cabe hablar de un Barroco americano o de una Ilustración colonial, que es el producto de la transmisión y adaptación de los modelos culturales o artísticos europeos a las realidades ultramarinas.

Para explicar esta situación, hay que empezar por analizar un factor esencial, la demografía. A la llegada de los europeos, Asia constituye un "mundo lleno", que además está bien organizado en una serie de poderosos Imperios (Turquía otomana, Persia safawí, India del Gran Mogol, China de los Ming luego sustituidos por los Qing, Japón de los Ashikaga luego sustituidos por los Tokugawa) o en una serie de fuertes Estados musulmanes (sultanatos malayos e indonesios). En consecuencia, los europeos sólo construyen un imperio comercial, regentado por unos miles de funcionarios y mercaderes, hasta que la lógica de la adquisición territorial como medio de fomento del comercio (caso temprano de Holanda en Indonesia) y la disgregación política de una parte de ese mundo (caso tardío de Inglaterra en la India) faciliten la instalación de colonias europeas algo más numerosas. En todo caso, el

modelo de establecimiento típico de los tiempos modernos sigue siendo la factoría, por mucho que algunas de ellas se conviertan en verdaderas metrópolis orientales, como Goa, Malaca, Manila, Batavia, Pondichery, Madrás o Bombay.

Para América se ha hablado, en contraposición, de colonias de poblamiento, aunque también aquí hay que señalar algunos límites a la expresión. En primer lugar, la población americana, pese a las muchas dudas sobre su volumen (inicialmente entre 10 millones y 75 millones, según los autores, con opiniones aún más radicales por ambos extremos), debió superar siempre a la población europea en términos globales, pese a su aniquilación en algunas áreas y pese a su recesión generalizada a lo largo de los tiempos modernos. Frente a una estimación mínima de 10 millones para finales del siglo XVI, la población europea parece bien poca cosa: la emigración española se situó por debajo de los 200.000 habitantes a todo lo largo de la centuria, mientras que la población portuguesa de Brasil apenas si llegaría a rebasar las 30.000 almas a fines del quinientos. Las cifras máximas concedidas para Canadá a fines del siglo XVIII no llegan a alcanzar el medio millón de europeos, mientras que los actuales Estados Unidos en las vísperas de la independencia no superan los 2.000.000 de habitantes de procedencia europea. El panorama se completa con la población africana: 10 millones de individuos introducidos en América durante los tiempos modernos, 6.000.000 para sólo el siglo XVIII. Conclusión: la población europea siempre estuvo durante el periodo colonial en franca minoría respecto de las poblaciones indígena y africana.

Naturalmente la relación entre población indígena, africana y europea (más mestiza y mulata) presenta una fuerte diferenciación regional. A la altura de las postrimerías del siglo XVIII ya podían distinguirse varias Américas desde el punto de vista de la composición de la población: una América de claro predominio indígena (Paraguay), otra de claro predominio africano (Haití y otras islas antillanas), otra de claro predominio europeo (Argentina o Chile en el sur, Canadá y Estados Unidos en el norte), otra América donde se equilibran la población blanca, la india y la mestiza (México o Perú) y una última donde se ha producido una combinación de todas las razas (Brasil). En todo caso, ni siquiera en muchas de predominio blanco faltan importantes minorías de otras procedencias, como puede ser el caso de los Estados Unidos, que cuenta con una importante población afroamericana así como con una reducida población indígena, muy visible todavía en algunos estados (Nuevo México o Arizona, por ejemplo).

En el terreno de la vida económica, las potencias colonizadoras establecieron el llamado "pacto colonial" en beneficio de las metrópolis, reservando los territorios ultramarinos para la producción de materias primas (metales preciosos, cultivos de plantación, peces y otros animales marinos o pieles de

las regiones septentrionales) y como desembocadura de los excedentes de población y de las exportaciones agrarias y, sobre todo, industriales de los países europeos. El sistema, impuesto con la aquiescencia de los colonos de primera hora, sería visto cada vez con más impaciencia por las generaciones siguientes, hasta convertirse su eliminación en una de las constantes más persistentes de la ideología de la población criolla. Así, las sociedades americanas, reflejo refractado de las sociedades europeas metropolitanas, pudieron seguir, sin renunciar a sus raíces (lengua, religión, instituciones heredadas), un camino progresivamente divergente que conduciría a una contradicción irremediable y finalmente a la independencia.

La estratificación social siguió también en principio las mismas pautas de los países colonizadores, pero con una mayor complejidad respecto del modelo europeo debido a la subordinación de las poblaciones indígenas y de las poblaciones trasplantadas y a la difusión del mestizaje, hechos que traían como consecuencia la duplicación de la diferenciación. Estos fenómenos han podido resumirse bajo el término de *pigmentocracia,* es decir de una jerarquía basada tanto o más en el color de la piel que en otros factores. Situación que tenía como corolario el monopolio de la alta cultura europeizada por parte de la población blanca, metropolitana o criolla (y, en el límite, también mestiza), frente a las formas propias de las culturas amerindias o afroamericanas, que también reciben la influencia europea, produciendo resultados de sincretismo en lo religioso o en lo artístico.

Todas las potencias colonizadoras impusieron asimismo sus modelos culturales en sus territorios de asentamiento. Las situaciones, sin embargo, fueron muy distintas, variando de acuerdo con las relaciones mantenidas con la población indígena. Mientras que los europeos no trataron de lanzar un proceso de aculturación en sus dependencias asiáticas (salvo en lo concerniente a la evangelización de las poblaciones de los países donde se hallaban enclavadas sus factorías, como enseguida veremos), las soluciones en América dependieron del número y la condición de las poblaciones indígenas.

En la mayor parte de la América española, los colonizadores trataron de encuadrar la república de los indios dentro de las pautas culturales hispánicas. Así, dentro del terreno de la civilización material, se introduce no sólo el consumo de cereales y carnes de procedencia europea, sino también el uso de una notable serie de animales domésticos de carga y de tiro (el caballo, el asno, la mula y el buey) con sus complementos (la montura, el arado y la carreta), así como el empleo de un importante arsenal de utensilios artesanales, entre los que pueden destacarse la forja de fuelle o el torno de alfarero.

En los restantes terrenos, la difusión cultural estuvo muy vinculada al proceso de evangelización, fenómeno natural dado el proceso de confesionalización que simultáneamente estaba experimentando la sociedad metropolitana. Las universidades estaban en primer término al servicio de la formación

de teólogos y religiosos en general, la imprenta se destinaba en primer lugar a la difusión del catecismo y de la literatura religiosa, el arte era esencialmente un arte devocional como vehículo de una pedagogía de la imagen, la música se recluía en las capillas de las catedrales o servía a la predicación jesuítica en las misiones guaraníes. En todo caso, los españoles extendieron entre los indios no sólo la religión católica, sino también la lengua y otras muchas expresiones culturales que constituyen hoy patrimonio de todo el mundo hispánico.

Distinta fue la actitud de los colonizadores europeos en aquellas áreas donde las poblaciones eran menos numerosas, no habían alcanzado un nivel de civilización avanzado o no habían adoptado un modo de vida sedentario. Aquí, mientras que la actitud de los católicos osciló entre la guerra y la evangelización (guerras en la frontera "chichimeca" o en la frontera araucana en la América española, conversión de los hurones y guerra contra los iroqueses en el Canadá francés), las colonias protestantes tendieron más frecuentemente a aniquilar o a desplazar a los "pieles rojas", guardándose para sí los beneficios del cristianismo, aunque también pueden consignarse la excepciones de John Eliot, Roger Williams o William Penn, que firma un tratado con los indios delawares en 1682.

## 6.4. La evangelización de Asia

También en Asia el mayor esfuerzo fue el de la evangelización, casi sinónimo de predicación católica, ya que si por un lado los holandeses fueron acusados de connivencia con las autoridades japonesas en la matanza de fieles cristianos en la isla de Kyushu en 1637, sus pastores apenas sí desarrollaron una actividad misionera digna de ese nombre aparte de algunos tímidos ensayos en Ceilán y en Formosa. No mucho más puede ser puesto en el activo de los predicadores daneses en el sur de la India, y mucho menos en el de los ingleses, que prácticamente no se dejaron ver hasta el siglo XIX, después de la conquista de la India.

En efecto, las rutas asiáticas de los ibéricos no fueron sólo un camino para las mercancías, sino también para las ideas, y muy especialmente para las tentativas de evangelización de las poblaciones indígenas. El siglo XVI constituye una brillante página de la historia de las misiones cristianas, por más que en general no concluyeran de manera feliz para sus impulsores, debido sobre todo a la persecución de las autoridades políticas locales y a la resistencia de los creyentes de otras religiones, pero también en parte a la rivalidad entre las distintas órdenes religiosas y a la estrechez de miras de las autoridades religiosas de la propia Europa. En cualquier caso, en el siglo XVI la evangelización fue una empresa exclusivamente católica y no completamente

ibérica a causa de la composición internacional de las misiones de la Compañía de Jesús.

Al igual que los soberanos españoles en América, los reyes de Portugal habían obtenido la concesión pontificia del *padroado* de las Indias, un privilegio que les confería el derecho y también la responsabilidad de dirigir el proceso de evangelización en las tierras que estaban cayendo bajo la influencia lusitana. La empresa misional fue acometida desde la sede arzobispal de Goa, que había construido su catedral, se había poblado de conventos y recibía constantemente a los religiosos venidos de la metrópoli para dedicarse a la cristianización de los infieles, convirtiéndose así, como ya vimos, en la "Roma de Oriente".

Sin embargo, los resultados no fueron todo lo halagüeños que el entusiasmo desplegado podía haber augurado. Por un lado, no se trataba de poblaciones sometidas políticamente, como en el caso de los indios americanos, sino de sociedades desarrolladas bajo el dominio de sus propias autoridades. Por otra parte, el cristianismo, que no se atrevió a enfrentarse con las comunidades islámicas, también encontró fuerte resistencia entre los hindúes, ya que la ruptura con el sistema de castas que implicaba la conversión destruía las bases de una estratificación que era inextricablemente social y religiosa al mismo tiempo. Y, por si ello fuera poco, los métodos empleados eran los habituales de las conversiones compulsivas y los bautizos en masa, a lo que se unía un obligado proceso de aculturación, de portuguesización, de adopción de los usos y costumbres de los europeos, como eran la lengua, el vestido o los hábitos gastronómicos. La llegada, en 1542, a petición del propio monarca Juan III, del gran misionero jesuita español Francisco Javier no mejoró la metodología violenta, aunque sus requerimientos de utilizar las armas contra los príncipes hindúes o de amenazar La Meca con una nueva cruzada se vieron en parte contrarrestados por su infatigable predicación, que le llevó a recorrer en diez años la costa de Malabar, Malaca y las Molucas, hasta alcanzar Japón, de modo que a su muerte por hambre y frío en la isla de Shangchuan, frente a la costa cantonesa (diciembre 1552) ya se había hecho acreedor a la devoción despertada a la llegada de su cuerpo a Goa (marzo 1554) y merecedor del título de "apóstol de las Indias" por excelencia.

Una nueva orientación vino de la mano del padre Alessandro Valignani, llegado en 1574. Así, por un lado, consiguió establecer una base de colaboración con el obispo nestoriano que presidía sobre el cristianismo antiguo de la región, hasta obtener la conversión y el nombramiento de un obispo jesuita tras el Sínodo de Diampur (en 1597). Por otra parte, cambió de estrategia, acercándose no ya a las clases populares, sino directamente a las elites dirigentes, que podían arrastrar con su conversión a aquellos que dependían de su autoridad, ganando a su causa al tolerante emperador mogol, a Akbar el

Grande, cuyo edicto de 1600 concedía a los jesuitas el derecho de predicar el evangelio y a sus súbditos el derecho de abrazar la nueva fe, mientras otros príncipes se dejaban arrastrar a la misma causa. En 1610, el nuevo sistema había dado algunos frutos: se habían edificado 170 iglesias, una de ellas en Agra, aunque seguía siendo desesperantemente lento el ritmo de las conversiones, situadas tal vez en torno a un cuarto de millón de almas.

La tercera etapa de la evangelización de la India se inicia con la llegada del padre Roberto de Nobili en 1606. Su nueva metodología reposaba en la nítida separación entre el dogma cristiano y las formas culturales propias de cada sociedad. De este modo, la cristianización no exigía la abolición no ya sólo de la lengua, el vestido o los hábitos culinarios (puestos en cuarentena por otros predicadores), sino ni siquiera de los ritos de cohesión social, las manifestaciones populares enraizadas en las viejas religiones o el propio sistema de castas, que eran considerados como expresiones tradicionales sin valor religioso. Semejantes prácticas generaron los recelos de las autoridades eclesiásticas, y así, aunque Gregorio XV aprobó la conducta del padre Nobili, sus rivales, los franciscanos, obtuvieron con posterioridad su condena por el papa Inocencio X (en 1645 y 1649), sin que tales intervenciones pontificias consiguiesen la solución de la polémica de los "ritos malabares", que se arrastró (como tendremos ocasión de analizar) hasta bien entrado el siglo XVIII.

Cuando los portugueses se instalaron en Macao, los contactos con China emprendidos en los tiempos medievales habían quedado interrumpidos, dejando apenas un difuso recuerdo. También aquí los jesuitas fueron los primeros en intentar la evangelización, de la mano de padre Michele Ruggieri, que aprendió chino mandarín, se presentó como un letrado deseoso de penetrarse de la civilización milenaria de China y de enseñar algunas de las maravillas técnicas procedentes de Europa. Sin embargo, su predicación hubo de quedar reducida al exiguo intramuros de Macao, mientras que la autorización para visitar Nankín contenía una prohibición expresa de entregarse a cualquier tipo de proselitismo religioso.

Como ocurriera en la India, también con el nuevo siglo vinieron los nuevos métodos de predicación, introducidos aquí por el padre Mateo Ricci y seguidos por el padre Adam Schall. Ricci se instaló en Nankín en 1595, tomando nombre chino, adoptando los hábitos confucianos, actuando como astrónomo, cartógrafo y geómetra, hasta conseguir el cargo de profesor de ciencias del primogénito del emperador. A su muerte (1610) había fundado un total de 300 iglesias. La evangelización siguió el mismo proceso de adaptación que se había producido en la India: todas las civilizaciones tenían restos de la revelación primitiva debajo de unas formas impropias adheridas al núcleo esencial, mientras que el culto de Confucio no tenía más que un valor social y político, es decir no era sino una ceremonia cívica de vene-

ración de los antepasados. Esta voluntaria marginación de los problemas dogmáticos permitió el progreso de las conversiones y la implantación de las misiones, hasta el punto de llegar a siete las residencias fundadas por los jesuitas antes de 1616. Sin embargo, las órdenes mendicantes, para las que los propios jesuitas habían conseguido la tolerancia de las autoridades chinas, comprometieron el proceso con sus denuncias ante Roma de unas prácticas sospechosas de sincretismo. La condena de Inocencio X planteó también aquí la querella de los "ritos chinos", una nueva edición de la polémica sobre los "ritos malabares", que habría de continuar durante muchos años después.

El proceso de la evangelización del Japón siguió por derroteros algo distintos. En primer lugar, las misiones encontraron al principio menos resistencias que en otros lugares, hasta el punto de que quince años después de la llegada de los portugueses la predicación de san Francisco Javier había logrado 100.000 conversiones en la isla de Hokkaido a partir de la base de Nagasaki, desde donde los misioneros salen para fundar colegios y seminarios y para buscar el relevo en la formación de un clero indígena. En segundo lugar, los jesuitas fueron pronto secundados por otras órdenes religiosas, especialmente por los franciscanos llegados desde su provincia de Filipinas, que se mostraron también muy activos en la labor evangelizadora, sin que sus distintos métodos entorpecieran la labor misional. En tercer lugar, los misioneros se beneficiaron del favor otorgado por muchos señores feudales a los comerciantes, capaces de garantizarles el tráfico con China y, sobre todo, el suministro de los arcabuces, y también a los propios religiosos, que podían ejercer un contrapeso frente al poderío de los monasterios budistas cuya injerencia política era constante.

En cualquier caso, si Oda Nobunaga manifestó siempre su protección a los mercaderes y misioneros portugueses, su sucesor, Toyotomi Hideyoshi, inició la persecución no sólo contra los religiosos, sino también contra los propios cristianos japoneses. Entre las razones de este cambio hay que señalar la progresiva tendencia hacia la autarquía económica, la consolidación del absolutismo como régimen político y la adopción del sistema conservador del neoconfucianismo como pilar ideológico del nuevo Estado. De esa forma, la limitación de los intercambios, la exclusión de los portugueses de toda influencia en la corte y la erradicación del cristianismo pronto estuvieron en el programa que cada vez con más rigor fueron imponiendo los constructores del Japón moderno. La persecución cristiana dio comienzo con el famoso edicto de Hideyoshi (julio 1587) declarando al cristianismo como "doctrina perniciosa" y decretando la expulsión de todos los misioneros. La medida fue renovada diez años después con la inmediata crucifixión de los "veintiséis santos mártires del Japón" (febrero 1597), aunque todavía no supuso ni el fin del cristianismo ni la clausura del comercio lusitano de Nagasaki.

Serían los primeros shogunes Tokugawa (Ieyasu, Hidetada y Iemitsu) los que darían los pasos necesarios para sumir a Japón en un completo aislamiento (*sakoku*), que implicaría la supresión de todos los viajes ultramarinos (1635), la violenta erradicación del cristianismo tras una persecución larga y sangrienta que redujo a los fieles a la muerte o al silencio (incluyendo el "gran martirio" de Nagasaki de 1622 y la terrible represión de la rebelión de los campesinos cristianos de Shimabara en la isla de Kyushu entre 1637 y 1638) y la absoluta prohibición del comercio portugués (1639).

Finalmente, otro de los grandes ámbitos de la predicación católica es Vietnam. También aquí la empresa recae sobre los jesuitas, que fundan en Turán (actual Da Nang) la misión de Cochinchina (1615), es decir, el Estado del sur (con capitalidad en Hué) enfrentado con el Estado del norte (con capital en Hanoi). Aquí la figura clave es la del jesuita francés Alexandre de Rhodes, que establece primero la misión de Tonkín (1627), es decir el Estado del norte, donde ejercita su "apostolado por la ciencia" ante la corte de Hanoi (iniciado con la entrega de un reloj y un libro de matemáticas al soberano), pero es pronto expulsado por su protector de la víspera no sin dejar tras de sí un total de 50.000 conversos antes de partir para Macao (1630). Seguidamente Alexandre de Rhodes vuelve al Vietnam (1640), instalándose esta vez en el Estado del sur, donde otra vez trata de ganarse la confianza del soberano de Hué a través de los relojes y las matemáticas, pero de nuevo ha de partir para el exilio, esta vez definitivamente (1645), no sin dejar tras de sí otros 50.000 cristianos, así como un catecismo redactado en *quôc-ngu*, la que debería convertirse en la lengua nacional vietnamita.

Si bien los jesuitas mantuvieron la llama sagrada en las décadas siguientes, el proceso de evangelización cambió de signo con la fundación de la *Société des Missions Étrangères* (1658), que fue responsable del nuevo impulso misional de la segunda mitad de siglo, iniciado con el establecimiento de una casa y la apertura de un seminario en Ayuthya (entre 1660 y 1666) y el envío de delegaciones a Vietnam, Laos y Camboya. Su labor tropezó con el persistente debate sobre el límite de la acomodación entre dogma y práctica católicos y creencias y prácticas locales, que volvió a separar a los tolerantes jesuitas de los más estrictos miembros de la *Société*, los cuales llegaron a celebrar un sínodo en Faifo (1682) para condenar la erección de altares domésticos tradicionales en las casas cristianas. Sin embargo, pese a la amenaza que tal controversia hacía planear sobre el futuro, en Vietnam el arraigo del cristianismo fue tan sólido que llegaría a emerger como un factor activo de la vida nacional en el transcurso del siglo XIX.

El único modelo de evangelización diferente fue el empleado por los españoles en Filipinas, en todo semejante al utilizado en América, ya que aquí la soberanía del rey de España eliminaba los obstáculos hallados por los restantes misioneros en otros países, pues no en vano Felipe II había decidido

convertir el archipiélago en "arsenal y depósito de la fe". Iniciada con la llegada de numerosos misioneros ya a fines del siglo XVI (agustinos, franciscanos, jesuitas, dominicos y recoletos, instalados entre 1565 y 1606), la evangelización progresó rápidamente en la isla de Luzón, aunque también aquí se reprodujo la vieja dificultad de llegar a un acuerdo entre la religión católica de corte tridentino y las tradiciones locales, resuelta de forma parecida a como lo había sido en América y, en cierta medida, a como se había solucionado en la propia metrópoli, donde también las comunidades, pese a su ascendencia inequívocamente cristiana, mantenían formas propias de entender la práctica religiosa cotidiana (santos específicos, fiestas locales, lugares de peregrinación propios, advocaciones intransferibles).

En cualquier caso, al precio de un cierto nivel de sincretismo (como en México o como en Perú), el cristianismo adquirió pronto carta de naturaleza en el norte del archipiélago, dando alas para la ampliación de la predicación en las islas meridionales. Ahora bien, aquí, aunque se estableció un fuerte y una misión en Zamboanga, en la isla de Mindanao, la resistencia musulmana fue obstinada, conduciendo al levantamiento del sultán de Magindanao, una verdadera *yihad* o guerra santa, que obligó a los españoles a cerrar su base de Zamboanga (1663) y a aceptar durante el siguiente medio siglo la división de las Filipinas entre las dos religiones. El cuadro no quedaría, sin embargo, completo si no se recordara que Filipinas fue, además, la plataforma de lanzamiento para la evangelización de otros territorios, tanto bajo la soberanía española (Micronesia) como bajo la de otros príncipes, singularmente Japón.

### 6.5. Otros intercambios intelectuales

Al margen de la predicación del catolicismo, la aportación europea a Oriente, dejando aparte la posible incitación al desarrollo económico en unos lugares, contrarrestada en otros por la codiciosa explotación de las poblaciones y los recursos, se limitó a unos aspectos realmente poco relevantes. Por una parte, la técnica más solicitada a los europeos (y no sólo a los soldados, sino también a los misioneros) fue la construcción y el uso de las armas de fuego, particularmente de la artillería, y ello desde el primer momento, cuando los portugueses se insinúan en Japón con sus arcabuces en la mano, una presentación que se repite en otros lugares, como Vietnam.

En segundo lugar, los misioneros jesuitas aportaron sus conocimientos (a veces, extraordinariamente amplios) en materias como las matemáticas o la astronomía, formando parte de un plan de "apostolado por la ciencia", como puede comprobarse con los casos paradigmáticos del padre Mateo Ricci (que además de las 300 iglesias ya comentadas, dejó confeccionado un mapamundi y traducida al chino la obra de Euclides) o del padre Adam Schall, cuya

formación no sólo fue requerida para la fundición de cañones, sino también para la reforma del calendario, como astrónomo de Shunzi, el primer emperador Qing. Otro ejemplo entre muchos puede ser la contribución al conocimiento de la geografía, la historia y la historia natural de Vietnam llevada a cabo por el padre Andreas Koffler (autor de una *Historia Cochinchinae Descriptio*) y por el padre Joâo de Loureiro, autor de una *Flora Cochinchinensis* (publicada en Lisboa, 1790). En Japón, tras la expulsión de los misioneros portugueses y españoles, el relevo en la comunicación de la ciencia occidental fue tomado por los holandeses, que difunden el interés por el *rangaku* (literalmente "ciencia holandesa") entre numerosos profesionales, logrando una serie de seguidores a partir de finales del siglo XVII y sobre todo en el siglo XVIII, especialmente en el cultivo de la geografía, la medicina y la astronomía (Aoki Bunzo, autor de un diccionario científico holandés-japonés publicado en 1761, o Hayashi Shihei, autor de un atlas con indicaciones de latitudes y longitudes en 1785, entre muchos otros).

Finalmente, también se producen intercambios artísticos. Así, la influencia europea es palpable a partir de los años veinte entre los pintores de la corte del gran Mogol, especialmente en alguno de ellos, como Govardhan, miniaturista protegido por Jahangir que supo asimilar la perspectiva, el dibujo, el color, el volumen y el realismo europeo en sus retratos áulicos o en sus representaciones de ascetas. Del mismo modo, los modelos y colores occidentales dejaron su impronta en artistas japoneses como Furuta Oribe, autor de cerámicas de tipo *raku* para la ceremonia del arte del té. Más relevante es el caso del padre Giuseppe Castiglione, que pudo crear en China algunas obras maestras (como, por ejemplo, la espléndida pintura de los *Kasakos ofreciendo el tributo de los caballos al emperador Qianlong,* dentro del programa decorativo del palacio de verano de Yuanmingyuan, al noroeste de Pequín), que no dejaron de producir su impacto en un ámbito tan tradicional, generando la corriente del "nuevo realismo", cuyos ecos se prolongarían hasta el siglo XIX.

El arte permitió también la aparición de formas sincréticas de una particular belleza. En África fue el caso de la evolución de la escultura de Benín, con sus marfiles afroportugueses, pero sobre todo con las asombrosas placas de bronce ilustrando los contactos entre los lusitanos y las poblaciones autóctonas. Más importante es el llamado arte *namban* (literalmente "arte de los bárbaros del sur"), una fórmula en la que los mercaderes, los jesuitas, los barcos y los arcabuces portugueses se despliegan en los biombos ejecutados por los artistas locales. Finalmente, la cultura de Filipinas se asemeja más a la cultura criolla americana, a través de sus principales manifestaciones, la aparición de una literatura religiosa en tagalo, la construcción de edificios de estilo barroco de inspiración mexicana realizados con materiales tradicionales y por artesanos locales o la producción de los característicos crucifijos

de marfil, uno de los más divulgados símbolos del arte del archipiélago durante los tiempos modernos.

### 6.6. De los otros mundos a Europa

En sentido opuesto, Europa había recibido desde los tiempos medievales numerosos préstamos culturales asiáticos, entre los cuales hay que destacar importantes técnicas agrícolas (desde los sistemas de riego al cultivo de diversos árboles frutales y de la caña de azúcar), relevantes instrumentos intelectuales (desde los números a la preservación de la cultura clásica grecolatina) y otras aportaciones prácticas de singular trascendencia (desde las velas triangulares a la pólvora, el papel y la imprenta). Del mismo modo, la aportación asiática fue fundamental para el inicio de los descubrimientos, para los primeros pasos de la expansión: la brújula y el astrolabio, tanto como la ayuda experta de los pilotos del Índico, fueron elementos indispensables para la arribada de Vasco da Gama a Calicut. Sin embargo, estas contribuciones no tuvieron continuidad en los tiempos modernos, ya que fueron relativamente escasas las importaciones culturales procedentes de Asia realizadas por los europeos a lo largo de los tres siglos siguientes. Porque la expansión europea también significa precisamente eso: la inversión de la tendencia en la invención cultural, cuya iniciativa pasa ahora a manos de Occidente.

Entre las sugestiones intelectuales debidas a Oriente, hay que señalar algunos elementos útiles para apoyar las posiciones relativistas sobre la moral o la organización social en sus propios países, como fue el caso de la intervención de personajes persas, chinos o marroquíes como vehículo de la crítica ilustrada. Más consistencia tuvo la permanencia del tópico del "sabio chino" como prototipo de la sabiduría oriental, presente ya en la obra del libertino seiscentista François La Motte-Le Vayer (*La Vertu des Païens*, 1641), reforzado por la traducción de la obra de Confucio (París, 1687) y difundido por filósofos de los más dintintos signos (desde Leibniz a Diderot, desde Wolff a Voltaire), a partir de los relatos de los viajeros y, sobre todo, de los misioneros jesuitas, que en Pequín, bajo la dirección del padre Jean Joseph Marie Amiot (muerto en la capital imperial), preparan la monumental edición de las *Mémoires concernant l'histoire, les sciences, les arts, les moeurs et les usages des Chinois* (15 volúmenes publicados en París entre 1776 y 1779).

En el terreno de las formas estéticas, uno de los máximos préstamos tomados por los europeos fueron las ideas sobre el ordenamiento de los jardines, que cristalizaron en la aparición del jardín inglés de concepción naturalista (que propone diversas opciones al paseante) frente al jardín francés de corte racionalista (que impone un itinerario privilegiado). El influjo de la jardinería oriental se aprecia, sobre todo, en las creaciones de William Kent, espe-

cialmente sus espléndidos jardines de Carlton, Claremont, Chiswick, Stowe o Rousham, así como en las de William Chambers, máximo impulsor del jardín anglo-chino, constructor para la princesa Augusta, la viuda del príncipe de Gales, de la famosa pagoda de Kew Gardens (1761-1762), y autor de una serie de trabajos teóricos sobre el tema (*Designs of Chinese Buildings*, 1757; *Plans, Elevations, Sections and Perspective Views of the Gardens and Buldings at Kew, in Surrey*, 1763; y *Dissertation on Oriental Gardening*, 1772).

También se difundió en Europa el gusto por la decoración asiática, especialmente por las lacas japonesas y las porcelanas chinas, ya introducidas por los holandeses desde 1600 y que generan incluso una producción destinada expresamente a su exportación a Europa, con temas del agrado de los clientes occidentales, la cerámica de la "Compañía de Indias". Este entusiasmo por el exotismo, que se extiende por doquier con la interpretación de temas orientales (cuadros de François Boucher sobre *Le festin de l'Empereur de Chine* o *L'audience de l'Empereur de Chine*, del Museo de Besançon), alcanza su máxima expresión en la fabricación de *chinoiseries* (objetos imitados del arte chino como las porcelanas de Meissen, e incluso salas completas, como las de los palacios de Capodimonte, Schönbrunn, Madrid o Aranjuez) y, en menor grado, de *turqueries*, sobre todo en el siglo XVIII, cuando se produce una suerte de Ilustración otomana señalada simbólicamente por la moda del cultivo de los tulipanes en Istanbul.

Este exotismo ganaría también a la literatura, sobre todo a partir de la difusión de uno de los máximos éxitos editoriales del siglo, la versión francesa de *Las Mil y Una Noches* debida al prestigioso orientalista Antoine Galland (*Les Mille et Une Nuits*, París, 1704-1717). Así surgen obras situadas en tales escenarios lejanos, y por ello mismo sugestivos y misteriosos, como el libro de poemas de William Collins puesto bajo el título de *Oriental Eclogues* (1742) o la frenética narración de William Beckford, *Vathek, an Arabian tale* (1786). Incluso la música se impregna de resonancias orientales en obras como *Les Indes galantes* (1735) o *Zoroastre* (1756) de Jean-Philippe Rameau (1683-1764) y *Die Entführung aus dem Serail* (1782) y *Die Zauberflöte* (1791) de Wolfgang Amadeus Mozart.

### 6.7. La imagen de los nuevos mundos

Un lugar aparte tiene la contribución indirecta, es decir el conocimiento adquirido por los europeos a partir de la exploración de los nuevos mares y continentes ahora a su alcance o a partir de la observación de los pueblos con quienes ahora entra en tratos militares o comerciales. En líneas generales puede decirse que este apartado de la expansión europea puede definirse como una progresión desde el mito a la realidad. Si los descubrimien-

tos fueron impulsados por un arsenal de mitos (el reino del Preste Juan, Eldorado, Quivira, las siete ciudades de Cíbola o el país de las Amazonas), muchos de ellos enlazados con las utopías del Renacimiento, tanto cultas como populares (es decir, el ciclo del país de Jauja), los observadores más objetivos y los eruditos menos dados a las fantasías fueron desmontado las fábulas y fueron explicando la realidad, que en ocasiones resultaba no menos maravillosa y sorprendente, al estilo de esos *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* explicados y revelados por Juan de Cárdenas (1591).

En efecto, el proyecto colombino se concibió en una atmósfera intelectual dominada por los mitos clásicos y populares, pero especialmente bíblicos, que insistían (junto con la realidad incuestionable de la existencia de Cipango, Catay o Trapobana) en la identificación de los lugares significados por sus portentosas riquezas en la mitología hebrea: Ofir o Tarsis. Más adelante, América fue produciendo sus propios mitos o al menos confirmando a través de noticias fabulosas algunas referencias clásicas y medievales. Es el caso de los reinos de las Amazonas, de la ciudad de los Césares de la Patagonia o de las siete ciudades de Cíbola (cuya capital habría sido localizada por fray Marcos de Niza en el actual territorio de Nuevo México) o de la ciudad de Quivira, visitada por Alvar Núñez Cabeza de Vaca, pero cuya existencia no pudo ser verificada por las expediciones sucesivas.

El ejemplo paradigmático de leyenda americana es la de la región del Dorado (o simplemente Eldorado), país de incontables riquezas situado entre el Orinoco y el Amazonas. Originada posiblemente por la supuesta figura de un cacique chibcha que se recubría el cuerpo de oro molido, las primeras noticias sobre el legendario territorio llegaron a oídos de Diego de Ordás cuando estaba explorando el Orinoco (1531). A partir de entonces, su búsqueda originó la organización de numerosas expediciones en muy pocos años, las más conocidas de las cuales fueron las de Nicolaus Federmann (1537), Gonzalo Jiménez de Quesada (1537) y Sebastián de Belalcázar (1538), si no incluimos la de Francisco Pizarro a Perú (1533). Aunque estas expediciones pudieron hacer pensar en una identificación de los reinos ya conquistados con Eldorado, la fuerza del mito y la esperanza de hallar otros Estados similares impulsaron nuevas expediciones a todo lo largo del siglo, como, entre otras, la de Philipp von Hutten (1541) y la desastrosa de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre (1559), de tal modo que hasta el regreso de las dos enviadas desde Guayana a fines del siglo XVIII (1771 y 1776) no pudo considerarse superada la leyenda.

Frente a los mitos, que pudieron actuar de incentivo en muchos casos, los descubridores necesitaron noticias fidedignas de los viajes realizados por sus antecesores, como materia prima sobre la que elaborar sus proyectos. Éste fue el papel jugado por toda una serie de escritos medievales, de los que hemos ya dado cuenta al referirnos a los antecedentes de la expansión.

En cualquier caso, hay que hacer mención especial de esa suma o compendio de todo el saber medieval acerca del mundo que fue el relato de los *Viajes del caballero John Mandeville a través de la Tierra de Promisión, India y China*, cuya redacción debió concluirse hacia 1360 y cuyo éxito viene avalado por la existencia de unas 250 copias manuscritas, tres veces más que las de la obra de Marco Polo. Ahora bien, si el libro era una rica mina de informaciones, también era un manantial excesivamente generoso de mitologías, entre las que destacaban la leyenda del Preste Juan, la de la fuente de la eterna juventud y la de la situación del Paraíso Terrenal en Oriente.

Este horizonte se transformó radicalmente después de 1492. La imagen de los nuevos mundos fue haciéndose progresivamente más nítida a lo largo de los tres siglos de la modernidad. La labor fue acometida primero por los navegantes, los soldados y los mercaderes que iniciaron la exploración y la colonización de los distintos mares y continentes. Después siguieron los misioneros, los funcionarios y los viajeros, ya provistos de un arsenal conceptual más rico, de una curiosidad más viva, de una formación intelectual más amplia. Finalmente, llegaron los científicos, que querían analizar y clasificar la nueva realidad (los hombres, los animales, las plantas y los minerales), con el efecto del desarrollo de la experimentación como fuente del saber y de la expansión del relativismo como fuente de la tolerancia y ariete contra el dogmatismo.

Las noticias del descubrimiento no tardaron en llegar a Europa. La primera información acerca del Nuevo Mundo fue ya aportada por el propio Colón en una famosa carta escrita en alta mar al regreso de su primer viaje: la *Epistola Christophori Colom*, es decir la versión latina de la carta, conoció nueve ediciones en el año 1493 y antes de concluir el siglo había alcanzado las 20 ediciones. Fue, sin embargo, el humanista italiano radicado en España Pietro Martire d'Anghiera (Pedro Mártir de Anglería) el gran propagandista de la hazaña colombina entre los círculos humanistas europeos a través de varias de sus obras, pero muy especialmente de sus *De Orbe Novo Decades* (impresas las tres primeras décadas en 1516 y el total de las ocho en 1530) y de sus numerosas cartas, recopiladas bajo el título de *Opus epistolarum* (1530). Amerigo Vespuci (Américo Vespucio) sería la tercera de las fuentes mayores para difundir el descubrimiento, mediante sus cartas de relación de sus propias navegaciones, sobre todo su famosa *Lettera di Amerigo Vespucii delle isole nuovamente ritrovate in quattro suoi viaggi*, cuya incorporación como apéndice a la *Cosmographiae Introductio* escrita por Martin Waldseemüller para servir de prefacio a una reedición de la cosmografía de Ptolomeo (1507) dará como resultado la aparición del topónimo de *América* aplicado a la "cuarta parte" del mundo recién descubierta, que se revela ahora efectivamente como un nuevo continente desconocido para la geografía clásica. Finalmente, el caballero italiano Antonio de Pigafetta, que acompañó a Magallanes, dejó escrita una relación del viaje, que, redactada hacia 1524, conocida en

diversas versiones, entre ellas la recogida por Ramusio, y publicada finalmente en 1800 bajo el título de *Primo viaggio intorno al globo terraqueo*, constituye la fuente fundamental para la expedición que dio la primera vuelta al mundo.

La tarea de explicar la historia de la conquista fue espontáneamente asumida por una serie de cronistas de Indias: Bernal Díaz del Castillo (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, no publicada hasta 1632), Francisco López de Gómara (*Historia General de las Indias*, 1552) o Pedro Cieza de León (*Crónica del Perú*, 1553), condición que también reúne el conquistador Hernán Cortés, autor de unas memorables *Cartas de Relación de la Conquista de México* (escritas a partir de 1519 pero sólo impresas la segunda en 1524 y las demás mucho más tarde). Por otra parte, apareció también pronto una literatura centrada en la población indígena, cuyas obras más notables fueron sin duda las de Toribio de Benavente, llamado *Motolinía* (*Historia de los indios de la Nueva España*, 1558) y Bernardino de Sahagún (*Historia General de las cosas de Nueva España*, inédita hasta nuestro siglo). Finalmente, otros autores trataron de revelar el Nuevo Mundo al público europeo, mediante una visión panorámica de sus riquezas y sus habitantes, ámbito donde destacan las obras de Gonzalo Fernández de Oviedo (*Historia natural de las Indias*, 1535) y José de Acosta (*Historia natural y moral de las Indias*, 1590).

La expansión portuguesa también encontró pronto a sus historiadores, deseosos de explicar a sus contemporáneos unos hechos que aparecían como portentosos e inauditos. Algunos de ellos vivieron en el escenario de los hechos, como Fernão Lopes de Castanheda, autor de una *História do Descobrimento e Conquista da Índia pelos Portugueses* (Coimbra, 1551-1561), Gaspar Correia, secretario de Albuquerque, que escribió una serie de relaciones tituladas *Lendas da Índia* (que permanecieron inéditas hasta 1858), y Diogo do Couto, amigo de Camões, encargado por Felipe III de España y II de Portugal de continuar la historia de la India portuguesa de Barros en sus *Décadas da Ásia* (publicadas en Lisboa, unas en vida, 1602-1616, y otras póstumamente, 1673-1788). Otros finalmente redactaron sus obras sin salir de Portugal, aunque no por ello dejaron de referir verazmente unos acontecimientos de los que estaban bien informados, como fue el caso de Gomes Eanes de Zurara, que como guarda mayor de la Torre do Tombo y cronista mayor del reino nos ha dejado las primeras crónicas de la expansión lusitana por las costas africanas, la *Crónica da Tomada de Ceuta* (dentro de la crónica de Juan I, Lisboa, 1644) y la *Crónica do Descobrimento e Conquista de Guiné* (París, 1841). Y es el caso también de Joâo de Barros, factor de la *Casa da Índia* y autor de las famosas *Décadas de Ásia* (Lisboa, 1553-1613), o de Damião de Góis, escribano de la factoría de Amberes y luego guarda mayor de la Torre do Tombo, que redactó una historia de Manuel el Afortunado bajo el título de *Crónica do Felicíssimo rei D. Manuel* (Lisboa, 1566-1567). Por su

parte, un italiano, Filippo Pigafetta, se benefició de las noticias de Duarte Lopes para escribir una *Relatione del Regno di Congo et delle circonvince contrade tratta dalli scritti e ragionamenti di Oduarte Lopez Portoghese* (Roma, 1591). Pronto, los viajeros portugueses estuvieron en condiciones de hacer una descripción completa del conjunto de su imperio asiático, como fue el caso del excepcional relato del farmacéutico Tomé Pires, *Suma Oriental, começando do Estreito do Mar Roxo até a China* (publicado parcialmente en italiano en 1550). La siguiente visión de conjunto, considerada mucho tiempo una narración novelesca por su estilo colorista y su afición a lo exótico pero sin duda bien fundamentada, fue debida a Fernão Mendes Pinto, la *Peregrinaçâo...no reino da China, no da Tartária, no do Sornau que vulgarmente se chama Siâo, no do Caliminhâo, no do Pegu, no de Martavâo, e em outros muitos reinos e senhorios...*" (concluida en 1580, pero publicada en Lisboa en 1614).

En la segunda mitad del siglo XVI ya se tenían suficiente elementos para ensayar una recopilación de los viajes realizados en el transcurso de la centuria. Éste fue el papel desempeñado por la colección reunida por el veneciano Giovanni Battista Ramusio bajo el título de *Delle navigationi e viaggi* (publicada en la misma ciudad de Venecia en cuatro volúmenes a partir de 1550), así como por la famosa recopilación de los viajes ingleses debida a Richard Hakluyt bajo el título de *Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*, publicada en un solo volumen (Londres, 1589), que sería continuada por Samuel Purchas primero en su *Pilgrimage* (1613) y luego en su *Hakluytus Postumus or Purchas his Pilgrimes* (1625). Los holandeses seguirían el mismo camino en el siglo XVII, con obras como la de Isaac Commelin, *Begin ende Voortgangh van de Verrenighde Nederlatsche Geotroyeerde Oost-Indische Compagnie* (Amsterdam, 1646) o como las afamadas recopilaciones del médico Olfert Dapper (*Naukeurige Beschrijvinge der Afrikaensche Gewesten*, 1668; *Naukeurige Beschrijvinge von het Rijk des Grotten Mogols*, 1672). Sólo resta añadir alguna de las cosmografías o compendios de geografía universal (al estilo de la medieval de Pierre d'Ailly, *Imago mundi*, 1410, tan influyente en la formación del proyecto colombino), entre las cuales quizás la más divulgada fue la de Sebastian Münster (*Cosmographia oder Beschreibung der gesammten Welt*, publicada en Basilea, 1628).

A pesar de las exploraciones portuguesas, la bibliografía sobre África apenas se incrementó en el transcurso del siglo XVI. Las informaciones a disposición de los europeos continuaron siendo las clásicas de los viajeros, geógrafos e historiadores árabes de fines de la Edad Media y principios de los tiempos modernos, resumidamente las célebres obras de Sharif al Idrisí, Ibn Jaldún, Ibn Battuta y León Africano. Más adelante, pudo disponerse de obras ya firmadas por escritores cristianos que habían recorrido los territorios descritos. Para Etiopía, el texto básico fue el del padre Francisco Álvares, que for-

mó parte de la embajada enviada por Manuel el Afortunado y tuvo ocasión de documentarse para su *Verdadeira Informaçâo das Terras do Preste Joâo* (Lisboa, 1540), mientras que para el norte de África la mejor obra fue sin duda la del español Luis del Mármol, la *Descripción General de África* (en dos volúmenes, publicados respectivamente en Granada, 1573, y Málaga, 1599).

La presencia de los europeos en tierras asiáticas (viajeros, mercaderes, misioneros), como hemos visto al analizar el caso de la expansión portuguesa de ultramar, fue la ocasión para la obtención de las primeras informaciones sobre la mayoría de aquellos lejanos países. De ese modo, si Pinto ya daba noticias de Siam y Birmania, el padre Manuel de Abreu Mouzinho explicará la aventura del capitán Salvador Ribeiro de Sousa (elegido al parecer rey de Pegu en 1600) en su *Breve Discurso en que se conta a conquista do reino de Pegu na India Oriental* (publicado en castellano en 1617 y en portugués en 1711). También son los portugueses los primeros en dar noticias de China (fray Gaspar da Cruz, *Tratado em que se contam muito por extenso as coisas da China*, Evora, 1569), Japón (padre Luís Fróis, *História de Japam*, escrita naturalmente antes de su muerte en Nagasaki en 1597, pero inédita hasta el siglo XX), el Tibet (padre António de Andrade, *Novo descobrimento do Grâo Cataio ou reinos do Tibete, no ano 1624* (Lisboa, 1626), Ceilán (padre Manuel Barradas, *Descriçâo da cidade de Columbo*, escrita antes de 1646, pero publicada en la famosa recopilación de viajes portugueses de Bernardo Gomes de Brito, *História Trágico-Marítima*, Lisboa, 1736). Al margen de los portugueses, otro de los relatos tempranos más difundidos fue el del jesuita español Marcelo Ribadeneira (*Historia de las Islas del Archipiélago y Reinos de la Gran China, Tartaria, Cochinchina, Siam, Camboya y Japón,* 1599), que ofrece información directa sobre Japón y Filipinas.

Por su parte, el primer conocimiento europeo de Vietnam procede también de las relaciones de los misioneros jesuitas, como las escritas por Cristoforo Borri (*Relatione della nuova missione delli Padri della Compagnia di Gesù al regno della Cocincina*, publicada en Roma, 1631) y Alexandre de Rhodes (*Divers Voyages et Missions en la Chine et autres Royaumes de l'Orient*, publicada en París, 1653), mientras que el de Laos proviene de los relatos de Gerritt van Wuysthoff (*Journael van de reyse naer der Lauwen-Landt*, 1642). Si en algún caso el territorio ya había sido descrito con anterioridad, la novedad consiste en la relación de las transformaciones operadas con el advenimiento de una nueva dinastía, como ocurre con la Persia safawí, que conocemos a través del texto escrito en español por el viajero portugués Pedro Teixeira (*Relaciones del origen, descendencia y sucesión de los Reyes de Persia y de Hormuz y de un viaje hecho desde la India oriental hasta Italia por tierra*, publicado en dos volúmenes en Amberes, 1610), así como de los más completos relatos del viajero francés Jean Chardin (*Journal d'un voyage en Perse et aux Indes orientales*, Londres, 1686) y del viajero italiano Pietro della Valle (*Viaggi*, Roma,

1658-1663, 3 vols.). O como es también el caso de la India del Gran Mogol, que aparece en obras como la de Johannes de Laet (*De Imperio Magni Mogolis*, publicada en 1631).

El conocimiento de los nuevos mundos requería también de la representación gráfica. Por un lado, gracias a su rápido progreso, la cartografía estuvo pronto en condiciones de ofrecer excelentes mapas de las tierras y los mares explorados por los europeos a partir del famoso *Mapamundi* de Juan de la Cosa (fechado en El Puerto de Santa María, en 1500), el primero en incluir las tierras recién descubiertas en América. A continuación todos los países occidentales se preocuparon de diseñar cartas para el servicio de sus marinos, destacando el establecimiento por la Casa de la Contratación de Sevilla del célebre *Padrón Real,* un arquetipo cartográfico destinado a perfecionar y mantener al día las cartas de navegación (1512). En este contexto, Diego Ribero confeccionaría el primer mapa científico del mundo, reflejo de una concepción moderna de la Tierra (1529). Y a partir de estas tempranas fechas no remitieron ya los esfuerzos hasta parar en algunas realizaciones tan acreditadas como el famoso mapa del taller de los Blaeu, la *Nova totius terrarum orbis geographica ac hydrographica tabula* de 1648.

Por otro lado, pronto aparecieron las primeras obras ofreciendo, junto a los textos, estampas de los nuevos mundos. Los españoles tomaron naturalmente la delantera. La monumental obra de Bernardino de Sahagún, ya citada (*Historia general de las cosas de la Nueva España*, redactada hacia 1575), un compendio de datos arqueológicos, históricos, lingüísticos y etnográficos de las poblaciones indígenas mexicanas, contó para ilustrar el texto con portentosos dibujos, que sin embargo no tuvieron difusión, ya que nunca fueron publicados. Diego Durán, por su parte, también vio profusamente ilustrada su *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme* (redactada en la segunda mitad de siglo), que tampoco conocería la imprenta hasta el siglo pasado (1867-1880). A ambas obras hay que añadir las estampas anónimas recogidas en algunos códices, como el *Códice Osuna* de la Biblioteca Nacional de Madrid, que contiene una historia social, política y económica de México durante la conquista y los primeros tiempos de la colonización.

En otros ámbitos, destacaron sobre todo los cuadernos de dibujos del virginiano John White, 23 de los cuales fueron incorporados a la obra de Thomas Harriot *A Briefe and True Report of the New Report of the New Found Land of Virginia* (1588). Para la India destaca, por su parte, la ilustración del libro escrito por Jan Huyghen van Linschoten, bibliotecario del arzobispo de Goa antes de protagonizar la primera de las navegaciones holandesas a Oriente, el *Itinerario naer cost ofte Portugaels Indien* (Amsterdam, 1595). Finalmente, la obra más ambiciosa fue la del alemán Theodor de Bry, cuyos espléndidos grabados contribuyeron de forma decisiva a fijar la imagen de los continentes extraeuropeos (especialmente la serie *Collectiones peregrinationum in*

*Indiam orientalem et occidentalem*, publicadas en Frankfurt entre 1590 y 1634). También fueron muy celebradas las pinturas de los holandeses Albert Eeckhout, autor de una serie etnográfica sobre los tupi-guaraníes, y Frans Post, cuyos cuadros constituyen las primeras *vedute* de Brasil.

De esta forma, puede decirse que a finales del siglo XVII la mayoría de las nuevas tierras estaban retratadas y formaban parte del patrimonio mental europeo. El retorno de los exploradores en el siglo XVIII implicaría una ampliación del mundo conocido, una aproximación más sistemática y científica a las realidades ultramarinas y la aparición de nuevos debates sobre el sentido de la expansión europea. Por esta vía, los nuevos mundos ejercerían una profunda influencia sobre el pensamiento de la Ilustración.

## 6.8. Colonialismo y anticolonialismo

Si los mitos ejercieron su influjo sobre los descubridores, también en América se inventaron nuevas utopías, algunas de las cuales trataron de llevarse a la práctica. Entre ellas, las más importantes fueron sin duda los ensayos para constituir sociedades ideales de indígenas, regidas por el espíritu evangélico y humanista y separadas de la nociva influencia de los españoles. El primero de estos experimentos fue el llevado a cabo por el dominico Pedro de Córdoba, que trató de implantar misiones aisladas en la región venezolana de Cumaná, las cuales tropezaron con las intrusiones de los colonos que buscaban el rescate de perlas o el rapto de los propios indios. Más tarde, Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán, puso en marcha su proyecto de "hospitales" o comunidades indígenas, fundando a orillas del lago Pátzcuaro el de Santa Fe (1532), inspirado directamente en los escritos de Thomas More para la organización de la economía, la duración de la jornada laboral o la predicación del cristianismo. Finalmente, el también dominico Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapas, aún tuvo energías para llevar a cabo en las selvas de la gobernación de Guatemala otro intento de colonización y cristianización pacífica, el de la Vera Paz (1537-1538). Pero sólo mucho más tarde acabaría por consolidarse este proyecto ideal, con la aparición de esas perfectas "repúblicas de indios" que fueron las reducciones jesuíticas de América del Sur, establecidas plenamente durante los siglos XVII y XVIII.

En realidad los ensayos de Córdoba, Quiroga y Las Casas se enmarcan en el proceso que Lewis Hanke designó como la "lucha por la justicia en la América española". Entre sus protagonistas primeros hay que mencionar al dominico Antonio de Montesinos, que alcanzó la celebridad con sus rotundos sermones condenando el trato dispensado por los españoles a los indios pronunciados ante Diego Colón y otros altos funcionarios de La Española (30 noviembre y 7 diciembre de 1511), antes de ser nombrado posteriormente

protector de los indios de Panamá. Pero si hay que destacar a una figura combativa, ésa fue la del obispo de México, el franciscano Juan de Zumárraga), cuya acción incansable en favor de los indios, inspirada en los escritos de Erasmo y Thomas More, le llevó a participar en la redacción y en la aplicación de las leyes Nuevas de 1542, así como a ocuparse de la educación, de la economía familiar y de la evangelización de los indios, a cuyo efecto implantó la imprenta en la capital del virreinato (1539) y escribió varios opúsculos destinados a tal fin, entre los que destaca su *Doctrina breve* (1543-1544), que bebe en las fuentes del *Enquiridion* de Erasmo.

Las utopías tropezaban con la realidad de una conquista y una colonización orientadas por las ambiciones de los soldados y los funcionarios españoles. Por ello, aquí entra en acción otro de los fenómenos intelectuales más interesantes entre los generados por la expansión europea: la crítica de dicha expansión, es decir el anticolonialismo. No nos referimos a la crítica de los vencidos, en el sentido de la estremecedora denuncia de Felipe Huamán Poma de Ayala, un indio peruano nieto de Túpac Yupanqui, cuya obra, dividida en dos partes e ilustrada de su propia mano (*Nueva Crónica*, 1600; y *Buen Gobierno*, 1615; ambas inéditas, halladas en Copenhague en 1908 y publicadas en París en 1936), ofrece un testimonio único sobre las injusticias cometidas por encomenderos y funcionarios sobre los indios de la región. Aunque a su lado pueden ponerse otras obras impregnadas de la tristeza de los indígenas sometidos, nos parece aún más reveladora la crítica de los propios europeos.

En el siglo XVI, la más lúcida de todas las reflexiones sobre el derecho de Europa a la colonización de otros pueblos se encuentra sin duda en la obra del teólogo español Francisco de Vitoria, especialmente en su famoso curso universitario *Relectio de Indis* (1539). A través de sólidos argumentos, Vitoria rechaza todos los "justos títulos" aducidos para justificar la conquista de América: ni el Imperio universal, ni la potestad temporal del romano pontífice ni el rechazo de la religión cristiana por los indígenas ni siquiera el derecho de tutela sobre unas poblaciones salvajes. El único derecho que asiste a los españoles es el de predicar libremente la fe cristiana, pero sin imponerla por la fuerza, del mismo modo que tienen derecho a viajar y a comerciar en el Nuevo Mundo, pero no al sometimiento de unos pueblos que poseen una organización política previa. En ese sentido, las campañas de Bartolomé de Las Casas no resultan tan radicales, ya que no pone en cuestión los títulos españoles, sino que se limita a denunciar los excesos de la conquista y de la colonización, especialmente la encomienda, pero en cualquier caso sus escritos, sobre todo la famosa *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1542), han sido los más divulgados en la época tanto por sus compatriotas como por los enemigos de la monarquía española y también los más influyentes, ya que sus inmediatas consecuencias fueron las leyes Nuevas promulgadas por Carlos V (1542) y una serie de proclamaciones pontificias sobre la ilici-

tud de la esclavitud de los indios (aunque no de los negros), sobre la igualdad de derechos para todos los bautizados y sobre algunas otras cuestiones relativas a la situación de la población indígena.

Vitoria y Las Casas tuvieron enfrente a Juan Ginés de Sepúlveda, el máximo defensor de la conquista y colonización de América en su réplica al dominico (*Democrates alter, sive de iustis belli causis apud Indios*, inédito hasta el siglo XIX), donde defiende como justos títulos la licitud de la guerra contra los infieles, la predicación del evangelio aun en contra de la voluntad de los pueblos paganos y el derecho de tutela de los pueblos de superior cultura y religión sobre los bárbaros, sobre todo si (como en el caso de los indios americanos) se entregan al canibalismo y a los sacrificios humanos, prácticas contrarias a la ley natural.

Las voces discrepantes se hunden pronto en el olvido, el anticolonialismo desaparece del horizonte europeo durante dos siglos, hasta su despertar en el siglo de las luces. Ahora, el mito del buen salvaje arroja dudas sobre los beneficios de la civilización europea (como demuestra el éxito de las obras de Jean Jacques Rousseau y de Bernardin de Saint-Pierre). Por otra parte, los argumentos morales encuentran su refrendo en las reflexiones de los economistas. Las tempranas reflexiones de los economistas españoles de la Escuela de Salamanca o de la Escuela de Toledo, responsabilizando ya entre los años 1550 y 1625 a la plata americana de la decadencia de la monarquía católica, que han encontrado eco en algunos precursores como el inglés William Petty (*Aritmética Política*, 1690) o el fisiócrata francés marqués de Mirabeau (*L'Ami des hommes*, 1756), son reelaboradas de manera completa por Adam Smith (en su obra capital, *The Wealth of Nations*, 1776), que defiende la libertad de comercio y la libertad de las colonias, puesto que el dominio metropolitano sólo tiene como finalidad la de imponer el pacto colonial o sea el monopolio comercial. Con estos precedentes, Jeremy Bentham estuvo en condiciones ya en el siglo siguiente de lanzar su vehemente exhortación a librarse de las colonias (*Rid yourselves of Ultramaria*, 1820).

Todos los argumentos se dan finalmente cita en la famosa *Histoire philosophique des deux Indes*, del abate Guillaume Raynal (publicadas en Amsterdam, 1770), uno de los grandes éxitos editoriales del siglo con sus tres ediciones, 30 reimpresiones y traducciones al inglés, el alemán y el español antes de la Revolución. La obra es un compendio de todas las nociones anticolonialistas presentes de modo difuso en la mentalidad del siglo de las luces. Las colonias sólo son lícitas si se establecen en lugares deshabitados, los hombres son libres por naturaleza, las colonias deben obtener su independencia, los pueblos sometidos a la dominación por otros pueblos tienen el derecho a la insurrección, la expansión europea ha producido numerosos males en los territorios ultramarinos. Con su alegato en contra del colonialismo, Raynal expresaba el agotamiento de un modelo que iba a experimentar efecti-

vamente su crisis en las décadas siguientes (independencia de Estados Unidos, revolución de Haití, emancipación de la América española), obligando a una recomposición doctrinal y organizativa en los restantes ámbitos ultramarinos.

En cualquier caso, no puede decirse que la literatura anticolonial fuese nutrida. En general fueron más las voces tendentes a justificar la conquista, no sólo la realizada por España en el siglo XVI, en los albores de la expansión, sino también la tardía conquista de la India por Inglaterra entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del siglo XIX, cuando se ha producido la independencia de la mayor parte de las Américas, pero cuando los europeos inician una ocupación de los territorios todavía libres, tanto en Asia (tras la India, Indochina), como en África (reparto del continente en el siglo XIX) o en Oceanía, donde se procede a la colonización de Australia antes de emprender la de otros espacios. En este contexto, serán los ingleses los primeros en adaptar la teoría escolástica de la "tutela" a la moderna reformulación del *white man's burden*, es decir a la justificación del dominio político de ultramar por la "pesada obligación" de los europeos de suprimir los Gobiernos autóctonos (tiránicos y corrompidos) por una justa y pacífica organización política destinada a llevar la felicidad a las poblaciones indígenas.

# 7.

# De la América ibérica a la América europea

La implantación de España en América quedó salvaguardada jurídicamente por las bulas alejandrinas y por las cláusulas del Tratado de Tordesillas. Sin embargo, por un lado, el azar y la estricta interpretación de las distancias marcadas en el último documento permitieron la instalación de Portugal en la punta más oriental del sur del continente, dando lugar a la colonización lusitana del territorio de Brasil. Y, por otro lado, otras potencias europeas (Inglaterra, Holanda, Francia, Dinamarca) negaron su reconocimiento a los derechos españoles, emprendiendo una serie de expediciones que las llevó a la exploración de América del Norte y al asentamiento tanto en estos territorios septentrionales que no habían sido ocupados por los españoles como en la región del Caribe, que además constituyó el centro de una continua política de hostigamiento contra las posesiones hispanas. De este modo, a fines de siglo la América ibérica había pasado a convertirse en una América europea.

## 7.1. Los ensayos del siglo XVI

Apenas entrada la última nave de Vasco da Gama en Lisboa (el *Berrio* capitaneado por Nicolau Coelho), el rey de Portugal, Manuel el Afortunado, decide la partida de una segunda flota compuesta por 13 naves al mando de Pedro Alvares Cabral, que zarpa de la desembocadura del Tajo en marzo de 1500, pero que, lejos de alcanzar su destino, se desvía involuntariamente y arriba a las costas americanas el 22 de abril de 1500. Es la fecha fundacional del Brasil portugués, puesto que (pese a que Yáñez Pinzón ya había alcanzado aquellas costas unos meses antes) las tierras descubiertas se hallan situadas den-

tro de las 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde puestas como límite de las exploraciones portuguesas por el Tratado de Tordesillas.

En la primera mitad del siglo XVI, el territorio brasileño se amplía con lentitud, al mismo ritmo que su explotación, todavía basada esencialmente en la obtención del palo brasil, cuya médula de un rojo intenso podía utilizarse como tinte, mientras que su madera de gran resistencia podía emplearse tanto en la ebanistería como en la construcción naval. En cualquier caso, la escasa densidad de su población indígena (en la costa, tupi-guaraníes) pronto va a conferirle la originalidad de convertirse en la única colonia de poblamiento portuguesa, pronto jalonada de ciudades destinadas a un brillante porvenir, como Recife (1526, llamada originalmente Pernambuco, antes que el nombre designara a dicho estado, que se elevaría desde una mera *freguesia*, un mínimo conjunto de casas, a la condición de capital del Brasil holandés tras la ocupación neerlandesa de 1630), Olinda (1535, primera capital de la capitanía de Pernambuco), San Salvador de Bahía (1549, pronto capital de la colonia) y Río de Janeiro (1567, que sustituiría a Bahía como capital definitiva a partir de 1763). A mediados de siglo, las tierras están repartidas, siguiendo el modelo empleado en las islas del Atlántico, entre una serie de capitanes donatarios encargados de su puesta en valor, mientras que la autoridad metropolitana se ejerce desde San Salvador a partir del nombramiento del primer gobernador y capitán general, Tomé de Souza, en 1548. Mientras tanto, se procede a la organización de la iglesia brasileña, con la creación del Obispado de San Salvador (1553) y con la llegada de los primeros jesuitas encuadrados por Manuel da Nóbrega, que ponen la piedra fundacional de lo que después será la ciudad de São Paulo (1553 o 1554). La segunda mitad de siglo verá el despegue de la agricultura de plantación que originará el primer gran ciclo económico brasileño, el ciclo del azúcar, que abarcará toda la extensión del siglo siguiente. Antes de terminar el siglo, si el padre Nóbrega cuenta en sus *Cartas* (1549-1560, pero inéditas hasta nuestro siglo) los pormenores de su experiencia pionera y evangelizadora, un propietario de una plantación azucarera, Gabriel Soares de Sousa, ya puede escribir una primera *Notícia do Brasil* (redactada en 1587, aunque no sería publicada hasta el siglo XIX).

Las primeras expediciones inglesas dirigidas a América se propusieron, en una latitud más septentrional, el mismo objetivo que Núñez de Balboa alcanzaría a través del istmo de Panamá o Magallanes a través del estrecho de su nombre: rebasar la barrera continental que América oponía a la navegación hacia el continente asiático. Así, la empresa pionera destinada a descubrir lo que se denominó el paso del Noroeste fue encomendada por Enrique VII a los navegantes venecianos Giovanni y Sebastiano Caboto (John y Sebastian Cabot), que partiendo de Bristol en 1497 fueron los primeros europeos en arribar a América del Norte (probablemente a la isla de Cabo Bre-

tón) antes de emprender la exploración de Nueva Escocia y Terranova. Este viaje sería seguido por varias expediciones furtivas organizadas en secreto por Portugal, la mejor documentada de las cuales es la realizada por los hermanos Gaspar y Miguel de Corte Real, originarios de las Azores, que exploraron Groenlandia, Terranova y la desembocadura del río San Lorenzo (1500-1502). El relevo sería tomado por los franceses, que enviaron una primera expedición dirigida por el florentino Giovanni Verrazzano, que exploraría de nuevo Terranova y Nueva Escocia antes de penetrar en la bahía de Nueva York en 1524, y después pusieron al mando de sucesivas empresas de exploración (1534, 1535 y 1539-1541) a Jacques Cartier, que desembarcaría en Gaspé, en Nueva Escocia, y remontaría el curso del río San Lorenzo hasta el actual emplazamiento de la ciudad de Montreal.

En todo caso, esta área no volvería a ser visitada hasta el último cuarto de siglo, esta vez por el marino inglés Martin Frobisher, que procedería al reconocimiento de Groenlandia y costearía la orilla izquierda de la península del Labrador y la que sería llamada posteriormente Tierra de Baffin hasta llegar a la bahía de su nombre. Otros navegantes ingleses insistirían en la misma ruta: John Davis (que descubriría el estrecho de su nombre en 1587), Henry Hudson (que en su cuarto viaje descubriría la bahía de su nombre en 1610) y William Baffin (que daría su nombre a la Tierra de Baffin en 1616). El ciclo había demostrado la inexistencia del paso del Noroeste, pero los contornos de la costa atlántica de América del Norte habían quedado perfectamente perfilados en la cartografía de la época.

Como un apéndice a estas exploraciones, otro grupo de viajes se propusieron el objetivo opuesto de encontrar el paso del Nordeste, es decir una ruta marítima que permitiera pasar a Asia por el norte del continente europeo a través de la zona polar. Éste fue el propósito del navegante inglés Richard Chancellor (que exploró por primera vez el mar Blanco, llegando hasta Arjangelsk, 1553), del navegante holandés Willem Barentz (que en su primer viaje descubriría Nueva Zembla, 1594, y en el segundo alcanzaría las islas Spitzberg, 1596) y del ya citado Henry Hudson, que dedicaría a la empresa tres intentos (1607, 1608 y 1609) antes de desistir en favor del paso del Noroeste (1610).

Finalmente, hay que hacer referencia también en este apartado al ciclo de expediciones que, iniciadas bajo el mandato de Hernán Cortés como virrey de Nueva España, se propusieron la exploración de las costas del Pacífico norte y, como objetivo último, también el hallazgo del paso del Noroeste, aunque al final sirvieron sobre todo para determinar puntos de apoyo a la futura navegación entre México y las Filipinas. Ya antes, Núñez de Balboa había patrocinado el viaje de Gaspar de Espinosa al golfo de Nicoya (1517), rebasado años después por la expedición de Gil González Dávila y Andrés Niño, que llega hasta las costas de Guatemala y quizás de Chiapas, en México (1522-1523).

Una segunda oleada de exploraciones tiene como objetivo principal el reconocimiento del golfo de California: son las mandadas por Alvaro de Saavedra (1527), Diego Hurtado de Mendoza (1532), Hernando de Grijalva (que descubre la Baja California, 1533), Francisco de Ulloa (1539) Francisco de Bolaños (1541) y Juan Rodríguez Cabrillo (1542). Del mismo modo, es preciso mencionar la voluntad de aprovechar los retornos de Filipinas para reconocer las costas californianas, aunque el primer intento, el de Sebastián Rodríguez Cermeño, no se llevará a cabo hasta finales de siglo (1595). Será ya en el siglo XVII cuando tenga lugar la más importante de estas expediciones (que no será superada hasta la reanudación de la exploración en el siglo XVIII), la de Sebastián Vizcaíno, que recorre las costas americanas desde Acapulco hasta los 43° norte, en el actual estado de Oregón (bahía de San Francisco, puertos de San Diego y Monterrey, cabo Blanco, cabo Mendocino) levantando mapas, estableciendo derroteros y fijando la toponimia (1602-1603). Finalmente, el ciclo puede cerrarse con la expedición de Pedro Porter de Casanate, que trazó el contorno litoral del golfo de California, fijó los accidentes geográficos y describió las costumbres de los indígenas (1648-1650).

En otro orden de cosas, la segunda mitad de siglo asiste a los primeros intentos ingleses de establecerse en las costas de la América septentrional, que vienen precedidos de numerosos ataques contra las posesiones españolas. Así, las acciones corsarias son iniciadas por John Hawkins, que en 1567 organiza una primera expedición de saqueo, aunque sin éxito, al ser destruida la mayor parte de su flota a la altura de Veracruz. Mayor importancia tienen las llevadas a cabo por Francis Drake, que en 1572 desembarca en el istmo de Panamá y se apodera del convoy que transporta el oro peruano destinado a la metrópoli. Más tarde (diciembre 1577), Drake regresará de nuevo a América, atravesando el estrecho de Magallanes, saqueando el puerto del Callao, atacando a la flotilla española que transporta la plata a Panamá y cruzando el Pacífico hasta entrar en Plymouth (setiembre 1580) tras haber completado así la segunda vuelta al mundo. Finalmente, una tercera expedición de pillaje le llevará en 1585 hasta Santo Domingo, Cartagena de Indias y San Agustín de la Florida, haciendo con ello inevitable la intervención militar española contra Inglaterra, que se concretará en el episodio de la Armada Invencible.

En cualquier caso, el atractivo ejercido por los tesoros americanos mantuvo viva la actividad depredadora de corsarios y piratas durante la segunda mitad del siglo XVI y a todo lo largo de la centuria siguiente. Aunque una clara distinción legal separaba a los corsarios de los piratas (al disponer los primeros de una patente de corso para atacar a los enemigos de la nación otorgante, mientras que los últimos se entregaban a acciones indiscriminadas en beneficio propio completamente al margen de la ley), la ambigüedad planeó sobre la actuación de los marinos empeñados en atacar las plazas y las flo-

tas españolas en América. Así, si Hawkins y Drake vieron reconocidas oficialmente sus operaciones por la reina Isabel I de Inglaterra, todavía en el siglo XVII Henry Morgan, pese a ser arrestado al violar con su ocupación y saqueo de la ciudad de Panamá los Tratados de paz entre España e Inglaterra, acabaría también siendo nombrado caballero e incluso lugarteniente general de Jamaica. Sin embargo, al margen de estos casos, la piratería se fragmentaría en el siglo XVII en multitud de pequeñas acciones protagonizadas por una colonia de marinos fuera de la ley instalados en las Pequeñas Antillas y viviendo de la carne de los rebaños asilvestrados (asados sobre una enramada llamada *boucan* en francés, de donde el nombre de bucaneros), que navegan a bordo de barcos de pequeñas dimensiones (llamados *fly-boats* en inglés, de donde el nombre de filibusteros), antes de que el desarrollo económico de la región induzca a ingleses y franceses a poner término a sus prácticas en el siglo siguiente.

De este modo, las acciones de corsarismo y contrabando son las preferidas por los navegantes ingleses, franceses y holandeses que operan fundamentalmente en el área del Caribe a todo lo largo de esta primera fase de la presencia europea en los márgenes de los dos territorios ibéricos. Antes de que termine el siglo, sin embargo, los ingleses llevan a cabo sus dos primeras tentativas de fundar colonias en suelo americano. Así, Humphrey Gilbert tomará posesión de Terranova en 1583, mientras que Walter Raleigh, otro marino experto en acciones de corsarismo, financiará la instalación de colonos en la isla de Roanoke (frente al actual estado norteamericano de Carolina del Norte), aunque el establecimiento, llamado Virginia en honor de la soberana inglesa, desaparecerá en corto espacio de tiempo (1587-1590) sin dejar ningún rastro (ganándose el nombre de la "colonia perdida", *the lost colony*). En todo caso, estas experiencias servirán no sólo como precedente de las ocupaciones efectivas del siglo siguiente, sino también para que las obras de Richard Hakluyt predispongan en su favor a la opinión pública (además de la ya citada, *The Discourse on the Western Planting*, escrito en 1584 como informe secreto al Gobierno y publicado finalmente en 1877) y sirvan de fuente para estas primeras tentativas colonizadoraas.

### 7.2. De la *Nouvelle France* a las *Îles du sucre*

Después de las navegaciones de Jacques Cartier durante la primera mitad del quinientos, Francia inicia a principios del siglo XVII la colonización de Canadá con la fundación de Quebec (en 1608, por Samuel Champlain) en la orilla del San Lorenzo, cuyo valle sumado a la península de Acadia debía convertirse en el núcleo original de la Nueva Francia. Desde esta base (que se robustece con la fundación de Montreal, en 1642) la expansión se prolonga

hacia el oeste canadiense y también hacia el sur, por el valle del Mississippi hasta su desembocadura, un inmenso territorio que René Robert Cavalier de La Salle bautizará como Luisiana (1682) y que cierra momentáneamente a los ingleses ya implantados en la costa atlántica la posibilidad de expansión en dirección a occidente. A finales de siglo, Canadá se ha convertido en una provincia francesa (desde 1663), dotada de un gobernador general (que ostenta el mando de las fuerzas militares), un intendente (encargado de la economía y la hacienda) y un consejo con poderes judiciales, administrativos y legislativos, al tiempo que ha coronado la organización eclesiástica con la llegada de François de Montmorency-Laval, primer obispo de Quebec (1659). Mientras tanto, los colonos, que alcanzan ya el número de 12.000, tratan de organizar su economía y de reducir, sirviéndose de la amistad con hurones y algonquinos, a los indios iroqueses, que hostigan a los europeos desde su emplazamiento original en torno al actual estado de Nueva York.

Al mismo tiempo, Francia se instala igualmente en las Antillas, ocupando varios enclaves (singularmente las islas de Saint-Christophe, Guadalupe y Martinica y la mitad occidental de la isla de Santo Domingo, bautizada como Saint-Domingue, antes de recuperar su primitivo nombre de Haití en 1804), que se convierten en emporios productores de azúcar (más tabaco, añil y café), primero bajo la dirección de la *Compagnie des Indes Occidentales* (1664-1674) y después bajo la administración directa de la corona, gracias a la iniciativa de los 15.000 colonos franceses y de la mano de obra africana (casi 50.000 esclavos a finales de siglo), que configuran una sociedad colonial de plantación similar a la ya existente en Brasil. Las "islas del azúcar" pasan a ser así uno de los ámbitos coloniales más rentables de Francia, que conseguirá mantenerse de modo estable en la región, pese a la constante rivalidad que la enfrentará con Inglaterra, especialmente en el transcurso de la centuria siguiente.

### 7.3. Del Caribe inglés a las Trece Colonias

Los ingleses también se establecen en las Antillas a lo largo del siglo XVII: islas Bermudas (1612), Barbados (1625), islas Bahamas (1670) y, sobre todo, Jamaica (ocupada en 1655 y retenida tras la paz de los Pirineos, 1659), que se convierte en otro gran centro de producción de azúcar sobre bases similares a las de las demás economías de plantación, hasta llegar a ser, desde 1680, el más rico emporio de toda la región, con su comercio asegurado por la *Royal African Company*. La implantación en el área se completa finalmente con los asentamientos de la costa hondureña, donde, en pugna con las autoridades españoles, los cortadores de palo campeche no cejan en la explotación de la rica madera tintórea demandada por la industria textil europea.

Del mismo modo, Inglaterra se asienta en la costa atlántica de América del Norte por encima de los establecimientos españoles de Florida, pero de acuerdo con tres modelos diferentes. Un primer núcleo se establece en los alrededores de la primitiva colonia de Virginia, que mantiene su nombre y que se expande a partir del núcleo de Jamestown (población fundada en 1608 pero reconstruida casi enteramente en 1622). Aquí, bajo el dominio de la corona, nace una sociedad de grandes plantadores anglicanos, que explotan sus dominios dedicados al tabaco (y el trigo como cultivo de subsistencia) con la mano de obra africana aportada por el comercio triangular. Muy cerca, un poco más al norte, se establece la colonia católica de Maryland (1632), muy similar en sus estructuras pese a la diferencia confesional. Y, por último, un poco más al sur, se desarrolla la colonia de Carolina (refundada en 1663 y llamada así en honor de Carlos II, con capital en Charleston, erigida en 1670), que también adopta el sistema de plantación esclavista, aunque se especializa en el añil (y el arroz como cultivo de subsistencia).

Un segundo núcleo se establece mucho más al norte, a partir del desembarco de los *Pilgrim Fathers*, una comunidad separada de la iglesia anglicana y organizada en congregaciones independientes, que navegan a bordo del *Mayflower* para implantar en América una colonia de acuerdo con sus principios religiosos. A partir de 1630 diversos grupos de puritanos fundan, desde el puerto de Salem, nuevas poblaciones en el mismo territorio de Massachusetts, del que se separan otros grupos, que pasan a constituir nuevas colonias como New Hampshire, Connecticut o Rhode Island. El conjunto, que pronto se conoce como Nueva Inglaterra, se caracteriza por una economía diversificada de estilo europeo (trigo para la alimentación cotidiana, pesca y pieles más madera y alquitrán como productos de la explotación forestal destinados a la construcción naval y a la exportación), aparece dominado por una clase de agricultores libres y por una burguesía comercial puritana que se centra en el gran puerto de Boston y se dota pronto de la Universidad de Harvard (*College of Harvard*, 1636) para la formación de predicadores y misioneros, pero pronto para la formación de sus propios cuadros dirigentes.

El tercer grupo de colonias se forma a partir de la ocupación de los establecimientos previamente fundados por los holandeses (el más importante de los cuales es Nueva Amsterdam) y por los suecos (Nueva Suecia, el actual Delaware, conquistado por los holandeses antes de su obligada cesión a Inglaterra): el Tratado de Breda (1667), que pone fin a la segunda guerra anglo-holandesa, sancionará el definitivo traspaso a manos inglesas. Finalmente, unida a este bloque nacerá también a lo largo del siglo la colonia de Pennsylvania, impulsada por William Penn (discípulo de George Fox, el fundador de los cuáqueros) y que pronto prosperará en torno a su capital, la ciudad de Filadelfia. A final del siglo XVII, el conjunto de los establecimientos ingleses

de la costa atlántica cuenta ya con una población cercana al medio millón de colonos, cuyas tierras se encuentran, sin embargo, cercadas por la Luisiana y el Canadá franceses y por la Florida española.

### 7.4. Los orígenes de las Antillas neerlandesas

La implantación holandesa en América es la más azarosa de todas, pues los fracasos son más numerosos que los éxitos duraderos. Si en 1667 el enclave de Nueva Amsterdam pasa a Inglaterra, ya antes se ha clausurado la aventura del Brasil holandés, iniciada con la conquista de San Salvador de Bahía (1624), de donde son expulsados inmediatamente por la acción de la flota hispano-portuguesa (1625), pero consolidada con la ocupación de Recife (en la región de Pernambuco, 1630-1654), de la que ha dejado soberbio testimonio gráfico el pintor Frans Post, que trabaja bajo el patrocinio del conde Mauricio de Nassau (entre 1637 y 1644). Expulsados definitivamente de Brasil en 1654, los holandeses, en cambio, se mantendrán ya de modo ininterrumpido en las Antillas llamadas neerlandesas (Curaçao en 1634 y Aruba y Bonaire en 1636, frente a las costas venezolanas en una espléndida situación para el comercio triangular y el comercio de contrabando), así como en la Guayana, modesta compensación inglesa a sus cesiones en la paz de Breda (1667). Dedicada al cultivo de la caña de azúcar, la más importante provincia de la Guayana, Surinam, seguirá también vinculada a Holanda, pese a una trayectoria agitada por las frecuentes revueltas de la población de origen africano en el siglo XVIII y por la efímera ocupación inglesa (1799-1802 y 1804-1815), hasta su independencia ya bien entrada la segunda mitad del siglo XX (1975).

### 7.5. El Brasil de los *engenhos* y las *bandeiras*

Brasil se desarrolla por fin en el siglo XVII, sobre todo a partir de la proliferación de las plantaciones de azúcar y sus respectivos *engenhos*, explotados con mano de obra africana (300.000 individuos ya en 1650), donde el complejo productivo se polariza en torno a la *casa grande* de los propietarios y a la *senzala* o área de habitación de los esclavos. Es para la colonia portuguesa el apogeo del "ciclo del azúcar": las regiones costeras del nordeste, en una franja que se extiende desde la desembocadura del Amazonas hasta el área de Espíritu Santo, se expanden de la mano de la naciente aristocracia esclavista de los "dueños de los molinos", los principales beneficiarios de un sistema económico basado en el llamado "comercio triangular" que hemos de analizar enseguida.

Mientras tanto, en el sur está apareciendo un nuevo núcleo de colonización en torno a São Paulo, cuya población de algunos europeos y muchos mestizos (llamados *mamelucos*), encuadrando a ejércitos de indígenas ya sometidos, se organizan como *bandeirantes* para realizar incursiones en el *sertão*, en el territorio semidesértico del interior, fundamentalmente en busca de minas de oro o diamantes (*bandeiras* mineras) y de mano de obra indígena (*bandeiras* esclavistas), que los llevan, por un lado, a las regiones de Minas Gerais, Goiás y Mato Grosso, y por otro, hacia el sur, hacia las reducciones jesuíticas del Paraná, lo que permite al mismo tiempo explorar el territorio y ampliarlo a costa de las posesiones españolas, un fenómeno que anticipa los conflictos que enfrentarán a ambas potencias a lo largo del siglo siguiente.

Finalmente, la amenaza extranjera en el curso alto del Amazonas decide a las autoridades a la exploración de la región. Expulsados los franceses instalados en el norte, en Maranhão (entre 1612 y 1615), se produce la fundación de Belem (1616), todavía un núcleo aislado cuya economía se basa en la compra a los indios de las "drogas del *sertão*", es decir vainilla, zarzaparrilla y cacao nativo. Del mismo modo, se inicia la penetración por el río Amazonas, levantándose un fuerte en su confluencia con el río Negro, en el lugar de la actual Manaus (1669 o 1690).

La prosperidad hace crecer las ciudades ya fundadas en el siglo anterior, singularmente los grandes centros de San Salvador de Bahía, Río de Janeiro y Olinda y Recife en la región de Pernambuco, estas últimas beneficiadas por la ocupación de los holandeses (1630-1654, aunque desde 1645 los colonos portugueses hubiesen iniciado su reconquista). Del mismo modo, es responsable del desarrollo de la arquitectura y las demás artes plásticas, en expresiones que europeas en su fondo no dejan de sufrir múltiples y variadas influencias de la cultura africana para generar la magnificencia del barroco colonial. La región ya tiene una historia detrás y pronto a su primer historiador, fray Vicente do Salvador (*História de Brasil*, 1627). Del mismo modo, el siglo XVII se ilustra además con el mejor escritor portugués de su época, el padre António de Vieira, teólogo, apologista y autor de una serie de prodigiosos *Sermones* que constituyen una de las cumbres de la literatura lusitana de todos los tiempos.

### 7.6. La América española a la defensiva

Durante el siglo XVI, la América española se mantiene a la defensiva, recelosa de los avances de las potencias enemigas, alarmada por la presencia de corsarios y piratas y conmovida por el apresamiento de sus barcos, como en 1628, cuando el holandés Piet Heyn se apodera de la flota a su salida de La

Figura 7.1. América en el siglo XVII (*c.* 1659).

Figura 7.1. (Continuación.)

Habana. Sin embargo, al mismo tiempo, consigue consolidar la sociedad colonial sobre las bases puestas el siglo anterior y alcanzar un primer periodo de esplendor cultural que en buena parte refleja ya el nuevo fenómeno del criollismo.

La economía se desarrolló sobre las líneas trazadas en el siglo anterior, con la novedad de una mayor diversificación productiva (la plata y los tintes navegan cada vez más en compañía de los primeros productos de plantación, como el tabaco, el azúcar y el cacao) y de un declive general del tráfico con la metrópoli, que quizás no dependa tanto de una crisis colonial como de una crisis metropolitana que repercute en las colonias. En cualquier caso, el declive de la población indígena exige la transferencia de población africana: unos 300.000 esclavos durante el siglo, la mitad de los cuales se instala en México para dedicarse al cultivo de las tierras tropicales y al servicio doméstico.

La población española instalada en el siglo XVI (un máximo de 250.000 personas entre el descubrimiento y 1630) no recibe apenas nuevos efectivos a todo lo largo del siglo. Por otra parte, la descompensación migratoria de los primeros tiempos (varones jóvenes y solteros), sólo contrarrestada más tarde ya muy avanzado el siglo XVI con la prioridad dada a la emigración familiar, había generado el primer fenómeno de mestizaje (los mestizos por antonomasia), que se prolonga con la afluencia africana generando nuevos cruces raciales, singularmente la aparición de los mulatos y los zambos, distinciones que son al mismo tiempo raciales y sociales.

Sin embargo, el principal fenómeno es la americanización de una población originalmente hispana, que cobra conciencia de su diferenciación como criollos, frente a los españoles llegados ahora ya principalmente como agentes del poder real (virreyes, gobernadores, funcionarios, militares, religiosos), que empiezan a recibir nombres derogatorios (*gachupines* en Nueva España, *chapetones* en Perú) y a considerarse competidores en el terreno de los oficios públicos o de las actividades comerciales.

La nueva clase criolla procede de los herederos de los conquistadores (normalmente de segunda fila), de los primeros encomenderos y de los grupos urbanos de enriquecimiento más reciente. Los niveles inferiores incluyen a los mercaderes (que se reservan la distribución interior, mientras que los hombres de los consulados, los *flotistas*, retienen la relación con la metrópoli) y a los segundones que se labran una carrera clerical o civil, ocupando aquellos cargos que requieren títulos universitarios y formación jurídica, singularmente en las audiencias y sobre todo a partir del momento en que las penurias de la hacienda generalizan la venta de oficios en las décadas centrales del siglo.

La verdadera nobleza se basa en los recursos de la tierra, es decir se compone de propietarios de haciendas o de plantaciones, que amplían sus tie-

rras gracias a las usurpaciones sobre las comunidades indias, sancionadas por las llamadas composiciones, aunque tampoco desdeñan los beneficios procedentes de los obrajes, los alquileres de casas o las operaciones crediticias. De este modo, pasan primero a configurar el patriciado urbano (ejerciendo su hegemonía sobre una sociedad de profesionales, comerciantes, artistas y domésticos), constituyen después un mayorazgo y finalmente adquieren un título de nobleza de Castilla, que les garantiza la supremacia en un mundo donde los titulados españoles sólo figuran como representantes del soberano al frente de los dos virreinatos.

Esta nueva clase dirigente es la que anima las cortes virreinales, la que construye los palacios que rivalizan con los virreinales, la que forma (siempre junto a la Iglesia) la necesaria clientela para arquitectos y pintores, la que pone de moda el paseo a pie o en carroza, la que organiza las fiestas, las veladas musicales y las representaciones teatrales, la que confiere un nuevo lustre a las mayores ciudades, la que permite la afirmación de un nuevo orgullo, similar al que experimentan las urbes metropolitanas, tal como se expresa, por ejemplo, en la obra de Bernardo de Balbuena, *Grandeza Mexicana* (1602).

El siglo XVII asiste al nacimiento de la primera literatura criolla, del mismo modo que se desarrolla un arte barroco de gran originalidad (que ya ofrece los primeros grandes nombres) y la música se diversifica entre aquella que sigue la corriente europea, la de tradición autóctona, la de procedencia africana y la que funde todos los elementos en una síntesis sincrética. En cualquier caso, nace una verdadera cultura americana.

La historiografía criolla encuentra su primera gran figura en el inca Garcilaso de la Vega, que en su *Historia de la Florida* (1605) escribe una verdadera epopeya de la conquista llevada a cabo por Hernando de Soto, mientras que en su obra mayor, los *Comentarios Reales de los Incas* (1609), aplica el método y el estilo del humanismo europeo a una temática precolombina. México, a su vez, se ilustra con la gran figura de Juana Inés de la Cruz, pensadora, música, autora dramática y, sobre todo, excelente poetisa, feminista y apasionada, que mereciera el sobrenombre de "nuevo fénix americano". A su lado, debe citarse, por último, a Carlos de Sigüenza, que incorpora el elemento maravilloso a una literatura donde se dan cita la mitología pagana, la devoción cristiana y el fervor patriótico (*Glorias de Querétaro*, 1680; *Paraíso Occidental*, 1684). La arquitectura, por su parte, inventa nuevas formas para nuevas necesidades y llena de edificios civiles y religiosos las grandes ciudades del virreinato novohispano (México, Puebla y Oaxaca, más Antigua en Guatemala) y peruano (Tunja, Bogotá y Cartagena de Indias; Quito, Arequipa, Lima, Cuzco y Cajamarca).

# 8. África y la trata de esclavos

La mayor catástrofe que se abatió sobre el continente africano en los tiempos modernos fue la trata de esclavos, un fenómeno que no es nuevo en un mundo cuya mayor riqueza son los hombres y no la tierra, pero que adquiere dimensiones originales a partir del siglo XVII. Ahora, si por un lado el Imperio otomano sigue drenando la población negra desde la región del Chad, son sobre todo las potencias europeas establecidas en el golfo de Guinea (los portugueses primero, los holandeses después, y a final de siglo otros países, singularmente Francia e Inglaterra) las que promueven la masiva emigración forzosa de las poblaciones africanas hacia el continente americano, esencialmente para entrar al servicio de la economía de plantación. La trata de esclavos fue vista como una pieza indispensable del colonialismo europeo y como una exigencia ineludible de la explotación de los recursos americanos.

## 8.1. Los antecedentes del siglo XVI

Como tuvimos ocasión de señalar, la navegación portuguesa del siglo XV fue creando a lo largo de la costa africana una serie de factorías comerciales para garantizar el tráfico del oro, la malagueta, el marfil y la goma arábiga. Antes de concluir la centuria las dos principales eran la de Arguim (fundada en 1443, al norte de la desembocadura del Senegal) y la de São Jorge da Mina, más tarde conocida como Elmina (fundada una fortaleza junto al río San Juan en 1480, recibió el estatuto de ciudad en 1486). A lo largo del siglo XVI el tráfico del oro cede su primacía en favor del comercio de esclavos. La

organización de la economía portuguesa en África recayó en una institución creada por Enrique el Navegante en Lagos (el almacén de la *Casa da Guiné*) y después transferida a Lisboa con el nombre de *Casa da Guiné e da Mina*, que mantuvo su separación respecto del organismo destinado a controlar el negocio de la India, de tal modo que, pese a su unidad en el plano de la dirección y a su posible aunque no segura integración en un solo organismo (una *Casa da Mina e da India*), el pequeño imperio africano mantuvo su autonomía administrativa respecto del gran imperio asiático, mucho más importante.

La trata de esclavos del siglo XVI es un negocio que se expande lentamente. Lisboa se convierte en el primer mercado europeo, pero las cifras son todavía modestas. El destino se reparte entre la propia metrópoli y otros países europeos, por un lado, y los archipiélagos atlánticos del azúcar y las colonias españolas y portuguesas, por el otro. La mutación no se producirá hasta finales del siglo XVI, cuando Portugal requiera mano de obra esclava para sus plantaciones de azúcar en Brasil y las restantes potencias europeas establecidas en el Nuevo Mundo empiecen también a poner en explotación sus plantaciones, singularmente en las islas antillanas. Del mismo modo, el monopolio portugués cederá el paso a la instalación en el golfo de Guinea de nuevos competidores, singularmente los holandeses, a la espera de la llegada de los ingleses y los franceses, e incluso de los daneses y los españoles, estos últimos ya a finales del siglo XVIII.

## 8.2. La economía mercantil del esclavismo

El auge de la economía de plantación durante el siglo XVII implica un aumento de la trata hasta proporciones inauditas. Naturalmente, la trata entraña terribles consecuencias de largo alcance para el continente africano. Por un lado, supone la perpetuación de un estado de guerra permanente promovida por los Estados negreros africanos para conseguir esclavos que puedan intercambiarse contra los productos europeos, unos necesarios (tejidos, metales, herramientas), otros necesarios para la reproducción del sistema (armas) y otros que contribuyen a la desestructuración de las sociedades indígenas (sobre todo, tabaco y bebidas alcohólicas). Por otro lado, significa un considerable retroceso de la población, sensible tanto si atendemos solamente a las cifras de expatriados (3.000.000 de almas para el conjunto del siglo, según las estimaciones de Philip Curtin), como si añadimos el factor de la cualidad (población joven comprendida entre los 15 y los 35 años) y el de la progresión (a fines de siglo, 25.000 individuos anuales). Finalmente, la regresión demográfica se acompaña del retroceso político (los Estados negreros son precisamente los más organizados de la región más evolucio-

nada del África negra) y cultural (por la desarticulación de las sociedades animistas tradicionales): todo ello explica la decadencia profunda del África negra en general y de la sudanesa en particular a lo largo de esta centuria y de la siguiente.

CUADRO 8.1. Introducción de esclavos negros en América (porcentajes y valores absolutos estimados).

| *Destinos* | *XV-XVI (%)* | *XVII (%)* | *XVIII (%)* | *XIX (%)* | *Total (%)* | *Total* |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Europa | | | | | | |
| Islas Atl. | 55 | 2 | – | – | 2 | 175.000 |
| Am. esp. | 27 | 21 | 10 | 30 | 16 | 1.600.000 |
| Am. port. | 18 | 41 | 31 | 60 | 38 | 3.650.000 |
| Am. fr. | – | 11 | 22 | 5 | 16 | 1.600.000 |
| Am. ingl. | – | 20 | 29 | 5 | 22 | 2.100.000 |
| Am. hol. | – | 2 | 8 | – | 5 | 500.000 |

*Fuente:* Meyer, 1996.

Si tales datos resultan ya suficientemente expresivos (y aún no hemos llegado a la "edad de oro" del comercio esclavista, el siglo XVIII), las circunstancias del traslado desde las costas africanas a las plantaciones americanas tiñen de rasgos aún más siniestros el tráfico de "madera de ébano", según la eufemística expresión de los organizadores de la trata. Dejando aparte las atrocidades de la captura en el interior del continente (que implican la muerte de un tanto por ciento difícil de calcular en el momento de la *razzia*), las condiciones del viaje en barcos donde navegan hacinados entre 300 y 400 esclavos suponen un alto porcentaje de bajas en el transcurso de la travesía, tal vez hasta un 15 o un 20% del total, es decir uno de cada cinco prisioneros, tal vez 1.000.000 de muertos para todo el siglo XVIII sobre un total de 6.000.000 de embarcados. Al margen, el sufrimiento, la subalimentación, los malos tratos imponen a los patrones negreros una temporada de reposo para los integrantes de su cargamento humano antes de su remisión al mercado de los plantadores. Y a partir de ahí, comienza una nueva vida de trabajo sobrehumano para hombres y mujeres sometidos a la esclavitud, desarraigados de su tierra natal y privados de futuro y de horizontes. Todas estos hechos convierten sin duda la trata en uno de los capítulos más lamentables de la expansión europea de los tiempos modernos.

El destino de los esclavos varió naturalmente con el paso del tiempo, aunque las líneas generales para los siglos XVII y XVIII quedaron ya trazadas en el seiscientos. En cualquier caso, si nos decidimos por anticipar las cifras globales para el conjunto de los tiempos modernos, el Brasil portugués atrajo para sí más de la tercera parte de los esclavos africanos (38%), mientras que las colonias inglesas se apropiaban de casi una cuarta parte (un 22% en total, pero con una distribución muy desigual: las Antillas reciben el 90% frente al restante 10% de los futuros Estados Unidos), los establecimientos franceses recibían una sexta parte (16%, casi exclusivamente en sus *Îles du sucre*), el Imperio español acogía a otro tanto (16%, también muy desigualmente distribuido) y las plantaciones holandesas se adueñaban de una vigésima parte (el 5% restante). Ésta fue, pues, la distribución geográfica de los 10 millones de esclavos africanos que llegaron vivos a sus destinos americanos a lo largo de cuatro siglos (mediados del XV-mediados del XIX) de práctica esclavista.

El negocio de la trata, que había permanecido en manos portuguesas a lo largo del siglo XVI, se diversificó a lo largo de la siguiente centuria y más aún a lo largo del setecientos. Ciñéndonos al siglo XVII, los portugueses consiguieron mantener sus posiciones al sur del río Congo, en el reino del mismo nombre (ahora en plena decadencia) y en la costa de Angola, donde funcionaron a pleno rendimiento las dos grandes factorías de Benguela (fundada en 1617) y, sobre todo, de Luanda (São Paulo de Loanda, fundada en 1627), el mayor centro negrero del sur africano, ocupado por los holandeses durante unos años (1641-1648), aunque sin conseguir mantener sus posiciones. Por el contrario, más al norte, en la costa del golfo de Guinea, los holandeses, tras fundar Fort Nassau (1612), desalojan a los portugueses del establecimiento de Elmina (1637) y se instalan en torno al gran emporio esclavista de Whydah (Ouidah), donde también desde el último tercio del siglo empiezan a tomar posiciones otras potencias, singularmente Inglaterra, Francia, Dinamarca y la ciudad hanseática de Hamburgo.

Ahora bien, la trata de esclavos puede también considerarse como una parte esencial del llamado "comercio triangular". En efecto, si la trata podía implicar simplemente un tráfico bilateral, como el que unía al golfo de Guinea con el nordeste brasileño basado en el trueque de esclavos africanos contra tabaco americano, el circuito más frecuente implicaba un sistema más complejo de intercambios. Así, los capitanes de los barcos europeos pagaban a sus proveedores africanos con aguardiente, armas, pólvora, telas, utensilios domésticos y toda suerte de abalorios europeos, junto con tabaco americano y cauris (procedentes sobre todo de las Maldivas), antes de poner proa al Brasil o a las Antillas, donde cargaban los típicos productos de plantación (azúcar, cacao, café, tabaco, añil) para ser introducidos en los mercados europeos. El tráfico negrero aumentaba así considerablemente sus bene-

ficios, de tal modo que el comercio triangular se convirtió a lo largo de los siglos XVII y XVIII en una de las piezas fundamentales de la expansión europea de los tiempos modernos.

### 8.3. Al margen de la trata

Si la trata concentra la mayor parte de las energías europeas en el transcurso del siglo XVII, las restantes regiones africanas sufren nuevas transformaciones al contacto con los europeos, que han dejado de ser exclusivamente los portugueses. Los lusitanos, en cualquier caso, no solamente pierden un importante porcentaje de su monopolio en el tráfico negrero, sino que retroceden en los restantes ámbitos. Así ocurre en el norte de África, donde su influencia disminuye sensiblemente primero como consecuencia del desastre de Alcazarquivir (agosto 1578) y luego por la cesión de la plaza de Tánger a Inglaterra (1662) y de la plaza de Ceuta (1668, por la firma del Tratado de Lisboa) a España, que la retendrá hasta nuestros días. En el mismo ámbito, se asiste a los intentos de implantación de España, que se apropia de la plaza marroquí de Larache (1610, aunque volverá a perderse en 1689), buscando seguridad contra el hostigamiento de los corsarios que infestaban la región, y, sobre todo, de Francia, que mantiene una relación privilegiada con el nuevo soberano marroquí, el fundador de la dinastía alawí en la segunda mitad del siglo, Mulay Ismail.

Del mismo modo, si a finales del siglo XVI, el sueño de Afonso I de un reino cristiano en el corazón de África se había esfumado, los nuevos establecimientos negreros, empezando por el instalado en Angola, introdujeron la guerra permanente en el interior y acabaron por destruir el reino del Congo. En la primera mitad del siglo XVII, la provincia septentrional de Soyo se había independizado completamente y se había convertido en un nuevo Estado negrero. La batalla de Ambuila (1665) significó la definitiva desaparición política del reino y el progresivo abandono de la capital de San Salvador entre 1678 y 1703. Una de las construcciones políticas llamadas a un mayor porvenir se hundía en el maremágnum de la lucha entre las pequeñas formaciones de vida efímera que se habían repartido sus cenizas.

También el África oriental portuguesa se reduce considerablemente en el transcurso de la centuria. Por un lado, se sucederán la conquista y la pérdida tras su destrucción del Estado del Monomotapa. Los portugueses, en efecto, asaltan militarmente el reino en 1628, destruyendo al ejército rival y ordenando la ejecución de la mayor parte de los dirigentes locales. A continuación imponen por la fuerza de las armas un tratado que incluía la autorización del proselitismo religioso (que sería llevado a cabo por los dominicos), la construcción de iglesias y la expulsión de los "moros", es decir de la

población musulmana, así como el acceso a la región de las minas. Los colonizadores no pudieron, sin embargo, beneficiarse de su conquista, ya que los pueblos "herreros" cerraron las minas, ocultaron su entrada y huyeron del país, mientras los cangamirés (bajo el mando de Cangamiré Dombo) asolaban el reino y destruían la capital en 1693, obligando así a los portugueses a abandonar poco después un Estado completamente arruinado y a limitar su instalación al bajo Zambeze.

Si a comienzos de siglo parece bien establecido el dominio portugués sobre todos los Estados shirazíes, ejercido desde la fortaleza (Fuerte Jesús) de Mombasa, centro neurálgico de esta zona del Imperio lusitano, los sucesivos movimientos de resistencia pondrán fin a su hegemonía en el transcurso de la centuria. Un primer sobresalto, protagonizado precisamente por el jeque de Mombasa, Yusuf (que se apodera del fuerte entre 1631-1638), requiere incluso el concurso de una flota enviada desde Goa para el restablecimiento de la situación. Posteriormente los imames de Omán se convierten en los heraldos del irredentismo regional, consiguiendo apoderarse de Pate (1652), que pasa a ser el centro de la resistencia, hasta que el *imam* Sayf ibn Sultán, dirigiendo el ataque desde su base de Omán, se apodera definitivamente de Mombasa (tras la rendición por hambre del Fuerte Jesús, diciembre 1698), base de operaciones que permite la conquista de las ciudades de Pemba, Zanzíbar y Kilwa en las primeras décadas del siglo XVIII. A partir de este momento, Portugal tendrá que contentarse sólo con el control de las ciudades más meridionales, particularmente Mozambique, que permanecerá bajo su soberanía hasta bien entrado el siglo XX.

África del sur, por su parte, va a experimentar una evolución original, convirtiéndose en el escenario de la única colonia de poblamiento del continente. Si desde la expedición de Vasco da Gama los navíos europeos adoptaron la costumbre de hacer escala en los alrededores del cabo de Buena Esperanza, serán los holandeses de la Compañía de las Indias Orientales los primeros en dotar de unas instalaciones estables los barcos que doblaban la punta sur africana en su ruta a Oriente. La colonia del Cabo, creada así por Jan van Riebeeck en 1652, servirá al mismo tiempo de escala para los barcos y de oficina para los empleados de la Compañía y de territorio para el establecimiento de pobladores holandeses y franceses (los primeros *Afrikaaners*), que, desplazándose hacia el interior, se encargarán de mantener las distancias respecto de los comerciantes de la costa y de los indígenas hotentotes empujados cada vez más al norte.

Finalmente, otras potencias tratan de instalarse en otros lugares, que les sirvan de escala en sus derrotas hacia las colonias asiáticas. Con este fin, en efecto, Francia ocupa toda una serie de bases, tanto en Madagascar (Fort-Dauphin, establecida en 1643, pero abandonada en 1674, sin que algunos intentos llevados a cabo al siglo siguiente llegaran a prosperar), como, sobre todo, en el archi-

piélago de las Mascareñas: la isla Bourbon (hoy isla de la Reunión, adquirida desde 1642 y donde se introduciría en 1715 el cultivo del café para competir con las importaciones desde Moka y Beit-al-Faki) y la isla Mauricio o de Francia, incorporada a partir de 1715, tras su abandono en 1710 por los colonos holandeses que se habían instalado en ellas en 1638. Más tarde, también las Seychelles se unirían a este rosario insular francés en el Índico (1754).

# 9.

# Del Asia portuguesa al Asia europea

Desde 1580, los Imperios de Portugal y España habían quedado unidos bajo la soberanía de Felipe II. La primera implicación era la conjunción entre piezas separadas que ahora conseguían un grado de integración sin precedentes: Brasil quedaba vinculado al complejo de la América española y Filipinas pasaba a insertarse dentro del complejo portugués en Asia. Sin embargo, este aparente aumento de la fortaleza de ambos Imperios se iba a revelar incapaz de resistir el ataque desatado por las potencias europeas a lo largo del siglo XVII, que tendría como consecuencia en África la definitiva ruptura del monopolio lusitano en la trata de esclavos, en América la provisional ocupación holandesa de Brasil así como las primeras renuncias territoriales de España y, finalmente, en Asia la sustitución de los portugueses por otros países en la compleja red que los lusitanos habían sabido construir a lo largo de la primera mitad del siglo XVI.

## 9.1. Las compañías de las Indias orientales

Si ya en 1580 Drake, en su vuelta al mundo, había adquirido un cargamento de clavo del sultán de Ternate antes de regresar a Plymouth, la expedición de Jan van Linschoten y Cornelis de Houtman, que puesta bajo el título de Compagnie van Verre (literalmente, "compañía de lo lejano") saldría del Texel, el antepuerto de Amsterdam, en 1595, alcanzaría las costas de Bantam, donde compraría un cargamento de pimienta al sultán, antes de encontrarse con que el éxito de la navegación no se había visto acompañado del éxito económico, pues apenas se habían cubierto los gastos de la empresa.

En todo caso, se trataba de los primeros ensayos para abordar el gran proyecto de desbancar a los portugueses de Oriente, encomendado a una figura nueva dentro del mundo europeo de los negocios, la compañía privilegiada de capital privado, el instrumento de la "revolución comercial asiática del siglo XVII", según la conocida formulación de Niels Stengaard.

Frente a las fórmulas portuguesas (monopolio estatal al comienzo para la ruta directa entre la metrópoli y la India, pero dejando progresivamente paso a la acción privada, siempre presente en el comercio de India en India) y las españolas (concentración del tráfico en un número limitado de puertos, pero tráfico siempre en manos de particulares), las potencias que a partir del siglo XVII se erigen en competidoras eligieron una fórmula original, la de las compañías privilegiadas, vinculadas a los Estados por una concesión pero con capital privado. Eran, en efecto, compañias privilegiadas (*chartered companies*), que recibían una carta otorgándoles la exclusividad del tráfico en un determinado ámbito geográfico. Eran compañías dependientes de sus respectivos Estados, que debían renovarles el privilegio y que definían el alcance de sus atribuciones; aunque dicho control se ejerció de un modo más laxo en el caso de Holanda, fue más a remolque de las circunstancias políticas en el de Inglaterra y asumió las formas más rígidas en Francia. Eran finalmente compañías cuyo capital era de titularidad privada, aunque también aquí fuesen notables las diferencias, ya que el capital de la compañía holandesa se estableció por un monto fijo (y distribuido en una proporción determinada entre los participantes: los mercaderes de Amsterdam, Zelanda, Enkhuisen, Delft, Hoorn y Rotterdam), mientras que la sociedad inglesa inicialmente se rigió por el principio del *joint-stock* (es decir la formación de capital para cada expedición marítima singularmente considerada), mientras que finalmente en el caso de la compañía francesa la corte se vio obligada a implicarse a falta de respuesta suficiente de los particulares. Ahora bien, del mismo modo que sus estatutos fueron inicialmente distintos, también fueron cambiantes las relaciones entre compañías y Estados, así como la valoración de su actuación por la sociedad a lo largo del tiempo, sobre todo a medida que los políticos y los economistas se pronunciaban contra los privilegios y los monopolios y a favor de una mayor liberalización del comercio y de las demás actividades económicas. Finalmente, las compañías terminaron por ser suprimidas (aunque algunas después de la desaparición del Antiguo Régimen) y por ser obligadas a ceder a sus respectivos países los imperios territoriales que habían sabido crear, singularmente el de la India británica (que se prolongó hasta mediados del siglo XX, hasta 1947) y el de las Indias neerlandesas (que llegó incluso más allá, hasta 1949), del mismo modo que también Francia mantuvo el conjunto de sus *comptoirs* de la India (Mahé, Yanaon, Karikal, Chandernagor y Pondichery) hasta su cesión en 1954 a la India independiente, que se apoderó por la fuerza de los últimos establecimientos portugueses (Goa, Damão y Diu) en 1961.

Las tres grandes compañías de las Indias orientales fueron la inglesa, la holandesa y la francesa. La *East India Company* (EIC) recibió su privilegio de navegación para Oriente por un periodo de quince años (31 diciembre 1600), enviando inmediatamente la primera flota, al mando de James Lancaster, con destino a Indonesia, aprovechando la experiencia de Drake y con el propósito de adquirir especias. La *Verenigde Oost Indische Compagnie* (VOC) recibió, por su parte, además del monopolio comercial por veintiún años (20 marzo 1602), importantes atribuciones políticas y militares (facultad de firmar tratados con los soberanos orientales, de construir fortalezas, de mantener ejércitos, de declarar la guerra o concluir la paz, de acuñar moneda y de recaudar impuestos en sus posesiones ultramarinas), que habrían de otorgar una gran agresividad a su acción no sólo contra los portugueses sino contra sus otros competidores europeos, además de constituir la base para la formación del primer Estado territorial colonial en tierras asiáticas. La *Compagnie des Indes Orientales*, que fue un empeño de Colbert, un producto de la decisión oficial y no de la presión de los mercaderes interesados (como en el caso de sus predecesoras), recibió también su estatuto (agosto 1664), iniciando sus actividades con la absorción de la Compañía de Madagascar (donde, como vimos, los franceses habían fundado la factoría de Fort-Dauphin) y con el envío de sus primeras misiones a la India, donde pronto contaría también con sus propios establecimientos. Finalmente, para el siglo XVII, sólo cabe una mención de la Compañía de las Indias Orientales danesas (fundada en 1612), que pudo instalarse en la factoría de Tranquebar, en la India meridional, desde 1616, aunque sufrió una segunda refundación en 1668, a partir de la cual se instalaría también en el golfo de Bengala, en la factoría de Danmarksgor.

CUADRO 9.1. Remesas de la VOC a Amsterdam (millones de florines).

| | |
|---|---|
| 1639/1640-1648/1649 | 72,9 |
| 1649/1650-1658/1659 | 81,8 |
| 1660-1669 | 89,5 |
| 1670-1679 | 92,9 |
| 1680-1689 | 101,6 |
| 1690-1699 | 124,4 |
| 1700-1709 | 137,9 |
| 1710-1719 | 159,1 |
| 1720-1729 | 188,5 |
| 1730-1739 | 167,8 |

*Fuente:* Glamann, 1981.

CUADRO 9.2. Estructura del comercio de la VOC en la segunda mitad del siglo XVII (porcentaje del valor de las compras).

| | *1648-1650* | *1698-1700* |
|---|---|---|
| Especias | 17,8 | 11,7 |
| Pimienta | 50,3 | 11,2 |
| Azúcar | 6,3 | 0,2 |
| Té/café | – | 4,2 |
| "Drogas" | 8,5 | 8,2 |
| Salitre | 2,0 | 3,9 |
| Metales | 0,5 | 5,2 |
| Textiles | 14,1 | 54,7 |
| Diversos | 0,1 | 0,3 |

*Fuente:* Glamann, 1981.

La evicción de los portugueses por parte de los holandeses de la VOC no se hizo naturalmente sin resistencia, de tal modo que los exploradores, los mercaderes y los soldados de la compañía hubieron de marchar unidos en la empresa común. Ahora bien, el siglo de los holandeses en el mundo asiático no excluye la presencia de otras potencias, interesadas igualmente en expulsar a los portugueses, pero también en evitar el monopolio neerlandés aun a costa de la violencia. Durante dos siglos, hasta el triunfo final de los ingleses en la India, Asia se convierte en campo de batalla de las naciones europeas, al tiempo que en uno de los grandes espacios del gran comercio ultramarino de los tiempos modernos.

## 9.2. Los nuevos imperios comerciales

El primer enfrentamiento entre las dos grandes compañías (la EIC y la VOC) tuvo como escenario Indonesia. Asentados en la isla de Java, en el puerto de Yakarta, los holandeses resultaron victoriosos de un ataque combinado de una escuadra inglesa y del príncipe local, lo que significó la anexión de todo el territorio dependiente del soberano javanés y la decisión de convertir la plaza asediada, ahora rebautizada como Batavia (1619), en el centro administrativo y comercial de la VOC (para más tarde pasar a serlo de todas las Indias holandesas hasta su independencia). Poco después se producía el incidente de Amboina (febrero 1623), cuando los holandeses, sospechando una conspiración de los ingleses de la factoría vecina, procedieron a la eje-

cución sumaria de nueve de los presuntos implicados, creando una tensión entre las dos potencias que, pese a la solución diplomática del conflicto, permanecería como un elemento constante de discordia entre las dos potencias instaladas en la región.

CUADRO 9.3. Tonelaje portugués en la ruta del Cabo (1497-1700).

| | *Europa-Asia* | *Asia-Europa* |
|---|---|---|
| 1497-1500 | 2.665 | 290 |
| 1501-1510 | 42.775 | 26.085 |
| 1511-1520 | 38.690 | 26.060 |
| 1531-1540 | 44.660 | 39.110 |
| 1541-1550 | 40.800 | 34.550 |
| 1551-1560 | 39.600 | 33.650 |
| 1561-1570 | 37.030 | 36.250 |
| 1571-1580 | 42.900 | 38.250 |
| 1581-1590 | 55.420 | 48.450 |
| 1591-1600 | 49.200 | 45.350 |
| 1601-1610 | 77.190 | 43.390 |
| 1611-1620 | 60.990 | 40.350 |
| 1621-1630 | 48.000 | 24,150 |
| 1631-1640 | 20.020 | 13.710 |
| 1641-1650 | 22.840 | 16.030 |
| 1651-1660 | 14.320 | 7.970 |
| 1661-1670 | 8.635 | 6.070 |
| 1671-1680 | 11.700 | 10.730 |
| 1681-1690 | 11.650 | 9.300 |
| 1691-1700 | 14.900 | 8.950 |

*Fuente:* Subrahmanyam, 1993.

En cualquier caso, al tiempo que desplazaban de las islas de las especias a los ingleses (desde 1640 embebidos durante una década en su guerra civil) y que proseguían su implantación territorial en Indonesia a costa de los soberanos locales (con algunos hechos realmente dramáticos como la terrible represión llevada a cabo por Jan Pieterzon Coen contra los indígenas de las islas Banda, la primera "mancha de sangre" en la historia de la colonización holandesa), el gobernador Antonio Van Diemen creyó llegado el momento de librar la gran batalla contra los portugueses, desde la base de la VOC en Batavia. Así, los holandeses, tras la ayuda prestada en

la represión contra los cristianos de Kyushu (1637), sustituyeron a los lusitanos en Japón (1639), donde fueron los únicos europeos autorizados a comerciar por los Tokugawa, que mantuvieron así una única puerta abierta al tráfico internacional, la pequeña isla artificial de Dejima en la bahía de Nagasaki (1641). A continuación se planteó la lucha por el control de Malaca, pieza clave para dominar el tráfico de las especias obtenidas de sus plantaciones indonesias, que concluyó con la ocupación holandesa de la plaza (14 enero 1641). Las posiciones se reforzaron con la ocupación, siempre frente a los portugueses, de Colombo en Ceilán (tomada al asalto el 12 de mayo 1656, precedida de la caída de las factorías de Trincomalee, Batticaloa, Negombo y Gale en 1638-1640 y seguida de la ocupación de las factorías de Mannar y Jafna, en 1658), tras secundar la llamada del soberano del reino de Kandy, que sería posteriormente arrinconado, aunque nunca completamente sometido), y de Cochín, el más antiguo de los establecimientos lusitanos, en la costa de Malabar (enero 1663).

Por el contrario, el combate por Formosa (la actual Taiwan) concluyó en tablas, ya que si la instalación española (1626 y ocupación de Tamsui al norte de la isla en 1628, para frenar la ocupación holandesa de 1624) acabó con el abandono de la isla a los holandeses (agosto 1641), la intervención del corsario Guoxingye (el Koxinga de la transcripción neerlandesa) puso fin a su dominio en 1662 (con la rendición de Fort Zelandia, el 1 de febrero), haciendo bascular definitivamente la isla del lado de China, que terminó por incorporarla dos décadas más tarde, en 1683. Del mismo modo, los españoles, que habían sustituido a los portugueses, mantendrían sus posiciones en Tidore y Ternate hasta su abandono definitivo en 1663. Finalmente los portugueses mantendrían el control de Macao, pese al ataque holandés (24 junio 1622), rechazado también con el concurso de un destacamento español enviado desde Filipinas.

En cualquier caso, entre 1607 y 1663, los holandeses habían desalojado a los portugueses de las Molucas y Sumatra (1607), de todos los enclaves cingaleses (Trincomalee, Batticaloa, Gale, Negombo, Colombo, Mannar y Jafna, 1638-1658), de Malaca (1641), según acabamos de ver, así como también de las fortalezas de Barcelor, Mangalor, Honavar, Kilon, Cranganor, Cananor y Cochín en la costa occidental de la India (la última en 1663) y de Negapatam y São Tomé en la oriental (1661-1663). Si a ello se une la pérdida de Ormuz y Mascate, el abandono de Nagasaki, la captura de Syriam por el rey de Ava (1612) y la matanza llevada a cabo por las tropas del Gran Mogol en la factoría de Hugli en el golfo de Bengala (1632), el retroceso portugués era uno de los datos esenciales de la nueva etapa de la expansión europea por el continente asiático. Después de la tormenta, sólo conservaría Goa y sus dependencias de Bassein, Damão y Diu, Macao y los enclaves indonesios de las islas de Solor, Flores y Timor oriental. Todos, con la excepción de Solor y Flo-

res (ocupadas por los holandeses entre 1636 y 1667) llegarían intactos bajo la soberanía portuguesa a la segunda mitad del siglo XX: Timor oriental adquiriría la independencia en 1975 y Goa y sus dependencias pasarían a la India en 1961, siete años después de la retirada de los franceses (1954) y catoce después de la de los británicos (1947).

Mientras sustituían a los portugueses en sus factorías, los holandeses habían iniciado una nueva política que conducía a la creación de un verdadero imperio territorial en Indonesia. Así, la matanza de las Banda había implicado la aniquilación de la población indígena, su sustitución por colonos europeos (*perkeniers*) y el control monopolístico de una de las especias más preciadas, la nuez moscada. Del mismo modo, tras el "crimen de Amboina", la isla moluqueña había quedado también incorporada al naciente imperio indonesio (1623), con la finalidad de reservarla en exclusiva al cultivo del clavo, camino de convertirse así en el segundo monopolio holandés en el ramo de las especias. La expansión por la isla de Java se operó a partir de la base de Batavia: ocupación de Sumbawa (1669) y Semarang (1678), obtención de importantes concesiones en el sultanato de Bantam (1682, tráfico exclusivo; 1684, construcción de una fortaleza) y sumisión del importante sultanato de Mataram (1677, tratado imponiendo el monopolio de la extracción de arroz y de la introducción de opio y tejidos indios), acción con la que puede considerarse inaugurado el largo ciclo de las "guerras javanesas" que se extenderán a todo lo largo del siglo XVIII, aunque en lo esencial puedan considerarse concluidas hacia 1755. También fue sólida la implantación en las restantes islas del archipiélago, en Sumatra (Dalembang, 1615; Padang, 1659; aunque los ingleses se mantienen en Benkulen), Borneo (litoral oriental), Timor (mitad occidental, 1613-1655), las Célebes (Macassar, 1607) y las Molucas tras las Banda y Amboina, Ternate y Tidore). Desde entonces, y pese a su presencia en todos los espacios (Persia, India con el condominio de Surat y la factoría de Masulipatam, Ceilán, Malasia, China y Japón, más Siam, Camboya y Tonkín en Indochina), la base fundamental del tráfico y de la riqueza de la compañía holandesa será siempre el inmenso conjunto de las islas de las especias.

La base indonesia les sirvió también a los holandeses para iniciar la exploración de Oceanía, poniendo así fin al periodo en que el Pacífico había sido prácticamente un "lago español". Willem Janszoon, a bordo del *Duifken*, partiendo de Bantam en busca de Nueva Guinea, fue el primero en recorrer el litoral norte de Australia, atravesando el estrecho de Torres hasta el golfo de Carpentaria y costeando el litoral de la región que más tarde habría de llamarse Queensland. Diez años más tarde, Dirk Hartog navegaría a lo largo de las costas occidentales australianas (1616), y no mucho después Jan Carstensz volvería al golfo de Carpentaria para descubrir la Tierra de Arnhem (1623), con lo que aquella misma década el nuevo continente recibía el nom-

bre de Nueva Holanda. La exploración neerlandesa de la región se completó con el primero de los dos viajes que por comisión expresa del gobernador Antonio Van Diemen realizaría años después el navegante Abel Tasman, que buscando una ruta al sur de Australia descubriría la isla de Tasmania, contornearía la isla sur de Nueva Zelanda y descubriría las islas Tonga y las islas Fidji, antes de regresar a Batavia (1642-1643). El segundo viaje, por su parte, le llevaría a Nueva Guinea, antes de adentrarse en el estrecho de Torres y el golfo de Carpentaria contorneando así las costas septentrionales de Australia (1644), aunque sus decepcionantes noticias sobre las posibilidades económicas de los territorios descubiertos pondrían fin a las navegaciones holandesas en el área.

La aportación holandesa al conocimiento de la región comprendida entre sus establecimientos de Indonesia y sus exploraciones de Australia y Nueva Zelanda se enriquecería con la publicación de los diarios de navegación (aunque no con el del primer viaje de Tasman, que sólo verá la luz en Amsterdam, bajo el título de *Journal van de Reis naar het onbekende Zuidland 1642 door Abel Jansz. Tasman,* en 1860) y con la aparición de algunos estudios científicos de relevancia, especialmente los del gran botánico Georg Eberhard Rumpf, llamado Rumphius, que desde su residencia de Amboina (donde moriría) trabajaría durante medio siglo en coleccionar materiales sobre la historia natural de las Molucas, publicando un monumental *Herbarium Amboinense* en seis volúmenes (Amsterdam, 1741-1755) que le valdría el apelativo de *Plinius indicus.* En el mismo sentido, puede mencionarse aquí la monumental obra del barón Hendrik Adriaan van Rheede tot Drakenstein (*c.* 1637-1691), gobernador de Malabar, sobre la flora de la India occidental (*Hortus indicus malabaricus*, 12 volúmenes con casi 800 láminas publicados entre 1673 y 1703). A su vez, un agente de la VOC, Daniel Havart, dejaría una precisa descripción de la costa oriental, en su *Op-en Ondergang van Coromandel* (Amsterdam, 1693). Finalmente, otro empleado de la VOC, el alemán Engelbert Kaempfer, aprovecharía su estancia como médico en la factoría de Dejima para escribir una completa monografía sobre la geografía, la historia, la historia natural y la etnografía del Japón, por más que su obra tardara en aparecer y lo hiciera fragmentadamente: *Amoenitates exoticae* (1712, una parte de sus cuadernos de notas, con ilustraciones), la traducción al inglés de la descripción del país propiamente dicha (encargada por el naturalista inglés Hans Sloane al suizo Johann Caspar Scheuchzer y aparecida bajo el título *The History of Japan, together with a Description of the Kingdom of Siam*, 1727) y un extracto en francés en la obra del padre Jean-Baptiste du Halde a la que nos referimos más adelante (1735).

Por su parte, los ingleses de la EIC retroceden de las escalas de Extremo Oriente tras el incidente de Amboina (manteniendo sólo un punto de desembarco en el sultanato de Bantam en Java y las pequeñas factorías de Benku-

len en Sumatra y Pulo-Run en las islas Banda) y concentran sus esfuerzos en Persia y en la India. La irrupción en Persia se vio facilitada por las buenas relaciones mantenidas con Abbas el Grande, a quien ayudaron a conquistar la plaza de Ormuz (mayo de 1622), poniendo fin a un siglo largo de dominación portuguesa, y, más tarde, de Mascate en la otra orilla del golfo Pérsico (enero 1650), transferida después al *imam* de Omán, lo que les permitió inicialmente competir con ventaja con los holandeses y los franceses, como tendremos ocasión de analizar. En la India, si por un lado comparten con los holandeses la factoría de Surat (desde donde anudan relaciones comerciales hacia el norte, con Gamru y Basora, y hacia el sur con Balasor en Orissa y Hugli en Bengala), se instalan además en Madrás en la costa de Malabar (que se convierte en la gran rival de la holandesa Masulipatam, abandonada en beneficio de la más meridional fortaleza de Negapatam en 1690, y la danesa Tranquebar) y reciben Bombay (junto con la plaza marroquí de Tánger) como dote entregada a Carlos II por su matrimonio con la princesa portuguesa Catalina de Braganza (1662), además de instalarse antes de final de siglo en el golfo de Bengala, donde, tras la expedición fallida contra Chittagong (1688), acaban por construir en Sutanati una fortaleza, Fort William, destinada a convertirse en el núcleo original de la futura ciudad de Calcuta (1696).

En el último tercio del siglo entró finalmente en liza un nuevo competidor, la *Compagnie des Indes Orientales*, que ocupó posiciones en la India, compartiendo con ingleses y holandeses la factoría de Surat, abriendo sus propios *comptoirs* en la costa de Coromandel (Chandernagor y, sobre todo, Pondichery, desde 1674 y hasta 1761 la capital del Asia francesa) y compitiendo con los ingleses por el comercio de Persia. En cualquier caso, su instalación tropezó con diversos obstáculos, como fueron la previa implantación de otras compañías en los mercados orientales, la dificultad para abrir nuevas factorías, la falta de experiencia para desbancar a los competidores y, fruto de todo ello, la necesidad de abrirse camino en áreas marginales o poco frecuentadas.

En efecto, los europeos no dejaron de abrir nuevas vías de penetración en los mercados asiáticos al margen de las grandes rutas de las especias (el cuadrilátero Banda-Amboina-Batavia-Malaca, más el Ceilán de la canela) y de la instalación en la India de los infinitos recursos. La irrupción en el mercado persa fue al principio una empresa exclusivamente inglesa. El aventurero Robert Ashley había entrado en 1598 al servicio de Abbas el Grande con la finalidad de reorganizar su ejército para afrontar la guerra contra el Imperio otomano. Una vez ganada la confianza del *shah*, Robert Ashley pidió ayuda a la factoría inglesa de Surat a fin de introducirse en el tráfico de la seda, cosa que se consiguió gracias al tratado firmado por Edward Connock como agente de la EIC. El establecimiento de una línea regular entre Surat y el puerto iraní de Djask quedó garantizado gracias a la ocupación de Ormuz, que

quedó neutralizada y su comercio transferido al puerto de Gamru, pronto rebautizado como Bandar Abbas. Los ingleses introducían directamente desde Europa los paños fabricados en la propia Inglaterra o en Holanda (demandados para hacer frente a los rigurosos fríos de la meseta irania), así como algunos productos de lujo (brocados, relojes, cristal de Venecia), que se intercambiaban contra las sederías producidas en el distrito de Zulfa en Isfahán o en las provincias septentrionales de Georgia, Mazandarán y Gilán y exportadas a la India, al Tonkín, a Java o a Filipinas, así como también a los mercados europeos. Si los cargamentos ingleses se completaban con otros productos orientales (cotonías indias y especias de diversa procedencia), los retornos incluían junto a la seda, lana, alfombras, drogas (ruibarbo), vino de Shiraz y perlas de Bahrain, controladas por los árabes de Mascate tras la pérdida de la plaza por los portugueses.

El monopolio inglés concluyó con la llegada de los holandeses, que recibieron un trato similar gacias al acuerdo firmado por Pieter van der Broecke (1624), como director de la VOC para Arabia, Persia e India. Del mismo modo, la compañía francesa obtuvo idénticas condiciones comerciales en 1664. La posición francesa de vio reforzada por las gestiones diplomáticas de Luis XIV durante el reinado de Sulaimán I (1667-1694). El *shah* nombró al Rey Sol protector de los cristianos armenios, caldeos y sirios (1683), al tiempo que le ofrecía sustanciosas ventajas comerciales a cambio de su ayuda contra el sultán de Omán: dos fuertes en Mascate, un puerto al lado de Bandar-Abbas y exención de aduanas (1689). Sin embargo, la muerte del soberano persa y el comienzo de la guerra de Sucesión de España sobrevinieron sin que los acuerdos económicos hubieran llegado a una conclusión, con lo que la posición francesa también aquí quedó subordinada respecto de las mantenidas por sus competidores de la EIC y la VOC.

La presencia de los portugueses en aguas de Indochina fue temprana. El virrey Albuquerque, apenas conquistada Malaca, se presenta como embajador de Portugal ante la corte de Siam (1511), mientras que poco después otros viajeros tocan en las costas de Indochina (Fernão Peres, 1516; Duarte Coelho, 1524; Antonio Faria y Fernão Mendes Pinto, 1535; el propio Luís de Camoês, 1572). En 1580, el rey de Camboya envía a dos aventureros, Diego Belloso y Hernán González, a Filipinas a solicitar ayuda al rey de España y Portugal contra Siam, lo que motiva el desembarco de 120 soldados llegados a bordo de tres barcos al puerto de Faifo (actualmente Hoi An).

Tras el fracaso de la aventura militar camboyana, es el turno para emprender el comercio con uno de los dos Estados rivales de Vietnam, el del sur (Annam y Cochinchina), que se efectúa desde Faifo, al sur de Turán. Pronto, las compañías competidoras anudan relaciones con el Estado del norte (Tonkín), que les concede una factoría en Hung Yên, aguas abajo de Hanoi en el río Rojo (1637 a la VOC; 1673 a la EIC). Este comercio, basado en el intercambio de

artículos de uso bélico (armas, azufre, salitre, cobre y plomo) contra seda, "madera de hierro", azúcar y canela, se acaba a fines de siglo, cuando el Gobierno de Hanoi cierra las factorías inglesa (1697) y holandesa (1700), quedando sólo el desfalleciente tráfico mantenido por los portugueses con el apoyo de Hué en Turán, en Annam.

Del mismo modo, es otro aventurero, Felipe de Brito, el que abre a los portugueses el comercio de Birmania. Tras hacerse conceder por el rey de Pegu un pequeño fuerte en el delta del Irrawady, consigue de la corona lusitana la capitanía vitalicia de la nueva factoría de Syriam (1600), que domina desde la otra vertiente el golfo de Bengala para desesperación de los holandeses interesados en el área, aunque la situación se revela efímera, pues el señor de Ava, nuevo unificador de Birmania, tomará al asalto el fuerte en 1612, hecho que no hará sino permitir la irrupción de los holandeses de la VOC.

Aunque los portugueses, como vimos, se establecieron pronto en Patani, la época dorada del comercio con Siam transcurre a lo largo del siglo XVII, cuando los monarcas consienten en la sustitución de los intermediarios musulmanes por los comerciantes europeos (portugueses, ingleses y holandeses primero, franceses más tarde), que compran arroz, madera y toda clase de drogas y especias, aunque la EIC, que se había instalado igualmente en Patani y en Ayuthya en su séptimo viaje (1611-1615), abandonaría sus posiciones, como consecuencia del incidente de Amboina, hacia 1628. Del mismo modo, el afán expansionista de la Francia de Luis XIV (llegada de numerosos misioneros, concesión del monopolio del comercio de las especias en 1680, instalación de un contingente militar de 600 soldados en 1687) llevará a un alzamiento palatino contra su ingerencia y al definitivo cierre del tráfico a los europeos en 1688. Tampoco prosperaron las actividades comerciales llevadas a cabo en los reinos de Birmania y de Camboya por la VOC en la primera mitad de siglo (en las décadas de los treinta y los cuarenta, uno de sus grandes momentos de apogeo), ya que el desgaste producido por las continuas negociaciones con las respectivas cortes indujeron a sus directores a abandonar sus frágiles posiciones y a emprender el comercio directo con China, tanto a partir de Macao como desde la propia Cantón, la meta de todos los mercaderes europeos. Tampoco resultó muy activo, por último, el comercio con Laos, un país continental sin salida al mar, donde el primer mercader en establecerse fue el empleado de la VOC Gerritt van Wuysthoff, admitido al comercio de Vieng Chan (la "ciudad del sándalo", la actual Vientian) por el rey Surinyavongsa (1641), aunque con escaso resultado, ya que el tráfico exterior de Laos se realizaba por la intermediación de sus vecinos, Camboya (utilizando el río Mekong) y Siam (a través de la capital, Ayuthya). Por tanto, su mención sirve, sobre todo, para dejar constancia de la presencia europea hasta en los rincones más alejados, donde siempre fue posible encontrar a un viajero, un comerciante o un misionero.

Finalmente, la demanda europea de nuevos productos fue responsable de la apertura de otras rutas en el continente asiático, como por ejemplo la ruta interior de Arabia. El azúcar fue siempre un producto secundario, incapaz de competir aquí con la producción de las plantaciones americanas, pero que formó parte de las remesas de China, de Bengala, de Siam y, sobre todo, de Formosa, antes de que, ya a finales de siglo, los chinos introdujeran su cultivo en la isla de Java, que se pobló de molinos azucareros, aunque alcanzando pronto el límite de su expansión. Fueron los ingleses los más decididos en importar el té de China, todavía en espera del espectacular aumento de la demanda del siglo siguiente, mientras los mercaderes rusos se acercaban, a través de Siberia, hasta Jiajta, en busca de las hojas de la aromática bebida. Más complicada fue la historia del café, que, introducido en los gustos europeos a través de Turquía (y desde ahí en Francia por los comerciantes marselleses), fue importado desde la segunda mitad de siglo por los ingleses, que iban a comprarlo al puerto de salida de Moka, antes de adentrarse hasta el mercado yemení de Beit-al- Faki para acercarse a los centros productores en busca de mejores precios.

### 9.3. Las capitales de los imperios "insulares"

La progresiva instalación de los europeos siguiendo la estela de los portugueses no alteró fundamentalmente el carácter "insular" de unos imperios formados de factorías litorales poco conectadas con el traspaís continental pero unidas por vía marítima con los restantes establecimientos de sus respectivas naciones. Sin embargo, algunas de estas factorías desarrollaron una fisonomía urbana que las convirtió en característicos lugares de encuentro entre la civilización de la expansión europea y las culturas asiáticas. Si este fue, como vimos, el caso de Goa en la India y en el siglo XVI, en el Asia oriental y en las siguientes centurias, los ejemplos comparables fueron los de Malaca, Batavia y Manila.

Malaca antes de la ocupación lusitana era ya un emporio comercial de primera importancia, situado sobre un estrecho que es la ruta marítima más importante entre la India y el Asia oriental, al final del callejón de los monzones. Los portugueses reconstruyeron la ciudad, levantaron una fortaleza destinada a convertirse en el elemento más visible del conjunto y rodearon el área central de una muralla de piedra, definiendo el intramuros, que pronto albergaría la catedral, el palacio episcopal, numerosas iglesias y conventos, el ayuntamiento (sede del *Senado da Camara* o gobierno municipal) y la *Santa Casa de Misericórdia*, destinada a las labores de asistencia pública. La llegada de los holandeses supuso la adición de otra serie de edificios de estilo similar a los de la patria, lo que arquitectónicamente confirió a Malaca la sin-

gular configuración urbana que ha pervivido hasta nuestros días. Como ocurriera en las otras grandes factorías, los portugueses manifestaron una fuerte desconfianza respecto de los indígenas malayos, sospechosos de mantener lazos de fidelidad con el destituido soberano instalado en Johore, pero aceptaron de buen grado la existencia de otras colonias asiáticas, como fueron los chinos y sobre todo los indios. La abigarrada sociedad complicó aún más su fisonomía con la presencia de los numerosos mestizos fruto de los enlaces entre hombres portugueses y mujeres de otras comunidades, de tal modo que los hijos de los casados mantuvieron pronto más lazos con la cultura local que con la europea, constituyendo el núcleo fundamental no sólo de Malaca, sino de la mayoría de las ciudades controladas por los europeos e incluso de otros puertos asiáticos.

Batavia nació también de la previa destrucción de Yakarta por los holandeses, que valoraron su perfecta situación para ejercer el control del estrechos de la Sonda, aunque siempre tuvo en su contra la desventaja de su insalubridad. Durante los primeros años, el fuerte construido a orillas del río Ciliwung fue suficiente para albergar las oficinas de la VOC, incluyendo la residencia del gobernador general, los talleres, la caja, la guarnición, el arsenal, la prisión y la sala de reuniones del Consejo de las Indias, dependiente en última instancia de los directores residentes en la metrópoli, los *Heren XVII*. Más adelante, se habilitó un sistema de canales recordando la disposición de tantas otras ciudades holandesas a cuyas orillas se construyeron las casas de uno o dos pisos de los mercaderes. Del mismo modo que en Malaca, los holandeses fueron reticentes frente a la población local, llegando hasta a excluir de la ciudad a los javaneses y sundaneses, aceptando en cambio la presencia de la colonia china, que era indispensable para el desarrollo de la vida urbana. El abigarramiento de Batavia resalta ya en el censo de 1673: 2.000 holandeses se diluían entre una población que incluía a casi 3.000 chinos, más de 1.000 moros, más de 5.000 *mardijkers* (soldados indonesios lusófonos), casi 1.000 balineses, 600 malayos y, sobre todo, más de 13.000 esclavos.

Manila era asimismo un próspero centro mercantil musulmán a la llegada de los españoles, que también procedieron a la reconstrucción de la ciudad, situada en la orilla del río Pasig, mediante la aplicación del modelo hipodámico copiado aquí directamente de México: la plaza mayor con la catedral y el cabildo y la plaza de armas con el fuerte, rodeado el conjunto de una muralla de piedra que definía el recinto del intramuros, pronto lleno de nuevos edificios, como la Audiencia, los palacios del gobernador y el arzobispo, numerosos conventos e iglesias y las casas particulares con sus típicas balconadas y patios interiores. Fuera del recinto del intramuros quedaba el barrio del Pairán, donde debían residir tanto los propios filipinos (12.000 en 1609) como los extranjeros procedentes de otros lugares de Asia, especialmente los chinos,

también aquí sin ninguna duda los miembros más activos de una comunidad que pronto contó también con una importante población mestiza. Manila, como las restantes capitales de los distintos imperios insulares, constituyó otra de las grandes encrucijadas culturales generadas por la expansión europea.

Lo mismo podría predicarse de otros centros del comercio europeo en Asia, especialmente de los más importantes, como el enclave portugués de Macao (que todavía conserva su peculiar encanto de ciudad híbrida entre Oriente y Occidente), como las tres grandes factorías inglesas de Madrás, Bombay y, más tardíamente, Calcuta, o como el establecimiento francés de Pondichery, que al igual que Goa ha conservado mucho de la época más gloriosa de su pasado colonial, desde la llegada de los franceses hasta su captura por los ingleses durante la guerra de los Siete Años (1674-1761). Utilizando uno de estos últimos ejemplos, Madrás, fundada en 1639, inicia su despegue tras su elevación a la categoría de presidencia británica en el territorio de Carnatic en 1653, aunque alcanza su momento más brillante ya en el siglo XVIII. Aglomerados en torno al castillo, el enclave de los funcionarios ingleses (250 individuos en 1711), los comerciantes indios (40.000 en la misma fecha) proceden a la construcción y dotación de templos, mientras la clase de los mestizos, que los ingleses desean convertir en una "colonia protestante de súbditos útiles", se hace cada más indispensable para el funcionamiento de la factoría. Aunque sin renunciar a esta topografía dual, configurada por la fortaleza (Fort Saint George, la *Whitetown*) y la ciudad propiamente dicha (*Blacktown*), los residentes europeos se desperezan en el setecientos, rompen el cerco de la fortaleza, se desparraman por la ciudad e incluso adquieren tierras en el cinturón rural que rodea la colonia para regalarse con una serie de villas de arquitectura palladiana y hermosos y eclécticos jardines destinados a paliar la nostalgia de la lejana Inglaterra.

Por su parte, Pondichery, cuyo brillante destino era difícil de predecir, dados sus modestos inicios de pequeña aldea enclavada en una naturaleza hostil (calor insufrible, frecuentes ciclones y animales peligrosos), pobre de recursos y con un puerto de escasas condiciones, se convertiría en la capital de la India francesa, un "Versalles indio", una "Jaipur blanca". Urbe dual, como sus equivalentes, su solar se dividiría entre la ciudad negra (o barrio indígena, o incluso "barrio de los amores") y la ciudad blanca, sede del palacio del gobernador y de las casas de los capuchinos y de los jesuitas, al amparo de la fortaleza, Fort Louis, construido según el modelo de Vauban. Sociedad fuertemente contrastada, sus 80.000 habitantes se reparten entre los funcionarios de la compañía, los mercaderes criollos y mestizos (denominaciones que significan simplemente madre portuguesa o madre indígena), el mosaico de las castas (dividido por interminables rivalidades), los parias (muchos de ellos convertidos al catolicismo) y la colonia musulmana. Su esplendor será, sin embargo efímero, pues tras alcanzar su cenit a mediados

del siglo XVIII, su rendición en 1761 entrañará el incendio y el saqueo de sus casas, mientras que su reconstrucción posterior a 1763 no hará sino pemitirle vivir del melancólico recuerdo del pasado.

## 9.4. Los desafíos del comercio asiático

El saldo de las cuentas del comercio asiático por parte de las compañías europeas encontró nuevos problemas en la segunda mitad del siglo XVII. En primer lugar, el aumento del volumen del negocio exigió una contrapartida de plata más elevada, lo que hizo más caudaloso el flujo del metal en dirección a Oriente, aunque en cualquier caso la corriente nunca significó una descapitalización europea, ya que el porcentaje de las remesas destinadas al este en la segunda mitad de siglo no debió superar el 20% de las especies en circulación en Europa. En segundo lugar, esta necesidad de plata coincide con el momento en que los Tokugawa cortan el comercio exterior del Japón, una de las tres grandes fuentes del metal precioso (junto a Sevilla y Manila), haciendo más acuciante la búsqueda de contrapartidas, especialmente en el comercio con China. En tercer lugar, es éste también el momento del "desafío indio", es decir la época de mayor demanda por parte del público europeo de los tejidos indios, cuya importación crece hasta el punto de provocar la airada reacción de los productores ingleses (que saquean la sede de la EIC en Londres en 1680) y la intervención del Parlamento, que en 1685 prohíbe la introducción de tejidos de seda y de indianas pintadas, teñidas o estampadas (salvo para su reexportación), una medida seguida también por Francia (1686) y que a comienzos del siglo siguiente se repetirá en los países interesados en fomentar su propia industria algodonera, que defenderán con medidas prohibicionistas frente a los intentos ingleses de colocar en otros mercados tanto sus importaciones de *calicoes* como sus imitaciones domésticas de los tejidos hindúes.

De este modo, las compañías trataron de rebajar sus remesas de plata mediante la ampliación del "comercio de India en India", que pronto los ingleses denominaron *country trade*, de modo que el beneficio de los intercambios entre las diversas escalas asiáticas y de los servicios comerciales prestados a terceros países (entre ellos los fletes devengados por las flotas implicadas en el tráfico interior de Oriente) sirviese para reducir los desembolsos en plata exigidos por la compra de productos destinados a su remisión en dirección a Occidente. El *country trade* se convirtió así, como ya habían percibido los portugueses un siglo antes, en una pieza indispensable en la actuación de las compañías, de tal manera que su volumen fue a lo largo de la centuria muy superior al del tráfico mantenido directamente entre Europa y Asia. A fines del siglo XVII el comercio asiático estaba perfectamente

asentado y suponía tanto para las economías europeas, que durante la centuria siguiente sería siempre un factor de rivalidad destinado a agravar cuando no a provocar directamente los enfrentamientos bélicos entre las grandes potencias. Asia había pasado así a ser escenario no sólo de la agresividad europea frente a los habitantes de los otros mundos, sino campo de batalla para dirimir las diferencias entre los mismos europeos.

CUADRO 9.4. Llegada de metales preciosos a Asia (1581-1670) (medias decenales en toneladas de equivalente plata).

| | *Portugal* | *VOC* | *Inglaterra* | *Manila* | *Japón* |
|---|---|---|---|---|---|
| 1581-1590 | 8,6 | | | 4,0 | 30 |
| 1591-1600 | ? | | | 2,7 | 40 |
| 1601-1610 | 5,9 | 5,7 | 1,3 | 12,0 | 80 |
| 1611-1620 | 4,7 | 10,9 | 4,7 | 19,4 | 110 |
| 1621-1630 | 4,4 | 12,7 | 7,7 | 23,1 | 130 |
| 1631-1640 | | 8,7 | 5,5 | 18,4 | 130 |
| 1641-1650 | | 9,5 | ? | 10,1 | 70 |
| 1651-1660 | | 8,6 | ? | 9,0 | 50 |
| 1661-1670 | | 11,8 | 9,9 | 8,0 | 40 |

*Fuente:* Reid, 1993.

## 9.5. En los confines: Filipinas y Micronesia

Si a lo largo del siglo XVII los holandeses ya experimentan la tentación de convertir su imperio comercial de tipo "insular" en una colonia territorial (caso del grupo de las Banda, de Amboina y de la isla de Java, esta última todavía en trance de conquista a través de las "guerras javanesas"), Filipinas en cambio se organiza ya bajo la soberanía española según el modelo colonial americano. Así se dota de un Gobierno encarnado por el capitán general y la Audiencia de Manila, articula un sistema de explotación de los recursos basado en la encomienda y la tributación indígena y deja a los religiosos que se ocupen de la enseñanza superior en la Universidad de Santo Tomás regida por los dominicos (1601) y que se conviertan a la vez en agentes de evangelización y de hispanización de la población indígena. Sin embargo, la escasa guarnición militar debe todavía hacer frente a algunas insurrecciones locales y a las frecuentes incursiones de la piratería musulmana, mientras que la Administración territorial se implanta con lentitud por falta del personal

necesario. En tanto se investigan las posibilidades productivas del archipiélago, el comercio se separa en un sector local dominado por los comerciantes chinos y en la comunicación regular con México a través de Acapulco, que convierte las Filipinas en una subcolonia de Nueva España.

Las Filipinas sirvieron además de trampolín para impulsar los contactos con los Imperios asiáticos y para iniciar la colonización de Micronesia. En el primer sentido (y al margen de las ya citadas misiones franciscanas y de otras órdenes en Nagasaki), hay que consignar el naufragio (en 1609) del gobernador Rodrigo de Vivero en las costas japonesas (que le permitió realizar una estancia en la corte shogunal, de la que dejó constancia en una *Relación del Japón*, escrita en 1609), la misión comercial (en 1611) de Sebastián Vizcaíno (que le permitió explorar las costas de Honshu después de permanecer casi tres años en la corte, como reseñó en la correpondiente *Relación* del viaje, escrita en 1611) y la embajada (en 1615) del franciscano Diego de Santa Catalina, directamente enviada por Felipe III a Tokugawa Ieyasu (que se saldó con un fracaso, tal como se explica en la correspondiente *Relación* de lo sucedido, redactada en 1617). Finalmente, la unión ibérica dio a los españoles nuevas oportunidades para intervenir desde Manila en el continente asiático, como demuestran la expedición militar a Camboya a fines del siglo anterior (1596), la defensa del Macao portugués frente a los holandeses (1622) o la ya citada instalación en Formosa para contrarrestar el establecimiento de la VOC (1626-1641).

Por otro lado, la conquista y colonización de las islas Marianas se abordarían a partir de la llegada de una expedición de misioneros jesuitas (1668, patrocinada por la reina gobernadora Mariana de Austria, con cuyo nombre sería bautizado el archipiélago), aunque la pacificación de la isla no pudo darse por concluida hasta treinta años más tarde (1698). Del mismo modo, las Carolinas, cuyo descubrimiento había caído en el olvido, volverían a entrar en la órbita hispana a raíz de la arribada al grupo de las Palaos de Francisco Lezcano (quien le daría su nombre en honor de Carlos II, 1686), aunque las sucesivas misiones enviadas por los jesuitas, que tras varios intentos infructuosos consiguieron poner el pie en las islas en los primeros años del siglo siguiente (1710), no lograrían la evangelización del archipiélago, que fue abandonada unos años después (1733). En cualquier caso, las expediciones evangelizadoras lograron echar los cimientos de una Micronesia española, que habría de ser el último territorio del Pacífico en mantenerse bajo la soberanía hispana (hasta junio de 1899).

# 10.

# El retorno de los exploradores

Las grandes exploraciones portuguesas y españolas de los siglos XV y XVI habían permitido precisar el perímetro de África (con incursiones en los reinos interiores del Congo, el Monomotapa y Etiopía), descubrir América y explorar tanto las islas como la mayor parte de su masa continental tanto en el norte como en el sur, surcar las desconocidas inmensidades del Pacífico (convertido en un "lago español") y hallar la ruta marítima hacia las Indias orientales, hacia la India propiamente dicha y hacia los viejos Imperios de China y Japón, los fabulosos países de Catay y Cipango. Ahora bien, el siglo XVII había abandonado en buena parte la política descubridora (tal vez por la ley de los rendimientos decrecientes, tal vez por la necesidad de estabilizar las adquisiciones realizadas, tal vez por la preocupación dominante de la explotación de los nuevos mundos), hasta tal punto que tras la clausura de las grandes exploraciones transpacíficas por parte de España (en 1605-1606) apenas si se puede señalar alguna iniciativa de aliento aparte de los viajes de Abel Tasman en el Pacífico sur (entre 1642 y 1644).

Ésta es la razón por la cual el nuevo impulso dado a las expediciones en el siglo XVIII aparece en perspectiva como un verdadero retorno de los exploradores, que de nuevo van a acometer la aventura de navegar por mares desconocidos y de viajar por territorios vírgenes de la presencia del hombre europeo. Una buena parte de estas energías se encauzaron a la conquista de los mares, una empresa que estuvo estrechamente ligada al progreso de las técnicas de navegación, de tal modo que puede decirse que cada progreso en la ciencia náutica o en el arte de navegar se correspondió con una nueva etapa en el descubrimiento de los espacios marítimos.

## 10.1. Los adelantos de la navegación

En efecto, en el siglo XVIII la construcción naval se convierte en una operación técnicamente calculada y fundamentada en los hallazgos de los científicos. Así, Daniel Bernoulli, padre de la hidrodinámica, estudió la resistencia al avance de las carenas de los navíos (1736), además de escribir un *Tratado sobre las mareas* (1740). Poco más tarde, el célebre matemático Leonhard Euler publicaba una *Scientia navalis* (1749), que reunía los principios de la arquitectura naval y las reglas para facilitar la maniobrabilidad del buque. Por su parte, Frederic Hern Chapman editó en Estocolmo una *Architectura Navalis Mercatoria* (1769), con una minuciosa descripción de los cálculos relativos al proyecto del barco y un detallado estudio de la resistencia hidrodinámica. Finalmente, en España Jorge Juan redactó un *Compendio de navegación* (1757) y un *Examen marítimo teórico-practico* (1771), que recogían los métodos de construcción de navíos observados en Inglaterra y perfeccionados por él mismo. De este modo, en el transcurso de la centuria las formas de las embarcaciones fueron adoptando una línea aerodinámica que facilitaba su desplazamiento (haciéndose menos mangudas y más alargadas de quilla) y fueron eliminando los grandes alcázares de proa y popa, medidas todas ellas que favorecían la seguridad, la maniobrabilidad y velocidad, que se acrecienta también con las reformas que se implantan en los aparejos, combinándose las velas cuadras con las latinas y la adición de estays. De la misma forma, en 1705 se inventó el timón de rueda, que, por más que su empleo generalizado no fuera inmediato sino paulatino, supuso un gran avance en la gobernabilidad de los barcos con respecto al timón de codaste.

Al avance en la construcción naval debemos añadir, por último, el progreso del arte de navegar, gracias al perfeccionamiento tanto de las cartas marinas como de los instrumentos náuticos, como el cuadrante de reflexión (inventado por John Hadley, 1730), el sextante o la corredera de barquilla. Más importante es aún la resolución del problema de determinar la longitud, que fue resultado de la confluencia de la confección de unas tablas astronómicas fiables y de la utilización de un reloj para marcar la hora estándar. En el primer caso, se capitalizó el desarrollo de los instrumentos ópticos para la ampliación de los catálogos de estrellas y constelaciones (desde el de John Flamsteed al de Nicolas Louis de Lacaille) o para el cálculo de las tablas lunares (como el realizado por Johann Tobias Mayer y publicado póstumamente en 1770), mientras que los relojeros construían los primeros cronómetros marinos, como los fabricados por John Harrison, que dedicó toda su vida a dicha tarea (realizando diversos modelos a partir de 1736), por Pierre Le Roy, que presenta sus dos mejores modelos a Luis XV (1766 y 1767), o por Ferdinand Berthoud, que produce sus mejores prototipos entre 1760 y 1768.

## 10.2. La conquista de los mares

En este contexto se inscriben asimismo algunas de las aportaciones empíricas realizadas por los navegantes en el curso de sus travesías. Éste es el caso de las informaciones obtenidas por el corsario inglés William Dampier, que facilitó para uso de su marina sus valiosas observaciones sobre vientos, corrientes y mareas, así como también sobre animales y plantas, además de determinar con relativa precisión por primera vez la posición de las islas que bautizó como Falkland y que nosotros conocemos como Malvinas (1708), al ser llamadas así por servir de escala para los mercantes de Saint-Malo en su ruta al Pacífico. Dejó publicado un apasionante relato de sus andanzas por los cinco continentes bajo el título de *A New Voyage Round the World* (Londres, 1697).

Tras el viaje de Dampier se realizan a continuación algunas expediciones con el objetivo de explorar el Pacífico sur. En este contexto se inscribe el viaje del navegante holandés Jacob Roggeveen, que zarpa en 1721 hacia los mares australes, poniendo a continuación rumbo hacia su otro objetivo, la isla de oro de Saavedra (Nueva Guinea), descubriendo casualmente la isla de Pascua (1722) y las misteriosas y gigantescas estatuas de los moais, antes de regresar a Batavia, en cuya ruta aún pudo avistar algunas islas de las Tuamotu y las Samoa. Por desgracia la narración de su viaje publicada bajo su nombre en holandés (Dordrecht, 1728) estaba plagada de datos fabulosos, mientras que parecía más verídica la editada posteriormente en alemán (Leipzig, 1730). Medio siglo más tarde, el francés Yves Joseph de Kerguelen-Trémanec, persiguiendo también el hallazgo del famoso continente austral, descubrió las islas de la Fortuna y las que hoy llevan su nombre (1772), dejando constancia de la expedición en una *Relation des deux voyages dans les mers australes et des Indes* (París, 1782).

Siguiendo los pasos de George Anson, que había dado la vuelta al mundo (1740-1744), dejando constancia en su relato *A Voyage round the World* (Londres, 1748), Inglaterra patrocinó entre 1764 y 1790 hasta 10 viajes de circunnavegación con fines científicos (entre los que se cuentan los del capitán Cook, sobre los que volveremos por su excepcional importancia), fundamentalmente en dirección al Pacífico sur. Así, John Byron en el transcurso de un viaje de circunnavegación (1764-1766) descubrió en Polinesia las islas Désappointement (en los Tuamotu), del Rey Jorge y de su nombre, dejando un relato de la travesía (*Voyage through the World*, Londres, 1766). Por su parte, Philip Carteret, que había partido de Plymouth con Samuel Wallis en 1766 para realizar un viaje al polo Sur, se separó de él en el estrecho de Magallanes y realizó solo una fructífera exploración de las zonas ecuatoriales del Pacífico, dejando un diario de navegación que fue publicado dentro de la famosa recopilación de John Hawkesworth (*An account of the voyages undertaken for making discove-*

*ries in the Southern Hemisphere*, en tres volúmenes, 1773). Samuel Wallis (1728-1795), a su vez, descubrió la mayoría de las islas Tuamotu y las islas que llevan su nombre y redescubrió Tahití (1767), publicando un *Voyage Round the World* (Londres, 1773). Alexander Dalrymple viajó también por los mares del Sur, levantando unos mapas de los archipiélagos visitados que fueron la base del primer viaje del capitán Cook (*An Account of Discoveries Made in the South Pacific Ocean, previous to 1764*, 1769; y *A Historical Collection of Several Voyages and Discoveries in the South Pacific Ocean*, Londres, 1770-1771). Finalmente, la expedición al Pacífico de William Bligh se hizo famosa más que por su objetivo (trasplantar árboles del pan de Tahití a Jamaica) o por sus descubrimientos, por el célebre motín de la *Bounty*, que dejó abandonado en las islas Tonga al intratable capitán (1789), cuya versión de los hechos quedó reflejada en sus relatos *Narrative of the mutiny in board H. M. Ship Bounty* y *A Voyage to the South Sea* (Londres, 1792).

Las expediciones marítimas patrocinadas por la monarquía y los virreyes españoles están relacionadas con la segunda expansión colonizadora del Nuevo Mundo a lo largo del siglo XVIII, en la que se incorporaron a la corona extensos territorios, tanto al norte de México como otros situados en el poco explorado y casi deshabitado extremo sur del continente. En consecuencia, entre 1774 y 1792 se sucedieron no menos de 10 campañas por las costas del Pacífico norte, que dieron como resultado el reconocimiento de las costas del actual estado de Washington, de la Columbia Británica y de Alaska, hasta las islas de la Reina Carlota y las Aleutianas. Sólo destacaremos la de Juan José Pérez, que descubrió la isla de Vancouver y la bahía de Nutka (1774), y la de Dionisio Alcalá Galiano y Cayetano Valdés, que realizaron la primera circunnavegación de la isla de Vancouver (1792). Por otra parte, las noticias llegadas al virreinato de Nueva España sobre la presencia de barcos rusos e ingleses en estas aguas provocaron sucesivas expediciones al área más septentrional, varias de las cuales estuvieron dirigidas por Juan Francisco de la Bodega (1775, 1779, 1788), pero, al persistir la cuestión de la pretensión británica sobre la bahía de Nutka, Bodega y el inglés Vancouver fueron comisionados por sus respectivos países para llegar a un acuerdo sobre la zona en litigio (1792), hasta que por los convenios de 1793-1794 España cedió sus derechos en favor de Inglaterra.

Asimismo, el Pacífico sur fue de nuevo recorrido por naves españolas. Así, Felipe González de Haedo reconoció y tomó posesión de la isla de Pascua (1770-1771), que quedó así incorporada definitivamente al mundo hispánico. Por su parte, Domingo Boenechea arribó a Tahití (1772), pero la colonización no prosperó por ser considerada como antieconómica por las autoridades españolas. A su vez, Francisco Antonio Mourelle, partiendo de Manila, viajó a través de los archipiélagos occidentales de Oceanía (1780-1781), visitando las islas del almirantazgo (ya avistadas por Alvaro de Saavedra) y descubriendo algunas islas del archipiélago de las Bismarck y del grupo de las

Tonga. Finalmente, Dionisio Alcalá Galiano navegó al estrecho de Magallanes con objeto de levantar las cartas marinas de la región, explorada por muchos otros navegantes españoles entre los años finales del siglo XVIII y los primeros de la centuria siguiente.

La Revolución francesa sumió a Europa en la inestabilidad, por lo que las expediciones se ralentizaron. George Vancouver, que había estado al servicio de Cook, descubrió la isla de Chatham (1791) y contribuyó a mejorar el conocimiento de las costas del noroeste de América (1791-1795), publicando un relato de la aventura en tres volúmenes, *A Voyage of Discovery to the North Pacific Ocean and Round the World* (Londres, 1798). Por su parte, otro marino británico, Matthew Flinders, exploró metódicamente las costas de Australia (1795-1797 y 1801-1803?), verificando en su segundo viaje el carácter insular de Tasmania al descubrir el estrecho bautizado con el nombre de su compañero George Bass, resultados que daría a conocer en su relación *A Voyage to Australia Undertaken for the Purpose of Completing the Discovery of that Vast Country* (Londres, 1814). Casi al mismo tiempo (1800-1804) el francés Nicolas Baudin visitó los mismos parajes, de donde volvió portando considerables materiales para el conocimiento de la geografía, la flora y, muy especialmente, la fauna de este continente insular, que serían publicados bajo el título de *Voyages et découvertes aux terres australes pendant les années 1800-1814* (1807-1816).

Para concluir también se ha de citar al navegante Iván Fedorovich Kruzenstern, director de la primera expedición rusa de circunnavegación (1803-1806), que completó y precisó los conocimientos geográficos e hidrográficos aportados por La Pérouse sobre el mar de Ojotsk, la isla de Sajalin, la península de Kamchatka, las islas Kuriles y Aleutianas y el estrecho de Bering, dejando escrito un *Viaje alrededor del mundo en 1803, 1804, 1805 y 1806 a bordo de los buques Nadezhda y Neva* (publicado en tres volúmenes entre 1809 y 1812).

De esta manera, la nutrida relación de viajes de exploración marítima reseñados permite dar cuenta del extraordinario avance experimentado por el conocimiento científico de tierras y mares y de la enorme extensión adquirida por el mundo conocido en el transcurso del siglo XVIII. Ahora bien, a la conquista de los mares se superpuso el interés por el conocimiento de las densidades continentales que todavía permanecían impenetrables para los ojos europeos.

## 10.3. La conquista de las tierras

Contrariamente a lo ocurrido con la exploración marítima, la exploración de los espacios continentales no experimentó durante el siglo XVII una para-

lización comparable, especialmente gracias a la expansión rusa por Siberia y a las expediciones francesas por el valle del Mississippi. En efecto, el siglo XVII conoció la conquista por parte de Rusia del espacio siberiano, una masa continental extendida en el sentido de los paralelos a lo largo de 8.000 kilómetros. Iniciada ya desde finales del siglo XVI, la exploración sistemática puede considerarse abordada con la llegada al Obi y la fundación de la ciudad de Tomsk (1604). El principal impulso se da, sin embargo, a mediados del siglo XVII, con las expediciones gemelas de Mijail Vasilievitch Stadujin en el norte y de Vasili Danilovitch Poliarkov en el sur (1644) y, después, con la también doble expedición de Semen Ivanovitch Dezhnev y Fedot Alekseev Popov en el norte (1648) y de Yerofey Javarov en el sur. En el intervalo, se produce la sumisión de los pueblos indígenas (yacutos, samoyedos, calmucos, tártaros, buriatos, kirguizes), la creación de factorías para el almacenamiento de las pieles (como puntos de contactos entre el trampero en vanguardia y el mercader en retaguardia) y la fundación de ciudades para la consolidación del territorio ocupado (Krasnoiarsk en 1628, Yakutsk en 1632, Verjoiansk en 1638, Irkutsk en 1652, Ojotsk en la costa pacífica en 1649), antes de que los *raskolniks* o viejos creyentes encuentren en Siberia el lugar apropiado para huir de los reformistas religiosos y que los zares de la dinastía de los Romanov crean que el territorio es perfecto para el destierro de sus enemigos políticos.

En este momento se produce en las orillas del río Amur el encuentro entre los rusos que avanzan hacia el este y el sur y los chinos que avanzan hacia el norte a través de los bosques de Manchuria. El conflicto entre ambas colonizaciones pudo cerrarse por el tratado de Narchinsk (1689), que cedía al Imperio de los Qing el control del valle del Amur, que conservaría hasta mediados del siglo XIX. A cambio, el té pasaría a convertirse a partir de ahora en la bebida nacional de Rusia.

Al mismo tiempo, Dezhnev atraviesa el océano Pacífico y pone el pie en Alaska (1648), aunque su acción no tiene consecuencias inmediatas y habrá que esperar casi un siglo, hasta la segunda expedición de Vitus Behring (en 1740-1742), para que los colonos rusos puedan cifrar expectativas sobre el nuevo territorio, pese a la fundación de un centro de operaciones orientado a la costa frontera en la península de Kamchatka en 1701. En cualquier caso, el asentamiento de la isla de Kodiak no se funda hasta 1784 por iniciativa del negociante siberiano Grigori Shelitchov y hasta 1799 no se crea la Compañía Ruso-Americana de Comercio, con el objetivo de explorar y explotar el territorio de Alaska. Pese al nerviosismo experimentado por españoles e ingleses (con las consecuencias que sabemos para la exploración de las costas del norte del Pacífico), que conducen al famoso incidente de la bahía de Nutka, Rusia apenas progresará en la colonización del nuevo territorio, que en cualquier caso conseguirá mantener bajo su soberanía hasta bien entra-

do el siglo XIX, cuando se produce su venta a Estados Unidos, que izan su bandera en Sitka en octubre de 1867.

También del siglo XVII datan las más importantes exploraciones francesas de los territorios de América del Norte. La fundación de Quebec por Samuel Champlain (1608) fue el punto de partida para la exploración de Canadá, que prosigue tras la fundación de Montreal (1642) con la llegada a los territorios del lago Winnipeg (en el futuro estado de Manitoba) y la región más occidental de Saskatchewan. Más resonancia tiene, sin embargo, la gran expedición organizada en 1673 por el jesuita Jacques Marquette y el trampero y negociante de Quebec Louis Jolliet, que, basándose en las informaciones obtenidas de los indígenas en la misión canadiense de Trois-Rivières, alcanzan el sur del lago Michigan, ponen a los indios de la región bajo la protección de Luis XIV, descienden por el Wisconsin, descubren y recorren el Mississippi y emprenden el viaje de regreso tras alcanzar la desembocadura del Arkansas. Muerto Marquette, Jolliet dio cuentas de los resultados de la expedición, cuya consecuencia más inmediata sería el gran viaje de exploración de René Robert Cavelier de La Salle, que en 1682 desciende por el Mississippi hasta su desembocadura, tomando posesión del territorio de Luisiana en nombre del rey de Francia. A finales de siglo, Pierre Le Moyne d'Iberville emprendería la colonización de la región, pero el impulso definitivo no llegaría sino tras la creación de la *Compagnie d'Occident* (1717) y la fundación por Jean-Baptiste Le Moyne de Bienville de la ciudad de Nueva Orleans (1718), que pronto adquiriría el rango de capital de la nueva colonia y daría los primeros pasos de una brillante trayectoria.

Menos trascendencia tuvieron, en cambio, las exploraciones llevadas a cabo por los ingleses desde sus establecimientos litorales de los actuales Estados Unidos. En cualquier caso, pueden mencionarse los nombres de James Adair, que vivió más de cuarenta años entre los Apalaches y el Mississippi en compañía de los indios, especialmente los cherokis y los chickasaws (escribiendo una espléndida *History of the American Indians*, primero editada en Boston, 1770, y luego en Londres, 1775), o de George Croghan, que contactó con los iroqueses al norte del lago Ontario. Quedan así puestas las bases para las posteriores andanzas de Christopher Gist por el valle del Ohio (hacia 1750), o del legendario Daniel Boone, el aventurero de Kentucky (donde funda un primer establecimiento en 1769), el modelo para las futuras novelas románticas de James Fenimore Cooper.

Si España detiene en los albores del siglo XVII el ímpetu descubridor mantenido durante más de una centuria, en cambio la amplitud de la exploración española por el interior del Nuevo Mundo en el transcurso del siglo XVIII ha permitido hablar de un "segundo descubrimiento de América". En efecto, España, ante la presión que simultáneamente ejercían los colonos ingleses y franceses en los territorios situados al norte de México, empren-

dió una serie de expediciones tendentes a reafirmar la presencia en unos espacios que ya habían sido descubiertos y aun explorados en el siglo XVI. De esta forma, la marca norte que era Nuevo México, inmenso territorio ocupado a fines del quinientos por Juan de Oñate (1598), sirvió de plataforma para la ocupación del territorio desértico y abandonado de Texas, del mismo modo que la expedición de Pedro de Villasur, organizada desde Santa Fe, trataría de instalarse en el territorio de Nebraska, aunque todos sus miembros perecerían en un encuentro con los indios de la región. Del mismo modo, hubo que explorar y ocupar otras regiones intermedias, dentro del México actual, como Nayarit o como la zona comprendida entre Tampico y Texas. El impulso explorador se daba la mano con la voluntad misional, responsable de la exploración al norte de Sonora, en el actual estado de Arizona y hasta las bocas del río Colorado, así como sobre todo de la gran empresa de California, donde los franciscanos de fray Junípero Serra acompañados del militar Gaspar de Portolá fundan San Diego (1769), Monterrey (1770) y San Francisco (1776), lugares a los que pronto se añadirán San Gabriel (Los Angeles, 1781) y una veintena de establecimientos más. Por estos años, la cesión por parte de Francia (y en virtud de la paz de París, 1763) de la Luisiana occidental permitirá una serie de exploraciones en aquel extenso territorio extendido por los actuales estados de Nebraska, Louisiana, Arkansas, etc.

También fueron muy activas las misiones situadas en América del Sur, en las franjas de los virreinatos de Perú, de Nueva Granada y, finalmente, del Río de la Plata, que ampliaron su radio de operaciones en el siglo XVIII, llegando a territorios prácticamente inexplorados. Los jesuitas, protagonistas en el norte de los avances en Sonora y California, continuados por los franciscanos tras su expulsión, fueron responsables de las misiones de Moxos y Chiquitos, en el territorio de la actual Bolivia, donde dejaron un total de 30 pueblos habitados por unas 40.000 almas, y finalmente de las llamadas reducciones del Paraguay, cuya historia merecerá un tratamiento aparte por su originalidad y por el debate aún no acallado sobre su significado. El resto de los progresos misioneros se debieron a los capuchinos (que se extendieron por los llanos venezolanos y entre los indios guajiros, situados entre la frontera de Venezuela y Nueva Granada), los mercedarios (que llegaron por un lado a las Malvinas y a la Patagonia y por otro al Bajo Amazonas para evagelizar a los indios llaguas y chumacos) y a los franciscanos, que llevaron sus misiones hasta los indios patagones de la isla de Chiloé. Finalmente, por otra parte, la necesidad sentida por la monarquía de defender los territorios más meridionales de las apetencias de los ingleses no sólo potenció las expediciones marítimas ya señaladas, sino también la colonización de otros lugares costeros, como por ejemplo Puerto Deseado en la Patagonia, cuyo poblamiento fue encargado a la Compañía Marítima en 1789.

Las expediciones continentales no se limitaron, sin embargo, al continente americano. En efecto, del siglo XVIII datan las primeras exploraciones de África, si exceptuamos los precedentes de las visitas de los descubridores portugueses desde el siglo XV (embajada de Joâo Afonso de Aveiro al reino de Benín) y a todo lo largo del siglo XVI, así como alguna otra aventura aislada, como la del comerciante inglés Richard Jobson, que hacia 1620 remontaría el río Gambia para llegar a las minas de oro nigerianas. Francis Moore había ya publicado una colección de *Travels into Inland Parts of Africa*, incluyendo como apéndice la relación de Sharif al Idrisí (Londres, 1738), cuando, hacia 1750, el naturalista francés Michel Adanson exploró el curso inferior del río Senegal, dejando espléndidas descripciones de la flora (baobab), la fauna (dromedario) y los habitantes de la región, además de descubrir dos especies de goma arábiga y realizar algunos experimentos con maderas colorantes (*Histoire naturelle du Sénégal*, 1757). Por su parte, el escocés James Bruce visitó, entre 1768 y 1772, el territorio de Siria, las ciudades de Alejandría y Gondar (capital de Etiopía) y el lago Tana con objeto de buscar las fuentes del Nilo abisinio o Azul, creyendo erróneamente que eran las verdaderas fuentes del Nilo, y que publicó el relato de su viaje (*Travels to Discover the Source of the Nile*, 1790). Otra notable expedición fue la protagonizada por los naturalistas suecos Anders Sparrmann y Carl Peter Thunberg, también discípulos y "apóstoles" de Linneo, por África del sur, por las tierras del actual estado de Orange, de la que dejaron sugestivos relatos de viaje, específicamente el primero de ellos (*Voyage au Cap de Bonne-Esperance*, París, 1786). Finalmente la más importante de todas fue la realizada por el médico y explorador escocés Mungo Park, el cual, por comisión de la African Association de Londres (en su título completo y significativamente, *Association for Promoting the Discovery of the Interior Parts of Africa*), marchó a Gambia, alcanzando el Níger (1795-1797) y convirtiéndose en el primer europeo en emprender su navegación, experiencia que recogió en su sugestiva crónica *Travels in the Interior Districts of África* (Londres, 1799).

En este mismo espacio africano debe mencionarse también la actuación de Alí Bey, seudónimo del español Domingo Badía, que combinó la doble faceta de viajero ilustrado y agente colonialista al servicio de Godoy en sus andanzas por el norte de África y el Imperio otomano, dando cuenta de sus aventuras en la publicación en francés de los *Voyages d'Ali-Bey en Afrique et en Asie, pendant les années 1803, 1804, 1805, 1806 et 1807,* en París (1814), cuyas traducciones al inglés, alemán e italiano (1816 y 1817), por más que la versión española se retrasase hasta 1836, son un claro exponente del interés despertado por sus observaciones sobre la geografía, la historia natural, la organización política, la práctica religiosa o la producción artística de los países visitados.

## 10.4. Las grandes expediciones científicas continentales

Las exploraciones más características del siglo de las luces fueron las llamadas por antonomasia expediciones científicas. Si la época de la Ilustración avivó el interés europeo por las exploraciones de otros continentes, en este renacer de las grandes expediciones científicas confluyeron, por un lado, la creciente preocupación de la época por el conocimiento de la historia natural (especialmente la flora), por la ampliación y fijación de los datos geográficos, por la observación de los fenómenos astronómicos y por el estudio de las costumbres y las instituciones de las sociedades primitivas y, por otro, el renovado afán de los Estados por la mejor explotación de los territorios colonizados y por la extensión de los territorios susceptibles de una colonización aún no abordada. De este modo, la gran expedición científica representa el punto de convergencia de los eruditos y los políticos en la empresa ilustrada de ensanchar el mundo conocido.

En efecto, los viajes de investigación a las regiones de ultramar ampliaron sistemáticamente el panorama científico. La nueva apertura del mundo occidental adquirió una dimensión universal, y la alta valoración científica de la ciencia experimental, como medio de conocimiento y de dominio de la naturaleza, fue fundamentando una solidaridad internacional, que en el último cuarto del siglo trascendió incluso los enfrentamientos bélicos. Las expediciones de este tipo, que combinaban los objetivos estrictamente científicos con los fines políticos de reunir información sobre los territorios colonizados o con posibilidades de colonización (uniendo la "ciencia y el Imperio", se ha dicho con toda razón), fueron tanto continentales como marítimas.

Entre las continentales, hay que referirse en primer lugar a las originadas por el debate sobre la forma exacta del globo terrestre, que quedó zanjado con las expediciones científicas francesas a Laponia y a Perú (al sur de Quito) para medir la longitud de un arco de meridiano de un grado, y confirmar así que, tal y como habían adelantado Newton y Huyghens, la Tierra era achatada por los polos. En 1735 la *Académie des Sciences* organizó la doble expedición, poniendo al frente de la de las regiones polares (1736-1737) a los matemáticos Pierre Louis Moreau de Maupertuis y Alexis Clairaut, y asociando al sueco Anders Celsius, el cual pudo observar y estudiar las perturbaciones producidas por las auroras polares. Por su parte, los directores de la ecuatoriana (1735-1744) fueron el naturalista y geodesta Charles Marie de La Condamine y el astrónomo, hidrógrafo y matemático Pierre Bouguer, fundador de la fotometría, participando además el naturalista Joseph de Jussieu, que exploró América del Sur e introdujo en Europa ciertas plantas ornamentales como el heliotropo. También se unió a la expedición la misión española compuesta por el matemático y astrónomo Jorge Juan y Santacilia y el

naturalista Antonio de Ulloa, que redactaron varias obras resumiendo los resultados de sus experiencias: *Observaciones astronómicas y físicas hechas en los reinos del Perú* (1748), *Relación histórica del viaje a la América Meridional* (1748, con información sobre la economía, los habitantes y las costumbres de los territorios visitados) y, especialmente, las *Noticias secretas de América*, un informe para el Gobierno, de carácter reservado, con sus apreciaciones sobre temas de defensa, economía, situación de la población indígena, etc., considerado como el gran ensayo español de sociología americana. Los participantes franceses redactaron asimismo diversas memorias de importancia para el avance de la ciencia, especialmente como contribución a la polémica de la figura de la Tierra, mientras que el relato del viaje corría a cargo del propio La Condamine: *Journal du Voyage à l'Equateur* (París, 1751).

Otra serie de expediciones se derivaron de la necesidad de fijar claramente las fronteras de los dominios españoles y portugueses y zanjar los contenciosos que enfrentaban a ambos países en los territorios limítrofes de Venezuela y Brasil. Por un lado, la expedición a Cumaná y Guayana (1754-1761) estuvo dirigida por el botánico sueco, discípulo de Linneo, Pehr Löfling, que contó con la colaboración de un equipo español de médicos-botánicos y de dibujantes y que contribuyó al conocimiento de la cuenca del Orinoco (gracias a los viajes de Apolinar Díaz de la Fuente) y a la obtención de datos geográficos, astronómicos, botánicos y zoológicos de primera importancia. Y por otro, y a consecuencia del Tratado de San Ildefonso (1777), la controvertida colonia de Sacramento (en el actual Uruguay) pasó a formar parte de los territorios de España, lo cual permitió al naturalista y geógrafo Félix de Azara llevar a cabo una asombrosa investigación (desde 1781 a 1801), que dio a conocer en los *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata* (1802) y en *Voyages dans l'Amérique méridionale* (1809). Fuera del ámbito hispánico, quizás sea éste el lugar para consignar la aventura botánica de otro discípulo de Linneo, el sueco Pehr Kalm, que recorrió América del Norte, recogiendo materiales etnográficos y de historia natural entre los años 1748 y 1749, dejando testimonio de sus andanzas en sus *Travels in North America* (Londres, 1770-1771).

Las expediciones españolas más características fueron las botánicas. La Real Expedición Botánica a los reinos de Perú y Chile (1777-1786), dirigida por Hipólito Ruiz y José Antonio Pavón, plasmó sus resultados en la publicación de una *Quinología o tratado del árbol de la quina o cascarilla* (1792) y de una monumental *Flora peruviana et chilensis* (1798-1802) en tres volúmenes, aunque la mayor parte del material quedó inédito. La Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada (1782-1808), auspiciada por el médico, botánico y matemático José Celestino Mutis, que recorrió el terri-

torio del virreinato estudiando la flora, dio cuenta de sus hallazgos en una *Instrucción relativa a las especies y virtudes de la quina* (1792) y en *El arcano de la quina* (1828), aunque la mayor parte de sus observaciones permanecieron también en este caso inéditas o perdidas. Finalmente, la Real Expedición Botánica a Nueva España (1787-1803), dirigida por el médico y botánico Martín Sessé y su discípulo y amigo José Mariano Mociño, desplegó su acción por el inmenso territorio comprendido entre San Francisco (California) y León (Nicaragua), con incursiones a la bahía de Nutka (*Noticias de Nutka*, redactadas por Juan Francisco de la Bodega) y a las islas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, quedando igualmente inéditas hasta finales de la siguiente centuria sus dos obras principales, la *Flora Mexicana* y las *Plantae Novae Hispaniae*.

Otras expediciones científicas se propusieron otros fines, como la dirigida por los hermanos Conrado y Cristián Heuland, cuyo objetivo fue el estudio mineralógico de Chile, o como la emprendida por Joaquín de Santa Cruz, conde de Mopox, con el propósito de desarrollar la economía de Cuba a partir del estudio de los recursos naturales realizado por un equipo científico. No obstante, el espíritu de las luces quedó simbolizado ante todo por la llamada Expedición filantrópica de la Vacuna (1803-1806), que bajo la dirección de Francisco Javier Balmis y su colaborador José Salvany difundió la práctica de la inoculación antivariólica entre las poblaciones de América y Filipinas, una empresa elogiada por la Europa ilustrada e inmortalizada en la *Oda a la vacuna* de Manuel José Quintana.

La última de las exploraciones geográficas por la América española estuvo a cargo del naturalista y geógrafo alemán Alexander von Humboldt y del cirujano de la marina y botánico Aimé Bonpland, que protagonizaron una expedición privada para la que contaron con un pasaporte real expedido por Carlos IV y el más avanzado instrumental técnico de la época (1799-1804). Tras una escala científica en las islas Canarias, arribaron a Cumaná, comenzando la herborización y la observación astronómica y meteorológica sistemática, que continuaron hasta las bocas del Orinoco en plena selva guayanesa. De vuelta en Angostura zarparon para Cuba, desde donde iniciaron la segunda etapa hacia Cartagena de Indias, Santa Fe de Bogotá, Quito y Lima, aprovechando la ocasión para el estudio del Amazonas y de una de las más grandes cordilleras volcánicas del mundo, los Andes colombianos, ecuatorianos y peruanos. La última etapa se inició en Acapulco, con el propósito de realizar un examen científico de las costas y los volcanes mexicanos. Su aventura quedó reflejada en los 30 volúmenes redactados por ambos exploradores y publicados bajo el título de *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente, realizado de 1799 a 1804* (1805-1832), incluyendo los *Atlas géographique et physique des régions équinoxiales du Nouveau Continent, Atlas géographique et physique du Royaume de la Nouvelle*

*Espagne* y *Atlas pittoresque: Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*. Humboldt revolucionó el panorama geológico de la época y es uno de los creadores de la climatología y de la oceanografía, gracias a sus repetidas mediciones de la temperatura del mar, a sus análisis de su composición química y a la localización exacta de la ya conocida corriente fría de Perú que lleva su nombre. Del mismo modo, si por un lado atrajo la atención de los científicos europeos hacia el guano y sus propiedades fertilizantes, por otro puso fin a uno de los enigmas de su tiempo, el paradero de las fuentes del Orinoco y la comunicación con la cuenca del Amazonas por el canal de Casiquiare, que aporta parte del caudal del Orinoco a través del río Negro.

Como epílogo de las exploraciones por vía terrestre, señalemos la primera expedición científica a Arabia (1760-1767), organizada por el rey Federico V de Dinamarca. En su periplo, los exploradores recorrieron el Nilo, el Sinaí, Suez, Jiddah (puerto de La Meca), Moka y Sanaa en el Yemen, dirigiéndose finalmente por barco a Bombay. El alemán Carsten Niebuhr regresó solo a Copenhague por Arabia, Persia, Mesopotamia y Asia Menor, dejando constancia de sus experiencias en *Beschreibung von Arabien* (Descripción de Arabia, 1772) y *Reisebeschreibung nach Arabien und andern umliegenden Ländern* (Descripción del viaje a Arabia y otros países vecinos, 1774). Antes, habría que recordar la expedición botánica individual de otro de los "apóstoles" de Linneo, Fredrik Hasselqvist, que recorrió Palestina y Siria, antes de regresar con importantes colecciones de historia natural a Esmirna, donde le sorprendió la muerte, aunque su maestro publicó su *Iter Palaestinum* (1757).

## 10.5. Las grandes expediciones científicas marítimas

La primera gran expedición marítima, la que en buena medida llegaría a ser un modelo a imitar por las demás, está vinculada con la búsqueda de un estrecho que comunicase el Atlántico norte con el Pacífico y China, es decir con el cumplimiento del viejo sueño del paso del nordeste. Comisionado por el zar Pedro el Grande en 1725, el oficial danés Vitus Bering atravesó el estrecho que lleva hoy su nombre, siendo el primero en entrar en el océano Glacial Ártico (1728) y en certificar que Asia no estaba unida a América, mientras que en 1741 exploraba las costas del mar de Ojotsk y descubría las islas Kuriles, Aleutianas y Kodiak y las costas meridionales de Alaska. Merece destacarse el hecho de que las expediciones rusas fueran las primeras en reunir un contingente de expertos astrónomos, zoólogos y botánicos para hacer las observaciones científicas, que iban más allá de las estrictamente necesarias para la culminación satisfactoria del viaje.

A continuación fue el Pacífico el que volvió a atraer la atención de científicos y gobernantes. Así, el navegante francés Louis Antoine conde de Bougainville puso rumbo al mítico continente austral, iniciando un viaje de circunnavegación en cuyo curso descubrió diferentes archipiélagos de Polinesia (1767-1769). Aunque no era un viaje organizado por motivos puramente científicos, los estudios de historia natural no se encomendaron al estado mayor de la dotación del navío, sino a verdaderos especialistas, como el astrónomo Pierre Antoine Véron y el naturalista Philibert Commerson. El relato de la travesía (*Voyage autour du monde*, 1771) contribuyó además a la difusión de las teorías sobre la bondad y el valor del hombre en estado natural, al mito del buen salvaje, especialmente a partir de la obra del último, como ya se dirá en su lugar.

Como resultado de la expedición de Bougainville, un par de años después Nicolas Tomas Marion Dufresne, comisionado para devolver de regreso a su isla al tahitiano Aotourou, dirigió su singladura hacia el sur en busca de la *Terra Australis,* descubriendo el archipiélago formado por las islas del Príncipe Eduardo y Marion (1772), siendo publicada póstumamente la relación de la travesía bajo el título *Nouveau voyage à la mer du Sud, commencé sous les ordres de Marion* (París, 1783).

El éxito de Bougainville movilizó a su vez a Inglaterra. La *Royal Society* de Londres adjuntó al oficial encargado de comandar la expedición, el capitán James Cook, todo un equipo científico de astrónomos, hidrógrafos, físicos y naturalistas, así como de dibujantes (entre los que destacaban el astrónomo Charles Green, el naturalista Joseph Banks y el botánico sueco Daniel Solander, otro de los discípulos de Linneo embarcados en aventuras de este tipo), habilitándose a bordo del mismo *Endeavour* unos espacios que constituirían el antecedente de los laboratorios oceanográficos. Esta empresa (1768-1771) tenía como primera misión la observación del paso de Venus sobre el disco solar, pero, una vez cumplida, Cook consagró su viaje, según las instrucciones privadas recibidas del Almirantazgo, a la búsqueda de la *Terra Australis*, objetivo que no pudo alcanzarse, pero que permitió demostrar que tanto Nueva Zelanda como Nueva Guinea eran islas. El grupo expedicionario regresó literalmente diezmado, pero con una preciosa colección de materiales sobre la flora y la fauna de los mares del sur.

Cook volvió a zarpar para un segundo viaje de circunnavegación (1772-1775), acompañado de un equipo de científicos provisto de los instrumentos de precisión más modernos, que permitieron fijar las posiciones de algunas islas (la Sociedad o Tahití, los Amigos y Nueva Caledonia) y descubrir el archipiélago que lleva el nombre del ilustre marino. Este segundo viaje marcó el fin de la conquista del Pacífico central y meridional, además de permitir la realización desde Nueva Zelanda de dos expediciones al Antártico, donde se alcanzaron los 71°10' de latitud sur.

Figura 10.1. Expedición de James Cook. Isla de Tahití. *Fuente:* Cook, 1784.

Finalmente, en un tercer viaje (1776-1779), Cook visitó las islas Kerguelen, Tahití, Moorea, Huahine y Bora-Bora y descubrió el archipiélago de las Hawai, que bautizó con el nombre de Sandwich, en honor del primer lord del Almirantazgo, y donde hallaría la muerte a manos de los indígenas durante la invernada. Pese a este formidable revés, la expedición prosiguió por las Kuriles, las costas de Japón, Formosa y Macao, antes de doblar el cabo de Buena Esperanza de regreso a Inglaterra. Los relatos de las expediciones, que suministraron además una enorme cantidad de materiales científicos y de precisos dibujos, fueron publicados bajo los títulos de *Account of a Voyage around the World* (1773), *Voyage to the South Pole around the World in the years 1772-1775* (1777) y *Voyage to the Pacific Ocean* (1808-1809). Precisamente, tras acompañar a Cook en su segundo viaje, Johann Reinhold Forster, con sus comentarios (*Observations made during a Voyage around the World*, Londres, 1778) y, sobre todo, su hijo Georg Forster, publicando dos versiones de la relación de dicha travesía (la inglesa, *A Voyage Round the World*, Londres, 1777, y la alemana, *Reise um die Welt*, Berlín, 1784), contribuirían a implantar el libro de viajes como género literario entre el público alemán.

El éxito científico y el prestigio de los viajes de Cook suscitaron ahora la emulación francesa, que se manifestó en una nueva expedición de descubrimiento, al frente de la cual se puso a Jean François de Galaup, conde de La Pérouse. Sus dos buques, *Astrolabe* y *Boussole*, se hicieron a la vela en 1785, explorando metódicamente los parajes donde Cook no se había aventurado (costas de Corea, mar de Japón e islas Sajalin), antes de pasar por las

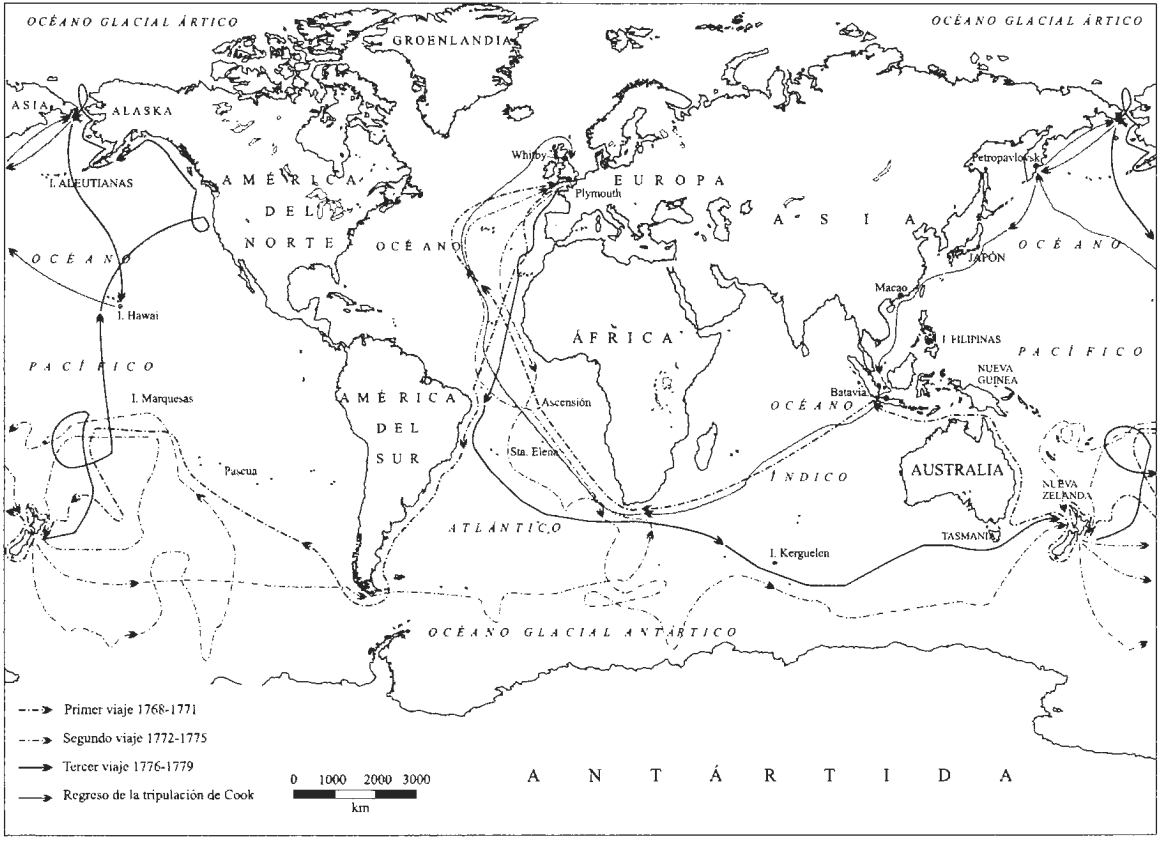


Figura 10.2. Exploración del Pacífico: los tres viajes de Cook.

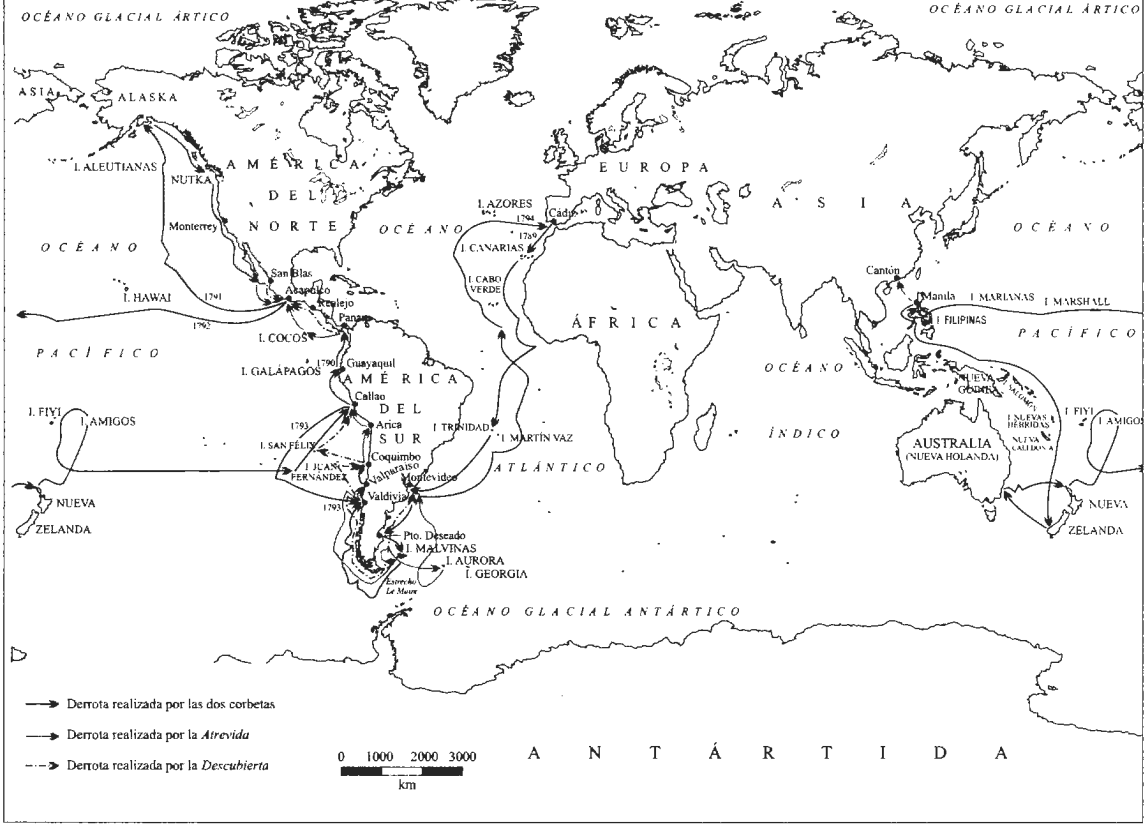


Figura 10.3. Exploración del Pacífico: expedición Malaspina.

Samoa y las Fidji y hacer escala en Australia (cerca de Sidney), desde donde envió el último informe al Ministerio de Marina (1788). Antoine de Bruni, caballero d'Entrecasteaux fue enviado en vano en 1791 en busca de las fragatas desparecidas (dejando constancia de su tentativa en su diario publicado póstumamente, *Voyage d'Entrecasteaux à la recherche de La Pérouse*, París, 1808). El trágico destino de La Pérouse en Vanikoro (en las Nuevas Hébridas, hoy Vanuatu) sería desvelado cuarenta años más tarde por Jules-Sébastien-César Dumont d'Urville. El relato de la malograda expedición sería finalmente publicado en cuatro volúmenes, bajo el título de *Voyage autour du monde*, mientras que el de la búsqueda correspondería al último de los navegantes citados (*Voyages et découvertes autour du monde à la recherche de La Pérouse*, 1822-1834).

Figura 10.4. Expedición de La Pérouse. Isla de Pascua. *Fuente:* La Pérouse, 1797.

El principal viaje de exploración español (1789-1794) estuvo al mando del navegante italiano afincado en España Alejandro Malaspina, quien contó con un nutrido equipo de notables colaboradores: el capitán de fragata José Bustamante, el cartógrafo Felipe Bauzá, los naturalistas Tadeo Haenke, Luis Née y Antonio Pineda, los pintores José Guío y José del Pozo y los dibujantes Fernando Brambila, Juan Ravenet y Tomás de Suria. En América del Sur visita-

ron Patagonia y el litoral pacífico y en América del Norte costearon desde Acapulco hasta Alaska (con especial insistencia en la bahía de Nutka), continuando en el Pacífico por Filipinas (Luzón y Mindanao), Nueva Zelanda, Australia y Polinesia (las Vavao en el archipiélago de las Tonga). Pese a su envergadura, la expedición no aportó los frutos esperados, ya que, acusado Malaspina de conspiración contra Godoy, sus escritos y materiales fueron incautados y los resultados quedaron sin publicar y relegados al olvido hasta fechas recientes.

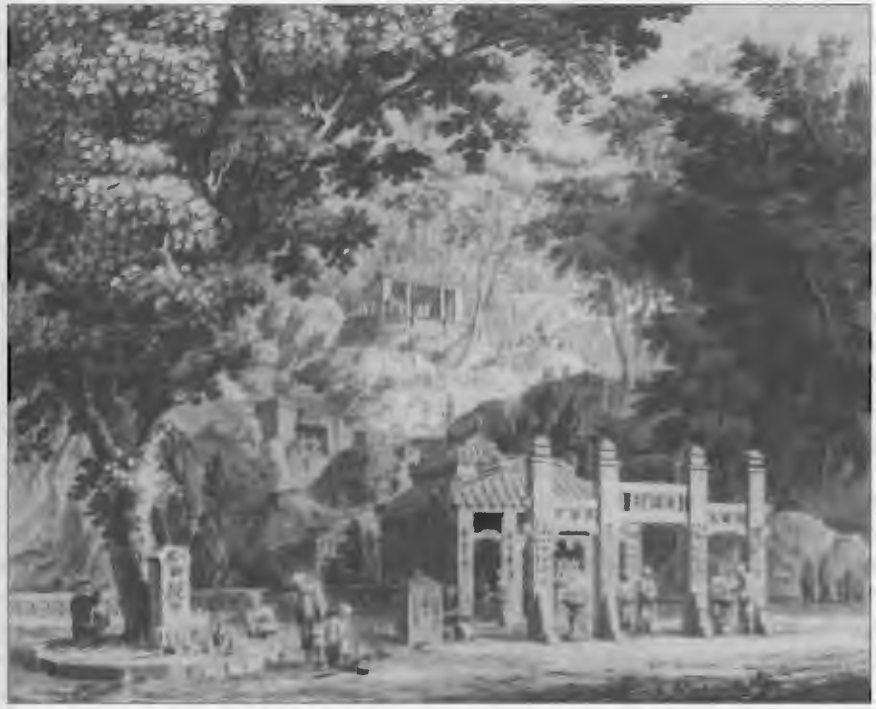

Figura 10.5. Expedición Malaspina. Fernando Brambila: *Vista de Macao.* Museo Naval, Madrid.

## 10.6. La conquista de los aires

En los últimos momentos de la época de las luces, la nueva sensibilidad hacia la naturaleza se percibe en el atractivo que experimenta el hombre euro-

peo por vencer los retos naturales. En este sentido, el alpinismo se inicia con la ascensión al Mont Blanc, efectuada por el doctor Gabriel Paccard en 1786. Pocos años después Alexander von Humboldt coronaría la cima del Teide (1799) y repetiría su experiencia con su ascensión a la cumbre nevada del Chimborazo (1802), situada a 6.310 m, la mayor altitud jamás alcanzada hasta entonces por un ser humano, hasta el punto de que su hazaña adquirió en Europa el valor de un símbolo: fue el momento en que el hombre pareció convertirse en el eslabón entre la tierra y el cielo.

Del mismo modo, tanto la exploración de las tierras y los mares como la atracción por las alturas conducirían fatalmente a los primeros intentos de la conquista de los aires. El hombre europeo trataba así de vencer la ley de la gravedad y de hacer realidad el viejo sueño de la ascensión aérea, acariciado siempre por la humanidad, esbozado por Leonardo da Vinci en el siglo XVI y fundamentado ahora científicamente en el principio de encerrar en una envoltura un gas "más ligero que el aire". Los primeros experimentos llevados a cabo en Francia fueron algo decepcionantes, pero la persistencia se vio coronada con el éxito al lograr los hermanos Joseph y Etienne Montgolfier que el primer globo aerostático se elevara sobre París (en junio de 1783) entre el entusiasmo del público. Esta *machine aérostatique* era un globo de 16 m de diámetro, unos 20 $m^3$, hecho de tafetán y forrado de papel, hinchado gracias al aire caliente obtenido de la combustión de una mezcla de lana y paja húmeda. En agosto el físico Jacques Charles lanzaba en el mismo París un globo hinchado por hidrógeno. En setiembre, delante del rey y la corte, los Montgolfier elevaban en Versalles un aerostato que llevaba suspendida una jaula de mimbre con un cordero, un gallo y un pato, que aterrizaron indemnes.

En noviembre del mismo año se realizó el primer "vuelo humano" de veinticinco minutos y a 1.000 m de altura, siendo los aeronautas François Pilâtre de Rozier y su amigo el marqués D'Arlandes. En diciembre Charles se tomó la revancha al ascender hasta 3.000 m y volar hasta Picardía en un globo de hidrógeno. La tentativa de cruzar el canal de la Mancha le costó la vida a Pilâtre de Rozier, pero la empresa del "bajel volante" la culminaron Jean-Pierre Blanchard y el físico estadounidense John Jeffries, al realizar la primera travesía del canal de la Mancha entre Dover y Calais (7 de junio de 1785). En 1804, Louis Joseph Gay-Lussac protagonizaba una extraordinaria ascensión en solitario a bordo de un aerostato para efectuar observaciones científicas (medir el contenido de oxígeno del aire a diferentes altitudes), sobrevolando París a una altura de 7.010 m y batiendo así la marca de altitud alcanzada por Humboldt en la cima del Chimborazo.

Inaugurada así la conquista de los aires, el hombre europeo sólo tenía por delante un último espacio para su expansión, el descenso a las profundidades marinas. En ese sentido, se habían diseñado escafandras y trajes de buzo para ensayar inmersiones profundas y duraderas (con los fines prácticos de

dragar los puertos y de rescatar los barcos naufragados), así como campanas de inmersión (perfeccionadas a fines del siglo XVII por Denis Papin y Edmond Halley). La mayor innovación del setecientos será el submarino, cuyos primeros modelos se ponen a punto en Inglaterra y en los Estados Unidos, donde David Bushnell utiliza un prototipo (*The Turtle*) como máquina bélica contra los ingleses en el transcurso de la guerra de las Trece Colonias (1776), mientras que el siglo termina con los experimentos del también estadounidense Robert Fulton, cuyo *Nautilus* navega en aguas de Le Havre a siete metros de profundidad (1801). Sin embargo, al final de los tiempos modernos, aún no se disponía de los recursos técnicos para abordar la exploración del fondo del mar, para descubrir los secretos de los abismos marinos. Alcanzar esta "tercera dimensión" de los mares sería una empresa destinada a los hombres de los siglos posteriores.

# 11.

# La expansión mercantil del siglo XVIII

La llamada crisis del siglo XVII se manifestó en el mundo ultramarino por una transferencia de las hegemonías, que implicó el retroceso de los Imperios ibéricos ante la irrupción de las nuevas potencias colonizadoras (holandeses, ingleses y, en menor medida, franceses), tanto en Asia como en América, que pierde su condición de monopolio exclusivo de españoles y portugueses para entrar en un periodo en que la ocupación territorial y el tráfico mercantil pasan a ser compartidos entre los diversos países de la Europa occidental. Hablar de crisis en otro sentido es un espejismo, puesto que la revolución del comercio asiático y el auge de la economía de plantación en América con su corolario, el despegue del tráfico de esclavos y el comercio triangular, privan al periodo de todo significado negativo en lo que se refiere a la evolución de la economía colonial.

Sin embargo, Europa, después del periodo de acomodación también calificado como crisis del siglo XVII (que supuso un proceso de refeudalización para unos países, una serie de convulsiones políticas para otros y una profunda renovación de los sistemas de cultivo y de organización industrial para los más avanzados), inicia a partir del primer tercio del siglo XVIII un nuevo periodo de crecimiento económico, que se manifiesta (de nuevo como en el siglo XVI, en la época de los descubrimientos) bajo la forma del auge demográfico (de 120 a 190 millones de habitantes para el conjunto del continente), del incremento del área cultivada, de la subida de todos los índices de producción, de la irrefrenable multiplicación de los intercambios (tanto dentro como fuera de las fronteras europeas, tanto cualitativa como cuantitativamente) y del despertar del adormecido deseo de conocimiento del mundo, que se expresa, como hemos visto, por el retorno de los exploradores y la organización de las grandes expediciones científicas.

## 11.1. Las bases del crecimiento comercial

Del mismo modo que el retorno de los exploradores descansó sobre el progreso de las infraestructuras materiales y técnicas experimentado en el siglo XVIII, el nuevo impulso del comercio europeo, tanto dentro como, sobre todo, fuera de sus fronteras, se cimentó en el avance de los instrumentos comerciales, es decir en el perfeccionamiento de los transportes (barcos, puertos, caminos), la renovación de los medios de pago (especies de oro y plata), la ampliación de los instrumentos financieros (desarrollo del crédito internacional) y el progreso de los instrumentos estrictamente mercantiles (auge de las compañías y adopción de medidas contra los sistemas marginales). Haciendo una mera mención al diferente papel que el comercio ultramarino representó para las distintas naciones (para Francia el 37% de su tráfico de exportación e importación frente al 76% de las exportaciones y el 90% de las importaciones de Inglaterra), hay que referirse ahora a las bases del crecimiento antes de entrar en el análisis de las áreas principales de los intercambios.

CUADRO 11.1. Estructura del comercio exterior británico en el siglo XVIII (porcentaje).

| | *Europa* | *África* | *América* | *Asia* |
|---|---|---|---|---|
| EXPORTACIONES | | | | |
| 1701-1705 | 71,1 | 0,1 | 6,4 | 4,7 |
| 1746-1750 | 55,4 | 1,8 | 14,4 | 6,5 |
| 1786-1790 | 51,3 | 5,2 | 30,0 | 13,6 |
| IMPORTACIONES | | | | |
| 1701-1705 | 55,7 | – | 19,4 | 18,1 |
| 1746-1750 | 47,2 | – | 29,4 | 16,3 |
| 1786-1790 | 40,0 | 0,7 | 32,0 | 25,6 |

*Fuente:* Bairoch, 1964.

Frente a las pesadas embarcaciones del siglo XVII (las carracas portuguesas, los galeones españoles, los grandes bastimentos de la EIC y la VOC), el siglo XVIII significa el triunfo de los veleros rápidos. El velero del siglo XVIII elimina los castillos de popa, estiliza los perfiles (aumentando la relación entre la eslora y la manga), complica la arboladura, el velamen y la jarcia, modera los tonelajes, que ajusta a las necesidades, protege las quillas mediante el empleo del forro de cobre, aumenta el espacio destinado a la carga, privile-

gia la velocidad tanto en las travesías como en las operaciones de carga y descarga para limitar las onerosas estadías y trata de mejorar su capacidad de adaptación, su versatilidad para pasar con facilidad de una ruta a otra en busca de una actividad incesante. El buque del tráfico oceánico (en el Atlántico, el Índico o el Pacífico) va siendo progresivamente, salvo en el caso de la persistencia del gran bastimento en algunos ámbitos (el galeón de Manila, los pesados navíos de las costas del Pacífico español de más de 500 toneladas, los enormes *indiamen* y *oostindischevaarders* de más de 600 toneladas utilizados por Inglaterra y Holanda para el tráfico entre la metrópoli y las escalas asiáticas), el velero de perfil afilado que desplaza 300 toneladas, es decir la fragata, la goleta, la corbeta y el bergantín, a la espera del *clipper* inglés del siglo XIX especializado en el comercio del té. Esta profunda renovación del barco mercante completada en el setecientos asegura su éxito hasta más allá de mediados del siglo XIX: el velero de madera, empleando energía gratuita (el viento) y reservando todo el espacio para la carga (al poder prescindir de maquinaria y carbón), competirá ventajosamente contra el vapor de hierro, al menos hasta 1870, cuando las exigencias de rapidez, la disponibilidad de estaciones carboneras y la apertura del canal de Suez permitan su definitivo triunfo sobre una forma multisecular de navegación mercantil.

Pero no basta mejorar la navegación, sino que es necesario perfeccionar el sistema portuario. Durante el siglo XVII los puertos, tanto los metropolitanos como los ultramarinos, son en su mayoría meros fondeaderos que careciendo de muelles adecuados obligan al desembarco de las mercancías lejos de la costa por medio de gabarras y chalanas con el consiguiente riesgo de pérdida justamente a la vista de la meta deseada. El siglo XVIII asiste a un notable incremento de las obras en los puertos: muelles de piedra, diques y escolleras, dragado contra el riesgo de la pérdida de calado. Se acondicionan nuevos barrios marítimos con casas para la gente de mar y maestranza, con almacenes para las mercancías, con oficinas para los consignatarios, con depósitos de sal, con tiendas de aprovisionamientos navales, con centros de acogida (posadas, tabernas, burdeles). Se crean nuevas instituciones para la mejor gestión: la junta de obras del puerto, la aduana comercial, el servicio de sanidad (barcos para las visitas, lazaretos para las cuarentenas), el servicio de seguridad portuaria (que cuida de boyas y torres de señales y que contrata buzos, fareros y pilotos prácticos). Los puertos se adaptan al auge de los intercambios por vía marítima.

Finalmente, también se promociona el tráfico de "internación", con el establecimiento de ferias y mercados interiores, la construcción de nuevos caminos y la utilización de las vías fluviales, que funcionan mediante la batelería, los caminos de sirga, las grandes balsas y jangadas. De este modo, si el tráfico ultramarino sigue siendo en su esencia un tráfico marítimo (tanto el realizado entre las metrópolis y sus colonias o factorías, como el comercio inter-

colonial americano o el comercio "de India en India" asiático), las potencias europeas tratan de llegar a los mercados del interior tanto para proveerse de mercancías en las fuentes de producción como para controlar todo el circuito de la exportación. En todo caso, no conviene exagerar los progresos del transporte terrestre en el mundo colonial.

Tan importante como los avances conseguidos en la navegación fue en el siglo XVIII la renovación de los instrumentos de pago. A fines del siglo XVII el descenso de las remesas de plata americana (registrado desde los años treinta de la centuria en las series disponibles de la Casa de la Contratación) y las restricciones impuestas al comercio con Japón están produciendo una situación de carestía que algunos autores han puesto en relación con un cierto desfallecimiento del comercio asiático. Sin embargo, esta situación cambia radicalmente con la recuperación del ritmo de producción, si no en las minas peruanas (Potosí, la famosa "montaña roja"), sí en las mexicanas (Zacatecas, Guanajuato, etc.), produciendo un notable incremento del metal precioso en circulación. Del mismo modo, el descubrimiento en Brasil de las famosas minas de oro de la región que recibirá el significativo nombre de Minas Gerais, con yacimientos tan abundantes como el de Ouro Preto, permitirá también aportar una inyección de oro a la economía mundial. Si México conoce la prosperidad de sus "reales de plata" y si Brasil inicia una nueva fase en su economía (pasando del ciclo del azúcar al ciclo del oro), el comercio internacional ve cómo se amplían sin cesar las especies en circulación: los *stocks* de oro y de plata se duplican entre 1720 y 1790. Constituyen otro índice fiable de la coyuntura bonancible del siglo XVIII.

Menos espectacular es la innovación en los instrumentos crediticios y financieros, cuyas piezas esenciales ya habían sido definidas en la primera etapa de crecimiento de los tiempos modernos. Si la letra de cambio ha alcanzado ya su máximo desarrollo (endoso, descuento, etc.), el crédito marítimo sigue fiado en muchos ámbitos a la vieja figura del préstamo a la gruesa (que se mantiene por ejemplo en un sistema tan complejo como la Carrera de Indias), aunque quizás la mayor novedad consista en el desarrollo de unas redes internacionales de crédito (y también de seguros) que permiten contratar préstamos o pólizas de seguros en las casas especializadas establecidas en los puertos de mayor movimiento.

En el plano de los instrumentos mercantiles, hay que señalar, por un lado, el perfeccionamiento de las técnicas tradicionales del escritorio: generalización de la contabilidad de partida doble, multiplicación de los libros y extensión de la correspondencia mercantil facilitada por los más modernos servicios de postas o de correos marítimos. Más importante es el progreso de la compañía como agente fundamental del negocio mercantil, que pasa de la sociedad familiar a la aplicación del principio de la comandita (división entre gerentes y capitalistas) y finalmente a la sociedad por acciones (*joint-stock*

*companies*), que funciona mediante acciones enajenables y extiende el principio de la responsabilidad limitada en su camino a la sociedad anónima. Las relaciones entre las compañías se hacen asimismo más fluidas, gracias a la existencia de sucursales y, sobre todo, al desarrollo de la corresponsalía y la consignación de buques. Finalmente, las sociedades mercantiles se especializan, de modo que, mientras que unas mantienen como base principal de su negocio la exportación e importación de mercancías, otras se dedican exclusivamente al armamento de barcos (es decir se convierten en compañías navieras, cuyo negocio son los fletes pagados por los cargadores), y otras se especializan bien en el crédito bien en los seguros marítimos.

Mención aparte merece la evolución de las grandes compañías coloniales. Los monopolios estatales del comercio ultramarino (al estilo portugués) han desaparecido a lo largo de los tiempos modernos, aunque todavía otros países mantienen el control estatal de su tráfico colonial (ejercido en todo caso por particulares), como es el caso de España a través de la Casa de la Contratación o el de Francia a través de las dos compañías de las Indias orientales y occidentales. Del mismo modo, mantienen sus estructuras híbridas de control estatal pero con capitales y gestión privados las dos grandes compañías de las Indias orientales (la EIC y la VOC), camino de convertirse en enormes empresas colonizadoras en los territorios anexionados de la India o Indonesia. Estas últimas instituciones sirven de modelo para la proliferación de otras compañías privilegiadas de ámbito más restringido, tanto en los mismos países (ejemplos son la Compañía de las Indias Occidentales holandesa o WIC, así como las inglesas *Royal African Company* o *South Sea Company*), como en otros países embarcados en la tarea del reformismo ilustrado.

Las compañías del despotismo ilustrado que se miran en los modelos de Holanda e Inglaterra se multiplican a lo largo del siglo XVIII. Así, España crea numerosas compañías privilegiadas (es decir con carta y privilegio de exclusividad pero con capital privado) destinadas a la explotación de áreas marginales en sus posesiones americanas (Guipuzcoana de Caracas, La Habana, Barcelona, etc.) o asiáticas (Compañía de Filipinas para garantizar el comercio directo entre España y Manila por la ruta del cabo de Buena Esperanza, a partir de 1785), así como para el fomento de sectores descuidados, como en el caso de la Compañía Marítima, destinada a la pesca de la ballena y del lobo marino en aguas de Patagonia. En el mismo sentido, Francia no sólo mantiene y refuerza las dos grandes compañías creadas en el siglo anterior para las Indias orientales y occidentales, sino que aun funda algunas nuevas, como la *Compagnie de Guinée* o la *Compagnie de Guyane*, reconvertida en *Compagnie du Sénégal*. Incluso Portugal crea compañías dedicadas a la explotación de determinadas regiones brasileñas, como la de *Grão-Pará e Maranhão* (1752) o la de *Pernambuco e Paraíba* (1755).

Otros muchos países se unen en este terreno a las viejas potencias colonizadoras. Dinamarca, que ya había fundado (y refundado) una Compañía de las Indias

Orientales (con sede principal en la factoría india de Tranquebar), acomete un tercer experimento, la llamada Compañía Asiática, destinada no sólo a relanzar la vieja factoría, sino a frecuentar los puertos de la región de Bengala y el mercado chino de Cantón, del mismo modo que en América su Compañía de las Indias Occidentales y de Guinea mantiene la posesión de tres de las islas Vírgenes (Saint Thomas, Saint John y Sainte Croix), que quedarán bajo la soberanía de la corona danesa hasta su venta a Estados Unidos en 1917. También Suecia se apuntó al grupo, con la creación de su Compañía de las Indias Orientales (1731), cuyo tráfico tenía los mismos objetivos que la sociedad danesa de ámbito asiático.

Importantes son también los ensayos imperiales. La creación de la Compañía de Ostende (con carta del emperador, 19 diciembre 1722) trataba de fomentar el tráfico asiático de los Países Bajos meridionales, sofocados hasta entonces por Holanda y desde ahora bajo la soberanía de Austria. Sus destinos debían ser también los puertos de Bengala y de Cantón, pero la oposición sistemática de Londres y La Haya (no sólo por el deseo de eliminar un competidor, sino para reprimir la acción de los *smugglers*, que introducían de contrabando los cargamentos ostendeses en el Reino Unido) acabó por obligar al emperador a renunciar a la compañía, que fue disuelta en 1732. Menos resultados obtuvo la segunda experiencia austríaca (aunque promovida por el inglés William Bolts y el flamenco Charles Proli), la Compañía Asiática de Trieste, fundada en 1781 con base en el puerto de Livorno y cuyos negocios finalmente terminarían saldándose en Ostende, aunque no por mucho tiempo pues la vida de la sociedad no superó el año 1785.

También Prusia fundó una compañía para el comercio de las Indias orientales, con base en el puerto de Emden (1750), pero su actividad fue efímera y no superó el comienzo de la guera de los Siete Años (1756). Incluso, en otro ámbito, Rusia se unirá a la moda de las compañías privilegiadas, con la creación de sendas sociedades para Kamchatka y para el mar Negro. Sin embargo, todas estas compañías, verdaderas criaturas de la mentalidad mercantilista, no resistirán, salvo contadas excepciones, el tránsito del siglo, arruinadas por la ideología librecambista y la instauración en su plenitud del sistema capitalista.

Finalmente, otro de los éxitos del siglo XVIII fue la regulación de las actividades marginales o derivadas del tráfico mercantil, esos sectores alternativos que son el contrabando, el corsarismo o incluso el ramo de los naufragios. En este último caso, la legislación se hizo cada vez más explícita en la definición de una actividad que generaba numerosos procesos precisamente porque reportaba a veces cuantiosos beneficios, que había que repartir entre diversos interesados, fundamentalmente los armadores, los cargadores y la compañía que había realizado el rescate. Así, los progresos técnicos fueron a la par del avance de la legislación en la ordenación de este melancólico negocio.

Más importantes fueron las medidas adoptadas frente a las prácticas de la piratería y el corsarismo. La piratería, en realidad, había dejado de ser una acti-

vidad tolerada por los Gobiernos, como había ocurrido en el siglo XVII cuando los ingleses, los holandeses y los franceses podían entrar en connivencia con cualquier empresa que atentase contra las posesiones españolas en América. Pero la desaparición de los piratas coincidió con la multiplicación de los corsarios, cuyas acciones fueron ahora estrictamente reguladas por una legislación que cuidaba hasta el mínimo detalle todos los supuestos, especialmente el destino de las presas, tanto los géneros, como los mismos barcos, que pasaban a integrarse en un bien abastecido mercado de segunda mano. En el Mediterráneo, se puso también coto al endémico corsarismo berberisco (y también cristiano: maltés, toscano, mallorquín, etc.), que fue progresivamente erradicado de las costumbres del mar interior tras la suscripción de numerosos tratados de paz y comercio con el Imperio otomano y con los soberanos del norte de África, especialmente a partir del último tercio del siglo.

El contrabando fue sin duda el capítulo más importante del comercio alternativo, pues su origen se hallaba en la dicotomía entre la voracidad fiscal de los Estados y la tendencia natural de los mercaderes a la obtención de los máximos rendimientos. En el siglo XVIII el perfeccionamiento de los controles administrativos y la apertura de espacios o ramos al comercio libre fueron los dos elementos más disuasorios para el arrinconamiento del comercio ilegal. Sin embargo, algunos circuitos quedaron prácticamente reservados al contrabando, fueron objeto de un verdadero proceso de institucionalización. Fue el caso del comercio ejercido en el Pacífico español por los barcos franceses (los *cap-horniens* de Saint-Malo en primer lugar) durante más de treinta años (1695-1730), o el ejercido por los holandeses desde sus posesiones antillanas con la costa frontera de Venezuela, al menos hasta la creación de la Compañía Guipuzcoana de Caracas, nacida entre otros motivos también con el fin de poner un freno a este tráfico ilícito o *interlope*. El navío de permiso concedido por el Tratado de Utrecht a los ingleses fue asimismo una gran ocasión para el contrabando inglés en América, sólidamente implantado, como veremos con detalle, en las áreas de Centroamérica y del Río de la Plata. En Europa, si el fraude a la llegada de las remesas coloniales tendió a reducirse en el transcurso del siglo, en cambio fue corriente la actuación de los *smugglers* atentos a la diferencia de precios entre los diversos países consumidores de los valiosos productos de ultramar.

## 11.2. El comercio de Asia

El comercio de Asia siguió en general las pautas trazadas ya en el siglo XVII, pero fue experimentando algunas transformaciones a lo largo de la centuria. El condominio establecido a fines del siglo XVII entre Portugal, Holanda, Inglaterra y Francia (más la presencia subsidiaria de otros países como España, Dinamarca, Suecia, etc.) se mantiene a lo largo de la época, pero la evolución

conduce cada vez más a la hegemonía de los ingleses, que desde sus bases de la India arrinconan a sus competidores, reducidos en la segunda mitad de siglo a algunas escasas y modestas factorías, con la sola excepción de los holandeses, que mantienen y consolidan sus posiciones en Indonesia a cambio de dejar el camino expedito a la creación de una India británica.

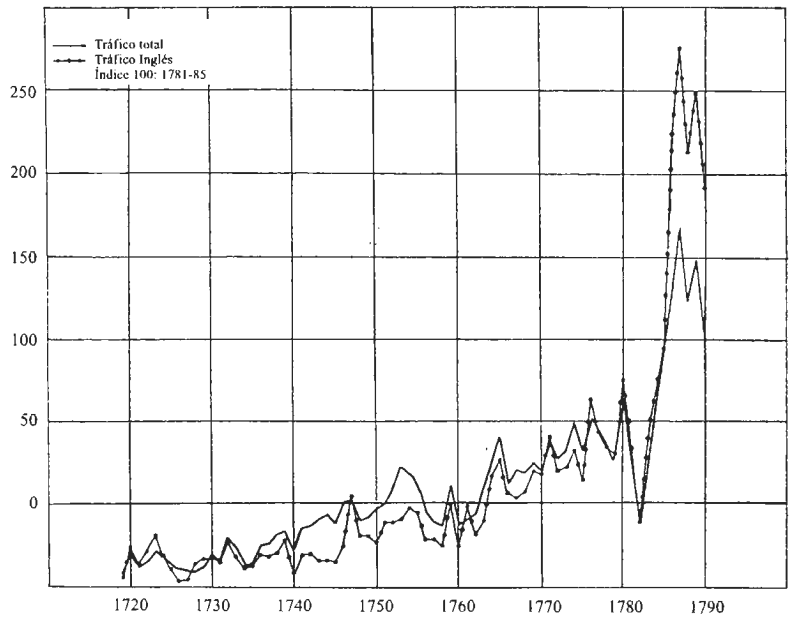


Figura 11.1. El tráfico total y el tráfico inglés en Cantón (1719-1790).
*Fuente:* Dermigng, 1964.

El comercio holandés tendrá como base principal la factoría javanesa de Batavia, el centro del tráfico de las especias y de todo el tráfico con Extremo Oriente, y como base secundaria la factoría cingalesa de Colombo, el gran mercado de la canela. El comercio holandés se fundamenta en la colonización por parte de la VOC de extensos territorios de Indonesia, ampliados considerablemente tras el fin de las guerras javanesas (1755). Así, la instalación de colonos holandeses en las islas Banda (los *perkeniers*, encargados de garantizar el suministro de la nuez moscada), junto a la dedicación de la isla

de Amboina al monocultivo del clavo convertido también en otro artículo exclusivo de la compañía y el territorio controlado en Ceilán al monocultivo de la canela, habían estimulado el anhelo de la VOC por el sometimiento político como base del monopolio y, por tanto, de la supresión de los conflictos derivados de la competencia con otras potencias en los distintos mercados asiáticos. Esta lógica, después del desalojo de los ingleses de Indonesia y de los portugueses de Ceilán, conducía, en cambio, al enfrentamiento con los Estados autóctonos, reacios a aceptar el dominio de la compañía sobre sus territorios. De este modo, una de las preocupaciones mayores de la compañía a lo largo del siglo XVIII sería la consolidación de sus posesiones en Insulindia y en Ceilán con desiguales resultados.

En Ceilán, las imposiciones holandesas sobre la población obligada al cultivo de la canela y a su entrega a los precios decididos por la compañía llevó a la revuelta general de 1735, apoyada discretamente por el rey de Kandy. Fue necesaria la presencia de un nuevo gobernador, Willem Gustaaf Van Imhoff, para conseguir el restablecimiento de la situación, gracias a una fuerte campaña represiva contra los sublevados, acompañada de negociaciones diplomáticas con el soberano de Kandy. Sin embargo, la tregua duró sólo treinta años, ya que una segunda revuelta volvió a exigir el envío de hasta tres expediciones militares contra el rey de Kandy, siempre detrás de los levantamientos, hasta que el Tratado de Batticaloa, que libraba a la VOC de su embajada anual a la capital cingalesa pero concedía al rey una participación en el negocio de la canela, pusiese fin al nuevo capítulo de un conflicto endémico (1766).

En Java, la reanudación de los enfrentamientos armados se inició a partir de un conflicto largo tiempo incubado, el suscitado por la animadversión de la población holandesa contra la importante colonia china, que había llegado a superar a los europeos con sus numerosos efectivos humanos. La matanza de Batavia (9 de octubre de 1740) fue una nueva "mancha de sangre" de la colonización neerlandesa en Indonesia y el punto de partida de una "guerra china" que ensangrentó los campos javaneses durante dos años y motivó el relevo del gobernador general (acusado de la *massacre*) por Van Imhoff, que, prestigiado por su actuación en Ceilán, recibió de los directores de la compañía (los famosos *Heren XVII*, los "diecisiete señores") el título de *Hersteller* ("restaurador"). Las "guerras javanesas" alcanzaron su punto culminante en la década siguiente, con el levantamiento de Bantam (1750), que llegaría a poner en peligro la capital holandesa antes de ser sofocado al año siguiente, y con la intervención en la guerra de Sucesión de Mataram (1755), concluida con la división del sultanato en dos principados (Yogyakarta y Surakarta), las únicas excepciones a la completa ocupación de la isla por los holandeses, que también habían conseguido expandirse territorialmente en la vecina Sumatra a partir de su factoría de Palembang, por más que el proceso no se completase hasta el siglo siguiente. En cualquier caso, la autoridad de la VOC había

salido fortalecida tanto como se había debilitado la posición política de sus enemigos principales, dejando el campo propicio a la expansión que llevaría finalmente a crear una Indonesia neerlandesa, que ocuparía la totalidad del archipiélago con la sola salvedad de los dos sultanatos del norte de Borneo (Brunei y Sarawak) y de la colonia portuguesa de Timor oriental.

Kurt Glamann ha datado en la segunda década del siglo el comienzo del desfallecimiento del comercio holandés, frente a las tesis favorables a una crisis del siglo XVII en el tráfico asiático. Sin embargo, las cifras siguen señalando un aumento ininterrumpido del volumen de las transacciones y del número de los barcos de la VOC en aguas de Asia, por muchas modificaciones que sufra el contenido de los intercambios. Las más notables son, para el gran circuito Batavia-Amsterdam y entre 1700 y 1780, el estancamiento de las exportaciones de pimienta (oscilando del 13% al 11%) y de otras especias (estabilizadas a lo largo del siglo en el 24% del total), el lento declinar de los textiles (del 43% al 32%) y el auge paralelo de los estimulantes (té y café, que pasan del 4% al 22% del total), mientras que se emplean como lastre un devaluado azúcar, más cobre, estaño y salitre. Para el comercio "de India en India", si la presencia anual en el "lazareto de Cantón" y el cordón umbilical con Dejima garantizan el cierre del circuito extremoriental, el tráfico más occidental se salda en la India con las remesas de especias de Indonesia, cobre de Japón y sederías de China contra los cargamentos de víveres (arroz y legumbres) que navegan desde la costa de Coromandel hasta Colombo y Batavia.

La EIC también aumenta su tráfico y sus beneficios a lo largo del siglo XVIII, con un comercio basado esencialmente en sus establecimientos en la India (tanto en la costa de Malabar como en la de Coromandel y en el golfo de Bengala), donde amplía progresivamente las relaciones directas con los soberanos hindúes y musulmanes. De esa forma, el gran circuito India-Inglaterra se nutre esencialmente de los *calicoes* y el algodón hilado de Bengala, del té y las sedas venidas de China y del café comprado en Surat y en Moka. El *country trade*, por su parte, se fundamenta sobre todo en la compra de productos chinos contra el algodón bengalí y contra el opio, que inicia ahora su conquista del Imperio del Medio. En resumen, puede decirse que las principales novedades residen en el establecimiento de un sistema nuevo de relaciones con los *nababs*, la concentración de los esfuerzos en el comercio indio y chino, la creciente importancia de este último mercado (en 1785-1795 el volumen se reparte entre el 62% de China contra el 38% de la India) y el despegue fulgurante del tráfico del té, que se está convirtiendo en la bebida nacional inglesa y está fomentando la aparición de los velocísimos *clippers* encargados de descargar las primicias del preciado producto en el mercado londinense.

El comercio francés se afirma en la primera mitad de siglo, con el fortalecimiento de sus bases metropolitanas de Lorient (sede de la *Compagnie des Indes Orientales* desde 1666, pero que ve ahora confirmadas sus funcio-

nes) y de Nantes (donde se siguen desarrollando buena parte de las transacciones), el desarrollo de las islas Mascareñas como escalas en el camino a Asia, la expansión de sus factorías de la India (especialmente Pondichery y Chandernagor), la progresiva inserción en el comercio de India en India (con especial hincapié en la visita a Cantón) y la paulatina prospección del golfo de Bengala. De este modo, puede remitir a la metrópoli crecientes partidas de indianas, pimienta y madera de sándalo del Índico, así como té y sedas chinas (más lacas y porcelanas), como producto del obligado circuito por los distintos puertos asiáticos. Pronto, sin embargo, esta prosperidad se verá comprometida por el enfrentamiento con Inglaterra en todos los escenarios coloniales y especialmente en la India.

Finalmente, queda el Pacífico de los ibéricos, con sus dos grandes centros de Macao y Manila. Macao es el gran mercado de los productos chinos, pero sobre todo es la escala para el acceso a Cantón, centro único de las transacciones para la producción del interior de China, caja única para el pago de los derechos de aduana y oficina única para el diálogo con la corporación monopolista del Hong, que impone su forzosa intermediación entre 1720 y 1771. Manila, por su parte, es el gran proveedor de plata, que recibe desde México y que va a parar en buena parte al comercio de China, aunque sus actividades comerciales incluyan una variada gama de productos de todas las procedencias.

La economía europea en Asia continúa siendo, por tanto, en el transcurso del siglo XVIII una economía de circulación, salvo para el caso de una parte de la Indonesia holandesa, convertida a la economía de plantación gestionada por los colonizadores, especialmente en las Banda, en Amboina y en Java. Naturalmente, es una economía colonial en el pleno sentido de la palabra, ya que los beneficios obtenidos no se invierten en las economías locales sino que van a parar a los accionistas de las metrópolis, contribuyendo por tanto a la capitalización de la Europa occidental. El sistema presenta, sin embargo, dos puntos débiles. Por un lado, Asia sigue siendo "la tumba o el abismo de la plata", ya que las exportaciones europeas (paños, armas, quincallería) no compensan el valor de las importaciones, sobre todo las del mercado chino. La solución es naturalmente el *country trade*, la imposición de compras forzosas de otras mercancías, la oferta de servicios comerciales y navales e incluso el desarrollo de una empresa militar, que incluye el arrendamiento a los soberanos indios de soldados europeos o de soldados indígenas, armados y entrenados a la europea. Tales servicios permiten paliar la segunda dificultad, la negociación con los soberanos, los cortesanos y las autoridades locales de cada uno de los países (salvo Filipinas), una experiencia ardua para los holandeses de Dejima, para los ingleses en tratos con sultanes, rajás y *nababs*, para todos los europeos sometidos a humillantes parlamentos con los integrantes del Hong cantonés. En cuanto le sea posible, Inglaterra emprenderá en la India el mismo camino que los holandesas han seguido en Indonesia y han intentado imponer sin éxito en Ceilán.

## 11.3. El comercio de América

América en el siglo XVIII conoce un nuevo *boom* comercial, que se manifiesta tanto en los grandes circuitos establecidos entre las metrópolis y sus posesiones ultramarinas, como en el tráfico mantenido por las propias colonias entre sí, ya sea dentro de un mismo sistema imperial, ya sea entre enclaves pertenecientes a distintos países. De ahí la necesidad de referirse a la doble vertiente del tráfico entre Europa y América y del tráfico interamericano, que pone en funcionamiento nuevos circuitos marítimos pero que también puede inventar circuitos interiores destinados a cobrar una creciente importancia a lo largo de la centuria.

El tráfico luso-brasileño, la *Carreira*, acusa el impacto de la transición del "ciclo del azúcar" al "ciclo del oro". Así, el tráfico se diversifica en tres circuitos diferentes. La flota de Río remite el oro de Minas Gerais, más la plata y el cuero ingresados a través del comercio *interlope* de Buenos Aires. La flota de Bahía sigue fiel a sus remesas tradicionales de azúcar, tabaco y palo brasil. Finalmente, la flota de Pernambuco envía sus productos de plantación (azúcar y progresivamente algodón y cacao a finales de siglo), más las especias aclimatadas en la región (clavo y canela) y las maderas, tanto preciosas (caoba, jacarandá, etc.) como las destinadas a la construcción naval. En cualquier caso, la demanda de la metrópoli exige la explotación acelerada de las minas de oro y el tráfico de esclavos para mantener la economía de plantación. Por su parte, los tráficos interiores más desarrollados son los que conducen a la región del Marañón y a la colonia de Sacramento (el actual Uruguay), el lugar de encuentro con la plata peruana y los cueros rioplatenses.

La Carrera de Indias española experimenta también profundas transformaciones en el siglo XVIII. El traslado de la cabecera del monopolio de Sevilla a Cádiz (1717) es el comienzo de una serie de reformas conducentes a una mayor liberalización: actuación de las compañías privilegiadas en las áreas más descuidadas (la Venezuela especializada en la producción de cacao, la Cuba especializada en el cultivo del azúcar y el tabaco, la Honduras proveedora de añil, el enclave de Puerto Deseado como base para la caza del lobo marino), sustitución de las flotas por el sistema de registros sueltos (progresivamente implantado a partir de la guerra con Inglaterra de 1739-1748), supresión del sistema de puerto único mediante los reglamentos de comercio libre (para Barlovento en 1765, general en 1778, ampliado a Venezuela y Nueva España en 1789), que abrieron al tráfico directo a diversos puertos americanos y españoles (especialmente, junto a Cádiz, Barcelona, Palma de Mallorca, Alicante, Málaga, La Coruña y Santander).

Del mismo modo, la sustancia del tráfico también se modifica en un doble sentido. Desde el punto de vista de las remesas peninsulares, el reformismo pone el acento en la progresiva nacionalización de los géneros embarcados,

frente a la masiva presencia de las mercancías extranjeras en las centurias anteriores. Un esfuerzo que se amplía con la persecución del contrabando, mediante la expulsión de los *cap-horniens* franceses del Pacífico (1725-1730), la obstaculización del *interlope* holandés desde las Antillas (desde 1728 en adelante), la denuncia del monopolio del asiento de negros y de la concesión del navío de permiso a los ingleses (a partir de la guerra de 1739-1748) y la vigilancia de cualquier desviación del tráfico fuera de los circuitos regulares y de los controles institucionales establecidos. Sólo debe añadirse que los resultados positivos fueron considerables, aunque distaran del éxito absoluto.

Las remesas de las Indias modificaron también profundamentamente la estructura de su contenido. La plata siguió siendo el primer producto de importación, aunque ahora su peso porcentual decae con respecto a las décadas prodigiosas del siglo XVI. Los cultivos de plantación empiezan a reclamar su lugar, especialmente el azúcar y el cacao, junto con el tabaco, que siguió siendo un monopolio de la Real Hacienda. Finalmente, una serie de materias primas ocupan una plaza cada vez mayor en los cargamentos: los tintes ya habituales (grana o cochinilla, añil y palo campeche), los cueros procedentes de la cabaña rioplatense y el algodón destinado a la naciente industria metropolitana de las indianas, que sin embargo nunca pudo efectuar la sustitución del algodón de Malta por el proveniente de América, en razón de su costo más elevado.

Las colonias francesas desempeñaron un papel muy desigual en el ámbito de los intercambios. Si la colonización del valle del Mississippi y de Luisiana apenas desarrolló el comercio, Canadá fue ante todo una fuente de abastecimiento para la industria de las pieles. La gran baza del comercio francés con las Indias occidentales fueron las Antillas: Saint-Domingue (el centro principal), Martinica, Guadalupe e incluso la Guayana francesa (la colonia de Cayena). Economía de plantación, sus remesas (que iban a parar a Francia en un 40%, mientras que el 60% restante era redistribuido por otros países europeos) comprendían esencialmente azúcar (62 millones de libras tornesas en 1774), café (30 millones), añil (17 millones), algodón (11 millones) y otros productos, como cacao, cueros, carey y cañafístula. Este comercio vivificó la actividad de los puertos especializados de Burdeos, Nantes, Le Havre y Marsella, pero también varios otros, como La Rochela, Dunkerque, Saint-Malo, Bayona y Honfleur. Del mismo modo, exigió también la permanencia de la trata.

Inglaterra fue también la gran triunfadora de la centuria en el comercio americano. Por un lado, el tráfico con sus propias colonias resultaba tan diversificado como en el caso de la América francesa. Las colonias de la fachada atlántica habían desarrollado esencialmente una economía de subsistencia, basada en la producción de carne y cereales, reservando para la exportación tan sólo el tabaco de Virginia y más tarde el algodón cultivado asimismo en los estados meridionales, mientras que dependía de la metrópoli para algunos productos de gran

consumo, especialmente el té, que, objeto de un alza fiscal juzgada desmesurada, estaría en el origen de la independencia de Estados Unidos. Por su parte, si Terranova y Nueva Escocia eran el gran ámbito de la industria de la pesca salada, las islas antillanas (Jamaica, Barbados, etc.) estaban especializadas en la exportación de azúcar y otros productos de plantación.

Sin embargo, estos tráficos no constituían más que una parte del comercio británico en América. Por un lado, Inglaterra se beneficiaba de las cláusulas de Utrecht para la introducción de esclavos en las colonias españolas (alianza de la *South Sea Company* con la *Royal African Company*) y para el gran *interlope* desarrollado al amparo del llamado navío de permiso. Del mismo modo, los esfuerzos de las autoridades españolas fueron inútiles para expulsar a los ingleses de diversas áreas centroamericanas, en especial de la ruta terrestre entre Portobelo y Panamá para el tráfico de esclavos y de los establecimientos no autorizados para la corta de palo campeche. En este caso, los continuos ataques españoles consiguieron el desalojo de los ingleses de la zona de Campeche, de la Laguna de Términos, centro del corte de la madera tintórea (en 1720), sin que se tuviera la misma suerte con los establecimientos de la costa de los Mosquitos o del golfo de Honduras, donde la completa destrucción de las instalaciones inglesas (en setiembre 1754) no impidió la construcción de nuevos establecimientos hasta el punto de que el territorio así ocupado acabaría convirtiéndose en una colonia inglesa (1862) y en el Estado independiente de Belice en el siglo XX. El contrabando, que para el área del Caribe estaba centralizado en Jamaica, alcanzaba sus cotas máximas en la vertiente atlántica de América del Sur, donde los británicos habían conseguido habilitar tres circuitos diferentes: uno que unía Chile con el Río de la Plata a través de los Andes (pese a la vigilancia ejercida desde Montevideo después de que el Tratado de San Ildefonso devolviese la colonia de Sacramento a España, 1777), otra que comunicaba Brasil con Venezuela a través del Amazonas y el Orinoco y, finalmente, la que unía el Alto Perú (Charcas, la actual Bolivia) con Sâo Paulo a través de Ascensión, justo en el conflictivo territorio de las reducciones del Paraguay.

La presencia de otras potencias tuvo siempre un carácter marginal. Hemos visto cómo la WIC holandesa se nutrió esencialmente del *interlope* con la costa caribeña, ya que la isla de Curacâo, su principal enclave, apenas sí poseía una producción propia (sal y palo brasil), aunque también fue capaz de poner en explotación sus territorios de Guayana, que en el último tercio de siglo ya contaba con plantaciones de azúcar, cacao, café y algodón. Por su parte, la Compañía danesa de las Indias Occidentales y de Guinea se hizo cargo a partir de 1719 del pequeño imperio americano de Dinamarca en las islas Vírgenes, dedicado a la exportación de los típicos productos de plantación: azúcar, ron, añil y algodón. Finalmente carecieron de importancia real los intentos originados en el reino de Prusia o en los Países Bajos austríacos para

obtener su cuota de participación en el tráfico americano. Y tan sólo resta añadir que la independencia de Estados Unidos introdujo dentro del sistema comercial americano a un poderoso competidor, que pronto iba a revelar un extraordinario dinamismo en todos los sectores.

## 11.4. El comercio triangular

La trata de esclavos y el comercio triangular no sólo continuó en el siglo XVIII, sino que alcanzó sus máximos valores. Puede afirmarse con seguridad que al menos 6.000.000 de africanos fueron transferidos a América a lo largo del siglo XVIII, de modo que si se suman las bajas en el curso de las *razzias* y a lo largo de la travesía marítima, tendríamos una sangría equivalente a unos 7.000.000 de individuos jóvenes para el setecientos y unos 12 millones en el transcurso de la Edad Moderna. Los puntos de destino se modifican sensiblemente con respecto al siglo XVII, con un aumento significativo de los esclavos destinados a la América inglesa (que llega a absorber casi el 30% del total), a la América francesa (que duplica el porcentaje de los esclavos recibidos hasta llegar al 22% del total) y a la América neerlandesa (que cuadruplica sus entradas, hasta alcanzar el 8% del total), y un descenso correlativo de los porcentajes destinados a la América portuguesa (aunque todavía se sitúe a la cabeza con algo más del 30%) y a la América española (cuyas entradas sólo representan el 10% del total).

Si el sistema sigue siendo similar al que analizamos para el seiscientos (pacotilla europea contra esclavos del Senegal, Sierra Leona, Costa de Oro, Guinea, el Congo y Angola, intercambiados en América contra productos de plantación destinados a los mercados metropolitanos), la participación de las distintas potencias europeas sufre importantes modificaciones. Portugal conserva sus factorías en el Congo y en Angola (Luanda, Benguela, Cabinda) y una tradición bien asentada para la introducción de esclavos en sus posesiones brasileñas, aunque en el transcurso del siglo pierde sus provechosos asientos con España y queda reducida a proveer exclusivamente a sus propias colonias. Por su parte, Francia consigue reservarse en exclusiva las costas de Senegal y de Guinea, donde las factorías son atendidas por diversas compañías (como la *Compagnie du Sénegal* o la *Companie de Guinée*), que trabajan para sus propias colonias americanas, aunque también puedan conseguir en algún momento el abastecimiento español (especialmente durante la guerra de Sucesión, hasta el Tratado de Utrecht) o dedicarse a algunos ramos secundarios, como el tráfico de la goma arábiga (que entrará en las cláusulas de los tratados de paz firmados por las grandes potencias a lo largo del siglo), mientras que numerosos puertos se especializan en la trata, singularmente el de Nantes, aunque también Burdeos, Le Havre, Saint-Malo o

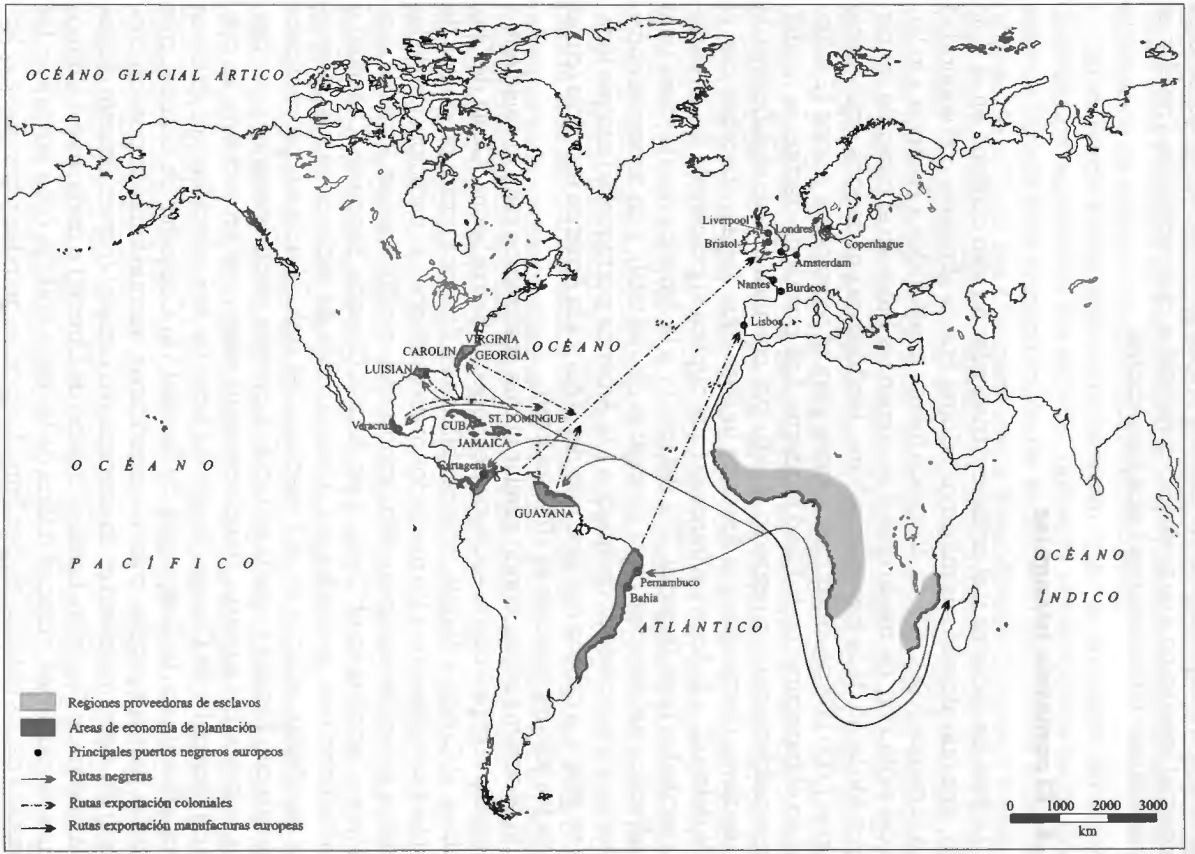


Figura 11.2. El comercio triangular (siglo XVIII).

La Rochelle. Los holandeses conquistan la exclusiva en Costa de Marfil y obtienen la hegemonía en el condominio de la Costa del Oro, donde sus 13 factorías superan al conjunto de las nueve inglesas, una danesa y una prusiana. Al final del periodo, España, excluida siempre por el Tratado de Tordesillas, se incorporará gracias a las concesiones territoriales obtenidas de Portugal por el Tratado del Pardo (marzo 1778) en el golfo de Guinea (la franja continental de Rio Muni y las islas de Fernando Poo, hoy Bioko, Annobón, Corisco y las Elobey), aunque ya previamente se había creado para operar en el área la *Compañía Gaditana de Negros,* de actividad por otra parte muy limitada (1765-1778). Sin embargo, la gran potencia esclavista es Inglaterra, que mantiene la exclusiva de Sierra Leona y su fuerte participación en el condominio de la Costa del Oro a través de sus compañías, la *Royal African Company*, la *Company of Merchants trading to Africa* o la *South Sea Company*, se beneficiaría de los asientos españoles tras la paz de Utrecht, en detrimento de portugueses y franceses. En total, sólo los barcos ingleses introducen más de la tercera parte de los africanos transferidos entre 1680-1786: más de 2.000.000 de almas. No en vano, si consideramos los principales puertos europeos de la trata, tres son ingleses (Londres, Bristol y Liverpool) frente a dos franceses (Nantes y Burdeos) y sólo uno holandés (Amsterdam).

En resumen, el comercio ultramarino ha jugado una parte considerable en el proceso de crecimiento de la economía europea y en el alumbramiento de la revolución industrial. Tal vez no el papel protagonista, ya que, igual que ocurriera en el siglo XVI, el origen del despegue europeo hay que buscarlo dentro de las propias fronteras de Europa (en el crecimiento de su demografía, su agricultura, su industria y su comercio), del mismo modo que los beneficios de las actividades productivas son superiores a los beneficios comerciales y del mismo modo que el mercado interior parece finalmente más importante que los mercados exteriores. Sí, en cambio, un papel significativo, ya que el comercio ultramarino ha servido para originar una formidable acumulación de capitales y para incrementar el volumen del consumo europeo de productos caros y exóticos (en el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX, sedas chinas, azúcar antillana, algodón americano, tés chinos e indios, café de Arabia), provocando la ampliación del mercado interior. Al margen del debate sobre los orígenes de la revolución industrial, retengamos solamente el hecho de que Inglaterra, la primera potencia comercial a fines de los tiempos modernos, fue también la primera potencia industrial a comienzos de la Edad Contemporánea.

# 12.

# América en el camino de la independencia

El siglo XVIII convierte América (al igual que Asia y África) en campo de batalla del expansionismo europeo. Portugal conserva y aun extiende su dominio brasileño y España mantiene casi intacta su integridad territorial e incluso amplía su área de acción con la efectiva incorporación de áreas hasta entonces escasamente atendidas, tales como los territorios septentrionales correspondientes a los actuales estados de California, Arizona, Colorado, Nevada, Utah, Nuevo México y Texas, a los que hay que sumar desde 1763 la Luisiana (mucho más extensa que el actual estado norteamericano del mismo nombre) y, en América del Sur, la controvertida colonia de Sacramento (el actual Uruguay).

Estas adquisiciones guardan relación con otro hecho importante, la conversión de América en campo de batalla de las potencias europeas en una proporción desconocida en los periodos anteriores. Así, las primeras transferencias territoriales de importancia se producen con la firma del Tratado de Utrecht (1713), que concede a Inglaterra la bahía de Hudson (que permitirá el comercio de las pieles a la compañía del mismo nombre, la *Hudson's Bay Company*, que ya había sido creada con anterioridad, en 1670), más la región de Acadia (rebautizada Nueva Escocia) y Terranova (a partir de ahora Newfoundland), lo que significa el control por parte de las empresas británicas de la pesca del bacalao, con la única salvedad del diminuto enclave francés de Saint-Pierre-et-Miquelon (que todavía conserva su antiguo estatus) y del reconocimiento de los derechos de España, reclamados infructuosamente a lo largo de toda la centuria. Finalmente, Inglaterra obtiene asimismo el "asiento de negros", es decir el derecho a introducir esclavos en las posesiones hispanas, y el "navío de permiso", es decir el derecho a enviar cada año a Veracruz, Portobelo y Cartagena de Indias un barco de 500 toneladas.

Más trascendencia tiene aún la paz de París (1763). Francia cede a Inglaterra la mayor parte de sus territorios americanos: Canadá, las tierras al este del Mississippi y algunas islas antillanas que ya no recuperaría más, como Granada o Dominica. Sin embargo, la revuelta de las Trece Colonias (o sea, las establecidas en la costa atlántica de los actuales Estados Unidos) consagraría en detrimento de Inglaterra la primera independencia de una colonia americana respecto de su metrópoli, dando así un ejemplo que las españolas no tardarían en seguir. Por la paz de Versalles (1783), que pone fin al conflicto, España recupera las llamadas dos Floridas (Florida y Pensacola). A finales de siglo las transferencias territoriales se multiplican: Estados Unidos adquiere definitivamente la Luisiana (1802), del mismo modo que las Antillas sufren un complejo proceso de cesiones y devoluciones, que en lo esencial deja en manos de Francia las islas de Santo Domingo (adquiriendo de España la mitad oriental, 1795), Guadalupe y Martinica (aún hoy bajo su soberanía), y en manos de Inglaterra las ya citadas de Granada y Dominica, más las de Santa Lucía, Tobago y Trinidad (adquiridas todas ellas en 1814).

Sin embargo, no sólo hay que considerar los tratados que llevan consigo transferencias territoriales, sino también la continua serie de ataques, asedios y batallas que enfrentan entre sí a las diversas potencias europeas, especialmente España, Francia e Inglaterra. En este sentido, algunos hechos de armas, sin consecuencias territoriales posteriores, dejaron profunda huella entre las poblaciones, como pudieron ser el asalto fallido del almirante Vernon a Cartagena de Indias (1739) o la efímera ocupación de La Habana (y también de Manila) por los ingleses (1762), que en su momento tuvieron tanta repercusión como la toma de Montreal (1760). Y, por último, también habría que referirse a los combates librados por los europeos contra las poblaciones indígenas (iroqueses, apaches, araucanos o mapuches), que si bien carecen de la trascedencia de las grandes campañas del siglo XVI no dejan de ser una manifestación más de las resistencias locales al avance de la expansión europea.

### 12.1. El retroceso de la América francesa

Las Antillas francesas (Saint-Domingue, Guadalupe y Martinica) fueron respetadas por el Tratado de París. La economía de plantación (azúcar, sobre todo, más algodón, añil, cacao y el café de la Martinica, que se incorpora ahora de forma decidida) continuó siendo la base de la prosperidad, permitiendo el enriquecimiento de los grandes puertos especializados de la metrópoli (Burdeos, Nantes, Rouen, Marsella) y de los aristocráticos plantadores criollos (*créoles*), que estaban al frente de una sociedad marcada por las divisiones entre los grandes blancos, los pequeños blancos, los mulatos y los negros.

Eran, sin embargo, muchas las cuestiones planteadas que no acababan de encontrar solución. Así, la supresión del monopolio comercial metropolitano (como se había puesto de manifiesto en la protesta de 1722 al grito de "*Vive le roi sans compagnie!*"), la concesión de la plenitud de derechos a los libertos, la abolición de la trata al estar fuera de cuestión la más radical abolición de la esclavitud (que debió esperar hasta 1848). En cualquier caso, la clase de los mulatos (que se habían convertido en pequeños propietarios, mercaderes, intendentes de plantación, etc.) estaba ya preparada para plantear sus reivindicaciones apoyados por los negros frente a los grandes blancos, como sucedería apenas proclamada la Revolución francesa, aunque la principal insurrección, la de Saint-Domingue (y Santo Domingo, que había sido cedida a Francia por el tratado de Basilea de 1795) sería acaudillada por un esclavo negro, Toussaint Louverture.

También el siglo XVIII es el momento de despegue de una colonia marginal, la Guayana francesa o colonia de Cayenne. Los esfuerzos para su revalorización incluyen ahora la concesión de la libertad de comercio (1768), la creación de una *Compagnie de la Guyane* (que se transformará en la *Compagnie du Sénégal* por su implicación en el tráfico de esclavos) y la introducción de cultivos tropicales, tanto especias (nuez moscada, canela y, sobre todo, clavo), como frutales (mango). Del mismo modo, el territorio comienza a ser objeto de estudio y se multiplican tanto las exploraciones geográficas al interior como las expediciones botánicas conducidas por los naturalistas.

También las islas empiezan a ser conocidas en Europa gracias a los escritos de los religiosos dominicos o jesuitas. Así, si ya durante el siglo anterior se había publicado la influyente obra de Jean-Baptiste du Tertre (*Histoire générale des îles de Christophe, de la Guadeloupe, de la Martinique et autres dans l'Amérique*, París, 1654), ahora el jesuita Jean-Baptiste Labat escribe su *Nouveau Voyage aux Isles de l'Amérique* (París, 1722; La Haya, 1724), de tanta resonancia en el debate del "buen salvaje", mientras que la aproximación ya realmente científica llega con la obra de Méderic-Louis Moreau de Saint-Méry *Description de la partie française de Saint-Domingue* (Filadelfia, 1797). Al mismo tiempo, la literatura criolla nace con los líricos *Idylles* de Germain Léonard o con la obra épica sobre el descubrimiento *Christophe Colomb ou l'Amérique découverte* de Nicolas Bourgeois.

## 12.2. El Brasil del oro

Brasil continúa su expansión a lo largo del siglo XVIII. Por un lado, penetra hacia el interior, por la cuenca del Amazones hacia los confines orientales del virreinato de Perú, donde deben encontrarse las comisiones bilaterales para

la fijación de los límites definitivos entre ambos dominios coloniales. Por el otro, mientras que los *bandeirantes* prosiguen sus *raids* contra el Paraguay español, el Gobierno portugués reclama la colonia del Sacramento, aunque en este caso los años finales de siglo imponen una solución favorable a las pretensiones hispanas.

La economía de plantación también se desarrolla sin solución de continuidad, pero la gran novedad de la economía brasileña del siglo es el descubrimiento y puesta en explotación de las minas de oro de la región que será llamada Minas Gerais, en torno al gran centro de Ouro Preto (desde 1696), aunque también en las regiones colindantes de Mato Grosso (desde 1718) y el Goiás (desde 1725): empieza así el "ciclo del oro", que permitirá la renovación del *stock* europeo de metales preciosos. Del mismo modo, la política reformista del marqués de Pombal potencia el crecimiento de las regiones azucareras y mineras, la expansión de las ciudades (singularmente Río de Janeiro) y la fundación de sociedades estatales de comercio, como la compañías de *Grâo Pará-Maranhâo* (confirmada por el rey, 1755) y la de *Pernambuco-Paraíba* (1759). Como eco de este desarrollo, aparecen las primeras obras de economía política escritas en Brasil: el *Ensaio económico sobre o comércio de Portugal e suas colonias*, de José Joaquim da Cunha (1794), la *Recopilaçâo de notícias soteropolitanas e brasílicas* de Luis dos Santos Vilhena (1802) y las *Cartas económico-políticas sobre a agricultura e o comércio da Bahia*, de Joâo Rodrigues de Brito (1807).

CUADRO 12.1. Producción de oro de Brasil (medias anuales en kg).

| | |
|---|---|
| 1701-1720 | 2.750 |
| 1721-1740 | 8.800 |
| 1740-1760 | 14.600 |
| 1760-1780 | 10.350 |
| 1780-1800 | 5.450 |
| 1800-1820 | 2.750 |
| *Total de kg* | 874.000 |

*Fuente:* Furtado, 1972.

El desarrollo cultural sigue los pasos del económico, aunque con importantes limitaciones. La arquitectura civil sigue siendo muy modesta, en comparación con el auge de la arquitectura religiosa, que crea ya algunas de las obras maestras del barroco brasileño, exuberante de dorados y azulejos, como en el soberbio convento franciscano de Salvador de Bahía, con su *igreja toda*

*de ouro*, que será un modelo a imitar en muchos otros ámbitos. La vida intelectual, que se beneficia de la aparición de cenáculos literarios, como la *Academia Científica* (1771) o la *Sociedade Literaria* (1785), ambas en Río de Janeiro, sufre por el contrario de algunas graves carencias, como la falta de universidades (que obliga a viajar hasta Coimbra para realizar estudios superiores) o la falta de imprentas, pues la primera no llega hasta 1808, obligando a la publicación de los libros en Portugal. No obstante, debe destacarse la obra poética del grupo de escritores que se agrupan en la década de los ochenta en Ouro Preto y que se conoce con el nombre genérico de los *poetas mineiros*, así como la aparición de la primera historia de Brasil, la *História da América Portuguesa*, escrita por Sebastião da Rocha Pitta (1730).

## 12.3. El reformismo en la América española

El reformismo alcanzó mucho más de lleno la América española, no exclusivamente pero sí especialmente a partir de la llegada de José de Gálvez a la Secretaría de Indias (1775-1787). Las reformas económicas más importantes afectaron a la minería de la plata en México (que beneficiaron a un poderoso empresariado minero, llevaron a su apogeo la explotación argentífera e impulsaron el progreso tecnológico con la creación de la Escuela de Minería de México en 1772) y a la Carrera de Indias, que se benefició de la creación de varias compañías privilegiadas, de la autorización de los registros sueltos frente a las flotas y, sobre todo, de la publicación del decreto de Libre Comercio (12 octubre 1778), que abrió el tráfico a numerosos puertos españoles y americanos, dando una nueva flexibilidad y contribuyendo a incrementar el volumen de los intercambios coloniales.

Las reformas administrativas también fueron importantes. Se crearon dos nuevos virreinatos (Nueva Granada, en 1717 y 1739, y Río de la Plata, 1776), se erigieron nuevas audiencias (particularmente, Caracas, 1776; Buenos Aires, 1785, y Cuzco, 1787) y se implantó el sistema de intendencias para modernizar todo el aparato administrativo. La hacienda se benefició de un proceso de mayor racionalización y rigor, al tiempo que la corona aumentaba y controlaba mejor sus monopolios: pólvora, azogue, tabaco, papel sellado, lotería, naipes y pulque y aguardiente de caña. La defensa fue reforzada, mediante la atención dedicada a los ocho apostaderos para la marina de guerra y a la red de fortificaciones, mediante la creación de un ejército regular compuesto de cuerpos fijos (reclutados in situ) y expedicionarios (procedentes de España) para reforzar las milicias urbanas y mediante la creación de eficaces instituciones para la protección de las fronteras (como la Comandancia General de las Provincias Internas, 1776) o de otros lugares estratégicos (como la Capitanía General de Venezuela, 1777). No fue tan brillante el ejer-

Figura 12.1. América a finales del siglo XVIII.

Figura 12.1. (Continuación.)

cicio del regalismo, que culminó con la expulsión de los jesuitas, que dejaron un vacío imposible de colmar en muchas instituciones educativas, así como en las misiones y reducciones que regentaban, especialmente las famosas de los guaraníes del Paraguay.

La Ilustración conoció una brillante variante colonial en la América española. Las nuevas ideas se difundieron a través de las universidades reformadas o de nueva planta (la de San Jerónimo de La Habana, la de Santa Rosa de Caracas, la de Santiago de Chile), de la prensa (que empieza a proliferar en los grandes centros regionales), de las sociedades económicas de amigos del país (que llegan a ser un total de 15, si se cuenta la de Manila), de las instituciones (cátedras, observatorios, jardines botánicos) creadas a raíz de las grandes expediciones científicas.

Así, la afirmación del orgullo criollo del siglo anterior alcanza nuevas cotas. Es el sentido que puede atribuirse a las proclamaciones de las elites ilustradas de las capitales virreinales, que, ante el crecimiento de la población (se superan los 15 millones de habitantes), el progreso de la urbanización, el embellecimiento de las ciudades, la proliferación de las obras públicas (fuentes, alamedas, paseos) o la edificación de nuevos palacios o nuevas iglesias no pueden por menos de creer que la Lima del virrey Amat es una de las más bellas poblaciones del orbe y que México, que ha superado en número de habitantes a la capital metropolitana, es la "Roma del Nuevo Mundo". También dentro de este mismo espíritu cabe incluir en cierto modo la reivindicación de América, escrita (con el fin de rechazar las descalificaciones de Cornelius de Pauw, en sus *Recherches philosophiques sur les Américains*, Berlín, 1769) por el jesuita expulso español Francisco Xavier Clavijero, y aparecida en Italia y en italiano: la *Storia antica del Messico* (Cesena, 1780). En el mismo espíritu reivindicativo de la obra de España en América escribe también su obra otro jesuita expulso, Juan Nuix, *Riflessioni imparziali sopra l'umanità degli Spagnoli nell'Indie* (Venecia, 1780, y traducción española, Madrid, 1782). Y ya dentro de una posición independentista, las obras de fray Servando Teresa de Mier (sus *Memorias*, por ejemplo) le convierten en la encarnación del criollismo militante y en un adelantado de la teoría de la emancipación.

Sin embargo, la expansión de la ciencia es quizás el máximo exponente de la penetración de la Ilustración. Así, por un lado, y dejando al margen la presencia, ya analizada, de científicos extranjeros y los resultados de las numerosas expediciones científicas, la erudición produce figuras considerables en varios campos, como Antonio de Alzate (*Observaciones sobre física, historia natural y artes útiles*, 1787), José Ignacio Bartolache (*Instrucción que puede servir para que se cure a los enfermos de viruelas endémicas*, 1779), Hipólito Unanue (*Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias sobre los seres organizados, en especial el hombre*, 1806) y Eugenio Espejo, personalidad

destacada como médico (*Memoria sobre el corte de quina*, *Reflexiones acerca de las viruelas*), pero sobre todo como animador cultural y agitador político, con obras de indudable trascendencia para la creación de un pensamiento crítico en la América española, como el famoso *Discurso dirigido a la muy ilustre ciudad de Quito* (1786).

La literatura hipanoamericana siguió por la senda del criollismo y la reivindicación de la belleza del paisaje y la fecundidad de la naturaleza del Nuevo Mundo, con numerosas obras, entre las que debe destacarse la del jesuita guatemalteco Rafael Landívar, autor de un poema en lengua latina profusamente ilustrado con grabados sobre flora y fauna, la *Rusticatio mexicana* (Bolonia, 1782). Otra de las cumbres de las letras ilustradas es el texto de Concolorcorvo (seudónimo del funcionario Alonso Carrió de la Vandera) *El lazarillo de ciegos caminantes* (Lima, 1776), un libro de viajes que se convierte en un reportaje sobre las tierras, las gentes, las costumbres o la situación cultural del virreinato de Perú. Finalmente, quizás la figura más sobresaliente sea el mexicano José Joaquín Fernández Lizardi, autor de la primera novela hispanoamericana, *El Periquillo Sarniento* (publicada por entregas en 1816), un escrito deudor de la picaresca tardía y de la publicística polémica que despliega un nítido discurso progresista y anticlerical.

El siglo XVIII marca el apogeo del arte barroco colonial. Pese a los intentos por reconducir las artes plásticas hacia el clasicismo, patente en la actuación de la Academia de Bellas Artes de San Carlos de México (fundada en 1781 y en activo desde 1785), el barroco produce ahora sus más celebradas obras maestras en La Habana (Cuba), México, Querétaro y Guanajuato (Nueva España), Cartagena de Indias y Popayán (Nueva Granada), Lima y Arequipa (Perú). La música también deja multitud de obras y de figuras, algunas de primera línea, como Manuel de Zumaya, considerado el mejor compositor mexicano de todos los tiempos. En definitiva, si América no pudo arrogarse la hegemonía cultural del mundo hispánico (como pretendía el criollismo más exaltado), sí que puede decirse que consiguió alcanzar en el siglo XVIII un indiscutible esplendor en el terreno de la creación artística.

## 12.4. Otras Américas europeas

Instalada permanentemente en el área del Caribe, Holanda desarrolla sus posesiones insulares y también el territorio de la Guayana (con sus establecimientos de Surinam, Berbice, Esequibo y Demerara), un modesto imperio regido por la Compañía de las Indias Occidentales (WIC). Aunque su principal actividad, como ya vimos, era el contrabando, el siglo XVIII asiste al desarrollo de sus establecimientos en Tierra Firme, donde Holanda había tratado

de poner el pie desde el siglo anterior (Punta de Araya por las salinas, isla Margarita por las perlas, Essequibo en 1616 y Berbice en 1624). Su mejor baza es Surinam, objeto de una colonización original donde se daban la mano una minoría de empresarios hebreos y de colonos expulsados de Brasil (dotados de una cierta autonomía política frente a la metrópoli) con una mayoría de esclavos africanos. En 1775 son 5.000 blancos (2.000 en Paramaribo, la capital) contra 75.000 negros, que protagonizan numerosas revueltas, saquean el territorio e incluso extienden la insurrección por los establecimientos limítrofes. Finalmente, después de una agitada trayectoria, los británicos ocupan los territorios en 1804, reintegrando posteriormente sólo Surinam, mientras que el resto de la región pasaba a convertirse en la Guayana inglesa con capital en Georgetown, en el distrito de Demerara, un viejo establecimiento holandés fundado ya en 1596.

La América danesa se compone de tres de las islas Vírgenes: Saint Thomas (ocupada en 1666), Saint John (colonizada a partir de 1717) y Sainte Croix (comprada a los franceses en 1733). Al margen del comercio (legal e ilegal), el pequeño conjunto insular pudo desarrollar una economía de plantación mediante el típico recurso a la mano de obra africana (menos de 3.000 colonos blancos frente a casi 30.000 esclavos negros a finales de siglo). Administradas directamente por la corona a partir de 1754, la abolición de la esclavitud en 1848 trajo consigo la decadencia de las islas, que finalmente fueron vendidas a Estados Unidos en 1917, alejando definitivamente a los daneses de América.

## 12.5. El progreso de la América inglesa

Como consecuencia de los enfrentamientos bélicos mantenidos en los cinco continentes, Inglaterra aumenta considerablemente sus dominios territoriales en América entre 1713 y 1763, aunque posteriormente sufrirá la amputación de una de sus provincias más prósperas, las llamadas Trece Colonias, cuya independencia es confirmada por el Tratado de Versalles de 1783. Dejando la evolución de este último espacio para el apartado siguiente, hay que consignar ahora los progresos del Canadá británico y del numeroso rosario de islas antillanas, así como la continuada expansión por otros territorios.

La transferencia de un territorio habitado por una población homogénea de 70.000 franceses obligó a Inglaterra a ofrecer al Canadá la conciliadora Acta de Quebec (1774), que reconociendo la pervivencia del derecho civil galo, la cooficialidad de la lengua francesa y la libre práctica de la religión católica aseguraba la estabilidad de la colonia. Una colonia que se expande sobre la base de las pesquerías de Nueva Escocia, la agricultura de subsis-

tencia de tipo europeo en las regiones orientales, el comercio en el Atlántico y en la frontera sur y el avance hacia el oeste en busca de las pieles comercializadas por la *Hudson's Bay Company* (sobre todo a partir de la fundación de *Cumberland House,* en 1774) y por la nueva *North West Company* (fundada en 1783 pero fusionada con la anterior en 1821), a pesar de los problemas suscitados por la resistencia indígena de esos mismos hurones, algonquinos e iroqueses que sostenían el mito del buen salvaje en Europa pero que en las colonias sólo se veían como un obstáculo al progreso.

La llegada de los ingleses leales a la metrópoli tras la guerra de las Trece Colonias obligó a introducir una nueva Acta Constitucional (1791), que dividía la región de Quebec en Alto y Bajo Canadá pero bajo un mismo régimen político, que trataba de superar la procedencia de los colonos impulsando la conciencia de una identidad canadiense. Ahora bien, tras la superación del estallido de la guerra entre Inglaterra y Estados Unidos (1812-1814), que provocó de nuevo grandes movimientos de tropas en América (ocupación de Toronto por los estadounidenses, incendio de Washington y asedio de Nueva Orleans), Canadá entró en una fase de renovada prosperidad, como puede demostrar el solo dato demográfico de los 450.000 habitantes de 1814.

Aunque la constitución política y la aplicación del pacto colonial reunían las mismas características que en las colonias continentales, las Antillas británicas vivieron de espaldas a cualquier tentación independentista, debido a la fuerte alianza de plantadores y comerciantes en defensa de la prosperidad lograda y a la necesidad de protección de la Armada metropolitana tanto frente a las restantes potencias implantadas en el área (y así se demostró en el transcurso de las numerosas guerras que tuvieron al Caribe como escenario privilegiado) como frente a un hipotético levantamiento de las poblaciones afroamericanas (y así ocurrió en Jamaica en 1795, cuando los cimarrones se mantuvieron en pie de guerra durante cuatro años antes del control de la situación por las autoridades).

Durante el mismo tiempo, Inglaterra conserva sus pretensiones de incremento territorial. De este modo, no sólo obtiene nuevas islas antillanas a través de los sucesivos tratados de paz suscritos con franceses y españoles, sino que se apodera de los territorios de la Guayana inglesa frente a Holanda (en 1804) y mantiene la ocupación de otros territorios, tanto en la costa de los Mosquitos como sobre todo en Belice, que defiende tenazmente contra España y luego contra el México independiente (1826), otorgándole finalmente título de colonia en 1862. Del mismo modo, se acerca a otros territorios desiertos con ánimo de ocuparlos, como ocurre con las islas Malvinas, donde funda Port Egmont (1765), base legal que posibilitará, pese a un voluntario abandono en 1774, su reclamación frente a la República Argentina y su incorporación como colonia inglesa en 1833.

## 12.6. La independencia de las Trece Colonias

Las Trece Colonias de América del Norte se habían convertido a fines del siglo XVIII en una de las más importantes regiones pobladas por europeos fuera de Europa. Nueva Inglaterra, que contaba en 1763 con más de 500.000 habitantes, basaba su economía en una explotación agropecuaria de zona templada, a la que añadía los recursos de la pesca (que llevaba a sus barcos hasta Terranova) y la madera para la construcción naval, además de un activo comercio con la metrópoli y con las Antillas (ron y melazas), todo lo cual hacía prosperar a su población puritana y en particular a la principal de sus ciudades, Boston.

Las colonias del sur, que en 1763 contaban con unos 750.000 habitantes, crecían a costa de una economía de plantación ya más diversificada (el arroz y el tabaco, más el añil y el algodón) explotada mediante esclavos africanos (más numerosos que sus propietarios), que también permitía un alto nivel de vida a una oligarquía de plantadores anglicanos de talante aristocrático, que vivían en sus posesiones rurales, desinteresados de unas ciudades poco evolucionadas, aunque empezaran a destacarse algunos puertos, como Charleston.

Finalmente, las colonias del centro, que ya contaban en 1763 con 400.000 habitantes, constituían el grupo menos homogéneo (los ingleses se codeaban con holandeses, alemanes y suecos, mientras estaban representadas diversas confesiones protestantes), con una economía más próxima a la de Nueva Inglaterra y con algunas ciudades ya importantes, como Nueva York y, sobre todo, Filadelfia, la más grande, la más poblada y la más moderna de todo el conjunto.

Conjunto, por otra parte, con vinculaciones muy laxas, ya que cada colonia disponía de su propia constitución, de su propia asamblea parlamentaria y de su propio gobernador o representante de la corona. La característica más llamativa era el contraste entre el régimen de libertades políticas vigente en cada una de las colonias perfectamente autónomas y la estricta dependencia económica de todas ellas respecto de la metrópoli, que les imponía el papel de mercado reservado para sus manufacturas así como severas restricciones para su desarrollo industrial, es decir la estricta observancia de un riguroso pacto colonial. Un trato discriminatorio que tenía forzosamente que suscitar la impaciencia de una sociedad ya acostumbrada al ejercicio de la libertad.

Una sociedad que, por otra parte, había superado las enormes dificultades educativas de los primeros tiempos y que contaba ya con medios suficientes para la formación de una opinión pública sobre temas de interés general. En efecto, si durante el siglo anterior ya se habían fundado dos universidades (Harvard en 1636 y el *College of William and Mary* en 1693),

ahora surgen otros grandes centros de enseñanza superior destinados a un brillante porvenir (Yale en 1701, Princeton en 1746, Columbia en 1754, Pennsylvania en 1755, Brown en 1764, Rutgers en 1766 y Darmouth en 1769). Del mismo modo, la época de las luces asiste al desarrollo de la prensa (con el *Boston Newsletter* como pionero, a partir de 1704), de la imprenta (Boston había ya llegado a ser desde 1690 el segundo centro editorial y de venta de libros de todo el Imperio británico) y de las bibliotecas públicas (como las instaladas por Thomas Bray en una treintena de parroquias de Maryland) y privadas, algunas tan importantes como la de William Byrd en Virginia o la de Cotton Mather en Massachusetts. John Adams podía decir en la segunda mitad de siglo que en Nueva Inglaterra un analfabeto era tan raro como un jacobita o un católico.

Finalmente, durante la centuria aparecen ya algunas grandes figuras intelectuales, muchas de las cuales van a tener un papel protagonista en el proceso de emancipación. La personalidad más representativa de las luces en América es sin duda Benjamin Franklin, formado en la redacción del *Boston Newsletter*, impresor y propietario de *The Pennsylvania Gazette* (uno de los periódicos más influyentes de las Trece Colonias) y gran científico, autor de unos *Experiments and Observations on Electricity* (1751), inventor del pararrayos (el primer hallazgo técnico de importancia que el Nuevo Mundo legaba a Europa) y presidente de la *American Philosophical Society* de Filadelfia, fundada en 1741, fecha simbólica para algunos autores del inicio de la Ilustración en las colonias británicas. A su lado, sin embargo, pueden ya citarse otros nombres, como Jonathan Edwards (que difundía el presbiterianismo mediante una epistemología sensualista aprendida en Locke), Jeremy Belknap (fundador y alma de la *Massachusetts Historical Society*), John Bartram (director del primer jardín botánico norteamericano) o Benjamin Rush, el sucesor de Franklin a la cabeza del mundo cultural de Filadelfia, el hombre que animó a Thomas Paine a publicar su famosa colección de ensayos anticolonialistas (*Common Sense*, 1776) y el autor del *Plan for the Establishment of Public Schools* propuesto en 1786 a la joven república. A su lado, ni el arte ni la literatura ofrecen grandes nombres antes de la revolución, aunque Thomas Godfrey (1736-1763) pudo escribir y representar la primera obra dramática norteamericana, una tragedia prerromántica en verso libre, *The Prince of Parthia* (1759), situada en un ambiente exótico tanto para europeos como para americanos.

En este contexto, el detonante para la insurrección de las colonias fue la aprobación por la metrópoli de un arancel aduanero sobre las importaciones de ron y melazas procedentes de las Antillas y de un impuesto sobre el papel sellado. El rechazo a tales medidas fue doble, económico y, más aún, político. La elevación de las tasas causaba un perjuicio inmediato a los importadores y a los consumidores, pero, sobre todo, la votación de los impuestos se

hacía sin consentimiento de los súbditos de las colonias, que no enviaban representantes al Parlamento de Londres y no aceptaban que los diputados metropolitanos se arrogasen la supuesta defensa de sus intereses. El Gobierno, ante la agitación generada en los territorios ultramarinos, abolió finalmente las tasas un año más tarde, obteniendo así una tregua en el conflicto.

En 1767, la agitación volvía a reproducirse ante la noticia de una nueva disposición imponiendo aranceles sobre la importación de papel, vidrio, plomo y, sobre todo, té, en este caso debido más a la popularidad del producto que al importe de la tasa. Para colmo, el Gobierno concedió a la Compañía de las Indias Orientales una serie de franquicias y privilegios para la venta del té en 1773 que desvalorizaban el contrabando con los holandeses y permitían prescindir de los intermediarios locales. La respuesta fue la famosa *Boston Tea Party* (1773): los "hijos de la libertad" disfrazados de indios tiraron al mar todos los cargamentos de la compañía. Al año siguiente, el partido patriótico conseguía reunir solidariamente en Filadelfia a los representantes de 12 de las 13 colonias: era el primer paso para la constitución del dispositivo insurreccional que habría de conducir en breve tiempo a la independencia.

Un primer encuentro armado (Lexington, 1775) entre el ejército regular británico y los voluntarios americanos fue la señal para la ruptura, que se consumaría al año siguiente con la Declaración de la Independencia de Estados Unidos (cuyo espíritu definiría en el preámbulo Thomas Jefferson, 1776). Independencia que hubo que imponer por la fuerza de las armas, en el transcurso de una guerra que se decantó a favor de los "insurgentes", conducidos por George Washington, tras las dos grandes victorias de Saratoga (1777) y Yorktown (1781). El Tratado de Versalles (1783), que incluía una serie de cláusulas para resolver la vertiente internacional del conflicto (que había llevado a la participación de Francia, España y Holanda al lado de los colonos), confirmó los preliminares firmados un año antes entre Inglaterra y Estados Unidos: reconocimiento de la independencia, conservación de los derechos de pesca en las aguas de América del Norte y fijación de las fronteras en la línea del río de Santa Cruz, los Grandes Lagos y el Mississippi.

El Tratado de Versalles abría una nueva perspectiva para los territorios americanos. Por primera vez desde la llegada de los europeos se constituía en el continente un Estado independiente. Además, Estados Unidos se dotaron pronto de una constitución (1787), que otorgaba el poder ejecutivo a un presidente elegido por los estados de la unión, el poder legislativo a un Congreso bicameral (Cámara de Representantes y Senado) compuesto de representantes también libremente elegidos aunque el sufragio fuese censitario y no universal, y el poder judicial a una Corte Suprema de nueve jueces nombrados por el presidente pero presentados por el Congreso con la aprobación del Senado. En definitiva, los Estados Unidos, independientes y con un

régimen liberal, republicano y representativo (teorizado en sus escritos por figuras de la talla de Thomas Paine), se convirtieron en el modelo para las demás Américas, en particular para la América española, donde ya empezaba a germinar la semilla de la emancipación.

Del mismo modo, la independencia de Estados Unidos fue para muchos europeos una verdadera revolución, la victoria definitiva de la libertad. Si hasta ahora el pensamiento crítico respecto del absolutismo se había mirado en el espejo de la monarquía parlamentaria inglesa, el régimen estadounidense apareció como una formulación política más avanzada y más consciente. La revolución de Estados Unidos no sólo tuvo valor de ejemplo para las otras Américas, sino que ejerció también una acción de reflujo sobre Europa. Fue no sólo la primera gran aportación del pensamiento político del Nuevo Mundo al viejo continente europeo, sino un precedente de la revolución burguesa que habría de encarnar de modo paradigmático la Revolución francesa.

Tras la independencia, los Estados Unidos trataron de romper con el pasado también el terreno del arte, aunque sin renunciar por ello al prestigio de los modelos europeos. Se produjo así el triunfo del neoclasicismo, sobre todo en la arquitectura civil. Thomas Jefferson, que había sido embajador en Francia, modificó en sentido neoclásico su casa de Monticello, mientras en la construcción del Capitolio de Richmond seguía el modelo de la *Maison Carrée* de Nîmes. El mismo estilo dominó el diseño urbanístico de la nueva capital, la ciudad de Washington (tras la interinidad de Filadelfia), y las trazas del Capitolio, su edificio más significativo. Coherentemente, el escultor francés Jean-Antoine Houdon inmortalizaría las efigies de George Washington y de Thomas Jefferson, del mismo modo que lo haría el pintor Gilbert Stuart, que regresaría de Europa para retratar también a Washington y Jefferson, aunque su obra maestra es el retrato de *Mrs Richard Yates (Catherine Brass)*, 1793-1794. La pintura, sin embargo, comienza a explorar nuevos horizontes, de la mano del primer gran artista norteamericano, John Singleton Copley, autor de algunos espléndidos retratos bostonianos (*Paul Revere*, 1768), pero sobre todo (siguiendo la senda de algunos pioneros como Gustave Hesselius, retratista de indios como *Lapowinsa* a principios de siglo) a partir del descubrimiento del paisaje de la nueva nación, a partir de la aventura original de captar el encanto romántico de las grandes llanuras o el exotismo de las culturas de los "pieles rojas" todavía supervivientes.

## 12.7. Hacia otras independencias

Los Estados Unidos pasaban a convertirse así en el primer territorio colonial que accedía a la independencia. Su evidente ejemplo para otras colonias americanas no sería, sin embargo, operativo hasta años después, especial-

mente a partir del estallido de la Revolución francesa, que actuaría como un nuevo catalizador de los deseos emancipadores de determinadas minorías. En el caso hispanoamericano no deja de resultar significativa la publicación parcial por el venezolano Manuel García de Sena de la obra de Paine (*La independencia de Costa Firme justificada por Thomas Paine treinta años ha*) y la traducción por el neogranadino Antonio Nariño de los *Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Una literatura que tendría su continuación en la obra de hombres como Eugenio Espejo, Juan Pablo Viscardo, Camilo Torres, Mariano Moreno o Francisco de Miranda, el adelantado de la libertad, el "precursor" por antonomasia.

En este contexto, la primera declaración de independencia ocurrió en la colonia francesa de Saint-Domingue. Aquí, la abrumadora proporción de esclavos negros suscitó un estado permanente de sedición, que se agravó con la acción de los revolucionarios metropolitanos, especialmente con la abolición de la esclavitud decretada en 1794. El levantamiento de Toussaint Louvertures implantó un régimen controlado por los africanos, que sobrevivió a su prisión y muerte en las cárceles francesas, gracias a su relevo por sus lugartenientes Jean Jacques Dessalines, que declaró la independencia de la isla rebautizada con el nombre indígena de Haití (1804), y Henry Christophe, que le sucedería al frente del nuevo Estado a su muerte (1806). Si bien el territorio independiente incluía la totalidad de la isla (ya que la parte oriental había sido cedida por España en 1795), la diferente situación social y política de cada una de las regiones conduciría a la separación y proclamación de la República Dominicana en 1844.

Finalmente, la introducción de un tercer catalizador, la invasión de la península Ibérica por las tropas de Napoleón, sería la ocasión para el inicio del movimiento emancipador en las Américas española y portuguesa. En la América portuguesa, la instalación en Río de Janeiro de la familia real lusitana en su huida ante el ejército napoleónico sería el primer capítulo de un proceso que culminaría con la proclamación de la indepedencia de Brasil (7 de setiembre de 1722) bajo la égida del emperador Pedro I. En la América española, los levantamientos regionales se sucedieron sin tregua desde 1810 hasta que la definitiva victoria de Simón Bolívar, llamado el Libertador, en la batalla de Ayacucho (1824) impusiese la realidad de la independencia de todos los territorios continentales, dejando fuera del cuadro las islas de Cuba y Puerto Rico, que constituirían junto con las Filipinas, las Marianas y las Carolinas, el "imperio insular" español del siglo XIX.

# 13.
# Asia y África antes del reparto

## 13.1. Los orígenes de la India británica

La segunda mitad de siglo fue una época vital para el afianzamiento de la hegemonía británica tanto en Asia como en América. Incluso el único retroceso, la separación de Estados Unidos, rápidamente reconducido por otro lado en términos diplomáticos y comerciales, sería pronto compensado en la otra parte del mundo por la conquista de la India. En esta decisión entraron en juego posiblemente el ejemplo del éxito de las colonias de poblamiento de la VOC y con seguridad la profunda alteración de las coordenadas políticas en el subcontinente indostánico.

La India, en efecto, contrariamente a los dos grandes Imperios extremoorientales de China y Japón (que mantenían una firme estabilidad política y en consecuencia una posición de fuerza frente a los requerimientos europeos), entró en el siglo XVIII en un periodo de grave descomposición interna. Si el reinado del emperador Aurangzeb concluyó ya con la resistencia en pie de guerra de numerosas regiones (1707), sus sucesores en el trono de Delhi se vieron impotentes para hacer frente al proceso de disolución que irremediablemente destruía la obra unificadora llevada a cabo por la dinastía a lo largo del siglo XVI. El Estado mahrata, que intentará la restauración de la unidad (con tres sucesivas ocupaciones de Delhi en los años cincuenta, setenta y noventa), tampoco conseguirá detener el progreso de la fragmentación política. Esta situación permitirá la práctica independencia de los gobernadores provinciales, así como el ascenso de numerosos príncipes a la cabeza de Estados preexistentes o de nueva constitución, favoreciendo los intereses de las potencias europeas, que habían redefinido su política colonial respecto al subcontinente indostánico.

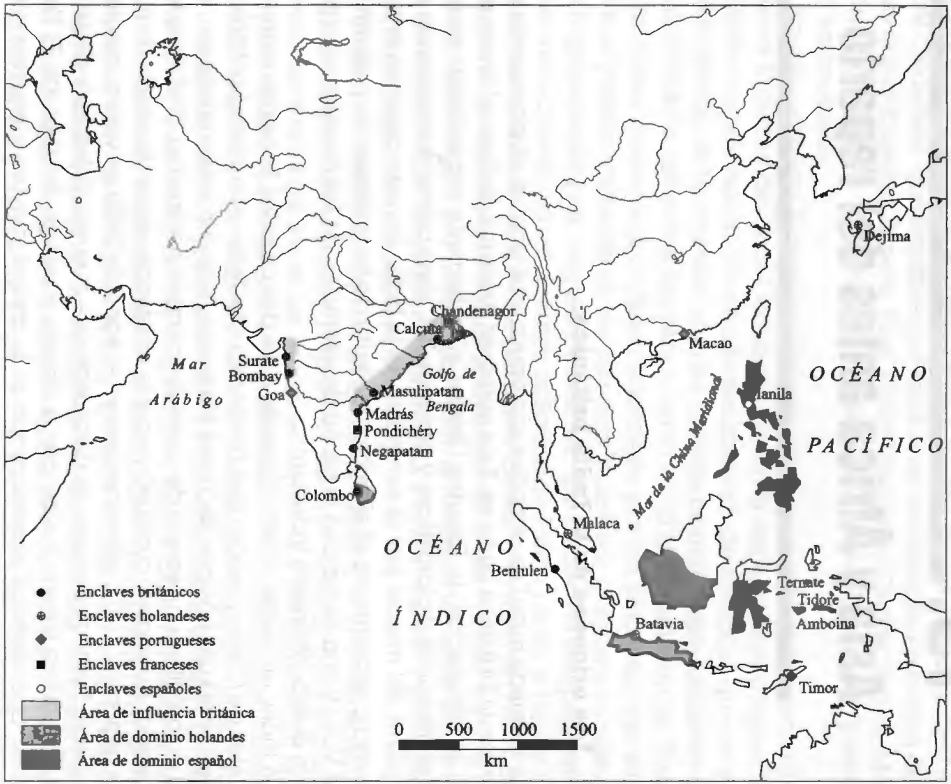


Figura 13.1. Asia a finales del siglo XVIII.

En efecto, la fragmentación política de la India constituyó un serio estímulo para las apetencias expansivas de las distintas compañías, que se manifestaron de modo explícito ya desde mediados de la centuria. La ocasión vino servida por el estallido de la guerra de Sucesión a la Corona de Austria, que convirtió a la India en un campo de batalla entre franceses e ingleses. La acción militar más importante fue la ocupación y destrucción de la factoría inglesa de Madrás por el ejército del gobernador general francés Joseph-François Dupleix y la flota de Bertrand-François Mahé, conde de La Bourdonnais, gobernador de la isla de Francia (setiembre 1746). Sin embargo, la paz de Aquisgrán (mayo 1748), que puso fin a la guerra, obligó a la retrocesión de la plaza a Inglaterra.

Mientras en Europa se disfrutaba de una tregua aprovechada diplomáticamente para invertir las alianzas, la guerra siguió estando presente en el territorio de la India. La intervención de Dupleix en uno de los muchos conflictos sucesorios que enfrentaban a los diversos príncipes locales le permitió obtener la gran victoria de Amber (agosto 1749) y su recompensa, la ampliación del territorio de Pondichery y la ocupación de Masulipatam (la vieja factoría abandonada por los holandeses en favor de Negapatam). Pese a estos éxitos franceses, la guerra de los Siete Años cambiaría la fortuna de las armas en favor de Inglaterra.

La guerra en la India tuvo ahora como principal escenario el golfo de Bengala, por cuyas riquezas competían todas las potencias europeas atrincheradas en sus respectivas factorías (la inglesa Calcuta, la francesa Chandernagor, la holandesa Chinsura y hasta la danesa Frederiksnagor). El hombre enviado por Inglaterra para conducir la guerra, Robert Clive, empezó por infligir al *nabab* Suradjah Daula la decisiva derrota de Plassey (24 junio 1757), antes de volverse contra los holandeses y arrebatarles Chinsura, acudir en socorro de Madrás asediada inútilmente por los franceses y levantar el cerco de Masulipatam (todo ello a comienzos de 1759). La victoria de Wandewash (22 de enero de 1760) y la toma final de Pondichery (16 de enero de 1761) significaron la caída de toda la India francesa, desde Mahé hasta Chandernagor. Por la paz de París (enero 1763), la India quedaba en manos inglesas (aunque le fueron reconocidos a Francia los cinco *comptoirs* y a Holanda su factoría de Negapatam, que también perdería finalmente por la paz de Versalles, en 1783). A partir de ahora, la estrategia consistiría en introducirse en las profundidades del subcontinente aprovechando las disensiones entre los distintos príncipes enzarzados en disputas sucesorias y en reivindicaciones territoriales.

Los dos grandes enemigos de Inglaterra en los años finales del siglo fueron la Confederación de los Mahratas en el Decán y el sultán de Mysore, el combativo Haider Alí, a quien sucedería su hijo Tippu Sahib. La guerra contra el sultanato de Mysore concluyó con la derrota y muerte de Tippu Sahib

en el asalto a la capital, Srirangam o Srirangapatam (4 de mayo de 1799), mientras que las guerras mahratas concluían en 1818, tras la movilización por parte de los ingleses de un ejército de 113.000 hombres y 300 cañones. Gran Bretaña quedaba así como dueña de toda la India desde el Himalaya (una vez rechazados los gurkas al Nepal) hasta el cabo Comorín y desde los límites del Punjab y el valle del Indo hasta la frontera de Birmania. Para completar el cuadro, ya antes habían sido incorporadas Colombo y las restantes factorías holandesas en Ceilán (1796).

## 13.2. África en la encrucijada

Mientras los europeos amplían sus áreas de soberanía en Asia (Indonesia y parte de la India ya en el siglo XVIII, a la espera de otras ocupaciones territoriales en el transcurso de la centuria siguiente), África, que hasta finales de la centuria se ve libre de la instalación europea en el interior e incluso es capaz de defender su independencia en el litoral oriental, va a sufrir a lo largo del siglo XIX la invasión de las diversas potencias de la Europa occidental, que, bajo distintas fórmulas (ocupación pura y simple, establecimiento de protectorados, etc.), van a imponer un verdadero reparto del continente y de sus riquezas. Este proceso, que a finales del siglo XVIII se halla todavía en sus comienzos, estará prácticamente clausurado cien años más tarde.

En el siglo XVIII África del norte se ve obligada a replegarse ante la nueva potencialidad militar de que hacen gala los países europeos, que en la segunda mitad de siglo imponen paulatinamente el fin de las hostilidades, el cese del corso y la firma de acuerdos de paz y comercio, cerrando un capítulo de la historia del mundo mediterráneo. Argel, aunque se ha independizado del Imperio otomano (que también retrocede ante una ofensiva europea que sin embargo no llega todavía a amenazar la parte asiática), se halla sometida a una profunda crisis económica y política, dando unos signos de debilidad que permitirán la ocupación francesa ya a comienzos de la centuria siguiente (1830). Por su parte, Túnez, también prácticamente independiente, aunque sin las dificultades económicas de sus vecinos, se enfrenta asimismo a las luchas intestinas y los levantamientos tribales, a lo que se suman las hostilidades con Argel, otros tantos elementos que permitirán la lenta penetración francesa en su economía primero y en su vida política más tarde a lo largo del siglo XIX. Marruecos, por el contrario, trata de hacer frente a una severa crisis interna (económica, política e incluso epidémica), mediante el recurso al aislamiento, una fórmula que lo diferencia de los restantes países asomados al Mediterráneo y que preservará su independencia durante todo el siglo XIX. Finalmente, en Egipto, la apertura del mar Rojo a los barcos británicos fue el preludio de la invasión europea, que se produciría con la llegada de

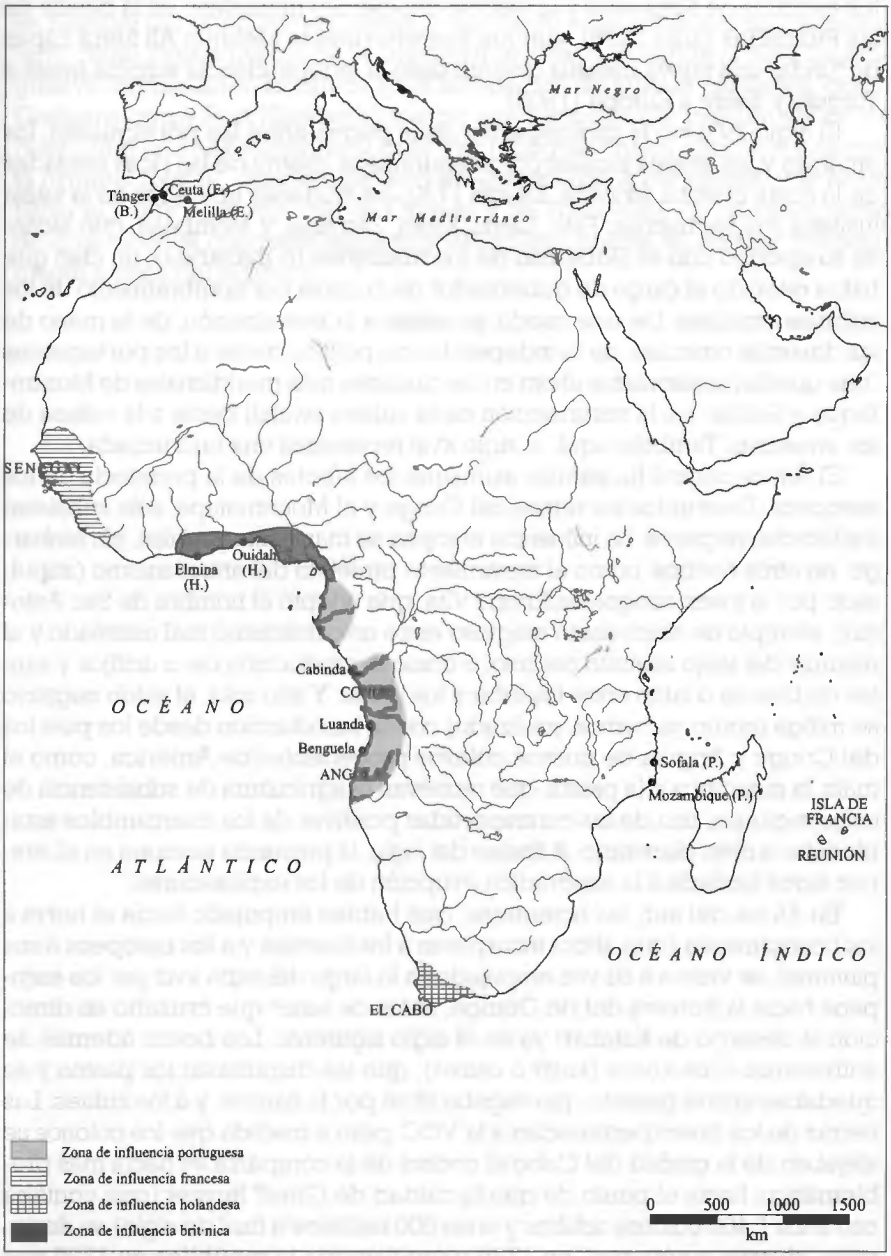


Figura 13.2. África a finales del siglo XVIII.

los ejércitos de Napoleón y la derrota del ejército mameluco en la batalla de las Pirámides (julio 1798), aunque posteriormente Mehmet Alí fuera capaz de fundar una nueva dinastía garantizando la independencia egipcia frente a Turquía y frente a Europa (1805).

El siglo XVIII vio la prolongación de la pugna entre los portugueses, los omaníes y los jeques locales por asegurarse el control de las ricas ciudades de la costa oriental africana. Desde 1730, las ciudades liberadas de la tutela lusitana son ya muchas: Pate, Lamu, Kilwa, Zanzíbar y Mombasa, que alcanza su apogeo con el Gobierno de los mazrwíes (o mazaríes), un clan que había retenido el cargo de gobernador de la plaza por nombramiento de los sultanes omaníes. De este modo, se asiste a la restauración, de la mano de las dinastías omaníes, de la independencia política frente a los portugueses (que quedan acantonados ahora en las ciudades más meridionales de Mozambique y Sofala) y a la resurrección de la cultura swahili frente a la cultura de los invasores. También aquí, el siglo XVIII representa una encrucijada.

El África central ha sufrido asimismo los efectos de la presencia de los europeos. Destruidos los reinos del Congo y el Monomotapa, sólo subsisten los Estados negreros. La influencia europea se manifiesta también, sin embargo, en otros hechos, como el movimiento profético del antonianismo (impulsado por la joven congolesa Kimpa Vita, que adoptó el nombre de San Antonio), ejemplo de sincretismo religioso entre un catolicismo mal asimilado y el resurgir del viejo sustrato pagano, o como la producción de crucifijos y santos de bronce o latón entre los luba y los lunda. Y aún más, el saldo negativo se mitiga (como ya hemos analizado) con la introducción desde los puertos del Congo y Angola de nuevos cultivos procedentes de América, como el maíz, la mandioca o la patata, que renuevan la agricultura de subsistencia de estas regiones, una de las contrapartidas positivas de los intercambios establecidos a nivel planetario. A finales del siglo, la presencia europea en el interior sigue limitada a la esporádica irrupción de los exploradores.

En África del sur, los hotentotes, que habían empujado hacia el norte a los bosquimanos (que ahora incorporan a los bantúes y a los europeos a sus pinturas), se vieron a su vez empujados a lo largo del siglo XVIII por los europeos hacia la frontera del río Orange, antes de tener que cruzarlo en dirección al desierto de Kalahari ya en el siglo siguiente. Los *boers*, además, se enfrentaron a los xosos (*kaffir* o cafres), que les disputaban los pastos y se quedaban con el ganado que vagaba libre por la llanura, y a los zulúes. Las tierras de los *boers* pertenecían a la VOC, pero a medida que los colonos se alejaban de la ciudad del Cabo el control de la compañía se hacía más problemático, hasta el punto de que la ciudad de Graaff Reynet (que contaba con unos 1.400 colonos adultos y unos 600 esclavos a final de siglo) se declararía "distrito autónomo" en 1786 y proclamaría la república en 1795 tras recibir con retraso la noticia del desencadenamiento de la Revolución fran-

cesa. Sin embargo, ese mismo año los ingleses ocuparían la colonia del Cabo en nombre del príncipe de Orange y más tarde en nombre del rey de Inglaterra como consecuencia de la anexión francesa de Holanda (1806). La progresiva implantación británica (con la creación de nuevas ciudades, como Grahamstown y Port Elizabeth) ejerció una insoportable presión sobre los *boers*, que en 1834 iniciarían el gran *trek* (emigración) en dirección a la costa oriental (Natal), donde hubieron de enfrentarse a los zulúes, y al norte hacia el interior (repúblicas de Orange y de Transvaal), en un movimiento de gran alcance que preludiaba el conflicto que habría de estallar violentamente a fines del siglo XIX.

# 14.

# La Ilustración y los nuevos mundos

La Ilustración significó una profunda renovación del pensamiento europeo, que llegó hasta el mundo colonial, produciendo versiones regionales en la propia América. La Ilustración se caracterizó por la puesta en circulación de un utillaje conceptual que permitía analizar el mundo de manera distinta a la tradicional: la razón, la libertad, la felicidad, la tolerancia fueron no sólo nuevos valores, sino también nuevos instrumentos de análisis que permitían un acercamiento diferente a la realidad. Por este camino, las luces se plantearon nuevas cuestiones en relación con la expansión: los debates sobre el buen salvaje, sobre las utopías americanas, sobre la esclavitud, sobre la colonización, sobre el relativismo moral son otros tantos puntos de contacto entre las corrientes ilustradas y los nuevos mundos. Por otra parte, si los humanistas contribuyeron a crear las condiciones mentales de los descubrimientos, los ilustrados sintieron vivamente la necesidad de conocer el mundo en su completo despliegue, ambicionaron alcanzar la epifanía de la creación.

## 14.1. Una evangelización abortada

A finales del siglo XVII la metodología misional de los jesuitas en la India y en China se encontraba amenazada por la querella de los ritos, que dividía el mundo católico entre los "europeizantes", es decir aquellos que fieles a una ideología rigorista de cuño jansenista se oponían a todo compromiso entre las prácticas paganas y las prácticas cristianas y a toda concesión que pudiese ser entendida como una forma de sincretismo religioso, y los "sinisantes", es decir aquellos que separaban la práctica de la religión de las con-

ductas que sólo eran reflejo de una determinada tradición cultural aséptica en materia de fe o, con otras palabras, aquellos que creían en la posibilidad de conciliar "las exigencias del dogma con el vocabulario chino" (o con otros vocabularios). La bula de 1669 impuso una tregua provisional en la querella de los ritos chinos y de los ritos malabares, que exigían, a los ojos de sus contradictores, tales sutilezas que la época nos ha legado incluso la palabra malabarismo para cualquier tipo de juego que implique un difícil equilibrio físico o intelectual.

La tregua empezó a quebrarse con la llegada a la cátedra de San Pedro del papa filojansenista Inocencio XII (1691-1700), proclive a prestar oídos a la reapertura del debate suscitada por Antoine Arnauld en su *Morale pratique des jésuites* (1692) y retomada por la *Société des Missions Étrangères* de París, justamente en el momento en que el emperador Kangxi promulgaba su edicto de tolerancia para los católicos (también en 1692). La condena de los ritos llegó poco más tarde con la constitución *Ex illo die* (1715) del papa Clemente XI, que prohibía todo ensayo de compromiso entre el cristianismo y el paganismo, medida que sería ratificada por las bulas *Ex quo singulari* (1742) y *Omnium sollicitudinum* (1744), promulgadas por Benedicto XIV. Las consecuencias negativas fueron inmediatas para la evangelización de China: el emperador Yongzheng prohibió el cristianismo y expulsó a todos los misioneros con la excepción de los jesuitas de Pequín (1724), mientras que su sucesor Qianlong extremaba la persecución entre 1746 y 1756, obligando finalmente a la misión jesuítica a cerrar sus puertas en 1774, al año siguiente de la propia disolución de la Compañía.

El destierro del cristianismo de China, como un siglo antes había sido extirpado de Japón, no significó la pérdida de todas las posiciones misionales. Así, por ejemplo, antes de la crisis la misión católica de Ceilán, que había sido cerrada por los holandeses, había podido reanudar sus actividades gracias a la energía de José Vaz y a pesar de la persecución. En Vietnam, la *Société des Missions Etrangères* tomó el relevo de los jesuitas y prosiguió la evangelización tanto de Cochinchina como del Tonkín, hasta la llegada de otro gran personaje, monseñor Pierre-Joseph-Georges Pigneau (o Pigneaux) de Béhaine, obispo de Adran, que secundará la causa de Nguyên Anh y la reunificación del norte y el sur hecha realidad bajo la égida de Gia Long (1802), quien mantendrá la fidelidad al obispo ya fallecido, a Thây Ca, el Gran Maestro, nombre que designará en lo sucesivo a los sacerdotes católicos.

Filipinas siguió siendo un caso aparte. Por un lado, la voluntad reformista de sus autoridades, especialmente en la segunda mitad de siglo, después de la efímera ocupación de Manila por los ingleses (1762), permitió la creación en la capital de la primera Sociedad Económica de Amigos del País del mundo colonial hispano (1781), una institución dirigida esencialmente a promover el fomento económico y educativo del archipiélago. Por otra parte, el

conocimiento de las islas progresaría gracias a los resultados obtenidos por diversas expediciones, la mayoría hidrográficas (como la del Escuadrón Hispano-Asiático, dirigida por Ignacio María de Alava en 1795-1796), pero también de otro tipo, como las ya citadas de Malaspina y de la Vacuna o la expedición botánica encomendada por la Compañía de Filipinas a Juan de Cuéllar (1785). Finalmente, la evangelización, que había sufrido una clara paralización en su marcha hacia el sur en el siglo anterior, tampoco consiguió la integración de las poblaciones musulmanas de Mindanao y del grupo de las Sulu o Joló, donde siguió acantonada la resistencia mora no sólo en esta centuria sino a todo lo largo de la dominación española y hasta nuestros días. En todo caso, el resultado final puede medirse por la división actual de las fronteras religiosas, que deja a 25 millones de católicos al norte frente a 2.000.000 escasos de musulmanes en las islas meridionales.

## 14.2. Los mitos y utopías de las luces

Entre los debates más importantes de la Ilustración, algunos estuvieron inspirados por la sugestión del Nuevo Mundo. Quizás uno de los más difundidos fue el generado por el mito del "buen salvaje". En efecto, los viajeros habían prestado desde el primer momento toda su atención a los indígenas con que iban tropezando, especialmente en América. En el siglo XVI, el principal debate, de fondo teológico pero de trasfondo económico y social con enormes consecuencias para el modelo de colonización, fue el de la consideración del amerindio como hombre, individuo racional y redimido por Cristo y por tanto sujeto de derecho y susceptible de salvación. Ahora, los viajeros describen la inocencia del salvaje oponiéndola a la conducta del blanco, al que se considera como un intruso en unos enclaves paradisíacos, especialmente cuando en la segunda mitad de siglo los navegantes llegan a las islas de la Polinesia. Del mismo modo, determinados ensayos dan un realce desproporcionado a la religión natural practicada por estos pueblos primitivos, no contaminados por la influencia de las creencias religiosas difundidas en los países "civilizados", llegando con gran satisfacción a descubrir creencias deístas incluso en tribus sencillas. Sólo faltaba el genio de Jean Jacques Rousseau y su crítica de la civilización (*Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*, 1775) y su entusiasmo por el estado de naturaleza (*Émile ou de l'éducation*, 1762) para terminar de perfilar el retrato del "buen salvaje".

La fabricación inicial del tópico debió mucho a la obra de los viajeros por tierras americanas, que fueron relevados mucho más tarde por los viajeros del Pacífico sur. Entre los textos más influyentes en este sentido deben destacarse los ya citados de Jean-Baptiste du Tertre y Jean-Baptiste Labat, el de

Louis Armand barón de La Hontan (*Voyages dans l'Amérique septentrionale*, Amsterdam, 1705) o el de Philibert Commerson (*Tahiti ou la Nouvelle Cythère*, recogido por M. Hérubel en su *Bougainville. Voyage autour du monde*). A partir de aquí el éxito del mito quedaba garantizado por la buena pluma de los escritores, especialmente Bernardin de Saint-Pierre (*Paul et Virginie*, 1787) y, dentro de un espíritu ya plenamente romántico, René de Chateaubriand (*Atala*, 1801), así como, ya dentro de la literatura americana, James Fenimore Cooper (*The last of the Mohicans*, 1826).

Muy ligado a la imagen idílica del Nuevo Mundo y a la exaltación de la vida en naturaleza frente al tedio de la civilización se encuentra también el mito literario de Robinsón. Inspirado por una historia real, el abandono del marinero escocés Alexander Selkirk en una de las islas del archipiélago de Juan Fernández, frente a las costas chilenas (que dio lugar a un relato publicado en 1713 por la revista *The Englishman*), Daniel Defoe propuso en su célebre novela *The Life and strange surprising Adventures of Robinson Crusoe* (1719) la imagen del hombre desarraigado de su ámbito social y cultural que en perfecta soledad es capaz de construirse una vida propia por su exclusivo esfuerzo personal. Su éxito se debió naturalmente a su capacidad de presentar una serie de ideas que flotaban en la atmósfera ilustrada: amor a la naturaleza, perfectibilidad del hombre, deseo de evasión, atracción por lo exótico, debate entre el estado de naturaleza y la vida civilizada, etc. No en vano, es el primer libro que Rousseau da a leer a su *Emile*.

El personaje de *Robinson Crusoe* se convertiría por ese camino en uno de los mitos de la literatura y la civilización europeas. Sin duda un mito ilustrado que tendría continuidad en la obra de Johann Gottfried Schnabel *Wunderliche Fata einiger Seefahrer* (o *Maravilloso destino de unos navegantes*, publicada en cuatro partes entre 1731 y 1743), aunque más conocida por su título romántico de *Die Insel Felsenburg* (o *La isla Felsenburg*, publicada por Ludwig Tieck en 1828), otro espacio desvinculado del mundo civilizado donde una colonia de náufragos puede dedicarse a la construcción de una sociedad utópica, así como en el libro del pastor suizo Johann David Wyss, que crea otro clásico, esta vez de la supervivencia de toda una familia, con su *Schweizer Robinson* (o *Robinsón Suizo*, publicado entre 1812 y 1817). Pero también un mito de todos los tiempos, que sería retomado por la literatura romántica y por la literatura infantil de los siglos XIX y XX, que suministraría algunos de sus más difundidos ejemplos.

Sin embargo, no todos compartían la admiración rousseauniana por el buen salvaje. Es más, algunos autores, que habían leído los mismos libros de viajes que sus oponentes, se pronunciaron en contra de la imagen idealizada de los salvajes y a favor de la noción del continuo progreso humano. Entre estos contradictores (o *ferini*, voz italiana empleada para caracterizarlos) se encontraron no sólo Samuel Johnson y Voltaire (cuyas ironías al respecto son

bien conocidas), sino también los representantes más cualificados de la economía fisiocrática, que, influenciados por los trabajos de François Xavier de Charlevoix y Joseph François Lafitau (basados en la observación directa pero no exentos de idealizaciones), habían llegado a elaborar una teoría de los distintos estadios de evolución de los sistemas económicos, que avanzaban desde los más atrasados hasta los más elaborados, que lógicamente eran los de la Europa occidental. Dentro de esta misma órbita, la obra quizás más significativa de esta teoría del progreso desde el salvajismo o primitivismo hasta la civilización es la del barón de Condorcet, su famoso *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (París, 1795). A pesar de las ventajas conseguidas por sus rivales, la teoría del "innoble salvaje" terminaría imponiéndose en el transcurso del siglo XIX para justificar la segunda oleada colonialista europea.

Al margen de la polémica sobre el noble o innoble salvaje, el sentimiento filantrópico de la época se hizo cargo de una realidad que implicaba de manera dramática a otro colectivo indígena, alejado éste de las idealizaciones referidas a los indios de los bosques septentrionales o a los aborígenes de los mares del Sur, los esclavos africanos. En efecto, el siglo de las luces vio nacer también el movimiento abolicionista, una corriente cuyo propósito era la erradicación de una de las prácticas más injustificables desde el punto de vista moral, aunque más lucrativas desde el punto de vista económico y más indispensables desde el punto de vista de la lógica colonial. En este sentido, la esclavitud había sido un hecho admitido hasta la época de la Ilustración. El propio Bartolomé de Las Casas no tuvo escrúpulos en defender al indio americano proponiendo su sustitución en el mundo laboral por el esclavo africano, mientras la primera regulación de la cuestión, el famoso *Code Noir* de Luis XIV (1685), partía de la base de la conveniencia y necesidad de la trata para el bien de la nación.

Hay que llegar a la generación de los *philosophes* franceses para encontrar las primeras condenas por razón de humanidad, tal como aparecen en Montesquieu, en Voltaire o en el abate Raynal. Primera condena que deja paso a la teoría utilitarista de la escuela escocesa, representada por David Hume, Adam Smith y John Millar, que rechazan el sistema esclavista no sólo por su crueldad y barbarie, sino también por su carácter nocivo desde la propia lógica de la economía, como subrayó claramente el último en su obra *The Origin of the Distinction of Ranks* (título de la tercera edición de 1779 tras una primera en 1771, prueba de su éxito). El movimiento abolicionista apenas si compromete todavía a un núcleo selecto de pensadores (como Samuel Johnson), de *philosophes* (como el barón de Condorcet), de filántropos (como Granville Sharp), de temperamentos religiosos (como William Wilferforce). En cualquier caso, las campañas emprendidas por este último, junto con la actuación política de su compañero Thomas Clarkson, autor de *An Essay on*

*the Slavery and Commerce of the Human Species, particularly the African* (1786), abrieron el camino para la ley de la abolición de la trata votada en el Parlamento (1807) y para la definitiva supresión de la esclavitud en el Imperio británico (1833). Harían falta aún algún tiempo para que el movimiento, fundado en raíces tanto seculares como religiosas, consiguiese la abolición de la trata y de la esclavitud en el resto de las naciones con intereses ultramarinos, por más que también en Francia se constituya, antes del estallido de la Revolución y sobre el modelo de la *Anti-Slavery Society* inglesa, una *Société des Amis des Noirs*, presidida por el futuro político girondino Jacques Pierre Brissot, llamado Brissot de Warville, y por más que muchos revolucionarios estuviesen convencidos de que la libertad, la igualdad y la fraternidad debían extenderse a otras razas y otros continentes.

Al margen de estas polémicas morales y políticas, el interés científico de los ilustrados por los habitantes de los espacios extraeuropeos llevó al nacimiento de la etnología como ciencia que estudia los pueblos, sus características biológicas y raciales y sus realizaciones culturales. En este sentido, el ya citado jesuita Joseph François Lafitau, con su obra *Moeurs des sauvages américains comparées aux moeurs des premiers temps* (1724), puede ser considerado el precursor en el siglo XVIII de la antropología cultural. La etnología permitió también el estudio de los paralelismos culturales entre los diversos pueblos, siendo numerosos en este terreno los eruditos cuyas obras merecen consideración: Antoine-Yves Goguet (*De l'origine des lois, des arts et de leur progrès chez les anciens peuples*, 1759), Nicolas-Antoine Boulanger (*Recherches sur l'origine du despotisme oriental*, 1760), Jens Kraft (*Kurze Geschichte der vornehmsten Einrichtungen, Sitten und Meinungen der wilden Völker*, 1760, o *Breve historia de las instituciones, tradiciones y opiniones más distinguidas de los pueblos salvajes*), Charles de Brosses (*Du culte des Dieux fétiches ou parallèle de l'ancienne religion de l'Egypte avec la religion actuelle de la Nigritie*, 1760), Isaac Iselin (*Philosophische Mutmassungen über die Geschichte der Menschheit*, 1764, o *Hipótesis filosóficas sobre la historia de la humanidad*), Adam Ferguson (*Essay on the History of Civil Society*, 1766) y Johann Gottlieb Steeb (*Versuch einer allgemeinen Beschreibung von dem Zustand der ungesitteten und gesitteten Völker nach ihrer moralischen und physikalischen Beschaffenheit*, 1766, o *Intento de una descripción general de los pueblos incivilizados y civilizados según sus características morales y físicas*).

Una consecuencia de la difusión de esta literatura es la aparición de una corriente relativista, que plantea una revisión de la moral y de la religión establecidas a partir de las sugerencias recibidas desde otros ámbitos culturales. En la mayor parte de este género brilla la influencia del tópico ya referido del "sabio chino" o, más ampliamente, de la "sabiduría oriental". Entre las obras más conocidas se encuentran las *Lettres persannes* del barón de

Montesquieu (1721), *The Citizen of the World* de Oliver Goldsmith (1762) y las *Cartas Marruecas* de José Cadalso (1789), todas las cuales tienen en común el hecho de encomendar la crítica de las costumbres europeas a unos visitantes de otros países (persas, chinos o marroquíes). A su lado debe situarse la novela filósofica de Samuel Johnson, *The history of Rasselas, prince of Abyssinia* (1759), donde la reflexión moral se enmarca en el contexto de una legendaria Etiopía. Para terminar, no resulta casual que Constantin-François, conde de Volney, sitúe también en un escenario oriental su alegato deísta y su dura requisitoria contra las religiones reveladas, *Les ruines, ou méditations sur les révolutions des empires* (1790), conocida en la traducción española como *Las ruinas de Palmira*.

Si estos autores se inspiran en la mitificada sabiduría oriental para ejercitar la crítica, otros recurrirán (en una nueva utilización de las virtualidades del estado de naturaleza del noble salvaje) al buen criterio de los indígenas de América del Norte o del Pacífico sur para establecer las carencias de las sociedades europeas. Éste es el caso de obras como *L'ingénu* de Voltaire (1767, que encomienda el ejercicio de la razón natural a un indio hurón), los *Dialogues curieux entre l'auteur et un sauvage qui a voyagé* (1703) del barón de La Hontan (luego inserta en su obra principal ya citada) para atacar por la boca del hurón Adario al cristianismo y la Iglesia, la sociedad y la constitución política de Francia y la colonización francesa y europea en América, o finalmente el *Supplément au voyage de Bougainville* (1772) de Denis Diderot, donde la defensa de la moral natural frente a la moral aceptada por los europeos se deja en manos de un aborigen del Pacífico. Toda una literatura moral inspirada en dos de los mitos más recurrentes producidos por la expansión europea.

## 14.3. La utopía en la práctica: las reducciones del Paraguay

La corriente utopista representada por Córdoba, Quiroga o Las Casas encontró su mejor terreno experimental en las misiones fundadas en América del Sur por la Compañía de Jesús a partir del siglo XVII. Constituida la provincia jesuítica del Paraguay, las primeras misiones se establecieron en las regiones del Tape y el Guayrá, pero estas últimas fueron destruidas en el transcurso de las incursiones llevadas a cabos por los *bandeirantes* de Sâo Paulo (entre 1629 y 1632), mientras que las primeras hubieron de defenderse con las armas en la mano de nuevas *bandeiras* organizadas en los años siguientes, la última de las cuales sería destrozada en la batalla de Mbororé (marzo 1641). En cualquier caso, las misiones quedaron finalmente concentradas en un área situada entre el sur del actual Paraguay, la provincia argentina de Misiones y parte del actual Uruguay y del sur del Brasil, mientras que

otros grupos aislados se establecían en el límite de las actuales provincias argentinas de Santa Fe y Salta.

Las reducciones intentaban edificar una comunidad cristiana ideal basada en una suerte de organización económica colectivista. Cada reducción disponía de un territorio propio, que incluía una serie de parcelas para el cultivo, divididas entre las comunales (cuyos frutos servían para hacer frente al pago de los impuestos, la manutención de los religiosos y las necesidades asistenciales de los enfermos, las viudas y los huérfanos) y las individuales, para el exclusivo uso familiar. La vida social se articulaba en torno a la plaza mayor, que se cerraba por un lado con la iglesia, la casa de los religiosos y los edificios administrativos, y por los demás con las viviendas de los indios dispuestas de acuerdo con la tradicional cuadrícula hispánica. La administración quedaba a cargo del cabildo y del cacique indígena, aunque sobre ambos planeaba la autoridad de los misioneros.

Las reducciones guaraníes hubieron de defenderse continuamente de la codicia que su prosperidad despertaba entre los colonos vecinos y del afán expansionista de los invasores brasileños. Su ruina llegaría, sin embargo, como consecuencia de la equivocada política española de cesiones a las presiones portuguesas, que culminaron con el Tratado de Límites de 1750, que a cambio de la colonia de Sacramento, revisaba en favor de Portugal la divisoria establecida en Tordesillas, dejando a siete pueblos dentro de las nuevas fronteras brasileñas. Pese al levantamiento indígena apoyado por los misioneros jesuitas, las guerras guaraníes o guaraníticas (1753-1756) no pudieron evitar la ocupación lusitana. A continuación, si el Tratado de San Ildefonso (octubre 1777) entregó definitivamente a España Uruguay (tras la nueva cesión a Brasil de Sacramento por la paz de París de 1763), la expulsión de los jesuitas (1767) y la definitiva extinción de la Compañía (1773) asestaron un golpe de muerte a las reducciones guaraníes, cuya irrefrenable decadencia no fueron capaces de detener sus nuevos administradores franciscanos y dominicos, al contrario de lo ocurrido en las altoperuanas de Moxos y Chiquitos, que todavía perviven en tierras bolivianas y donde incluso ha sido posible hallar las partituras de la música religiosa compuesta por los jesuitas e interpretada por los guaraníes en sus tiempos de esplendor.

### 14.4. *Heavens on Earth* y teocracias americanas

La predicación católica nunca alcanzó en ningún otro lugar, incluido el Brasil portugués, el nivel observado en la América española. Sin embargo, la evangelización de Canadá en el siglo XVII constituyó una experiencia singular. Aquí, las misiones son llevadas en primer lugar por los jesuitas, que fundan en Quebec un primer seminario para formar al personal necesario (1635),

pero también por otros eclesiásticos, como los sulpicianos y los hospitalarios, e incluso por órdenes religiosas femeninas, como las hospitalarias y las ursulinas. Especial relieve tuvo la acción de la *Société de Notre-Dame* que, apoyada financieramente por Jérôme Le Royer de la Dauversière, funda como centro de operaciones la población de Ville-Marie, el núcleo original del futuro Montreal (1642). Al margen del ensayo fallido de una suerte de reducción fundada junto a Quebec por los jesuitas bajo el impulso de Noël Brûlard de Sillery (entre 1637 y los años ochenta, en que se abandona paulatinamente el experimento), los jesuitas consiguen grandes resultados en la evangelización de los hurones, pero los iroqueses, establecidos en la región de los Grandes Lagos y reacios a la predicación, tras una serie de sangrientas incursiones (1646-1650), destruyen las misiones, aniquilan a los hurones y martirizan a los predicadores, comprometiendo incluso por un tiempo la obra católica en Canadá.

Otro cariz muy diferente presentan los diversos ensayos religiosos que tuvieron por escenario la América inglesa. El primero de ellos fue determinado por la voluntad de algunos grupos de disidentes religiosos de implantar en las costas atlánticas de América una colonia protestante libre de la ingerencia de la Iglesia de Inglaterra. Éste fue el móvil que impulsó a los que luego serían llamados *Pilgrim Fathers*, un grupo separado de la Iglesia anglicana, a embarcarse en el *Mayflower* y fundar la colonia de Plymouth (diciembre 1620), así como a los puritanos componentes de la segunda oleada llegada a bordo del *Arabella* a iniciar la fundación de una serie de comunidades independientes a lo largo del territorio de Massachusetts, que se convierten en otras tantas pequeñas sociedades teocráticas intransigentes con las restantes confesiones. Precisamente, su proliferación y su intolerancia les hicieron perder predicamento entre las colonias vecinas, que frenaron su expansión, sobre todo a partir del famoso incidente de las brujas de Salem (1692), que acentuó su descrédito.

Otra confesión dispuesta a establecer su cielo sobre la tierra fue la de los cuáqueros que, perseguidos en Inglaterra, creyeron encontrar en América la verdadera tierra de promisión. Los fieles de la nueva Iglesia o sociedad de amigos (*Society of Friends*), que creían en la existencia en cada hombre de una "luz interior", reducían en consecuencia el culto a una meditación silenciosa y a las reuniones periódicas (*meetings*) para tomar decisiones. Perseguidos en Massachusetts, se instalan primero en Rhode Island y más tarde (tras la concesión del territorio por Carlos II, en 1681) en Pennsylvania, donde William Penn pone en práctica su sagrado experimento (*Holy Experiment*) para convertir a la colonia en un refugio de igualdad, paz y tolerancia entre los hombres y las mujeres de todas las procedencias y todas las confesiones.

El metodismo fue también iniciado en Europa y trasladado posteriormente a América, donde se insertó en el movimiento de predicación que invadió las colonias inglesas a partir del segundo tercio del siglo XVIII y que se conoce

como el gran despertar, el *Great Awakening*. Los hermanos John y Charles Wesley, que ya habían fundado el *Holy Club* de Oxford, se desplazan, en efecto, a América con el propósito de evangelizar a los indios, pero acaban, como en los demás experimentos protestantes, haciendo proselitismo entre los colonos europeos (entre 1735 y 1736). Su compañero George Whitefield proseguirá su labor en América, predicando en la colonia de Georgia y en las grandes ciudades de Filadelfia y Boston (1738-1740). En cualquier caso, el metodismo, que dejaba considerable espacio al sentimiento y la emotividad, no acabaría arraigando en la América sajona hasta finales del siglo, en competencia con otras muchas confesiones protagonistas de este *revival* religioso en pleno siglo de las luces.

## 14.5. La fisonomía del mundo

Los numerosos viajes de exploración del siglo XVIII, y especialmente las grandes expediciones científicas, permitieron una espectacular ampliación del conocimiento de otros mundos por parte de los europeos, de tal modo que si los resultados de las principales empresas se han registrado en su lugar correspondiente, aún hay que proceder a enumerar algunas de las excelentes descripciones de las diversas regiones extraeuropeas debidas a la curiosidad científica de los hombres de la Ilustración. Del mismo modo, si la literatura de viajes no es en modo alguno una creación de la época, sí que también experimentó un auge extraordinario la mera narración autobiográfica de las aventuras acaecidas durante travesías por lugares exóticos aunque ya fueran suficientemente conocidos.

El proceso de regionalización de la América española sustituyó los escritos centrados esencialmente en la conquista de México y Perú o en la historia antigua de los Imperios prehispánicos por una serie de tratados destinados a dar cuenta de la geografía, la historia y la historia natural de las distintas regiones. Entre estas obras son muchas las que pueden destacarse, como por ejemplo las de Íñigo Abad y Lasierra (*Historia geográfica, civil y política de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*, Madrid, 1788), Juan Ignacio Molina (*Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, con traducción del italiano publicada en Madrid, 1788-1795), Miguel Venegas (*Noticia de la California*, 1757) y Francisco Palou (*Noticias de la Antigua y Nueva California*, cuatro volúmenes editados tardíamente en San Francisco, 1875), José Gumilla (*El Orinoco ilustrado y defendido. Historia natural, civil y geográfica de este gran río y sus caudalosas vertientes*, 1741) y Antonio Caulín (*Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía, provincias de Cumaná, Guayana y vertientes del río Orinoco*, 1779), o José Sánchez Labrador (la trilogía *Paraguay natural*, *Paraguay cultivado* y *Paraguay católico*, que

permaneció inédita). En el mismo sentido, puede añadirse la obra del agustino Juan de la Concepción, *Historia General de Filipinas* (Manila, 1788). Finalmente, hay que resaltar dos ambiciosas descripciones generales, la primera para el virreinato de México y la segunda para el conjunto de la América española: son las de José Antonio de Villaseñor (*Teatro Americano. Descripción General de los Reynos y Provincias de Nueva España,* 1746) y Antonio Alcedo: *Diccionario geográfico histórico de las Indias* (en cinco volúmenes, Madrid, 1786-1789).

Naturalmente, las otras Américas también despertaron interés, y de tal modo que prácticamente no quedó territorio sin un estudioso o al menos sin un viajero que dejase un relato. Así ven la luz valiosas descripciones de Jamaica (como la del gran naturalista británico Hans Sloane, *A Voyage of Madera, Barbados, Nevis and Jamaica*, cuya versión definitiva fue publicada en Londres, 1707), Surinam (gracias al relato del intendente Pierre-Victor Malouet, *Voyage de Surinam*, publicado en París, 1777), Guayana francesa (cuya flora es catalogada por Jean-Baptiste Fusée-Aublet, *Histoire des plantes de la Guyane française*, 1775), Canadá (gracias a los jesuitas ya citados Lafitau y Charlevoix, autor este último de una *Histoire et description générale de la Nouvelle France*, París, 1744). Hasta Groenlandia tuvo su explorador, el misionero y colonizador danés de origen noruego Hans Egede, autor de *Efterretninger om Grönland, uddragen af en Journal holden fra 1721 til 1758* (o *Descripción de Groenlandia, sacada de un Diario llevado de 1721 a 1758*, publicada por su hijo Paul en Copenhague, 1788).

El conocimiento de Asia ya había alcanzado un notable nivel en las centurias anteriores, gracias a los relatos de viajeros y misioneros. Incluso antes de terminar el siglo XVII, el orientalismo científico encuentra una base de referencia indispensable en la obra enciclopédica de Barthélemy d'Herbelot, *Bibliothèque Orientale* (publicada póstumamente en 1697). Ahora, durante la época de la Ilustración, los estudios se multiplican. El infatigable viajero y cónsul en Alepo (1754-1756) Alexander Drummond aporta un considerable material documental sobre el Próximo Oriente en su informe sobre la región del Éufrates (*Travel through the different Countries of Germany, Italy, Greece and parts of Asia as far as on the Eufrates*, Londres, 1754), que ya ha sido objeto de otra aproximación por parte de Richard Pococke (*A Descriptions of the East,* Londres, 1745). Sobre Persia hay que destacar la obra de Jonas Hanway (1712-1786), *A Historical Account of the British Trade over the Caspian Sea, with a Journal of Travels through Russia into Persia* (Londres, 1753, en cuatro volúmenes). Para la India, hay que mencionar los conocidos estudios de John Zephaniah Holwell, admirador del hinduismo (portador junto con el judaísmo y el cristianismo de la "marca de Dios") y autor de *A Review of the Original Principles, Religious and Moral, of the Ancient Brahmins* (Londres, 1779). Del mismo modo, antes de la llegada de los sabios de Napoleón, la investi-

gación sobre Egipto progresa gracias a los documentados trabajos del ya citado Richard Pococke (*Observations on Egypt*, 1743) y de Frederik Norden (*Travels to Egypt and Nubia*, 1757). Finalmente, a todos ellos hay que sumarles los trabajos citados de Fredrik Hasselqvist y de Carsten Niebuhr.

Para el Asia del sudeste, a las numerosas relaciones ya divulgadas a lo largo del siglo XVII se suman ahora algunas obras generales de consideración, que cubren casi toda la geografía de la región. Es el caso del viajero, fundador de la factoría de Haifo e intendente de las Mascareñas Pierre Poivre (*Description de la Cochinchine, 1749-1750*, y una selección de todos sus viajes, *Voyages d'un philosophe*, París, 1768), el Abate Richard (*Histoire naturelle, civile et politique du Tonquin*, en dos volúmenes, París, 1778) y el orientalista William Marsden (*History of Sumatra*, Londres, 1783).

Para China, es importante la obra del jesuita Jean Baptiste du Halde, responsable de la edición de una célebre colección de *Lettres édifiantes et curieuses* (1711-1743) y autor de la recopilación enciclopédica *Description géographique, historique, chronologique, politique et physique de la Chine et la Tartarie* (París, 1735), a la que debe añadirse el trabajo de naturalista de otro de los discípulos de Linneo, Pehr Osbeck, a quien le correspondió viajar al Imperio del Medio (1750-1752) para llevar a cabo una importante misión de clasificación botánica. Para Japón, a la obra de Kaempfer, hay que sumarle también las publicaciones del ya citado Carl Peter Thunberg, especialmente su obra clásica *Flora Japonica* (1784), amén de la parte correspondiente de su relato de viajes en cuatro volúmenes (aparecidos entre 1788 y 1793 y pronto traducido al alemán, al francés y al inglés, con el título esta última versión de *Travels in Europe, Africa and Asia*, Londres, 1795). Finalmente para Siberia, objeto de atención preferente por parte de Catalina II, debe mencionarse la soberbia obra del astrónomo Jean Chappe d'Auteroche, *Voyage en Sibérie* (París, 1768). Es también el momento de la cartografía, que los jesuitas impulsan desde sus centros misioneros, levantando el primer mapa de China (1718) y el primer mapa de Asia Central (1769).

Para África, el mejor especialista sobre la región del Cabo fue el agente colonial Peter Kolb (*Vollständige Beschreibung des afrikanischen Vorgebirges der Guten Hoffnung*, o *Completa Descipción del Cabo de Buena Esperanza en África*, Nuremberg, 1719), antes de la visita de finales de siglo protagonizada por los naturalistas suecos ya citados. Senegal y la Costa de Oro fueron lógicamente los escenarios preferidos de los viajeros franceses, como Jacques Barbot, que visita Guinea del Norte y del Sur (*Description des côtes occidentales d'Afrique et des contrées adjacentes*, 1732), y, sobre todos ellos, el ya citado Michel Adanson. Sobre Sierra Leona y Guinea, fueron los ingleses los autores de los principales relatos: William Bosman (*A New and Accurate Description of the Coast of Guinea*, Londres, 1721), John Matthews (*A Voyage to the River Sierra Leone on the Coast of Africa*, Londres, 1788) y, sobre todo,

Thomas Winterbottom (*An Account of the Native Africans in the Neighbourhood of Sierra Leone*, Londres, 1803). Finalmente, el médico John Atkins describió a partir de su experiencia personal la ruta del comercio triangular en su relato *A Voyage to Guinea, Brasil and the West Indies* (Londres, 1735).

Para concluir, hay que citar una de las más populares colecciones de viajes del siglo, la de Thomas Astley, *A New General Collection of Voyages and Travels Comprehending Everything Remarkable in its Kind in Europe, Asia, Africa and America*, tres volúmenes publicados en Londres entre 1743 y 1747. Sin embargo, la mayor recopilación de las descripciones geográficas de todo el mundo conocido sería obra del abate Antoine-François Prévost, que, si había hecho entrar al continente americano como escenario de su celebrada novela *Manon Lescaut* (1731), alcanza también renombre científico con su monumental *Histoire générale des voyages par mer et par terre qui ont été publiés jusqu'à présent dans les différentes langues*, publicada en París entre 1746 y 1759 y proseguida a partir de 1760 por otros autores.

Frente a tantos viajes reales, los viajes ficticios no fueron un género muy en boga durante la época de la Ilustración. En todo caso, hay ejemplos notables, como el cuento filosófico de Johann Carl Wezel (*Belphegor, oder die wahrschneinlichste Geschichte unter der Sonne*, 1776, *Belphegor o la historia más maravillosa bajo el sol*) o la parte marítima de las divulgadas aventuras del barón de Münschhausen en la versión alemana de Gottfried August Bürger (*Wunderware Reisen zu Wasser und Lande des Freyhern von Münschhausen*, 1778 o 1786). También Daniel Defoe se sintió obligado a escribir un falso relato de viaje incluyendo todos los tópicos (la tempestad, el motín, etc.), con el título común a tantos otros relatos de viajes reales (*Voyage round the World*). Finalmente debe quedar constancia de una obra maestra de esta literatura de viajes ficticios, *Gulliver's Travels* (1726) de Jonathan Swift, la única en que el personaje no se mueve por lugares conocidos, sino más allá, por mundos ignorados.

# Epílogo: Tiepolo en Würzburg

En 1753 el célebre pintor veneciano Giambattista Tiepolo había dado cima a una de sus grandes obras maestras, el techo de la escalera principal de la residencia de Würzburg, el palacio que había mandado construir, al también famoso arquitecto Johann Balthasar Neumann, su alteza reverendísisma Juan Felipe Francisco de Schönborn, príncipe del Sacro Imperio, duque de Franconia Oriental y obispo y soberano de aquel Estado alemán. Imaginada la composición como un luminoso olimpo presidido por un Apolo cuyos rayos se difunden por las cuatro partes del mundo (Oceanía no encuentra su sitio como quinto continente), la representación geográfica permitía no sólo el despliegue de toda una mitología clásica, sino también el derroche de toda una rica enciclopedia de etnografía, zoología y botánica de acuerdo con lo revelado por las exploraciones de los nuevos mundos y plena de un exotismo muy del gusto del siglo.

El fresco de Tiepolo era, por tanto, entre otras cosas, una insuperable alegoría del mundo conocido y un poderoso transmisor de mensajes sobre la expansión europea. Así, Europa aparece como una matrona sentada en un trono que apoya su brazo en el mítico toro que sirvió de disfraz al dios Júpiter para propiciar su rapto, mientras a su lado se disponen los símbolos de la ciencia, las artes y la fe, así como algunas alusiones militares indicando su predominio político, que se extiende más allá de sus fronteras como sugiere la encarnación de la pintura con su pincel claramente colocado sobre la península del Labrador dibujada en un mapamundi.

América se representa como una imponente indígena con la cabeza coronada de plumas multicolores que cabalga sobre un enorme caimán, flanqueada de otras figuras masculinas que portan una cornucopia y otros frutos de la tierra, entre ellos un haz de cañas de azúcar y una espléndida jarra de chocolate, mientras a la derecha unas cabezas cortadas que simbolizan la ferocidad dejan paso a la escena en que otros indígenas se preparan para un banquete, al que se asoma un curioso europeo con una carpeta de apuntes en la mano.

África aparece bajo la figura de una hermosa nubia envuelta en un blanco manto de seda a la grupa de un dromedario primorosamente enjaezado, mientras un sirviente le ofrece un incensario junto a una muestra de las riquezas del continente, entre las que destaca un par de colmillos de marfil, dejando más adelante al río Nilo asomado a un paisaje humano de africanos enturbantados, contrapesados en la otra esquina por un grupo de mercaderes árabes y armenios que cargan fardos con número y marca.

Asia, por último, reposa indolentemente sobre un elefante de prodigiosa trompa y enormes colmillos, mientras a su alrededor se aglomera una cohorte de esclavos, magos y sabios, que dejan a su derecha la escena de la caza de un tigre y a su izquierda a una serie de personajes que simbolizan las ciencias florecientes en su territorio (una pirámide para la arquitectura, una lápida con caracteres similares a los armenios para la escritura), en todo caso una alusión a la proverbial sabiduría oriental.

A la altura de la segunda mitad del siglo XVIII, los europeos tenían por consiguiente una imagen coherente del mundo que el pintor veneciano podía transmutar artísticamente en un cuadro lleno de color y de exotismo, de sentimiento y de belleza, y también de inteligencia y sabiduría. La obra de Tiepolo era el resultado de cuatro siglos de exploraciones y descubrimientos, de largas travesías y caminatas agotadoras, de encuentros bélicos y experimentos utópicos, de transacciones mercantiles e intercambios intelectuales, de colonizaciones y mestizajes, de relatos de misioneros y navegantes, de estampas de dibujantes y grabadores. Los nuevos mundos se habían incorporado decididamente al horizonte mental de los europeos al final de los tiempos modernos.

El siglo XIX abre una segunda fase de la expansión europea, cuyas características difieren ya esencialmente de los supuestos de esos tiempos modernos. Es la época del capitalismo, del triunfo de la burguesía, de la generalización del sistema parlamentario, del reparto del planeta por unas potencias europeas que exhiben su hegemonía universal. En efecto, en la relación con otros mundos, es la época de la imposición de la soberanía europea sobre amplios espacios extraeuropeos, de la absoluta primacía económica y técnica como consecuencia de la revolución industrial, de la emigración masiva a todos los demás continentes y tanto a países bajo su control político como a países que conservan o han con-

quistado su independencia. Y así, esta segunda fase, aunque en buena medida se apoya en la primera, se presenta con unos planteamientos ideológicos distintos y unos métodos de actuación igualmente diferentes. La ruptura es así no sólo cronológica, sino también conceptual. Es decir, exige el abandono de la navegación en las manos de otros pilotos más expertos en la travesía de estos nuevos mares.

# Bibliografía

La bibliografía sobre un tema tan extenso, dilatado tanto en el tiempo como en el espacio, es por definición oceánica. Por esta razón, hemos preferido ofrecer, de un lado, obras generales sobre los espacios geográficos de la expansión europea o sobre algunas cuestiones de carácter global (por ejemplo, exploraciones), las cuales contienen abundantes sugerencias de lecturas más especializadas. Y, de otro, libros que sean referentes indispensables para temáticas de una cierta amplitud, ordenados por capítulos. En todos los casos, dadas las características de la presente obra se han preferido las traducciones españolas cuando existen, cosa que no ocurre siempre.


**Atlas**

*Grand Atlas des Explorations* (1991), Londres.
*Grand Atlas Historique Larousse* (1996), París.
*The New Cambridge Modern History Atlas* (1970), Cambridge.

**Obras generales**

*Historia de América Latina* (1990-), Barcelona, Cambridge University Press y Crítica (vols. 1-4).
*Historia de las Américas* (1991), Madrid, Alhambra Longman (vols. II y III).
*Historia General de África Unesco* (1985), Madrid, Tecnos (vols. IV y V).

*Historia General de las Civilizaciones* (1958), Barcelona, Destino (vols. IV y V).
*Historia Universal de las Exploraciones* (1967-1968), Madrid, Espasa Calpe (4 vols.).
*The Cambridge History of Africa* (1975), Cambridge (vols. 3 y 4).
*The Cambridge History of China* (vol. 7: *The Ming Dinasty, 1368-1644*) (1998), Cambridge.
*The Cambridge History of Iran* (vol. 6: *The Timurid and Safavid Period*) (1986), Cambridge.
*The Cambridge History of Islam* (1970), Cambridge (2 vols.).
*The Cambridge History of Japan* (vol. 4: *Early Modern Japan*) (1991), Cambridge.
*The Cambridge History of Southeast Asia* (vol. 1: *From Early Times to c. 1800*) (1993), Cambridge.
*The New Cambridge History of India* (1990-), Cambridge (varios vols.).

BRAUDEL, F. (1984): *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Madrid (3 vols.).
BUTEL, P. (1997): *Histoire de l'Atlantique, de l'Antiquité à nos jours*, París.
CHAUDHURI, K. N.(1990): *Asia before Europe. Economy and Civilization of the Indian Ocean from the Rise of Islam to 1750*, Cambridge.
DAVIS, R. (1976): *La Europa atlántica. Desde los descubrimientos hasta la industrialización*, Madrid.
DESCHAMPS, H. (1972): *Les Européens hors d'Europe de 1434 à 1815*, París.
FISCHER, W. *et al.* (eds.) (1986): *The Emergence of a World Economy, 1500-1914*, Wiesbaden.
GERNET, J. (1986): *El mundo chino*, Barcelona.
INALCIK, H. (ed.) (1994): *An Economic History of the Ottoman Empire, 1330-1914*, Cambridge.
INIESTA, F. (1998): *Kuma, Historia del África Negra*, Barcelona.
LEBRUN, F. (1987): *L'Europe et le monde (XVIe, XVIIe, XVIIIe siècles)*, París.
LEON, P. (1979-1985): *Historia económica y social del mundo*, Barcelona (vols. 1 y 2).
MANTRAN, R. (1985): *L'Empire Ottoman du XVIe au XVIIIe siècle. Administration, économie, société*, París.
MAURO, F. (1968): *La expansión europea, 1600-1870*, Barcelona.
McPHERSON, K. (1993): *The Indian Ocean. A History of People and the Sea*, Oxford.
MEYER, J. (1996): *L'Europe et la conquête du monde, XVIe-XVIIIe siècle*, París (2.ª ed.).
MOLLAT, M. (1966): *Les grandes voies maritimes dans le monde aux XVe-XIXe siècles*, París.
MORINEAU, M. (1984-1985): *Incroyables gazettes et fabuleux métaux. Les retours des trésors américains dans les gazettes hollandaises, XVIe-XIXe siècles*, París.
PARRY, J. H. (1989): *El descubrimiento del mar*, Barcelona.
ROTHERMUND, D. (1981): *Asian Trade and European Expansion in the Age of Mercantilism*, Nueva Delhi.
SHAW, S. J. (1976): *History of the Empire and Modern Turkey. 1. Empire of the Gazis. The Rise and Decline of the Ottoman Empire, 1208-1808*, Cambridge.
VILAR, P. (1972): *Oro y moneda en la Historia, 1492-1920*, Barcelona.
WALLERSTEIN, I. (1979-1984): *El moderno sistema mundial*, Madrid (2 vols.).
WILLIAMS, L. E. (1976): *Southeast Asia. A History*, Oxford.

## Bibliografía por capítulos

### Capítulo 1. Los viajeros de la Edad Media

AZNAR VALLEJO, E. (1994): *Viajes y descubrimientos en la Edad Media*, Madrid.
GIL, J. (1993): *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*, Madrid.
— (1995): *La India y el Catay. Textos de la Antigüedad clásica y del Medievo occidental*, Madrid.
INGSTADT, H. (1972): *Westward to Vinland. The Discovery of Pre-Columbian Sites in North America*, Nueva York.
MARCUS, G. J. (1998): *The Conquest of the North Atlantic*, Woodbridge, (3.ª ed.).

### Capítulo 2. La primera expansión europea

ANDREWS, K. (1984): *Trade, Plunder and Settlement. Maritime Enterprise and the Genesis of the British Empire, 1480-1630*, Cambridge.
CHAUNU, P. (1972): *La expansión europea, siglos XIII-XV*, Barcelona.
CIPOLLA, C. (1965): *Cañones y velas en la primera fase de la expansión europea, 1400-1700*, Barcelona.
MOLLAT, M. (1993): *Europa y el Mar*, Barcelona.
VERGE-FRANCESCHI (1994): *Henri le Navigateur, un découvreur au XVe siècle*, París.

### Capítulo 3. La invención de África

DUFFY, J. (1962): *Portugal in Africa*, Cambridge (Mass).
FERNÁNDEZ-ARMESTO, F. (1988): *Antes de Colón. Exploración y colonización desde el Mediterráneo hacia el Atlántico, 1229-1492*, Madrid.
MAGALHÂES-GODINHO, V. (1969): *L'économie de l'empire portugais aux XVe et XVIe siècles*, París.
— (1981-1984): *Os Descubrimentos e a Economia Mondial*, Lisboa (4 vols.).
MEYER, J. (1989): *Histoire du Sucre*, París.

### Capítulo 4. El descubrimiento de América

ALFONSO MOLA, M. (1998): *La flota colonial española en la Edad Moderna. Una visión panorámica*, Cádiz
CHAUNU, P. (1955-1960): *Séville et l'Atlantique, 1501-1650*, París (12 vols.).
— (1960): *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVe, XVIIe, XVIIIe siècles): introduction méthodologique et indices d'activité*, París.
— (1973): *Conquista y explotación de los nuevos mundos, siglo XVI*, Barcelona.
CHEVALIER, F. (1975): *La formación de los latifundios en México*, México.
FERNÁNDEZ-ARMESTO, F. (1992): *Colón*, Barcelona.

HAMILTON, E. J. (1975): *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Barcelona.
MORISON, S. M. (1942): *Admiral of the Ocean sea. A life of Chistopher Columbus*, Boston.
PEASE, F. (1991): *Los últimos incas del Cuzco*, Madrid.
PHELAN, J. L. (1959): *The Hispanization of the Philippines: Spanish Aims and Filipino Responses, 1565-1700*, Madison.
SPATE, O. H. K. (1979): *The Pacific since Magellan. The Spanish Lake*, Canberra.
WACHTEL, N. (1976): *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, Madrid.

**Capítulo 5. El imperio portugués en Asia**

BOXER, C. R. (1969): *The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1825*, Londres.
— (1984): *From Lisboa to Goa (1500-1750)*, Londres.
INIESTA, F. (1993): *Bajo la Cruz del Sur. Religión, comercio y guerra en el canal de Mozambique (900 a 1700 d. C.)*, Barcelona.
SUBRAHMANYAM, S. (1993): *The Portuguese Empire in Asia, 1500-1700: A Political and Economic History*, Singapur.
— (1998): *Vasco de Gama*, Barcelona.

**Capítulo 6. Los otros intercambios**

ALDEN, D. (1996): *The Making of an Enterprise. The Society of Jesus in Portugal, its Empire and Beyond, 1540-1750*, Stanford (Ca).
BITTERLI, U. (1981): *Los "salvajes" y los "civilizados". El encuentro de Europa y Ultramar*, México.
CROSBY, A. W. (1988): *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*, Barcelona.
DELACROIX, J. (1956-1958): *Histoire universelle des missions catholiques*, París (3 vols.).
ELLIOTT, J. H. (1972): *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*, Madrid.
GIL, J. (1989): *Mitos y utopías del descubrimiento*, Madrid (3 vols.).
— (1991): *Hidalgos y samuráis. España y Japón en los siglos XVI y XVII*, Madrid.
LACOUTURE, J. (1993): *Jesuitas. I. Los conquistadores*, Barcelona.
McNEILL, W. H. (1976): *Plagues and People*, Nueva York.
NEEDHAM, J. (1962): *Science and civilization in China*, Cambridge (3 vols.).

**Capítulo 7. De la América ibérica a la América europea**

BUTEL, P. (1982): *Les Caraïbes au temps des filibustiers, XVe-XVIIe siècles*, París.
FREYRE, G. (1977): *Casa Grande y Senzala*, Caracas.

GOSLINGA, C. Ch. (1972): *The Dutch in the Caribbean and on the Wild Coast, 1580-1680*, Assen.
HAMELIN, J. (1970): *Economie et société en Nouvelle-France*, Quebec (3.ª ed.).
MAURO, F. (1960): *Portugal et l'Atlantique, 1570-1670*, París.
MEYER, J. (1992): *Francia y América. Del siglo XVI al siglo XX*, Madrid.
SHERIDAN, R. B. (1973): *Sugar and Slavery. An Economic History of the British West Indies, 1623-1775*, Baltimore.
SIMMONS, R. C. (1976): *The American Colonies. From settlement to independence*, Londres.
THWAITES, R. G. (1968): *France in America, 1497-1763*, Cooper.
UBBELOHDE, C. (1968): *The American Colonies and the British Empire, 1607-1763*, Londres.

**Capítulo 8. África y la trata de esclavos**

CURTIN, P. (1969): *The Atlantic Slave trade. A Census*, Madison.
— (1990): *The Rise and Fall of the Plantation Complex*, Cambridge.
DAVIDSON, B. (1961): *Black Mother: The Years of the African Slave Trade*, Londres.
DAVIES, K. G. (1957): *The Royal African Company*, Londres.
KLEIN, H. S. (1986): *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Madrid.

**Capítulo 9. Del Asia portuguesa al Asia europea**

BOXER, C. R. (1965): *The Dutch Seaborne Empire, 1600-1800*, Londres.
CHAUDHURI, K. N. (1965): *The English East India Company. The study of an early joint-stock company, 1600-1640*, Londres.
FURBER, H. (1976): *Rival Empires of Trade in the Orient, 1600-1800*, Minneapolis.
GAASTRA, F. G. (1982): *De Geschiedenis van de VOC*, Haarlem.
GLAMANN, K. (1981): *Dutch-Asiatic Trade, 1620-1740*, La Haya (2.ª ed.).
ISRAEL, J. I. (1989): *Dutch primacy in world trade, 1585-1740*, Oxford.
MORINEAU, M. (1994): *Les grandes compagnies des Indes orientales (XVIIe-XIXe siècles)* París.
REID, A. (1988-1993): *Southeast Asia in the Age of Commerce, 1450-1680*, Londres (2 vols.).
STEENSGAARD, N. (1974): *The Asian Trade Revolution of the Seventeenth Century: The East India Companies and the Decline of the Caravan Trade*, Chicago.
WILLS, J. E. (1974): *Pepper, Guns and Parleys: The Dutch East India Company and China, 1662-1681*, Cambridge (Mass).

**Capítulo 10. El retorno de los exploradores**

BOTTING, D. (1981): *Humboldt y el Cosmos. Vida, obra y viajes de un hombre universal (1769-1859)*, Barcelona.

BRAND, D. D. (1967): *The Pacific Basin: A History of its Geographical Exploration*, Nueva York.
COOK, J. (1784): *A Vogage Towards the South Pole and Round the world, 1772-1775*, Londres.
COQUERY, C. (1965): *La découverte de l'Afrique*, París.
DUNMORE, J. (1965-1969): *French Explorers in the Pacific*, Oxford.
LA PÉROUSE (1797): *Vogage autour du monde*, París.
LAFUENTE, A. y MAZUECOS, A. (1987): *Los caballeros del punto fijo. Ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*, Barcelona.
LOZOYA, X. (1984): *Plantas y Luces en México. La Real Expedición Científica a Nueva España (1787-1803)*, Barcelona.
MacKAY, D. (1985): *In the Wake of Cook: Exploration, Science and Empire, 1780-1801*, Wellington.
MARTÍNEZ SHAW, C. (ed.) (1988): *El Pacífico español. De Magallanes a Malaspina*, Barcelona.
PONIATOWSKI, M. (1958): *Histoire de la Russie d'Amérique et de l'Alaska*, París.
STEELE, A. R. (1982): *Flores para el Rey. La expedición de Ruiz y Pavón y la Flora del Perú (1777-1788)*, Barcelona.

**Capítulo 11. La expansión mercantil del siglo XVIII**

BAIROCH, P. (1964): *Révolution industrielle et sous-développement*, París.
CHAUDHURI, K. N. (1978): *The Trading World of Asia and the English East India Company, 1660-1760*, Cambridge.
CHAUDHURI, S. (1975): *Trade and Commercial Organization in Bengal, 1650-1720*, Calcuta.
DERMIGNY, L. (1964): *La Chine et l'Occident: le commerce à Canton au XVIIIe siècle, 1719-1833*, París (3 vols.).
FISHER, J. R. (1993): *El comercio entre España e Hispanoamérica (1797-1820)*, Madrid.
GARCIA-BAQUERO, A. (1976): *Cádiz y el Atlántico, 1717-1778*, Sevilla.
HAUDRÈRE, Ph. (1989): *La Compagnie française des Indes au XVIIIe siècle, 1719-1785*, París.
MARSHALL, P. J. (1976): *East Indian Fortunes: The British in Bengal in the Eighteenth Century*, Oxford.
MOLLAT, M. (1957): *Les navires et l'économie maritime du XVe au XVIIIe siècle*, París.
PRAKASH, O. (1985): *The Dutch East India Company and the Economy of Bengal, 1630-1720*, Princeton.
SUTTON, J. (1981): *Lords of the East. The East India Company and its Ships*, Londres.

**Capítulo 12. América en el camino de la independencia**

BAILYN, B. (1967): *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge (Mass).

BRADING, D. A. (1975): *Mineros y comerciantes en el México borbónico, 1763-1810*, México, DF.
BOXER, C. R. (1962): *The Golden Age of Brazil, 1695-1750*, Berkeley.
FRECAULT, G. (1968): *Le XVIIIe siècle canadien. Etudes*, Montreal.
FURTADO, C. (1972): *La formation économique du Brésil de l'époque coloniale aux temps modernes*, París.
GIRAUD, M. (1953): *Histoire de la Louisiane française*, París (5 vols.).
GOSLINGA, C. Ch. (1985): *The Dutch in the Caribbean and in the Guianas, 1680-1791*, Assen.
JAMES, C. L. R. (1963): *The Black Jacobins. Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*, Nueva York.
LAFAYE, J. (1977): *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, México, DF.
PÉREZ CANTO, P. y GARCÍA GIRALDEZ, T. (1995): *De Colonias a República. Los orígenes de los Estados Unidos de América*, Madrid.
SALANDRE, H. y CHEYSSAC, R. (1962): *Histoire et civilisation des Antilles françaises. Guadeloupe et Martinique*, París.

**Capítulo 13. Asia y África antes del reparto**

ANSTEY, R. (1975): *The Atlantic Slave Trade and British Abolition, 1760-1810*, Londres.
ARASARATNAM, S. (1986): *Merchants, Companies and Commerce on the Coromandel Coast 1650-1740*, Delhi.
DASGUPTA, A. (1967): *Malabar in Asia Trade, 1740-1800*, Cambridge.
FURBER, H. (1951): *John Company at Work. A Study of European Expansion in India in the late Eighteenth Century*, Londres.
OLIVER, R. y ATMORE, A. (1981): *The African Middle Ages, 1400-1800*, Nueva York.
PARRY, J. H. (1971): *Trade and Dominion: The European Overseas Empires in the eighteenth century*, Londres.
POUWELS, R. L. (1987): *Horn and Crescent. Cultural Change and Traditional Islam on the East African Coast, 800-1900*, Cambridge.
SOUZA, G. B. (1986): *The Survival of Empire. Portuguese Trade and Society in China and the South China Sea, 1630-1754*, Cambridge.
SUTHERLAND, L. (1952): *The East Indian Company in Eighteenth Century Politics*, Oxford.
THORNTON, J. K. (1983): *The Kingdom of Congo. Civil War and Transition, 1641-1718*, Londres.

**Capítulo 14. La Ilustración y los nuevos mundos**

CURTIN, P. (1965): *The Image of Africa, 1780-1850*, Londres.
DEVÈZE, M. (1970): *L'Europe et le monde à la fin du XVIIIe siècle*, París.
DUCHET, M. (1971): *Anthropologie et histoire au siècle des lumières*, París.

GONNARD, R. (1946): *La légende du bon sauvage*, París.
KEENE, D. (1952): *The Japanese Discovery of Europe*, Nueva York.
LEWIS, B. (1982): *The Muslim Discovery of Europe*, Nueva York.
MARSHALL, P. J. y WILLIAMS, G. (1982): *The Great Map of Mankind: British Perceptions of the World in the Age of Enlightenment*, Londres.
SHAFER, R. J. (1958): *The Economic Societies in the Spanish World (1763-1821)*, Syracuse.
SMITH, B. (1960): *European Vision and the South Pacific, 1768-1850*, Oxford.
SPATE, O. H. K. (1988): *Paradise Lost and Found*, Minneapolis.

ISBN 84-7738-675-7
10403
9 788477 386759

creative commons